



LAS HUELLAS DEL GUERRERO EN EL LABERINTO DEL EXCOMBATIENTE

Víctor Hugo Ochoa

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES, NIÑEZ Y JUVENTUD
ALIANZA CINDE - Universidad de Manizales

LAS HUELLAS DEL GUERRERO EN EL LABERINTO DEL EXCOMBATIENTE

INFORME FINAL DE TESIS DOCTORAL
VÍCTOR HUGO OCHOA GÓMEZ

ASESOR
Dr. JAIME ALBERTO PINEDA MUÑOZ

MANIZALES
JUNIO 15 DE 2020

Este es el país del acallamiento para esos jóvenes...
Nosotros somos como la tierra natal de sus silencios

Jaime Pineda Muñoz

BITÁCORA

PRELUDIO [P. 2]

EL JARDÍN DEL GUERRERO Y LOS SENDEROS DEL EX/COMBATIENTE QUE SE BIFURCAN

Una aproximación a lo que se ha dicho desde otras voces. [P. 24]

Etnografía de las ausencias en el laberinto. [P. 33]

PRIMERA PARTE [P. 46]

LAS HUELLAS DEL EX/COMBATIENTE EN EL LABERINTO DEL GRAN ENNUI

SEGUNDA PARTE [P. 69]

LAS HUELLAS DEL EXCOMBATIENTE EN EL LABERINTO DEL JUVENICIDIO

TERCERA PARTE [P. 80]

LAS HUELLAS DE LA CRÍTICA EN EL LABERINTO DE LA AUSENCIA

CUARTA PARTE [P. 95]

LAS HUELLAS DE UN ACONTECIMIENTO EN EL LABERINTO DE LA INSTITUCIONALIDAD

QUINTA PARTE [P. 111]

LAS HUELLAS DE LA INTIMIDAD EN EL LABERINTO DEL PROYECTO DE VIDA

SEXTA PARTE [P. 142]

LAS HUELLAS DEL SER EN EL LABERINTO DEL PREFIJO EX

SÉTIMA PARTE [P. 185]

LA HUELLA DEL PREFIJO EX EN EL LABERINTO DEL ÁNGELUS NOVUS

EXERGO [P. 208]

LAS HUELLAS DE UN CAMINO EN EL LABERINTO DE LAS CIENCIAS
SOCIALES

CONCLUSIONES [214]

PRELUDIO

EL JARDÍN DEL GUERRERO Y LOS SENDEROS DEL
EX/COMBATIENTE QUE SE BIFURCAN

“Venimos de la guerra como sitio cierto, que tiene una lógica de encuentro con la muerte, y no sé si vaya a quedarme con ella; lo que sí sé, es que ahora nos muestran un futuro que se parte

en mil pedazos, que se multiplica, que no se sabe si es. En que se parece a la muerte en que

*sólo sabemos de su presencia, sin saber si nos lleva; ¡el tiempo lo dirá!; este futuro se parece a ella, en cuanto a que, no sabemos si nos llevará o pertenecerá a otros; lo que sí sabemos es que llegará, pero no en el tiempo nuestro, sino en el de otros”**

* El primer indicio brota de la voz del guerrero y contrasta con las ofertas del paraíso que a otros les sigue sonando a olvido, pero a él mismo, le suena a confusión porque no sabe si estaba en el paraíso y lo llevan hacia una tierra prometida. Este primer indicio tensiona la reproducción del éxodo en tiempos contemporáneos. Esas palabras salieron en momentos de ocio, en los tiempos que se permitía estar a solas consigo mismo e invitaban al oyente a guardar silencio y escuchar el ruido de sus palabras. ¡Todo un caudal de dudas!

*“Dejo a los varios porvenires (no a todos) mi jardín de senderos que se bifurcan”**.

* Y continúa Borges en este cuento: “Casi en el acto comprendí; el jardín de los senderos que se bifurcan era la novela caótica; la frase varios porvenires (no a todos) me sugirió la imagen de la bifurcación en el tiempo, no en el espacio. La relectura general de la obra confirmó esa teoría. En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable T’s ui Pên, opta—simultáneamente—por todas. Crea, así, diversos porvenires, diversos tiempos, que también proliferan y se bifurcan” (Borges, 2016, págs. 153, 154). Los porvenires prometidos y prescritos para el ex/combatiente señalan la producción semiótica de una agencia de poder que se alimenta proporcionalmente de la pérdida de fuerza y la esperanza de cambio por parte del guerrero. El tiempo transcurre y las posiciones que revisten injusticia continúan fijas en el espacio, por fuera del cristal en el cual se encuentra el proceso de restablecimiento de derechos; diversas alternativas, pero todas laberínticas, sin experiencia, pero siempre en forma de códigos del experimento que se propone para ellos. La multiplicidad ofrecida sin poder asimilarse más que en las ficciones del ex/combatiente. ¿Cuántas veces tendremos que releer el presente para comprender el futuro? ¡No es suficiente con una sola lectura!

Quedé atrapado en la sonoridad de un cuento de Jorge Luis Borges que se me hace eterno: *El jardín de los senderos que se bifurcan*. Sus palabras se me convirtieron en poesía que supera la prosa y me apropié de él como si se tratara de una metáfora* para lograr reproducir las implicaciones sensibles que trascienden la partitura del presente histórico.

El jardín está situado en una institución que se hizo parte esencial de mi existencia y me activó una descarga de significados, de enigmas por descifrar, cuando dejé de juzgar y me dispuse a escuchar. Soy ese Otro que fue capaz de liberarse de la normalización de lo que escuchó y donó de sentido lo que se amplificó en mis oídos. Soy ese Otro que se permitió desbordar los límites del entendimiento para lograr la comprensión como morada.

¿Quién iba a pensar que yo correría la misma suerte del guerrero que ha caído en el laberinto de las promesas institucionales? Pasó mucho tiempo hasta que comprendí los caminos recorridos por la institución, que lideraba propuestas de trabajo en relación a la

*Elegir la metáfora es ir más allá de la meta de la escritura, pues no agota lo sensible y más bien, abre posibilidades de conexión con el lector que abraza cada palabra para saborear lo que destila cada frase. La metáfora funciona como un tropo de lenguaje que permite el traslado de lo racional hacia lo sensible, en procura de coexistir sin excluirse mutuamente; es urgente su complementariedad para dejar de observar lo escrito como si fuera un análisis forense que deja sin respiración el decir. Preferí esta dirección por todo lo que ella estimula. Escritura, percepción y vivencia, hilan lo que hay dentro de lo que aparece como acontecimiento. Asumo así una posición ante la metáfora como la describe Jacques Derrida: “La descripción pasa por tres etapas que le hacen ganar cada vez rigor, en interioridad y en diferenciación. Como se ha hecho siempre, al menos desde Platón, Freud considera primero la escritura como técnica al servicio de la memoria, técnica exterior, auxiliar de la memoria psíquica y no ella misma memoria: hypomnesis más bien que mnéme, decía el Fedro. [...] el psiquismo está cogido en un aparato, y lo escrito será representado más fácilmente como una pieza extraída y <<materializada>> de ese aparato. Es la primera analogía: <<Cuando desconfiamos de nuestra memoria—desconfianza que alcanza gran intensidad en los neuróticos, pero que también está justificada en los normales. [...]— la segunda analogía corresponde a la huella—la escritura suple a la percepción antes incluso de que aquella llegue a aparecer ante sí misma. La <<memoria>> o la escritura son la abertura de ese aparecer como tal. <<Lo percibido>> no se deja leer más que en pasado, puede bajo de la percepción y después de ella. [...] la tercera y última analogía—se sitúa en—un tiempo de la escritura, y éste no es otra cosa sino la estructura misma de lo que estamos describiendo en este momento. [...] tiempo que no es exterior a él, y el bloc mágico abarca en su estructura lo que Kant describe como los tres modos del tiempo en las tres analogías de la experiencia: la permanencia, la sucesión, la simultaneidad”. (Derrida, 2012, pp. 304 - 308)

atención de niños, niñas, adolescentes, desde las perspectivas de protección señaladas por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.

Hubo señales de exclusión durante el trayecto del Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá que no fue posible descifrar en lo inmediato; no obstante, la manifestación de un *exilio in situ** estaba inscrito en las lógicas de la competencia y en los libretos del modelo neoliberal, es un lastre que se arrastra en la planeación del libreto a seguir por parte de la institucionalidad, de forma tal que haya posibilidades de sobrevivir como efecto de mandato u obediencia. Advertir sus desaciertos y sus zonas oscuras es un riesgo que no se puede correr fácilmente.

Pasó mucho tiempo hasta que comprendí que las instituciones que nos gobernaban, sólo deseaban inscribirnos en el registro de la *calidad y la innovación* desde perspectivas positivistas, obedeciendo a lecturas forenses de los procesos llevado a cabo con los usuarios del servicio; evaluaciones frías y cargadas de un arsenal de conceptos, como muestra del dominio semántico que generaba más inseguridad en el acompañante de los jóvenes, quien de manera soterrada, aumentaba considerablemente su dependencia al evaluador—funcionario del aparato burocrático—con todas sus orientaciones técnicas, que más bien, se prestaban para consolidar una nueva servidumbre, a partir de la instalación de un pensamiento subordinado.

Yo no fui un agente estatal. Los agentes estatales han sido obligados a repetir, pero no a interpelar; nunca han sido movilizadas para desobedecer la norma, lo que representa un peligro latente que desembocará en la disidencia, sinónimo de rebeldía y expresión de lo anormal; incluso, cuando su encuentro con lo real, con los otros, logran incomodar los procedimientos validados desde un principio de racionalidad, oscurecen una realidad que excede los libretos concebidos de manera arbitraria, además de convertirse en esquema de percepción y juicio. Al agente estatal, atrapado en el dogma de la administración, le pesa más la tibieza de su carácter que la posibilidad de pensar por sí mismo. ¡Es despojado de iniciativa!, le es arrebatada.

* Concepto que recoge Michel Foucault (2016) como descripción de una táctica punitiva.

¡Es inevitable la renuncia a la insubordinación! Su horizonte son los derechos y no su apuesta política; dos siglos después, el eco de aquella sentencia kantiana que explicaba la diferencia entre el uso público y el uso privado de la razón, a saber, *“razonad todo lo que queráis, pero obedeced”* sigue vigente. La obediencia es el crédito de permanencia en contraste con todo lo que puede generar el riesgo de ser expulsado del sistema; para ello, más que razonar se necesitaba de una red horizontal, de vínculos laterales que lograran debilitar la jerarquía de discursos y el orden piramidal, un ejercicio del centralismo para la toma de decisiones que se pensaba, se había superado. Lo local, lo más próximo al combatiente en proceso de restablecimiento, desbordó la capacidad administrativa que solía manifestarse en un renglón de vida, el de los derechos.

Otras miradas fueron asumidas como abyectas, para nada llamativas a la inteligibilidad del proceso de restablecimiento de derechos en jóvenes desvinculados de la guerra. Su necesidad de hacerse preguntas fue aplazada, dadas las ocupaciones que demarcaba el derrotero de las actuaciones profesionales a la luz de la atención a los combatientes. La acción del agente estatal era regulada por el lineamiento institucional, y el uso de su razonamiento, quedaba resguardado como estrategia de sobrevivencia laboral. Su solidaridad apenas era un balbuceo, cuando las cadenas de la necesidad lo ataban de pies, manos y cabeza al espacio de la subalternidad; de hecho, el insistir lo dejaba expuesto expuesto a la pérdida del cargo, además de adjudicarse apelativos acordes al mal funcionario, pésimo profesional, entre otros, que dejaban en trance su prestigio para ser contratado nuevamente.

El burócrata—que se encuentra en el eslabón más débil del sistema—estaba dispuesto a ser reconocido por su servilismo, incapaz de reconocer la experiencia que se desvanece en nombre del experimento, ofrece el sacrificio de una organización como el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, que representaba retos de comprensión a los fenómenos instalados en la cuadrícula. Ella misma desdibujaba lo infranqueable de lo institucional, matizaba el prestigio situado en el ejercicio del poder, y disminuía el amparo que demanda el descubrir un orden distinto. Aún así, la relación establecida con el combatiente, con el des/vinculado era llevada al borde del soporte de evaluación; era necesario abrazar el estatus de poder—encarnado en el libreto de funciones—por encima de

la comprensión que delataba el error, la equivocación, el desacierto, otras formas y texturas. El drama pronto se convirtió en la trama del modelo neoliberal en pequeña escala.

El 28 de junio de 2017 me retiré a un sitio del Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá (CCII)* llamado *la Maloca de la reflexión*. Así se había bautizado con

* El Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, es una entidad sin ánimo de lucro, que proviene de la reestructuración del Hogar Juvenil Campesino en el año 1985*. La idea de fundar en Riosucio un Centro Educativo para la capacitación técnica de niños campesinos, surgió a mediados de 1.969 como una propuesta de la Alcaldía municipal y el Club de Leones*, orientada a ofrecer conocimientos técnicos y agropecuarios a la población rural. En esa época se organizó un comité provisional que tuvo como tarea inicial, gestionar ante la Asamblea Departamental la cesión de los terrenos del antiguo puesto de monta al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), con destino a la creación de un Centro de Educación Rural para niños campesinos y la construcción de sus instalaciones. La gestión tuvo éxito y el 27 de noviembre de 1969 se aprobó la cesión del lote en mención al ICBF. El 16 de febrero de 1970 fue constituido el Hogar Juvenil Campesino de Riosucio Caldas como ente jurídico, como respuesta a las demandas hechas al comité provisional para hacer eco de la filosofía pregonada por el padre Iván Cadavid dirigida a fundar esta clase de instituciones. La Junta Directiva elaboró los Estatutos de la Organización No Gubernamental y solicitó ante la Gobernación del Departamento de Caldas, el reconocimiento de la Personería Jurídica. Mediante Resolución N° 1313 del 24 de marzo de 1970 se reconoció legalmente como Hogar Juvenil Campesino. El 17 de julio de 1971 se firmó el contrato administrativo entre los directores del ICBF y el Comité Ejecutivo del Hogar Juvenil Campesino (HJC) por un valor de doscientos mil pesos (\$200.000), dinero que sería utilizado en la construcción de las instalaciones. Posteriormente, el 26 de octubre de 1972 se suscribió un contrato adicional por cien mil pesos (\$100.000) para continuar con la obra. La tarea se terminó a mediados de 1974; el uso de la infraestructura comenzó con 41 alumnos—niños campesinos—provenientes de 27 veredas. Su inauguración se cumplió el 16 de agosto de 1974, en acto especial que contó con la presencia del Gobernador del Departamento, el director del ICBF, el Alcalde del municipio, representantes de las instituciones cívicas y empresas comerciales. A esta fecha había doscientos 200 usuarios. El HJC se disponía a ofrecer—además de lo anteriormente señalado—

los jóvenes guerreros; una puerta al pensamiento donde los colores del paisaje y el viento que allí envolvían nuestros cuerpos, permitían una mirada desde lo alto, en planicie, cerca de los dioses y lejos del terreno que suele estar atrapado en la perversidad humana. ¡Era una especie de ruido en medio del silencio! Una posibilidad de leer los cuerpos desde otra perspectiva en movimiento, dispuesta a superar la desventura del tiempo que nos convocaba. Era el primer espacio que se hacía en madera, además de estar comunicado con un sendero, que buscaba conjurar las intervenciones terapéuticas propuestas por el esquema de atención a los guerreros / excombatientes.

La Maloca de la reflexión permitió recuperar la capacidad de pensar e imaginar lo que se aproximaba. Una serie de rutas desconocidas, un territorio amplio de posibles, lo que agregaba confusión. La premonición de muerte se dejaba ver en una valla con el nombre de la institución, que se encontraba a la entrada del CCIII; tenía una extensión de dos metros de ancho por 7 de largo. Estaba quebrada en sus puntas, deteriorada por el sol y el agua en permanencia, expuesta al paso de los años con la pintura de sus letras desgastada, simulando un palimpsesto de su historia. Simbólicamente era la expresión de la agonía sin lugar a reparación. Por otro lado, aparecía un mosaico de imágenes que

capacitación en industrias menores y artesanías a los niños campesinos, que venían de zonas geográficas apartadas del centro poblado del municipio de Riosucio. Mediante comunicación del 25 de marzo de 1986 se solicita a la Gobernación de Caldas, la modificación a la resolución que le concedió Personería Jurídica a dicha entidad, -cambio de nombre y la ampliación de los objetivos para adecuarlos a la ley 55 de 1985—; en la reforma estatutaria se produce el cambio de razón social, por la del CENTRO DE **CAPACITACION** E INTEGRACION INDIGENA INGRUMA. Desde 1985 hasta el 2018, esta organización ofreció sus servicios en un bien inmueble perteneciente al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, en un terreno ubicado en el municipio de Riosucio, Resguardo Nuestra Señora Candelaria de la Montaña, comunidad Alto Medina. Dos lotes de terreno contiguos que suman 6.3 hectáreas, era el espacio donde operaba y fortalecía modelos de atención a la población contemplada en sus objetivos misionales.

procabá una pregunta: ¿Qué sería de aquellos seres con quienes habíamos roto los protocolos de una verdad forense, sobre los relatos de sus vidas y también de sus angustias?

Del mismo modo recordaba el vocabulario impuesto por el sistema, replicado abruptamente por sus funcionarios. Su lema era el trabajo sin compromiso por el sujeto, mucho menos por sus rutas de vida. La semántica del proyecto de vida era tal vez el mejor pretexto constructorista con qué defender el proceso de atención. Es decir, el agente institucional delimitaba su tarea con base a un discurso liberal, ortorgando una carga considerable a la responsabilidad individual sobre éxito o fracaso del curso de vida de cada uno de los guerreros. De acuerdo a ello, se hacía más audible la frase: *no somos dueños de sus caminos; de todo lo que no alcanzamos a hacer, otros se pueden encargar, menos nosotros, ¡no podemos!* Y ¿quiénes eran los suyos? ¿quiénes éramos nosotros para ellos? ¿quiénes eran ellos para nosotros?

Repasaba lentamente el cuento de Borges (2019):

“[...] después reflexioné que todas las cosas le suceden a uno, precisamente ahora. Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres en el aire, en la tierra y el mar, y todo lo que realmente pasa me pasa a mí...” (p. 146)

¿Cómo no pensar en la desgracia que se siente por la caída de un sueño? Una experiencia que se evapora y que no es controlable por los pocos dolientes que aún sobreviven. ¡*Promesas hechas para todos y por todos, que no se cumplieron!* La imaginación se vio excedida por la realidad que mostró la pérdida de la modalidad de atención para desvinculados del conflicto armado colombiano; parecía comunicar las ruinas que irían quedando de la estructura idealizada, que fue tomando la forma de acontecimiento por la sensación de dolor que producía la ruptura, el quiebre, la fractura en las relaciones espaciales y especiales construidas a medida que pasaba el tiempo compartido. ¡Desgarrador! Suele ser el calificativo del día 27 de junio de 2017. ¡Perderlos estaba por fuera del presupuesto!

La huella de la *competencia* y del aseguramiento de la *calidad* era una especie de sevicia simbólica. Un recurso que tenían los agentes estatales para demostrar su poder de aniquilamiento a Otras voces. Esa tarde del 28 de junio del 2017 se cierra la modalidad. Ese acto permitió inferir el desprecio por la experiencia para abrazar el experimento. Paradigmas rotos en sus rostros, cargados de llanto y humedecidos con sus lágrimas. La súplica por el quedarse y el no dejarse apiñar en busetas para ser trasladados a otra institución, que en apariencia sí cumplía con los parámetros y estándares señalados en la estructura rígida del Estado, no contemplado por la sordera de piedra que padece el burócrata.

¡Todo al servicio del poder! El interés superior del niño carece de escucha; sus autores, que precisamente no son sus destinatarios, revelaron el autismo que acompañan sus prácticas. Obediencia ciega a los textos llenos de letras petrificadas y de signos

convertidos en arena, tal vez, sacralizados como ejemplo vivo de lo que se oye pero no se interpela, porque la comprensión de los lineamientos, no cabe dentro del inventario de posibilidades para quienes siguen su evangelización. ¡Hay que cumplirlos! Sus interlocutores no existen o son destruidos a su paso.

Odio y terror fueron los condimentos de aquella tarde que se extiende con intensidad hasta hoy, tres años después. Un grito desesperado ante la barbarie de las técnicas gubernamentales, que son ensambladas para excluir y profundizar los rastros que la miseria había esculpido en aquellos jóvenes. Un verdadero centralismo en el sujeto de derechos que individualiza, despieza, desconecta, desarticula y desarraiga de lo propio y lo próximo. Su espacio identitario es solamente localizado como medida paliativa y un estímulo que revierte lo impensado, en relación a la intención de cambio y transformación social: “*su familia, su comunidad, su región*”. Continúan en la marginalidad tal cual estaban antes de la guerra.

En consecuencia se hizo verosímil el significado del *guerrero tumultuoso* dispuesto a quebrar el orden, a romper los esquemas normativos, a enfrentar los riesgos que se adquieren en el momento en el cual se lucha por un lugar, se interpela la forma de explotar al sujeto de derechos. Su lección definía que no bastaba sujetarse, subordinarse y rendirse; ¡nunca era suficiente para el amo! ¡insaciable en ser atendido y obedecido! Su legado, *el secreto de la emancipación, de la guerra y de la resistencia*.

Sus lenguajes indescifrables desde lo comportamental; atrapados en el repertorio de la *calidad y la innovación*, cercenaban la capacidad de contemplar para comprender en el agente institucional. Su discurso hace parte de los mecanismos de domesticación del guerrero y la administración de la resignación. El CCIII fue una institución sin barreras físicas, sin cámaras de vigilancia; pese a ello, y de acuerdo a los libretos interpretados por la organización, nunca se percataron de hacer parte del juego simbólico de la atención, recreando la frase de Foucault (2012) “*No sólo los prisioneros son tratados como niños, sino que los niños son tratados como prisioneros*”. En todo momento fueron instrumentos ciegos de esa tecnología que aniquila y difumina los fondos esenciales del ser guerrero.

Los intentos de fuga del excombatiente, sus evasiones, fueron asumidas como problemáticas; nunca fueron interpretadas desde un enfoque de resistencia a la normalización. “*Normalización, la forma moderna de la servidumbre. Normalización es, por supuesto, imperio de lo normal, de la medida estadística, de la somnolencia a lo acostumbrado, pero también quiere nombrarse así la preeminencia de la norma en este ámbito, su proliferación cancerígena que recubre y despuebla todos los espacios abiertos de la ley**”; lo normal era que se mantuviesen en el rebaño guiados por el pastor. Seducían las cifras que mostraban “cero evasiones”, como indicador que medía el éxito del proceso de atención. ¡No se logró entender sus vestigios! Lo que pasó es que la voz del subalterno, por más que la elevara desde lo alto, nunca iba a ser escuchada. Simulaban la escucha a partir de mesas de trabajo, donde la relación dominante—dominado se consolidaba cada vez más; el simulacro de la conversación con los agentes estatales, terminaba por dejar ver una institucionalidad que devora el saber de la experiencia para reflexionar sobre la estrechez del libreto para con el guerrero.

Por otra parte, el espíritu crítico era castigado con la exclusión del sistema. Fue preciso reconocer que “*pertenecemos a ciertos dispositivos y obramos en ellos*”*, lo que hacía pensar sobre el desgaste que ha representado enfrentar el poder desde abajo y sin redes de apoyo. La obediencia ciega era el mejor resultado de una institucionalidad depredadora, que absorbe al sujeto hasta convertirlo en servil, nulo de pensamiento y cuestionamiento. Para conservar el poder sobre sus súbditos, lanza una advertencia que se hacía latente en cada encuentro, donde se pretendiera disponer de otras lecturas alternativas que desnudaran la fragilidad de sus procesos de atención:

* Ver “Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones” (Foucault, 2012, p. 14)

* (Foucault, 2012, p. 20)

Si usted no comparte los criterios, no firme contrato alguno; el contrato no es un convenio, es una declaración de obligaciones donde el contratante no va a ser tan bobo, como para fijar algo donde lo lleve a perder; cuando ustedes firman un contrato, se someten a las reglas; no estamos en mesas de trabajo donde se construyan formas de hacer y de decir; ¡No es una mesa de conciliación! es lo que hay y está plenamente avalado por quienes saben del tema con años de investigación. De allí que le ruegue el favor de no poner problema; si no está de acuerdo, ¡no firme! Igual, hay más instituciones que sí asumen las condiciones y las reglas de juego que se imponen a través de este documento sin obstruir nada; por lo tanto, no le queda el papel de seguir poniendo problema”*

Para el agente estatal lo importante era preservar el vocabulario del sistema, y veía en otra voz una queja que no estaba dispuesto a negociar, mucho menos a ceder ante las pretensiones de quien se debía asumir como subalterno; a este último nunca se le daba el estatus necesario para el diálogo. “*Como indica Spivak, es el espacio en blanco entre las palabras, aunque el que se le silencie no significa que no exista*”*. ¡Lastimosamente, sigue sometido! No se puede asegurar con total claridad, si el funcionario actuaba consciente o inconscientemente a favor de la dominación de quien aparece como acreedor del contrato. Mantenerlo silenciado es el consecuente del dispositivo para el cual presta su servicio. Se siente un sujeto soberano en relación a los otros que cuestionan el engranaje de un sistema deplorable, calculador y absoluto.

Vuelvo a evocar el cuento de Borges (2019):

“Mi voz humana era muy pobre(...) ¿Cómo hacerla llegar a la voz del Jefe?”
(p. 147)

*En medio de una reunión con funcionarios estatales del ICBF, estas palabras fueron la respuesta ante una interpelación en las formas de proceder jurídicas que tenía la entidad hacia los operadores.

* Spivak, (2003) ¿Puede hablar el subalterno?

La respuesta la revelaba el guerrero a través de sus evasiones. Su expresión de rebeldía señalaba la resistencia acumulada en sus fuerzas; ella misma se hacía borrosa, opaca, sin la nitidez necesaria para comprenderla, pero sí para tipificarla dentro del esquema de percepción institucional que lo asumió como una anomalía. Los agentes corporativos han quedado atrapados en el discurso dominante, lo que impedía entender otros elementos que superaba la interpretación lineal y agotada del individuo desajustado, disidente y renuente al cambio y la transformación; una carga semántica que obedecía al estereotipo del guerrillero.

Estas situaciones—las evasiones—siempre fueron un problema de difícil manejo. Desbordaba lo escrito en los lineamientos y obligaba al agente estatal a permanecer en estado de alerta ante lo intempestivo. ¡Todo un desafío para su comodidad teórica! La demanda de control y regulación por parte del sistema de protección, definía este tipo de circunstancias—producto de la impotencia misma de verse excedido en su programación—como un desacato a la norma por parte de la entidad, responsable directa de los jóvenes excombatientes. La evaluación sobre los resultados administrativos del operador del servicio de restablecimiento de derechos, estaba orientada hacia la falta de planes de contingencia, para evitar este tipo de sucesos. No había lugar a otra interpretación que pudiera darse en relación a movimientos emancipatorios de esta clase. ¡Vaya problema el no poder pensar sino obedecer! ¡Una lectura despoblada de imaginación!

Los centros de discusión, más bien, de dominación institucional, se daban en medio de un ambiente árido, atestados de una semántica ajena a las condiciones de los jóvenes guerreros. Los ideales del sujeto excombatiente contenían el esquema de comprensión sobre el combatiente. La facilidad para clasificar sus vidas, a través de números en medio de una economía de la información, era desconcertante; la lectura institucional pesaba sobre la realidad; ¡no tenía nada de ingenua! Más bien, una vez acumulada, era usada como un régimen de verdad, que lograba explicar las actuaciones de los des/vinculados, pero lejos de una realidad que se iba construyendo como resultado de una cotidianidad compartida.

Pensé en huir antes de morir, acompañando la agonía del Centro al que le llega el tiempo de su propia transición, pasar de la vida a la muerte y ser liquidado. Pero no lo hice, seguía rumiando en la fuerza del guerrero capaz de transformar el sistema. Lamentablemente no tuve solidaridad y me sentí como el protagonista del film *El Hoyo*, como *Goreng* en su celda de hormigón número 48.

Cuando desperté, ya estaba preso. Sentí lo paradójico que suele darse ante la sensación de liberación que sólo se produce cuando las cadenas están al cuello. Es allí donde la solidaridad de otros se necesita, pero nunca apareció más que en sus rostros petrificados por la impotencia que les generó esta injusticia, sin tener la fuerza suficiente para detener su curso; sólo hubo silencio, compasión simulada y un tiempo que materializó la soledad y el cansancio. Fue el principio de la desesperanza, y ante ella, el inicio de esta reflexión.

¡Demasiado tarde! ¡Ya no era tiempo de huir! Tenía la soga al cuello, estaba atado a los juicios y las expresiones del *éxito administrativo* con todas sus *reglas abstractas* y las voces de la comodidad teórica permanecían cargadas de servilismo. Son ellos quienes nunca piensan en igualdad, cuando la desigualdad respira tan cerca de sus vidas, pero pronto se ocultan en la estructura del sistema, sin importar qué ocurre allá afuera con los excluidos. ¡Qué falta de alteridad!

Sólo quedaba la experiencia en mis bolsillos, un mutismo profundo y una incertidumbre dibujada en este jardín que plasmaba senderos que se bifurcan sin respuesta alguna. ¡Vaya sensación! Mirar hacia abajo como lugar de vuelta, sin perder la vista al cielo para solicitar ayuda a los dioses, que le sirvieron al guerrero en todas sus empresas. ¡No había fuerza! ¡Sólo resistencia! Como soporte y como aguante.

El reloj caminaba, en contraste con una cadena en mi nuez que me advertía sobre la imposibilidad de salir corriendo; sin monedas que sirvieran de viáticos para el despojo laboral; más bien, monedas en deuda y sin poder hacerlas mías ni en los sueños. Una libreta que dejaba los relatos de los guerreros para que algún día los hiciera míos en escritos como este. ¿Huellas?

Sí. Sus palabras y sus actos quedaron como trazos en mi cuerpo. Empuñaba un lapicero como si fuera un arma. Lo que no pensé en ese momento era que la escritura podría convertirse en armadura para depositar en ella el cadáver de aquellas palabras que sólo me fueron entregadas por el guerrero.

Con ellas podría pronunciar lo que el sistema no lograba configurar, ni dominar. No sé quiénes serían los que conformarían el auditorio del escritor; sus destinatarios desconocidos ni se percatarían de lo que aparecía mencionado en esta prosa, como testimonio de la violencia simbólica e incruenta que practica la institucionalidad y sus agentes estatales; otros podrían sospechar del relato por las categorías de *ex/combatiente* o *des/vinculado* que aparecen señaladas como rastros de las pisadas de alguien. La sonoridad de lo escrito sólo es posible transmitirla si conserva el ritmo del pecho agitado que produce pulsaciones propias de la soledad y la angustia.

En este momento diría junto a Borges (2019):

Soy un hombre cobarde. Ahora lo digo, ahora que he llevado a término un plan que nadie no calificará de arriesgado (p. 148).

Por analogía, en mi propio razonamiento, producto de una deliberación íntima y de un juego de imágenes sorprendidas por el peso del soliloquio, puedo afirmar que fui cobarde por no arriesgarme en el plan de desajuste del dominio unilateral del lineamiento, que siempre opera como libreto producido por artistas de la razón. Sólo quedó en el ámbito de la queja, guardado en un buzón de sugerencias, que le llaman QPRS*.

Por primera vez entendía qué era salir a la calle sin nada, como sale el *ex/combatiente* a una ciudad que no lo espera porque no es su territorio y por ese motivo se hace vulnerable

* Quejas, Peticiones, Reclamos y Sugerencias; se tienen en cuenta las que ponen en aprietos al operador, pero aquellas que interpelan el sistema, se tachan de absurdas y salidas del margen de posibilidades; para demostrar su capacidad de respuesta, ponen de chivo expiatorio al operador, y los funcionarios estatales se muestran dignos de su tarea de control sobre los corderos que no tienen potencial para destruir las máscaras acústicas de su poder.

en la misma medida en que se hace visible. En mi caso el dolor del fracaso y la ausencia de manos que, en otrora, las tendieron porque estaba en su cuerda, en su lógica, amarrado a sus expectativas.

Una vez me solté, sentí el vacío que siente el combatiente fuera de su trinchera. Sentí aquel verso de un poema Navajo que narra Mario Mendoza, “*salta, ya aparecerá el piso*”.

Ante la vista de trenes imaginarios, estaciones lejanas, tiempos sin amanecer ni atardecer, una temporalidad fija que se muestra en el caleidoscopio de la esperanza, lo único frente a mí era el azaroso juego pictográfico de lo porvenir. En ese instrumento podía entender lo plano de los sueños y las amargas de la igualdad abstracta, lo que funciona como acertijo de la matemática y su disonancia con la geometría, en esa muestra cruel de que no todo espacio es medida del tiempo; la primera situada en las cuentas (usuario por cupo) y la segunda en la tierra, (sin lugar)*. ¡Todo en disputa!

Bien pareciera que todo lo anterior hubiese ocurrido en un tiempo estrecho, el cual se podía calcular cronológicamente; la verdad es que lo que ocurrió se tornó acontecimental*, como dádiva de un presente insignificante, más bien, apretado por una razón que se hacía instrumento sobre el que se instala el poder.

* He aquí en pocas palabras, que suelen aparecer demasiado espesas, hasta confusas, para compartir la idea de la importancia que tiene la matemática para el reconocimiento del número de desvinculados y reincorporados, lo cual mide el éxito de su programa y también el prestigio de los procesos de atención gobernados desde una sede central por el número de evadidos; lo que menos importa es el espacio donde van, después de; allí la geometría como referencia de la ocupación espacial en el mundo, no es tan llamativa, dadas las limitaciones que se tienen para lograr distribuir en el marco de la igualdad.

* Lo llamo acontecimental, por esa pregunta que me interpela a mí mismo, en ese juego de mismidad que me involucra con los guerreros; no era pues, una respuesta ingenua desde la subjetividad, era más bien, el arte de comprender y comprenderme; “la comprensión designa un acontecimiento, aquel por el cual el ser mismo se hace manifiesto y se desvela para el Dasein. La comprensión no designa ningún comportamiento teórico de un sujeto hacia un objeto, ningún conocimiento en el sentido clásico: la comprensión es un modo de existir, una manera de ser, el acontecimiento fundamental de la trascendencia del Dasein según la que el ser se desvela, y en su desvelamiento, el ente se pone al descubierto. Comprender es completar el desvelamiento del ser en (el) existente” (Romano, 2012, p. 30).

La cobardía se deja caer en el regazo de la debilidad y, sobre todo, porque la rebeldía la atendía desde la órbita de la obediencia, cuyo sustrato oculto es la dependencia. La muerte o la cárcel aparecían ante mí como las únicas estaciones de aquellos trenes que pasaban por las carrileras de mi parietal. No sabía si mi lucha por enriquecer un proyecto, como esqueleto de un cuerpo que apenas se gestaba, podía llegar a feliz término con todos los azotes del sistema. Ellos me enseñaron el camino de la lucha y con ello comenzaba la etapa de lecciones incubadas, tal vez, pero necesitadas de meditación. El incendio que produce el calor de controlaba con la humedad del tiempo en su devenir.

Una vez más tenía que volver al cuento de Borges (2019):

“Argüí que esa victoria mínima prefiguraba la victoria total. Argüí que no era mínima, ya que sin esa diferencia preciosa que el horario de trenes me deparaba, yo estaría en la cárcel, o muerto. Argüí (no menos sofisticadamente) que mi felicidad cobarde probaba que yo era hombre capaz de llevar a buen término la aventura” (p. 149).

Esa misma aventura sigue siendo motivo de discusión, análisis y reflexión. Tal vez mi victoria no esté consumada y por ello, su estatus radica en *la comprensión de los caminos del guerrero que nunca se hizo ex/combatiente, mucho menos des/vinculado*, porque ellos sabían, desde su intuición, que su final estaría cerca si se quedaban en los brazos del capitalismo depredador; pero si seguían, nunca serían olvidados y sus nombres invocarían la oportunidad de hostigar hasta incomodar el derecho de unos a conservar las cosas tal como están.

Me recreé en las lecciones de Borges (2019):

(...) el ejecutor de una empresa atroz debe imaginar que ya la ha cumplido, debe imponerse un porvenir que sea irrevocable como el pasado (p. 149).

Creo que los guerreros están cumpliendo este consejo al pie de la letra. Mientras los describo en este texto, ellos hacen de su pasado la única fortaleza para afrontar el presente y fabricar su propio futuro, anclados en las resistencias y en el horizonte de la esperanza. No sé si a estas alturas la estación que compartimos aún no haya desaparecido de sus itinerarios biográficos como lo pretenden lo espectadores *del hacer vivir y el hacer morir*.

De esta circunstancia nace el hecho de pensar sobre los periplos, (tan claros en el papel), y los destinos que se le planteaban al *ex/combatiente*, como si se llegara a conjugar las indicaciones de los niños del cuento de Borges que le indicaban el itinerario a trillar, con la garantía verbal de que no se perdería si lo seguía con base a las instrucciones. Lo que no sabían los niños —que por analogía los tomo como agentes estatales— era que su

consejo lo llevaría, más temprano que tarde, al patio central de los laberintos en el que se podían perder todos los hombres. Ni siendo calcado, todas estas prácticas gubernamentales utilizan los sujetos disciplinares para insistir en una calzada, perfecta como idea, pero desastrosa como realidad.

Desde mi jardín imaginé ese laberinto que no se hallaba en el vocabulario del saber experto —no sé si era parte de su ingenuidad o de su estupidez programada para contagiarnos de ella— y tampoco era nombrado por quien recibía las instrucciones; una sociedad que lo esperaba, aterrorizada y manipulada desde el miedo, lo cual transformaba rápidamente en hostilidad y en desprecio su espíritu de acogida al otro. ¡La reintegración no era fácil! A diferencia de Borges, yo lo imaginé estrecho en sus calles, confundido por lo demás, atribulado por las demandas del mercado y sus posesiones que no estaban articuladas con ese juego de palabras llamadas *competencia* y *capacidad*.

Coincidía sólo en la infinitud de sus pasajes que llegaban a una sin salida para volverlos al lugar de partida:

Pensé en un laberinto de laberintos, en un sinuoso laberinto creciente que abarca el pasado y el porvenir, y que implicara de algún modo los astros
(Borges, 2019, p. 150).

Ese porvenir llamado progreso, y que ya el *ángelus novus** de Paul Klee y Walter Benjamin resistía como un viento huracanado porque sabía que sus alas iban a ser rotas, se transformaba en un pasado que viene quedando como equipaje y que no sabe hasta cuándo durará sino es que las fuerzas del progreso acaben con lo único que tiene el guerrero: *su memoria de la resistencia*.

* Con mayor propiedad lo describe Bolívar Echeverría, (2014) en su texto “la mirada del Ángel”.

En medio de esa constelación de ideas e imágenes metafóricas, no dejaba de pensar en ese viaje que se le presentaba al joven excombatiente; no lograba discernir el valor de las palabras de los consejeros, ubicados en instituciones que llevan a cabo la tarea de suministrar información; no lograba asir una mirada desde lo más alto que pudiera, pero enalzada, tener registros de lo que Borges (2019) pensaba:

Pensé que un hombre puede ser enemigo de otros hombres, de otros momentos de otros hombres; pero no de un país: no de luciérnagas, palabras, jardines, cursos de agua, ponientes (p. 150).

Había intereses ocultos y traslapados en la mano hipócrita de los agentes estatales cuando el ornamento de su discurso los llama *nuestros jóvenes*. Ese *nuestros*, siempre resuena en mí, como algo impostado y transmitido, como una moda, como el arte retórico de seducir con sus palabras lo que no alcanzan con el corazón. Era también pensar en los enemigos reales que disfrutaban del combate de otros, de la guerra de los más precarios, los que no tienen nada que perder, ¡los nadie!

Tal vez estos laberintos ya los han transitado otros y han quedado atrapados en el olvido, en el anonimato, producto de las estrategias de guerra más sutiles que visten los trajes del derecho y de la inclusión. Los antepasados de los guerreros no suelen estar en la conciencia de sus actos de habla, pero tienen un registro en sus prácticas; lamentablemente este horizonte que se tejió en ellos se consideraba innovador y sorprendente para una paz abstracta.

Las instituciones mismas no conservan registros, huellas ni marcas de otros guerreros que han pasado por los mismos sitios antes de ingresar al laberinto. Mi jardín sí conservaba las pisadas en sus habitaciones, los gráficos en sus camas y sus nombres en nuestros cuerpos. Sabíamos quiénes estaban y quiénes faltaban, sin apelar al disco duro, mucho menos al Excel, tampoco a los códigos numéricos. Llevar a alguien en la memoria era el soporte del encuentro con el otro, con su rostro y con su vida, además, de unas vivencias compartidas que superaban el relato. ¡No era parte de la lógica del software!

Un libro y un laberinto fueron los motivos de *Ts'ui Pên* para abandonarlo todo; alguien inspirador para quien tiene un libro que sigue pendiente y un laberinto que ya hace parte de su vida. Diría más bien que lo que se escribe es, precisamente, la descripción del laberinto que he habitado junto a los guerreros. Hace falta reconocer los 13 años que duró esta tarea para nuestro invitado; sus manuscritos que fueron luego publicados, imagino yo, de acuerdo al interés de quienes editaron sus documentos originales, además de alterados en su decir original. Esto pasa en nuestro mundo, cuando alguien se encarga de la noticia, de la información mediática, desde lo cual se construye una verdad y se socializa con la autoridad que le da la pluma y el estatus de quien lo hace. De allí que sería interesante poder romper con ese vicio del intelectual que adviene con los hombres de los tiempos modernos.

Hay que repetirlo: “*un laberinto de símbolos, un invisible laberinto de tiempo*” (Borges, 2019, p. 152). El nombrar la palabra laberinto ya invoca una idea que suele emplazarse en los *existenciaros* del guerrero, borrosos y objetivados por otros, para ser lavados en un determinado tiempo, alejados del fulgor de la guerra y del fuego que ilumina su sendero en las noches más oscuras de su incertidumbre. La trampa de todo esto es que los *combatientes* mueren para que nazca un *ex/combatiente*, y se acaba con un *vinculado* para que se gesté la idea del *des/vinculado*; un hombre nuevo a quien se le quita la fuerza.

Convencidos de ello no se percatan que los mismos lineamientos terminan siendo el laberinto de quien deja de ser guerrero, para poder ajustarse a la reincorporación y normalización. Parece que se diera *la dictadura del significante**; esas categorías con las

* Felix Guattari, (2013, p. 9) en su texto “Líneas de fuga”, ofrece un soporte teórico sobre esta expresión: “Se consagra a desvelar sus engranajes a través de la sujeción de todos los modos de semiotización al único registro del lenguaje. Al igual que las materias primas ¿no habría qué pensar entonces la materia semiótica como el producto de cierto estado del conocimiento fundado sobre un modelo de categorías trascendentes y universales? Dicho de otro modo, la lengua dominante, fuertemente sintactizada, de ejes paradigmáticos sólidamente codificados <<por su amarre a una

cuales se ha obsesionado el Estado bajo sus técnicas gubernamentales. Lo peor de todo es que continuamos atrapados, de acuerdo a lo que Félix Guattari (2013) menciona, en *agencias semióticas* y que no hemos sido capaces de desbaratar, ni siquiera desde los cuerpos en movimiento que transmiten la inconformidad y las erosiones que provocan en el *ser* ante el *deber ser*.

Así como Stephen Albert se preguntó sobre la forma en que un libro podía llegar a ser infinito, lo cual reposaba en la carta que había encontrado como legado de *Ts'ui Pên*, así me pregunté sobre la esencia de un lineamiento, que por más que sufra actualizaciones, con simulacros de participación en banquetes que realzan el dominio de un saber experto e instrumental, no supera la capacidad de comprender el otro lado de la regulación y el control; no saben leer los bordes de su marco y el comienzo de las *prácticas de insurgencia*, que no sólo deben quedar retenidas en binarismos morales, sino la manera de buscar justicia por otros medios que no siempre son los ortodoxos.

Llenos de contradicciones como resultado de la *esquizofrenia institucional**, que sabe muy bien qué corregir, qué interrumpir, lo que debe quitar, con el espejo retrovisor de su lógica

máquina de escritura<<, ¿debería constituir <<el marco a priori, el marco necesario a todos los demás modos de expresión?>>.

* Me refiero a ese método que se utiliza en las instituciones como brazos de un Estado que aparenta bienestar por su “población”, que ya olvida la palabra “pueblo”. Usa un lenguaje que va equipando a los funcionarios que ya han perdido el estatus de las disciplinas que alguna vez fue objeto de su estudio, y con ello la intuición abandonada a la instrucción como sedimento de la gobernanza que opera en ellos. Les sirve como especie de armazón para mantenerse firmes ante la curva, que finalmente es la vida, con el ánimo de corregir cualquier desviación y desde lo cual se aseguran una parte de su existencia en el aparato estatal. También usan “El método esquizoanalítico que propone Guattari; consiste desde entonces en determinar de la forma más fina y más acerada posible cómo es producida esta <<sumisión generalizada a las semiologías del lenguaje y a los significantes de los poderes dominantes>>. Más precisamente, a establecerlo al nivel de <<su trabajo sobre lo real y ya no solamente al nivel de sus representaciones subjetivas>>”. (Guattari, 2013, p. 10)

disciplinaria, pero que también cae en las ficciones del futuro que le son arrebatadas a los hombres guerreros; ¡hay algo que se olvida! Así como la palabra *tiempo* es un enigma en el cuento de Jorge Luis Borges, lo que la convierte en una adivinanza, así mismo es el *proyecto de vida* que se vuelve parábola a partir de modelos de éxito que se hacen soluciones biográficas entre contradicciones sistémicas*, y todo un repertorio del triunfo sobre alguien que ha perdido su esencia y el experimento insiste en producir una prótesis cultural desde el advenimiento de un mundo posible a partir de los paradigmas neoliberales, con imágenes incompletas que arrastra una débil potencia mesiánica.

Toda una trama de tiempos que circulan, se quedan, se enredan, se oscurecen, se nublan, se enturbian, se opacan, se debilitan, se metamorfosean, se transfiguran, se cambian, se yuxtaponen, se confunden en esa tríada temporal del ayer, el hoy y el mañana. Mi tiempo para con ellos ya no es, ¡fue! O tal vez, en medio de estas palabras los invoco, traduciendo un pasado que se hace presente y no me deja estar en un futuro resbaladizo.

Bajo árboles ingleses medité en ese laberinto perdido: lo imaginé inviolado y perfecto en la cumbre secreta de una montaña, lo imaginé borrado por arrozales o debajo del agua, lo imaginé infinito, no ya de quioscos ochavados y de sendas que vuelven, sino de ríos y provincias y reinos...pensé en un laberinto de laberintos, en un sinuoso laberinto creciente que abarcara el pasado y el porvenir y que implicara de algún modo los astros. Absorto en esas ilusorias imágenes, olvidé mi destino de perseguido. (Borges, 2019, p. 150)

Por ese motivo este escrito comienza allí donde la instrumentalización de la vida terminó por imponerse. Y ¿qué fue lo que se impuso? Los mundos oníricos se opacaron y los idearios emancipatorios fueron cercenados. Y ¿a quiénes se les impuso? A los jóvenes cuyos rostros aún conservo en mi memoria.

* Ver la Sociedad de Riesgo de Ulrich Beck (1998)

Para dejarse comprender, lo real exige darse una metáfora, nombrarse desde ella, acercarse a su fuerza discursiva. El laberinto es mi metáfora y también mi primera huella. La metáfora y la huella son los modos a partir de las cuales encuentro el decir, el nombrar y el volver a mirar los rostros que aún habitan en mi nostalgia. El laberinto es ese espacio que he descubierto en la imaginación literaria de Jorge Luis Borges, ese espacio que emerge de la meditación del poeta, perdido, inviolado y perfecto; laberinto sinuoso, *laberinto del jardín de senderos que se bifurcan*.

El laberinto es también un lugar de huellas perdidas, huellas de la espera y huellas de la paciencia; tres modos de las huellas dejadas por los cuerpos de aquellos jóvenes que aún se enfrentan al jardín de senderos que se bifurcan, que dan lugar a unos caminos, tal vez trazados por unos, pero necesariamente recorridos por otros. Sobre estos caminos se puede erigir la individualidad en clave de sujetos de obediencia como huella disciplinaria en el laberinto de estos jóvenes.

Sólo queda la capacidad de inventiva y de imaginación para poder enfrentar un presente eterno al cual nos pretende arrastrar la instrumentalización de la vida que terminó por imponerse, ante el cual el futuro se tornó retórico, ni siquiera ambiguo, sólo gaseoso.

Imágenes y recuerdos de momentos bellos, de resistencias y re—existencias que permitieron vivencias para desentrañar lo que otros estigmatizaron, romper con los paradigmas del juicio en medio de una tormenta moral, que tiene registros de una comunidad de espectadores de perchero, hizo posible quebrantar lo políticamente correcto, con el fin de evitar el flujo de resonancias sin posibilidad de interpelar a una sociedad hostil que replica cada palabra sin detenerla y hacerle protocolo de reflexión para lograr hacerla visible y comprender, y no quedar atrapada en el oír sin escuchar con el tiempo que esto demanda. Me refiero a las huellas del guerrero y los laberintos del excombatiente.

Las conversaciones dadas en medio de una textura de complicidad, dieron lugar a la interlocución, que también se alimentó de silencios, los cuales hoy se reconocen en la ausencia de niños, niñas, adolescentes y jóvenes ex/combatientes, atravesadas por la incertidumbre de aquellos que crecieron en medio de la guerra, lejos de las ardidés jurídicas

que subsume la voz de quienes aparecen como objeto de justicia y sujeto de derechos, obnubilando su condición de sujetos políticos, que interpelan con sus prácticas la política, en medio de transiciones morales.

Lo que aquí se plantea, es lo que se erige en torno a una *comunicabilidad de la experiencia* de niños, niñas, adolescentes y jóvenes desvinculados del conflicto armado en Colombia, una mirada angular, casi en clave de polifonías desbordadas y opacadas por la racionalidad gubernamental, pero también en perspectiva de crítica, donde los deseos se traslapan para lograr acomodarse de forma sospechosa a las expectativas normativas, lo cual es temporal y acumulativo en aras de recuperar la fuerza reactiva a la coacción de un Estado deficitario en garantías de cuidado, más no de protección.

Los anteriores conceptos se explicarán en una red que se ofrece como trama de vida, donde lo sacrificial, lo heroico, atravesados por el deseo y ciertas elucubraciones alojadas en la nostalgia guerrera, permiten la comprensión de los procesos de restablecimiento de derechos y su tránsito a la reincorporación y normalización, como válvula de escape que no reconoce un acumulado próximo a estallar por las promesas incumplidas, y por los derroteros de miseria que anidan en las biografías del ex/combatiente.

De todo lo anterior, vale la pena resaltar el matiz existencial del prefijo “ex”, sobre el cual se hace necesario procurar una discusión, que lo hace mantenerse en un eterno presente, cargado de un equipaje narrativo en disposición a contravenir un lenguaje que tiene como escala, la hostilidad, en una sociedad que aún se resiste a escuchar, negándose a salir del binarismo provocado entre víctima y victimario.

UNA APROXIMACIÓN A LO QUE SE HA DICHO DESDE OTRAS VOCES.

Los artículos 44 y 45 de la Constitución Nacional de 1991, define la protección a los niños y niñas en sus derechos fundamentales, materializado en conceptos de protección adscritos como responsabilidad del Estado— en cabeza del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar— la sociedad y la familia. Sumado a ello se encuentra la ley 1098 del 2006—código de infancia y adolescencia—donde se define una ruta de restablecimiento de derechos y la construcción de un sujeto que olvida la persona, para lo cual instrumentaliza la vida misma de quien se encuentra en esta condición.

Palabras como maltrato, vulneración, indefensión, dignidad, integridad y capacidad, se convierten en el arsenal de nociones que ilustran las rutas de intervención y ajuste al orden establecido desde la institucionalidad, la cual se considera como el eje principal—por más que se pretenda negar desde su retórica—de los procesos de atención, que permite fortalecer el prestigio del Estado en función de reconocer sus prácticas definidas constitucionalmente. El anterior escenario se delimita a partir de lo que se concibe como sistema, del cual el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) se dispone como el referente principal en la vigilancia, control y seguimiento de la sociedad, que garantiza el ejercicio de los derechos de los niños, niñas y adolescentes, advirtiendo que su responsabilidad para con esta población no supera los dieciocho años de edad.

La senda que recorre el ICBF está determinada en el artículo 11 de la ley 1098 del 2006; desde allí se prescriben sus lugares y competencias de acuerdo al adiestramiento de la palabra restablecimiento que se encarna en su misión. Con base a ello, hay varios estudios que se han realizado en esta materia, donde la discapacidad, los derechos amenazados, inobservados o vulnerados se vuelven el objeto principal de su quehacer institucional. Al interior de su estructura se encuentra el Defensor de Familia—tutor legal de todos los niños, niñas, adolescentes que se encuentran bajo alguna medida de protección—quien se hace su representante para velar por el cumplimiento legítimo de sus derechos.

Asimismo, la materialización de sus preceptos—lineamientos técnico administrativos para medidas de protección—la realiza a partir de contratos de Aporte con organizaciones No Gubernamentales, las cuales toman el nombre de Operadores del Servicio de Protección a cargo del ICBF. Desde allí, se han podido registrar varias investigaciones que se permiten desentrañar el universo del restablecimiento de derechos, pese a la dificultad que existe desde lo normativo, para hacerse cargo de procesos de indagación de tal envergadura, a menos que la entidad—ICBF—lo solicite y lo autorice, pero siempre y cuando el estudio esté determinado desde la codificación que le brinda escenarios de retroalimentación despojados del valor de la crítica al establecimiento, lo que pondría en riesgo su naturaleza jurídica, además de ser desbordada por contextos para los cuales no se dispone a lectura alguna. ¡No es de su interés!

Con base al registro realizado en relación a otras investigaciones que fundamentan su análisis en procesos administrativos de restablecimiento de derechos—un marco de análisis sobre el que se dispone esta tesis, advirtiendo sobre la connotación que ofrece como dispositivo de control—se hace mayor relevancia sobre su eficacia en el contexto de vida de quienes se hacen acreedores del servicio de protección; para mencionar algunos, se encuentra una monografía llamada “eficacia de los lineamientos técnicos administrativos para el restablecimiento de derechos de niños, niñas y adolescentes desde la resolución 5929 de 2010” la cual fue asumida por estudiantes de derecho de la Universidad Libre de Bogotá en el año 2012. Su trabajo se orienta hacia la descripción de múltiples dificultades que se tienen a nivel burocrático para asumir—desde la ley 1098 de 2006, código de infancia y adolescencia—la protección de niños, niñas y adolescentes en condiciones de discapacidad, donde se hace mención a las limitaciones que contienen los lineamientos como expectativa de cumplimiento y eficacia, en relación a las condiciones que existen para llevar a cabo las demandas solicitadas por la normatividad, donde se resalta la precariedad disciplinar con que cuentan los Centros Zonales para su operación.

Igualmente aparece un trabajo llamado “Contradicciones en el proceso de restablecimiento de derechos de los niños, las niñas y adolescentes en Colombia” desarrollado por estudiantes de la especialización en Derecho de Familia de la Universidad de Medellín. Allí expresan inconsistencias, incoherencias e incongruencias como la falta de capacitación de las

autoridades competentes, entre los que se destacan los defensores de familia y los comisarios de familia, dada que pertenencia—como lo dice la ley 1098 de 2006—al Sistema Nacional de Bienestar Familiar (SNBF). Sumado a ello, su descripción y análisis se fundamenta en asuntos de orden administrativo como revelan situaciones de tiempo señaladas para el proceso de verificación de derechos, autos de apertura, reconocimiento de pruebas y todo lo que encarna el aparato oficinesco enmarcado en los procesos y procedimientos institucionales.

Otra publicación que se acerca al tema en mención, tiene que ver con “Mecanismos judiciales y administrativos de protección de sujetos vulnerados” elaborado por la Universidad Externado de Colombia en el 2009. Dentro de este documento se destacan artículos como “las políticas de protección dentro de las políticas públicas en el marco de la protección integral: restablecimiento de derechos para la niñez maltratada” de Cielo Mariño Rojas. Su análisis se ubica en el marco normativo acerca de la violencia intrafamiliar, aparte de contemplar los lineamientos técnicos del proceso administrativo de restablecimiento de derechos. Al respecto socializa varios elementos que se ponen de relieve en su crítica, comenzando por las perspectivas superadas por el Código de Infancia y Adolescencia en relación a otros proyectos de ley anteriores.

Así mismo, señala las dificultades que han existido en torno a las múltiples visiones que se tienen alrededor de la infancia y la adolescencia, para lograr materializar el nuevo código. Describe de forma elocuente la concepción de las políticas públicas, ajustada al paradigma de la integralidad, que demarca el camino para ejercitar la protección integral; resalta, que las políticas de atención a la infancia y adolescencia están orientadas al ejercicio de los derechos económicos, sociales y culturales en materia de prevención de riesgos de vulneración de derechos. Con ello pretende hacer visible la obligación del Estado para con la protección de la infancia en todo el territorio colombiano.

Su lenguaje se instala en el deber ser y la incomodidad de se presenta en la realidad, cuando las políticas sociales y públicas parecen ser un asunto residual en relación a la garantía de

los derechos para los niños, niñas, adolescentes*. Pese a ello, su crítica al restablecimiento de derechos se fundamenta en la manera cómo se institucionaliza este ejercicio, además de fragmentada y temporal. Subraya que las identidades parecen deteriorarse como respuesta al encierro*. A la conclusión que llega Cielo Mariño Rojas es que, pese a que el Estado tiene una

* No cabe duda sobre la distancia que se presenta en torno a lo expresado en la literalidad de la ley y los desafíos territoriales que se le presentan. Como ejercicio de interpretación que desborda lo manifestado por la autora en mención, suele discutirse el reclutamiento forzando como una responsabilidad delictiva del grupo armado insurgente, quedando en la sombra las limitaciones y la obligación del Estado para con la protección de los derechos de todos los niños, niñas y adolescentes en Colombia. Suele exhibirse un discurso punitivo en lo que tiene que ver con situaciones de conflicto armado, cuando las violencias estructurales no han sido abordadas por las políticas públicas de acuerdo al deber ser compartido por Cielo Mariño Rojas. Queda una deuda de mayor envergadura con la población indígena, afro y campesina quienes son los más afectados por el Conflicto Armado de este país, sobre todo, por el recrudescimiento de lo que aparece como estructural en relación a la precariedad en la que habitan y la precarización de sus vidas como efecto de políticas ancladas a modelos neoliberales, las cuales tienen como consecuencia la instalación de economías extractivas para soportar la dialéctica de producción y el consumo.

*Por más que se quiera definir un proceso de restablecimiento de derechos para niños, niñas y adolescentes desvinculados del conflicto armado, no puede olvidarse que los encierros no siempre son físicos. Existen también simbólicos que dan cuenta de la extensión de los estigmas fabricados por la sociedad civil que se resiste a comprender los orígenes de la vinculación y participación a grupos armados por parte de los niños, niñas y adolescentes, sino que terminan siendo señalados bajo el estereotipo del guerrillero arbitrado por movimientos políticos de derecha, así como la prensa y la televisión al servicio del poder. Desde allí, y apoyado en la necesidad de complementar las características de un encierro simbólico, es preciso referirse como analogía, al gueto judío descrito por Richard Sennett en el Extranjero.” ¿qué significa ser judío? ¿Qué significado tendría para los judíos, en lo relativo a su identidad como tales, el hecho de vivir en un espacio de segregación? (p. 30). La palabra judío se cambiaría por la de “guerrillero” para mirar sus efectos. Continúa el mismo autor: “¿Por qué la instauración de guetos funcionó para ciertos tipos de diferencia en la ciudad, pero no para otros? ¿Por qué, en el caso de Vencia, sería posible controlar

oferta institucional, no existe un verdadero restablecimiento de derechos a través de sus programas de atención especializada por parte del ICBF, donde la libertad, como presupuesto del ejercicio de los derechos, está condicionado por las limitaciones de internamiento a las cuales se ve abocado el menor de edad.

Lo anterior se destaca como una crítica al restablecimiento de derechos y su carga de impotencia con base a la expectativa normativa. Por otro lado, aparece un artículo que sitúa “los discursos biologicistas, economicistas y terroristas de la guerra y sus implicancias en los niños, niñas y adolescentes combatientes. Una lectura crítica desde el contexto colombiano” a cargo de Camilo Bácares Jara (2020). Dada su aproximación a los niños categorizados como víctimas del conflicto armado, con lo cual se inicia el despojo del equipaje del guerrero, al problematizar la tesis que los propone como combatientes sumidos en una condición natural.

Algo así como una prescripción que se encarna en el destino y que ofrece insumos para conocer al guerrero desde varias explicaciones que fundamentan la naturalización de su comportamiento, hasta determinar sus procedimientos en sociedad. Toma los discursos de la etología, la psicología, la antropología, para describir al combatiente que desborda los paradigmas de la criminología, pese al reduccionismo de la ciencia que lo quiere explicar todo sin lugar a comprender lo que escapa a su observación. Pueden entenderse como los bosquejos desde los cuales se grafica al guerrillero y su papel bélico en el conflicto armado.

Añádase a lo anterior, lo que el mismo autor—Carlos Bácares Jara (2015)—sitúa en una discusión que lo inquieta con base a “Los niños, niñas y jóvenes desvinculados de los grupos

mediante el aislamiento a los marginales religiosos y étnicos, pero no a los marginales sexuales?” (p. 37). Posiblemente, esto mismo sucede desde la espacialidad confinada para los excombatientes, con los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación—ETCR—hipervigilados desde un acompañamiento disimulado; otro escenario es el del restablecimiento de derechos, con medidas de vigilancia que aparecen encubiertas bajo el espectro de la protección. Nuevas maneras de disciplinamiento.

armados ilegales en Colombia: ¿Víctimas de la violencia política o sujetos del delito?"; Este documento da cuenta del espesor semántico y etimológico de la palabra víctima, desde el cual interpela esas categorías con las que se pretende emplazar a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes al servicio de la guerra. Interpela la legislación colombiana cuando localiza los sujetos mencionados en la categoría de víctima. No hay que olvidar que la ley 782 del 2002 es la que ratifica a todos los niños, niñas y adolescentes que fueron reclutados por grupos armados ilegales—GAI—como víctimas del conflicto armado.

Una vez descrita la situación, Bácares (2015) afirma “la decepcionante y parcial comprensión de una administración pública, que debería atacar los factores de riesgo, principalmente, por el frente de la prevención” (p. 30). A fin de cuentas, parece que los intereses gubernamentales no estuviesen dirigidos más que a perpetuar la guerra, cuando lo estructural nunca de ha convertido en objetivo de sociedad y de país. Con ello, el mismo autor sitúa a los excombatientes como víctimas de violencia política, por encima de los grupos armados que sirven de pretexto para que el Estado se lave las manos sobre la responsabilidad que le atañe.

Otro rasgo de las investigaciones que suelen estar orientadas al conocimiento del excombatiente—niño, niña, adolescente, joven—está a cargo de Ana Milena Montoya Ruiz (2007) que define su artículo como “Niños y jóvenes en la guerra en Colombia. Aproximación a su reclutamiento y vinculación. Su descripción radica en la manera cómo se reclutan y se vinculan los menores de edad a los grupos armados ilegales. Es un trabajo que busca identificar la génesis del concepto menores combatientes a la luz de marcos jurídicos e internacionales, así cómo lo que se ilustra en el Código de infancia y adolescencia, ley 1098 y sus tensiones con las implicaciones de la categoría de joven definido en la ley 375 de 1997. Hay que advertir que, el documento presenta la discusión sobre la voluntariedad relativizada en la vinculación a los GAI en el mundo, apelando a situaciones de orden psicológico que opera como combustible para unirse a las guerras.

Vinculación y reclutamiento están en primer plano que busca reconsiderar posiciones; este último lo refuerza en su exposición, donde declara—citando a los Principios de la ciudad del Cabo, 1997—que “Reclutamiento significa el reclutamiento obligatorio, forzado o voluntario o

en cualquier tipo de fuerza armada o grupo armado regular o irregular” (Ruiz, 2007, p. 43). Dentro de las formas que la autora refiere como esquema de vinculación o reclutamiento están los programas educativos que contienen formación cívico militar, con serios efectos en la instalación de una conciencia militarista como resultado de una eficacia simbólica, que los deja expuestos a la materialización de las conductas señaladas por por GAI.

En esa misma línea aparece William Ortíz Jiménez (2017), con su trabajo “Reclutamiento forzado de niños, niñas y adolescentes: de víctimas a victimarios”. La intención de su investigación está encaminada hacia el reconocimiento de cada uno de ellos como sujetos de derecho que no pueden ser imputados penalmente, dadas las condiciones en las cuales fueron incluidos a la guerra. Para darle fuerza a esta justificación que busca liberar de dicotomías sociales y conceptuales entre víctima y victimario centrada en un mismo sujeto—excombatiente—, describe los escenarios a los cuales fueron llevados los NNA una vez se reclutaron por parte del grupo, apoyándose, además, en el Auto 251 de 2008 emanado por la Corte Constitucional, con el fin de soportar jurídicamente la lectura que hace de dichos elementos semánticos.

Las investigaciones relacionadas con niños, niñas, adolescentes y jóvenes y el escenario de conflicto armado, parecen centrarse en la vinculación, el reclutamiento forzado, los efectos de cada uno de los acontecimientos descritos, pero poco en procesos de restablecimiento de derechos. por consiguiente, se presenta por parte de Elizabeth Torres Puentes, un trabajo llamado “Tramas del reclutamiento y participación de niños en el conflicto armado colombiano, donde la narrativa de los niños, niñas y adolescentes se torna como el objeto principal sobre las vivencias en los grupos armados irregulares del país. Esta exploración se realiza con base a la necesidad de reconocer rasgos estructurales y simbólicos en los relatos de cada uno de los participantes de la investigación. Algunos de los resultados planteados por Elizabeth, describen los lugares que ocupan los militantes—NNA—dentro de la estructura guerrillera, identificados como abstracción y codificación de las narraciones, así como la interpretación que se le ha dado—de forma reducida—al reclutamiento forzado en Colombia. Las espacialidades también son objeto de reconocimiento en lo que tiene que ver con las formas de vinculación a los grupos.

Señala además datos históricos sobre la participación de niños, niñas y adolescentes en las guerras que ha sostenido el país durante más de un siglo, donde los contextos oficiales, paramilitares y guerrilleros han alimentado la literatura como reflejo de un fenómeno que no se agota en los últimos años. Por otro lado, Mario Fernando Ortega Jurado (2012), ofrece en su artículo “Protección de la Infancia y Adolescencia en asuntos de Derecho Internacional Humanitario en Colombia”, algunas piezas semánticas que suelen desconocerse como efectos del DIH en los DH de la niñez y la adolescencia. Aquí vale la pena decir que, la lectura que hace el autor sobre lo relacionado en el artículo, pasa por la descripción de los tratados internacionales con sus protocolos, específicamente los que revelan la condición jurídica de los NNA. De lo anterior se destaca como conclusión en el estudio, la obligación del Estado que tiene para proteger a los menores frente al reclutamiento forzado, lo cual debe señalarse la edad de quince años como ideal para hacer parte de los GAI, contemplado en el Estatuto de Roma. Esta es la razón de la investigación que busca superar lo escrito en tratados internacionales sobre los menores de dieciocho años y los mayores de quince, como si el Estado Colombiano no reconociera el reclutamiento forzado para los niños que se encuentran en este periodo cronológico.

De las disposiciones psicológicas, políticas y jurídicas, se ofrece como escenario de investigación, una tesis doctoral llamada “La carrera de las niñas en los grupos guerrilleros y paramilitares de Colombia” (Parra, Martín, & Felipe, 2011). Este trabajo describe y analiza las maneras en que los niños del país se vinculan a la guerra y su proceso de retorno a la vida civil, asumiendo el interaccionismo simbólico como la ruta de estudio que más se acercaba al reconocimiento de las historias de vida de cada uno de los colaboradores epistemológicos. Para resaltar del trabajo en mención, se usa una categoría que toma el nombre de “niño soldado”, con lo cual se describen ciertas disposiciones para estar en la guerra, sumado a las condiciones sociales que operan como expulsoras de sus cuerpos al mundo bélico.

Este marco de análisis es extenso e inagotable, para lo cual los estudios se hacen insuficientes, dada la cantidad de aristas que tiene el reclutamiento forzado, donde las investigaciones operan como una especie de resistencia al reduccionismo estatal que se le quiere dar al fenómeno. Cerca de lo expresado anteriormente, se brinda la posibilidad de comprender lo

que pasa por la subjetividad del excombatiente; tal es el caso del artículo “Aproximaciones a la subjetividad y socialización política de jóvenes excombatientes del conflicto armado en Colombia” de Karen Lorena Jiménez y Viviana Ramírez Loaiza (2015). Lo más aproximado al lugar del restablecimiento de derechos desde las modalidades de protección del Instituto Colombiano de Bienestar—sitio desde donde se origina la experiencia institucional con niños, niñas, adolescentes y jóvenes desvinculados del conflicto armado—además de servir de contenido para develar las huellas del guerrero en el laberinto del excombatiente, es el hogar tutor.

Allí nace este documento sobre una modalidad de atención especializada que buscó fundamentar la responsabilidad social que se tiene en la mitigación de vacíos teóricos y prácticos en relación a la reintegración del excombatiente. El artículo muestra cada una de las modalidades con que cuenta el ICBF para garantizar los tránsitos armónicos de la guerra a la paz para cada uno de los usuarios de estos programas. Libertad y autonomía son palabras sobre las que se desprende una reflexión tenue y su relación con lo legal e ilegal, dado lo opaco de su discernimiento. Esta reflexión académica alerta sobre los vacíos que tiene la literatura científica relacionada con la experiencia de los jóvenes que circulan de cada una de estas modalidades al ejercicio de la ciudadanía y su expresión en la dimensión política. Una relación dual entre el joven y el Estado se propone como resultado del trabajo de investigación, donde señala la invisibilidad en su territorio de origen y el protagonismo que alcanzan en un escenario de asistencia y reparación.

Otra lectura sobre este contexto de análisis enmarcado en niños, adolescentes jóvenes desvinculados del conflicto armado, la aporta Juan Carlos Amador Baquiro (2008) con su artículo “El intersticio de la víctima-victimario: un análisis de los procesos de subjetivación de cuatro desvinculados de grupos armados en Colombia”. La pregunta por el tipo de sujetos que se construyen en medio de las violencias, la muerte, la guerra, se coloca como la principal razón de su estudio, incorporando la duda por la figura de infancia que se configura en ambientes que se tensionan como víctimas y victimarios. La historia y los deseos del sujeto se convierten en los universos proclives a ser descritos con este trabajo. Desde allí se les atribuye un especial significado a los aspectos socio—culturales y a la dimensión psíquica, como ejes de comprensión

en torno a las mutaciones y continuidades en esos procesos de subjetivación con que cuentan los NNA desvinculados del conflicto armado.

En suma, la revisión de trabajos desarrollados por otros investigadores a procesos de restablecimiento de derechos en Colombia es mínima, dada la connotación que impone el poder judicial en este país; el respaldo normativo a través de convenciones en marcos internacionales, define una ruta a seguir que no ha sido objeto de interpelación, pero sí de aceptación por parte de la institucionalidad. Se corre un riesgo en querer matizar los desafíos que presenta el paradigma legal para un escenario de tránsito de la guerra a la paz para niños, niñas y adolescentes desvinculados del conflicto armado.

Finalmente, los estudios realizados—de acuerdo a lo esbozado en este inventario de producciones académicas—se sitúan en marcos de referencia orientados más hacia daños psicológicos y necesidades de reparación para los NNAJ que han enfrentado la guerra en Colombia. Parece darse una especie de venia constante al patriarca Estado, donde la verticalidad y la disposición al ejercicio de la obediencia, no permite interpellarlo en sus entrañas. De allí que no haya suficientes insumos para soportar con mayor vehemencia, aquello que se traslapa en el restablecimiento de derechos para los guerreros.

Etnografía de las ausencias en el laberinto.

La palabra etnografía—con base a lo que se describe en su etimología—tiene sus orígenes lexicales en “etno” (nación, pueblo) y “graphein” (grabar, escribir), al cual se agrega la partícula “ia” que determina una cualidad*. De tradición norteamericana y británica instalada en la ruta de investigación de la antropología, se ha considerado la matriz de una terminología actualizada, donde otras disciplinas han querido tomar su camino para el reconocimiento de una realidad problematizada. Resulta ser una posibilidad—reflexionada—para escribir en contexto y retomar lecturas que no pueden ser entregadas a la memoria, como último recurso que idealiza el recuerdo.

Se ha conservado—pero también se ha validado—su ejercicio de inmediatez desde lo descriptivo, que ofrece la combinación de variables como la de tiempo y de lugar. Es un registro que tiene el investigador para entregar en el papel—diario de campo—lo que se hace significativo del mundo que vive, y no simplemente le rodea. Su entorno es objeto de observación declarado en su presencia y se ajusta al sentir que interpela cualquier ecuación de orden intelectual, sobre el que dispone un esquema de interpretación, sustraído de la realidad que pretende describir. Hoy en día, su práctica demanda rupturas en el dualismo sujeto—objeto, donde lo subjetivo está involucrado de manera directa con un escenario intersubjetivo, lo que permite romper con los diseños de objetivación que tanto perturban a los ortodoxos del método positivista, en esa pretensión de generalización a partir de lo que puede validar en medidas y muestras representativas, para dar por sentado la palabra verdad sobre los hechos que describe. Superar la instrumentalización de las relaciones con quienes comparten un espacio que revela el ser, por encima del deber ser, es lo que ofrece la parte, la particularidad, la experiencia sin objeto de medida alguna.

* Ver diccionario etimológico de Chile.

Suelen aparecer palabras relacionadas con la etnografía, la “expedición”, el “trabajo de campo”, la “intensidad”, la “presencia reflexionada”, la “observación”, la “excavación”, la “transcripción”. Todas ellas ofrecen un arsenal de ideas sobre las implicaciones de una metodología que se instala en una temporalidad en devenir, para ser compartida a través de una escritura que toma lo inmediato y contiene lo pasado, para dar cuenta de una lectura subjetiva que no tiene caducidad para ser comprendida. El reto de la permanencia en un campo se sitúa en condición de composición y confección de ideas, donde el nosotros se conjuga permanentemente en el plano de la interacción entre los actores del trabajo de investigación.

El Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, poco a poco se torno laboratorio de la experiencia, negando cualquier noción que pudiese llamarse experimento. No se trataba de reconocer las culturas de los jóvenes excombatientes—desvinculados del conflicto armado—sino más bien, se ofrecía como reproducción de lenguajes propios de la guerra como morada del guerrero que ameritaban un aprendizaje. Sumado a ello, sus prácticas al interior de la institución que los acogía para ir domesticando sus fuerzas de resistencia, eran las que se traducían en discursos desde los cuales se abrigaba la necesidad de comprender sus acciones, más que sus decisiones.

Lo interesante de todo ello era que, en el momento de registrar la información, no se contemplaba a la luz de los requisitos académicos propios de la formación doctoral, que posiblemente hubiesen constreñido el camino y restringido el paso a otras dimensiones propias de la libertad del hacer por parte de quienes investigan. Había un interés en depositar lo identificado en cada encuentro, como propósito de desbordar los lineamientos sobre los cuales se ubicaba el proyecto de desprendimiento del sujeto de derechos, con relación al combatiente que iniciaba su tránsito de desvinculación. Las notas se dieron en forma de laberinto, con muchas entradas, demasiadas aristas, proclives a ser puestas como entramado de una reflexión orientada a la rebeldía de una organización, que se prestaba a insubordinarse contra el libreto predeterminado por las altas esferas gubernamentales.

De igual forma—dada la espontaneidad del trabajo de campo—los colaboradores epistemológicos nunca fueron seleccionados arbitrariamente. Se presentaron a partir de los

espacios que iban quedando como residuos del día, de una cotidianidad organizada y estructurada de acuerdo a los postulados de quienes posan de intelectuales—burócratas y tecnócratas del sistema—que no logran dar cuenta de lo que queda en el borde de las prescripciones jurídicas e institucionales. Los restos del día—fundamentado en lo planeado—se dieron como encuentros intempestivos, sólo provocados por la emergencia de la escucha y de la atención a la sonoridad de la intimidad del guerrero. No era necesario registrar la cotidianidad de la institucionalidad, sino más bien, sus efectos en los cuerpos de quienes entraban en esa especie de ritual de paso de combatiente al excombatiente.

No obstante, pese a estar aplicando una etnografía con apellido propio—dada la naturaleza de las posiciones y proximidades espaciales en el campo de dominio institucional—puede correrse el riesgo de relativizar su ejercicio al agitar lo lineal de lo que denota y que ha servido para construir en su epistemología. Lo que sí se pretendió fue superar los anclajes disciplinares que ataban las comprensiones y se orientaban hacia un registro de la patologización de la conducta, una zona cómoda de interpretación para el saber experto; sumado a ello, fue posible desbordar aquello que se ha contemplado como etnógrafo: “como principal instrumento de investigación y término de comparación intercultural, el etnógrafo es, además de un ente académico, miembro de una sociedad y portador de cierto sentido” (Guber, 2011, p. 37).

Reconceptualizar, pero también adjetivar la etnografía desde lo laberíntico, dada la vuelta en sí sobre las ausencias de los excombatientes, toman fuerza los encuentros y la memoria escrita en torno a sus reflexiones que no estaban siendo presas del formato, de la mediación y de la paráfrasis de quien se decía conductor de sus vidas a partir de las profesiones que encarnaban los funcionarios institucionales. De acuerdo con Rosana Guber (2011), “la investigación no se hace “sobre” la población sino “con” y “a partir de” ella, esta intimidad deriva, necesariamente, en una relación idiosincrásica” (p. 39). No se habla de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes desvinculados del conflicto armado, excombatientes, sino con ellos, desde sus voces que terminan usando estas letras para reproducir sus mundos interpretados por otros.

Precisamente, esa apertura despojada del formalismo de la investigación, de la preocupación por el dato, por la información localizada en el esquema de percepción de quien

investiga, permitió romper con el orden secuencial esperado por los dogmáticos de la academia, como crédito de libertad de quien se dispone a la escucha y al sentir al otro en medio de procesos de alteridad; allí se pudo apreciar el libre albedrío de quien se presta a escuchar, pero también a acompañar, porque su deliberación íntima contemplaba un registro que superaba las barreras del extractivismo académico y lo llevaba a pulso hasta producir el impacto que podía ocasionar la racionalidad de la atención como secuestro institucional de los cuerpos guerreros. Predominó la vivencia que nutre la experiencia, por encima del experimento que se hace natural para encapsular el conocimiento en bóvedas del régimen del decir. No fue un asunto de observación, sino también de interlocución con sus mundos, para reconocer sus derivas, sus bordes, pero también sus desarraigos de los cuales eran protagonistas.

Hablar de una etnografía laberíntica presupone una oferta de entradas sin disposición a la regulación académica del dato como salida hacia el abrazo de la semántica propia de las ciencias sociales; los encuentros no eran forzados por la técnica de la entrevista, sino más bien, producto del tejido oral como ejercicio de la necesidad de confiar, en medio de múltiples incertidumbres que los hacía desconfiar de quienes juzgaban de forma implícita sus lugares de procedencia. ¡En el guerrero, la guerra como origen! Registrar las reflexiones desbordaba cualquier manifestación de invasión a sus territorios de pensamiento, por el estar desprovistas de códigos académicos donde el carácter reflexivo de los espacios relacionales no era consciente.

Expresión y comprensión sin caducidad definida por el derrotero de la fábrica en serie de la maquinización de la academia—al cual se viene adhiriendo el investigador en venta—se revela en la ausencia, la cual permite convertirse en un escenario que se hace campo mediado por las huellas del guerrero. Es decir, si se asume que “las huellas no son sólo lo que queda cuando algo ha desaparecido, sino que también pueden ser las marcas de un proyecto, de algo que va a revelarse”^{*} es un terreno propio que sirve de indisciplina ante la pasividad con que se acumulan los aprendizajes del trabajo de campo. Allí los relatos tampoco vienen precedidos de una agonía temporal; no se agotan con el tiempo, sino más bien, se dejan de lado y se olvidan con la intención de no menoscabar lo vigente.

* Ver qué es la política de Hannah Arendt, quien cita a John Berger.

En el relato se participa y se expone el individuo que se empieza a liberar de las cadenas del sujeto. También él se sostiene a través de la interlocución que revitaliza cada palabra que se encarna en sus decires. De acuerdo a ello, se daba como emergencia de la cotidianidad de quienes habitaban el espacio institucional, donde cada práctica puesta en el vocabulario de la reflexividad interpelaba al sí mismo, pero también a los otros que compartían las dimensiones de habitar, una trama sin la presencia de algún guía para vehicular el corolario de la intimidad del guerrero. La membresía a este círculo de complicidades no estaba sujeta a las jerarquías de la organización que los acogía; más bien, resultaba de forma natural como producto de las necesidades del hablar, sobre lo que aparecía encubierto por las capas de sentido, que se le otorgaba como figura de excombatiente y su ambigua imagen de víctima.

La pertinencia que ofreció esta etnografía de las ausencias es precisamente lo que produce como contexto, que no está prefabricado desde la planeación de la academia, sino más bien, se ajusta a las descripciones libres y espontáneas que suelen estar desprovistas de los enfoques teóricos con que paraliza su retina, su oído y su capacidad de asombro. Mucho menos existía la necesidad de forzar explicaciones y clasificaciones de los relatos en modo de códigos ajustados a los preceptos convertidos en objetivos controlados por las rutas metodológicas, que se hacen proyecto como diseño de una investigación. Con ella se abría paso al interpretar con base a lo prescrito, además de categorizar una línea de trabajo que subsumía la libertad y condicionaba el relato orientado hacia las búsquedas del investigador.

Lo que permite lo laberíntico y la ausencia es romper con las ataduras que se dan a partir de referentes teóricos, quienes demarcan una línea a seguir con la cual dividen realidades entre centro y periferia, donde sus entornos pueden ser más esenciales como producto de una investigación. Desde esta perspectiva, la noción de campo no puede quedar reducida a la temporalidad proyectada como resultado de un ejercicio de planeación; pudo ser vista como el registro de algo que fue y que hoy se hace ausente, mediante la huella que deja la escritura cuando atrapa el relato y la descripción de la vivencia.

Sustraerse a cánones imaginarios o códigos que dirigen el sentido del “estar ahí”—en un territorio* que produce sensaciones entre quienes convivieron en el mismo espacio—se soporta en los horizontes de sentido que se provocaron mediante la experiencia. “En suma, la reflexividad inherente al trabajo de campo consiste en el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente—sentido común, teoría, modelos explicativos—y la de los actores o sujetos/objetos de investigación” (Guber, 2011, p. 50). El equipaje del investigador se fue dotando de cada palabra por parte de los jóvenes desvinculados del conflicto armado colombiano, donde la reciprocidad en el decir fue tejiendo un marco de interpretación que fluía y confrontaba posiciones “epistemocentristas” sobre las cuales se sostiene la institucionalidad.

La sistematicidad no fue un principio epistemológico a tener en cuenta para el desarrollo del trabajo de campo; más bien, la palabra laberinto se apropió de su espacio semántico y atrajo la reflexividad sin las presiones de la meta o el objetivo. No existía obligación alguna para desplegar en red el registro de los relatos y de las vivencias cotidianas de los guerreros en proceso de reciclaje de sus fuerzas.

Adjetivar un método que tiene sus raíces convencionales, históricamente situados en la observación y la participación, es pretender correr el riesgo de organizar una especie de apellido a lo que ya se ha definido como etnografía. A ella se le ha calificado como multiubicada, pero esta vez, con base a conceptos inscritos en su validez toma la ausencia y el laberinto como trama de significados. Para empezar, la etnografía laberíntica con base al contexto señalado reviste dualismo que proporciona un estar dentro, pero también un afuera; es de advertir que la etnografía tradicional toma como registro el testigo como rol de quien investiga.

Muros y centros, paredes y caminos, suelen representar los bloques conceptuales sobre los que se erige un vocabulario del restablecimiento de derechos. Se hacen bulevares con la expresión de un lineamiento que logra forzar las rutas de acceso a una sola puerta que conduce al

* Hay que tener presente que, el territorio sobre el cual se ofrece una lectura a lo acontecido es el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá.

éxito prometido. Desde allí la confusión de los trayectos institucionales que se ofrecieron como tarea para ser interpelados a partir de la manera cómo sus usuarios subjetivaban el nuevo orden. El universo en el cual se instalaba el proceso se hacía un monólogo de ideas imposibles de descifrar.

La pluralidad se convierte en entorno, mientras la uniformidad se hacía estándar para medir los alcances del proceso, más no los sueños de quienes debían estrecharse con sus mecanismos y procedimientos. Era la expresión de un laberinto univariario. Sus exteriores no eran leídos fácilmente, además de no ser acorde al esquema mental de quien se siente prisionero de la duda, la incertidumbre y la angustia. Se les vendió la promesa con base a la senda que se instala en modelos capitalistas que los conduce al éxito.

La familiaridad estaba garantizada por parte de quien investigaba, cuando habitaba el espacio con quienes se encontraban en proceso de restablecimiento de derechos, oriundos de varias zonas del país, específicamente de los Departamentos del Cauca, Nariño, Antioquia y Chocó, en su mayoría indígenas y afrocolombianos. Un observador, participante de sus días, involucrado en su cotidianidad y solidario en sus expresiones, comentarios al margen de los derroteros institucionales, se convirtió en texto, cuando las notas sobre una realidad puesta en el vocabulario del guerrero, era refractaria ante las disposiciones del orden establecido por los paradigmas de quien se hace merecedor de funcionario estatal.

Era un testigo de primera mano. De allí la solvencia de quien asume de forma respetuosa las dinámicas discursivas de quien detenta el estereotipo de la rebeldía, proclive a ser domesticada para no continuar con el cultivo de la indignación. Describir sus relatos—aunque fueron muchos, siempre se tomaron los de mayor relevancia—se prestaba como una foto instantánea convertida en signos de escritura, los cuales no son poseedores de una fecha de caducidad; siguen vigentes en la ausencia, desde donde la etnografía se despliega con base a las huellas que deja la experiencia, esculpida por los pasos, las palabras, las acciones, las prácticas, entre otros.

No era un asunto que se ilustra como foco de atención rasgos políticos, culturales o morales de un combatiente encerrado en la institucionalidad, asumido como principio de abordaje; más bien, esta lectura se dio como efecto o consecuencia de una serie de espacios libres del formato del interés investigativo, sumado a las resonancias provocadas por procesos anteriores investigativos, alrededor de la necesidad de reconocer la formas en que se construyó la masculinidad en los niños desvinculados del conflicto armado. En este caso, comprender el punto de vista del excombatiente en relación a su lugar y las señales de domesticación interpretadas por él, resultado de las reflexiones desencadenadas como efecto de lo subjetivado.

De igual manera, era también la posibilidad de explorar sobre lo observado, la relación que se ofrecía como dualismo existencial entre un excombatiente que se perfila como experimento estatal y un guerrero que ha dejado de ser combatiente, pero su vocabulario recrea constantemente la nostalgia por la lucha, independientemente de aristas psicoanalíticas que conjugan el patologizar en la mirada y el discurso de quien se dispone como locutor de su vida; aquí el propósito se volcaba hacia la comprensión del mundo del restablecimiento de derechos desde su perspectiva y desde su óptica natural y espesa.

El trabajo de campo se hizo en el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, operador del servicio público del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, donde se recolectó información derivada de las conversaciones y de los de archivos de las historias integrales de los usuarios que se hicieron colaboradores epistemológicos de este trabajo, pero salvaguardando las identidades, con base a lo señalado por los protocolos de seguridad. La mirada a los archivos era con el ánimo de lograr superar la inquietud en torno a lo transmitido formalmente por la operatividad del instrumento ajustado a los paradigmas del restablecimiento de derechos.

Las entrevistas nunca fueron intencionadas o dirigidas. Tomaron un escenario—que en principio se dio como libre albedrío que transgredía las fronteras de la deliberación íntima del excombatiente—espontáneo, una oportunidad para no dirigir el discurso, sino interpelarlo con vocación investigativa, sin perder el rigor que ofrece el canon de la conversación con estatus académico. Una ocasión para hacerse más cercano a los guerreros, procurando no alterar la

sinceridad con la que hablaban; simultáneamente, ganando confianza a través del diálogo desprovisto de roles que otorgaba la figura de autoridad dentro de la organización. Una escucha atenta, donde su desenlace no se lograba registrar en su totalidad en las notas de campo para lo cual se dispone de lo escrito en otra temporalidad.

Hacer y hacerse produjo mutaciones en el investigador, a partir de los quiebres que ofrecían los razonamientos de quienes nunca eran considerados propietarios de un ejercicio de tal magnitud, con respecto a lo asumido como proceso de restablecimiento y reintegración civil. Hacer el trabajo en el campo institucional con orientación investigativa permitió el agente institucional desmarcarse de los dogmas del restablecer y comprender, en armonía con las resonancias de los jóvenes guerreros, y potenciar una crítica que llevaría a las aguas movedizas lo que se había instalado como absoluto y sólido.

La relación y la imparcialidad se ofrecieron como respuestas en orden secuencial, en el momento de poder interpretar las frases que se daban en medio de las conversaciones con los excombatientes, todo un relieve que configuraba la incertidumbre ante una nube oscura que sólo ofrecía un camino hacia la reconciliación y el perdón; primero, camuflados en lo que otorga la condición de víctima para despojarlos del estereotipo irritable del victimario—combatiente, con el ánimo de ser aceptados, y posteriormente en un prefijo “ex” que terminaba siendo un experimento del Estado, cuando sus gobiernos querían doblegar cualquier revuelta sobre la indignación que produce la miseria, el hambre y la desigualdad.

“¡Nunca vamos a ser ricos! Por eso pa qué nos dicen mentiras; no tenemos nada qué perder con estar en la guerrilla; aquí nos tienen es como dormidos” Dijo Jorge Eliecer, uno de los colaboradores del trabajo en mención. Una especie de anestesia que fue registrada en los capítulos que confeccionan esta tesis. Un reto adicional es la tensión entre la subjetividad y la objetividad, pero aún más, para los lectores positivistas que reclaman un acervo de las evidencias. Conviene, sin embargo, advertir que, lo cualitativo instalado en lo inductivo nunca busca generalizar los hallazgos o las interpretaciones sobre lo observado; más bien, alertar sobre las particularidades que se ofrecen como respuesta a las elaboraciones de los eruditos procesales,

que se quedan atrapados en el discurso primitivo de un canibalismo jurídico, lo cual pretende absorber expresiones emancipatorias de acuerdo a los dictámenes de la normalidad.

La estructura del proceso restablecimiento de derechos, tanto en lo simbólico como en lo material revelado en las instituciones, era el esqueleto que se presentaba bajo el dominio del investigador. Su normatividad encarnada en convenios internacionales y en la constitución del 91, engendraban propósitos encubiertos en un Estado liberal y de bienestar, desde lo cual se muestra como un orden de perfecta configuración que busca exaltar la dignidad humana como principio prejurídico y metajurídico, pero con un crédito de obediencia y acogimiento de todo el estatuto normativo. Nada en discusión a partir de lo refinado de sus presupuestos legales. Pese a ello, la realidad desborda las pretensiones de regulación y control de las vidas, donde una mirada historizada bastaba para desconfiar de lo que faltaba por resolver a través de las épocas y que aún continuaba como cuenta pendiente. El ámbito jurídico no daba respuesta satisfactoria, más bien, sus sentencias han sido débiles, frágiles e inocuas ante los desafíos sociales, sobre los cuales se ha inscrito la rebelión.

Como investigador de campo, fueron aproximadamente cinco años de permanencia y co-residencia con los niños, niñas, adolescentes y jóvenes desvinculados, víctimas, combatientes, excombatientes. De allí que, sólo quedarse con la perfección forense no era suficiente al contrastarla con la realidad humana de quienes no podían ser interpretados desde la observación de sus comportamientos, sino desde la puesta en escena del sentir convertido en palabras y posteriormente en texto. Los murmullos que se hacían sonido en medio de tantas noches despojados de vigilancia e hipervigilancia, eran traducidos en medio de la oscuridad, sólo con la luz tenue de la luna que iluminaba sus vocablos para lograr atraparlos en la escritura, que no era piedra, pero sí papel que hasta ahora se conserva. Era un multivariado sin la rigidez natural de quien está esperando los resultados de la focalización de la entrevista; más bien, se debía rienda suelta al laberinto de sus ideas.

Lo que se registraba era la huella de las rutas que conformaban el dédalo de su pensamiento. El espíritu crítico se consignaba en las hojas ayudado por la pluma del etnógrafo, al mismo tiempo, corrigiendo las libertades del habla atendiendo a los preceptos de la ortodoxia

gramatical. Estaba inmerso en el campo mucho antes de que se asumiera el contexto de trabajo como proyecto metodológico de la ruta investigativa, para atender la lógica subjetiva desde la cual se discutía los márgenes del régimen del lineamiento a seguir. Sentir, estar a la escucha y ver con los propios ojos y nunca prestados, era recoger el punto de vista desde una perspectiva de integralidad, con lo que se consolida un camino que luego toma el nombre de una etnografía de las ausencias, que toman como huella el recuerdo y los escritos de aquellos acontecimientos.

Leer al sujeto que va transitando del “combatiente” al “excombatiente” mediado por el restablecimiento de derechos—el campo de trabajo fue el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá—como contexto de análisis crítico dispuesto por la reverberación de las deliberaciones nocturnas, era un desafío para quien no habitó la guerra y todas sus derivas; sólo podía reconocer cada una de las aseveraciones que se ofrecían como reparos a la vida institucional tomando como referencia la supervivencia bélica. El combatiente como un nativo de la guerra, no podía ser leído en sus prácticas inmediatas, más que lo que declaraban sus cuerpos sujetos al disciplinamiento del combate, sus rituales y todo lo que obedece a su conservación como testimonio de su fuerza guerrera.

Hay que mencionar que lo que se ha construido desde la interpretación de lo acontecido en este escenario de restablecimiento de derechos, no tiene asidero desde lo moral, sino desde una epistemología que se robustece de forma sincrónica con la cristalización de una crítica a la domesticación de las fuerzas del guerrero, que abandona la rebeldía y se entrega a los brazos de la promesa neoliberal como proyecto de vida. Es cálculo, racionalidad gubernamental, predicción en medio de bifurcaciones que se hacen laberínticas, para situarlo en una salida hacia el centro de su cuerpo cívico, normalizado y neoliberal. Si bien es claro que—de acuerdo con Geertz citado por Packer (2014)—“la etnografía en particular, es “ver las cosas desde el punto de vista del nativo” (p. 251), aquí lo que importaba es verlas desde el punto de vista del excombatiente, como cuerpo receptor de un modelo de vida que se pretendía instalar en su piel. Desvincularse—desmovilizarse, opera como la muerte del rebelde y dar vida al obediente “civilizado”.

La experiencia fue cercana, compartida, sin caer en la simulación del pronombre “nosotros” que reviste una retórica tramposa del “nuestro”. Era un espacio cotidiano compartido

en las entrañas de la institucionalidad que declara el modelo a seguir; esto no quiere decir que no había una mirada a lo alto de referente conceptual del restablecer. Perseguir contrastes entre las prescripciones jurídicas y las descripciones reales del contexto de relaciones intersubjetivas se dio como entorno del centro de discusión como crítica al escenario del restablecimiento para guerreros en horizonte de excombatientes. Mover lo intelectualmente dispuesto en la comodidad teórica surgió como efecto de las comprensiones del mundo que se instauraban en el decir de sus nuevos habitantes de las medidas administrativas del restablecimiento de derechos.

Hay otro aspecto que se dio como una especie de “viraje dialéctico”^{*} fue precisamente una constante articulación con escenarios de país, en lo que tiene que ver con el conflicto armado, sus apreciaciones, las gestas, búsquedas y contradicciones que vuelven la retina sobre una izquierda revolucionaria y una derecha con poder; sus comentarios entregaban una lectura poco común en cuanto a una mirada reticular al campo en disputa de las organizaciones insurgentes, si se tiene en cuenta que muchos piensan que los niños, adolescentes o jóvenes no tienen la madurez mental suficiente para devolver algún rastro ideológico. El poder es de la derecha y la revolución de la izquierda los colocaba en consideración, cuando vivían en una sociedad polarizada; la una exigía derechos, mientras que la otra conservaba la posición y entendía el derecho como un acto de clemencia al demandante.

Sus palabras fueron la morada del etnógrafo, aún conservando la dicotomía que ofrece Gadamer citado por Packer (2014): “¿Conocemos las palabras o conocemos las mentes?” (p. 253). Por lo pronto, sus palabras terminan siendo la prueba de su presencia en ausencia, lo que significa aproximarse a lo que registra su mente y comparte su decir. Desde allí se depende lo que implica, además de oír, escuchar tonalidades, sonoridades; hasta el propio rostro se invoca

^{*}Una expresión de Geertz, citado por Martín Packer (2014, p. 252) en su libro “La ciencia de la investigación cualitativa”, que dice: “El viraje, por supuesto, es el zigzag que hacen los botes al cambiar de dirección de un lado al otro para lograr el beneficio máximo del viento.” Esta fue, precisamente, la oscilación que presentaba el etnógrafo en torno a los decires de quienes compartían la intimidad de un guerrero, cuando su confusión materializada en la verbalización del pensar deshilvanado, prometía más un delirio que un proyecto acomodado a la circunstancias del restablecimiento de derechos.

en el momento mismo de volver a escuchar el timbre lexical registrado en el papel. Es una especie de evocación para darle forma a una etnografía de las voces, situada en ausencia de cuerpos, pero con la presencia en resonancia permanente adherida al cuerpo mismo del investigador, quien ha sido tocado, una y otra vez, por las voces de quienes ya no están en la condición de sujeto de derechos.

La observación allí se deja atrapar por el ruido de las palabras, como si se distorsionara la necesidad de—como dice Jean—luc Nancy (2007), ver, superando el isomorfismo entre lo visual y lo conceptual, cuando esto último puede funcionar como un esquema preconcebido para encasillar lo que se ve en el repertorio de constructos con los cuales se hace el académico. Por eso, “Escuchar es aguzar el oído —expresión que evoca una movilidad singular, entre los aparatos sensoriales, del pabellón de la oreja—una intensificación y una preocupación, una curiosidad o una inquietud” (p. 9). Esas turbaciones en relación a la duda en el excombatiente, aún siguen vigentes en el tímpano del investigador, que armoniza con la huella que ha dejado su voz atrapada en la escritura, para ofrecer la más encumbrada de las composiciones.

De allí que—según Bogdan y Biklen*--se asuman los registros como ecos de lo percibido, oído e interpretado:

Las notas de campo con frecuencia son tratadas como un registro directo de lo que ha observado, “el recuento escrito de lo que el investigador oye, ve, experimenta y piensa en el curso de la recopilación y reflexión sobre los datos en un estudio cualitativo” (Packer, 2014, p. 255)

El propio Geertz, citado por Packer (2014), afirma que “no son un registro literal, sino una interpretación” (p. 255). Esto permite reconocer que las inscripciones transgreden la temporalidad, la espacialidad y la transliteración, cuando la escritura permite una odern gramatical que mimetiza el habla, pero organiza las ideas sin perder el rigor de lo escuchado, lo hablado y compartido. Cada uno de los apartados contemplados en este ejercicio académico que supera una lectura fragmentada, advierte sobre la cimiento de los discursos promovidos dentro de

* Citados por Packer (2014, p. 255)

la institucionalidad, pero al margen de los derroteros anatomotemporales programados para la ocupación del día, dentro de un proceso de atención. Dicho de otro modo, es la interpretación del testigo que da cuenta de la fragilidad del restablecimiento del derecho que ha exteriorizado sus más profundas falencias, cuando los movimientos del individuo recrudescen sus limitaciones.

PRIMERA PARTE

LAS HUELLAS DEL EX/COMBATIENTE EN EL LABERINTO DEL GRAN ENNUI



*“Usted me puede decir, después de la guerra, ¿qué queda? Nos han prometido otra vida, pero lo que veo es mero aburrimiento; no sabemos qué hacer después de todo y la verdad, no tiene sentido esta quietud, parecemos perdidos, sin brújula como lo teníamos en la montaña”**

* Fragmento de un relato de un ex/combatiente.

En medio del desencanto, de las promesas incumplidas, de los desfallecimientos por las luchas inconclusas aparece el *gran ennui*:

“Una sed de nuevos colores, nuevas formas, nuevas posibilidades, de excitantes descubrimientos para oponer a las chatas propiedades de los modos de ser burgueses y victorianos”. (Steiner, 2006, p. 38).

Tal vez este sea el comienzo de la visibilización de nuevas prácticas que se oponen a las establecidas, a las que han sido gobernadas por los agentes estatales y han estado emplazadas en las formas hegemónicas de reintegrarse y reincorporarse.

El prefijo *re* indica la repetición de algo que paradójicamente no estaba. No se puede continuar en su refuerzo, cuando las luchas del ex/combatiente han sido desde la periferia hacia el centro de las prácticas de gubernamentalidad.

El escenario de restablecimiento de derechos busca la reincorporación de los jóvenes excombatientes a la vida civil fuera del combate. Pese a ello, la diáspora del guerrero, su simbología, sus gustos, sus preferencias, su historia, su equipaje existencial, sus posibilidades de narrar aún siguen vigentes. Lo primero en establecerse es el silencio, el olvido de sí—del guerrero—y con ello la negación de su propia intimidad. Explorar este escenario es condición *sine qua non* para reconocer con qué se queda el excombatiente para hacer parte del restablecimiento y la llamada re-incorporación, al ser objeto del discurso de la desvinculación y la desmovilización en su tránsito de guerrero a víctima.

Su intimidad es negada a través de procedimientos de sometimiento que se revisten de una retórica aparentemente inexpugnable: *verdad, justicia, reparación, garantía de no repetición*. Es la renuncia a su itinerario biográfico, si es que quiere hacer parte de los presupuestos morales y políticos que se conservan como ideales de sociedad, en la que se espera, paradójicamente, el perdón y la reconciliación con los equipajes existenciales vacíos.

Señalar esa intimidad como punto de partida, permite pensar en otras variables que se derivan de los gestos de hospitalidad que contiene el guerrero. Los rasgos de alteridad que

le dan otro fondo a lo humano como significativo, se mantienen como adarga frente al avasallamiento de proyectos individuales sobre el que corren los perfiles del excombatiente. Es una manera como se subsume su voz en un océano de monofonías jurídicas. De allí que las preguntas nazcan en el pliegue y la sutura de la reflexión sobre unas vivencias que siguen pendientes de ser narradas, con base al trayecto que excede lo laboral y lo institucional. Los jóvenes excombatientes, guerreros en su espíritu, son poco comprendidos porque son leídos desde perspectivas éticas* desmoralizantes.

Colombia viene desarrollando un proceso de transición de la guerra hacia la paz, que implica resemantizar de todo lo que connotaba la lucha armada y describir otros universos de expresión que se hicieron experiencia y no sólo ideales. Desde allí se ha plateado—por algunos—la ausencia de conflicto y se afirma una armonía que pasma y debilita la pluralidad, la diferencia y la heterogeneidad del equipaje existencial del excombatiente, estigmatizando su empresa guerrera desde el delito de rebelión, dejando en el borde de la discusión la verdadera trama de la lucha armada.

Ese ideal se construye sobre formas patriarcales de obediencia, donde la manipulación simbólica, como estrategia de transacción, reviste la puesta en escena del juego que proporciona la dicotomía dominante / dominado.

En este paradigma, que sigue insistiendo en su técnica, el Estado se adueña de la vida del excombatiente a través de las tecnologías de sometimiento ejercidas por los agentes estatales. Aparece una especie de comodidad política que implica el ejercicio del

acatamiento, el acallamiento, el disciplinamiento y el control de las existencias que pretenden desmovilizar. Tal parece que, las posibilidades de inserción del excombatiente, deben tener el

* “No hay ética porque sepamos qué es el <<bien>>, sino porque hemos vivido y hemos sido testigos de la experiencia del mal. No hay ética porque uno cumpla con su <<deber>>, sino porque nuestra respuesta ha sido adecuada, aunque nunca pueda ser suficientemente adecuada. No hay ética porque seamos <<dignos>>, porque tengamos dignidad, porque seamos personas, sino porque somos sensibles a lo indigno, a la indignidad, a los excluidos de la condición humana, a los infrahumanos, a los que no son personas”. Ver en *Ética de la Compasión* de Joan Carles Mèlich, (2010, p. 222)

crédito del olvido, la resignación y la renuncia a cualquier interpelación, para poderse ajustar a un sistema adecuado al decir de los vencedores y las clase dominante. De acuerdo con Rossana Reguillo (2017), en este contexto los jóvenes son devorados por el poder: “un poder de ocupación que para poder subsistir y reproducirse requiere de engullir cuerpos, territorios, riqueza, imaginarios, vidas cotidianas. Engullir para luego vomitar en un acto bulímico que se convierte en bucle” (p. 33).

La fabricación de creencias sobre el desarrollo individual y personal se da a costa de la ruptura de las redes y conectividades que suelen ser el suelo común para lograr decantar el cambio y la transformación del excombatiente.

Como espejismo de desarrollo y progreso, se instala un gobierno que promueve *la política de seducción* como respuesta a la rebelión, cuando los mundos imaginados desde otros se ubican en el lugar del *chivo expiatorio* para despojar de valía la memoria del excombatiente. Allí la ética y la moral se edifican sobre el basamento del acatamiento, con todo su corolario normalizador y apaciguador, donde las desigualdades en la decisión y la propuesta a seguir, coloniza su ser, provocando su silenciamiento bajo un régimen del decir que, además de domesticarlo, busca poseer su subjetividad a cambio de la renuncia a repetir los actos de rebeldía.

De allí surge la pregunta, *¿qué queda de la rebelión en la fuerza guerrera de un excombatiente?* La idea de *fuerza guerrera* se convierte, precisamente, en el andamiaje epistemológico sobre el cual transitar su historia con todos los equipajes existenciales que ella demanda. La intención como *capital guerrero* se suscita en la necesidad de poder esbozar una ontología del ser guerrero.

Al mismo tiempo, la gramática del excombatiente* se instala en la necesidad de buscar la respuesta a una pregunta que le es fundamental: *¿por qué la fuerza guerrera*

* Para soportar esta gramática que pone en tensión al ser humano, devastado y desgastado por las obligaciones externas a las cuales da lugar las expresiones impuestas del excombatiente; reviste necesidad la posibilidad de conocer lo que se pierde en el trayecto del excombatiente, sobre todo, en palabras de Mélich, (2010), “esta pérdida de la capacidad de empalabramiento del mundo lleva consigo una crisis de confianza y de sentido, una

constituye un eje fundamental dentro del mundo de la vida? Todo ello deriva en una *fenomenología de la fuerza guerrera*, es decir, en pensar los flujos de vivencia del excombatiente y todo su caudal de experiencia que desata otros significados que exceden el acto de matar.

Al llegar a este punto es importante señalar que, el país se recrea en el acuerdo de paz que carece de preguntas fundamentales: *¿Qué pasó con la fuerza guerrera en eso que llamamos la modernidad? ¿Cómo se administró? ¿Cómo se expresó? ¿Cómo se le dieron contenidos? ¿Cómo se le quitaron Contenidos? ¿Cómo se configura la fuerza guerrera al interior de ese mundo cultural al que se llama modernidad?*

En este trayecto se hace visible un escenario de reincorporación que tiene como contenido unívoco el restablecimiento de derechos, donde la intimidad queda relegada al silencio y sufragada al olvido, con lo que se busca encarnar los presupuestos de la reconciliación y el perdón.

En este diccionario del *buen ciudadano*, del *desmovilizado*, no cabe la acción de *rebelarse*, aun cuando la razón instrumentalizada, centra el proceso en la regulación y en el control de la población que se desvincula de los grupos armados. Se fabrica un nuevo lenguaje y se comunica sólo aquello que le hace posible la reproducción de prácticas sometidas al conjunto de las nuevas relaciones de poder, donde el excombatiente se ve constreñido y diezmado en su libertad en el ejercicio de los presupuestos de la soñada *igualdad*. Todo ello afecta su campo de acción para reducirlo a su mínima expresión.

Miseria y pobreza permanecen ancladas en la biografía del guerrero. Los discursos institucionales—como brazos del Estado que son—dan cuenta de la ceguera que sobrellevan a conveniencia, con lo cual niegan la responsabilidad que tienen sobre las aspiraciones de los marginados y desfavorecidos. Las actitudes individuales de los

desorientación”. tal vez, esa es la vivencia hoy en día del guerrero, desarraigado y colonizado en su hacer y en su historia, lo que hace que su futuro esté atrás, una nostalgia por la guerra” (p. 132)

excombatientes suelen manifestar la negación a la instrucción y domesticación de su subjetividad, de acuerdo al horizonte educativo que se instala en la garantía de derechos, pero postergando los orígenes de su insubordinación. ¡Esa lectura de contexto, no interesa! Queda excluída del foco de atención del restablecimiento de derechos.

La observación simple sobre el excombatiente, hunde sus pupilas en el orden que impone el establecimiento. La sociedad se ha nutrido de lecturas hegemónicas basadas en un deber, que poco tolera el acervo de experiencia situado en un cuerpo guerrero. Así mismo, los discursos sobre lo que se espera de él, quedan atrapados en modelos urbanos para reproducir una nueva vida. El combatiente forjó el encuentro y la atención por parte del Estado, hacia algo que no pertenece a la territorialización del poder ejecutivo, legislativo y judicial de este país, como esquema de intervención mediática.

“¿Usted cree que por qué nos fuimos a la guerra? No va a ser por gusto, pero tampoco, como dicen todos, que nos reclutaron a la fuerza; bueno, la fuerza si tiene que ver, porque necesitábamos de la fuerza para estar bien, para vivir, por lo menos, mejor que donde estábamos antes de ingresar al grupo; antes, parece que todos lo conocieran, como si eso fuera un paseo y que lo único que pasa en esta guerra es lo importante; eso fue lo que nos mostró el Estado, que una vez metidos allí, si nos podían ver y ponernos cuidado; de lo contrario seguiríamos allá sin que nadie nos conociera; conocen de la guerrilla, pero al guerrillero no”*

Otro indicio para comprender cómo logra la maquinaria desactivar la rebelión del excombatiente se puede leer desde la relación *capitalismo y fuerza*. Las prescripciones del buen ciudadano que sobre él recaen determina qué será reconocido en los nuevos órdenes existenciales de los excombatientes y el modo como éstos se adecúen a las imposiciones de las subjetividades modeladas en el capitalismo. Aquí cabría preguntarse, *¿de qué modos la fuerza guerrera se inscribe en las lógicas del capitalismo?* El capitalismo no sólo es una

* Comentario de uno de los adolescentes usuario del proceso de restablecimiento de derechos.

formación económica y social, sino una formación de subjetividades soportadas por unas lógicas culturales.

Se deriva de toda esta constelación de preguntas, un último indicio: *Pensar la fuerza guerrera en relación con la colonialidad del Ser. ¿Es la fuerza guerrera un modo de la normalización o un modo de la resistencia?* Si fuera posible leer algo más que un dispositivo normalizador, el guerrero es solamente aquel que se dejó normalizar. De acuerdo con Mèlich (2014), esta palabra es:

Sinónimo de sometimiento y adaptación. Es la normatividad la que crea un espacio de normalidad o, dicho de otro modo, la normalidad se sitúa bajo la tutela de la normatividad, sobre la lógica normativa. La segunda variante, en cambio, la más fuerte, es, a diferencia de la primera, la que sostiene que es la normalización la que produce, la que crea lo ella normativiza, por lo menos hasta cierto punto. En otras palabras, en la variante fuerte primero se establece lo que es normal y a partir de esta normalidad se pone en marcha el procedimiento de normativización. En este sentido, la normalización es la creadora de normas.^{1*} (p. 157)

¿Qué queda de la rebelión en la fuerza guerrera? Tal parece que la respuesta a esta pregunta, detalla la necesidad de romper el silencio y destruir cada procedimiento de acallamiento, para que las palabras que dan contenido al saber que se expresa—y que no sólo se percibe—puedan otorgar la voz al excombatiente, lejos de los regímenes del decir que abundan en las prácticas de sometimiento, por más sutil que éstas sean.

En este nuevo *existenciario* se habla de trayectos de vida que deben ser resignificados desde el juicio del experto. Allí se busca negar la intimidad del excombatiente y gobernarla en una sola dirección, para articularla a los supuestos legales que silencian la voz de quien se convierte en sujeto de derecho. La imposibilidad del excombatiente también radica en la

* Para mayor ampliación del contexto de la normalización y su tensión entre normatividad y normalidad, ver “La Lógica de crueldad” de Joan-Carles Mèlich.

incapacidad de nombrar y de nombrarse en espacios que en el pasado, le fueron familiares y que, por circunstancias dispuestas en los trayectos de vida, se convierten en un nuevo desafío existencial.

De igual manera sucede con la regulación sobre su vida, cuando la pretensión del proceso de intervención es restablecer derechos. De forma imperceptible, domesticar la conducta para ablandar, someter y disipar cualquier continuidad de resistencia bajo el pretexto de garantía de no repetición. Luego, este mecanismo de sometimiento, opera en función de transformar la energía guerrera en obediencia y uniformidad, sepultando lo capitalizado por el excombatiente en su lucha armada.

En este escenario institucional se pretende soslayar la historia de vida del guerrero, reduciendo sus posibilidades de ser a través de mecanismos de control, que van socavando el acumulado ontológico del ser combatiente. En esta urdimbre de seducción y regulación, se entretajan prácticas discursivas orientadas hacia la dominación de la experiencia emancipadora que quede en el combatiente. A cambio de su resignación y su acallamiento se le promete el *éxito* de la reincorporación.

En la superficie de lo presentado por los agentes estatales, la cifra de desvinculados que presentan exitosamente las políticas de reintegración, invisibilizan aquello que De Certeau (2000) define como “las operaciones y los usos individuales, sus encadenamientos y las trayectorias cambiantes de quienes las practican” (p. 23). Para los agentes estatales sólo importa reducir el ruido que se genere en el escrutinio de lo público y de lo publicitable a través de lo mediático; importa la cantidad de cuerpos que se movilizan y que serán destinados a continuar de la misma manera, pero sin advertir la ausencia de lugares y de espacios propios.

Se trata de un proceso de reducción y no de inducción; pues las tácticas aprendidas por el excombatiente en medio de una guerra que es mucho más que la acción de la maquinaria de muerte y violencia, son en su conjunto despojadas de todo sentido. Lo único que cuenta es la estadística y no la trayectoria. Adormecidos por la moda de la rendición de cuentas, tan aclamada en los gobiernos que ponen en escena su egoísmo para deslumbrar

con cifras el efecto de sus políticas de reincorporación—una prenda mesiánica que se dispone como estrategia para la terminación del conflicto armado—se desvirtúa la realidad de un proceso que no se agota en lo cuantitativo; al respecto, De Certeau, (2000) afirma que:

La estadística “toma el material de estas prácticas y no su forma; marca los elementos utilizados y no el “fraseo” debido al trabajo artesanal y a la inventividad artesanales, y a la discursividad que combinan todos estos elementos recibidos y grises (p. 32).

La guerra no sólo es el acto de dar muerte al enemigo, es también un espacio que materializa experiencias y valores propios del universo simbólico del grupo, la vida en común, las tácticas de conservación, la protección de los otros, la sobrevivencia y ante todo la identificación con lo que les hace sentir y reconocerse junto a otros. Eso intangible que le permite al excombatiente ganarse un lugar en el horizonte de la guerra, escapa a cualquier masificación de la cifra, el dato frío y calculador exhibido por el estadista que a través de indicadores mutila la pluralidad y la versatilidad en las construcciones de la emancipación que motivaron al guerrero.

La duda del combatiente se solapa a partir del ingreso a la institución. Un escenario desconocido que—de forma implícita—busca imponer sentidos de existencia y forzarlo a su renuncia, a la abdicación de su equipaje de vida guerrera. La dejación de armas no es suficiente para la expectativa estatal, si se tiene en cuenta que, la oportunidad disfrazada de benevolencia, absolutismo, omnipresencia y bienestar es una retribución a la subordinación del guerrero, ofrecido desde el paradigma que procura calzar con las probabilidades de cambio, al momento de ser reconocido por un Estado ambivalente, universal y vertical.

La pluralidad termina siendo un juego de palabras donde la diferencia en espacios y tiempos no se contempla en las prácticas de acogida, pero sí busca asidero en la demagogia gubernamental que masifica la atención y desvanece la individualidad y la particularidad, cuando sus lecturas hegemónicas en torno a la resistencia, sufren una interpretación semántica de lo que implica rebelarse en contraste con la obediencia al régimen.

Los excombatientes no logran disipar ideas de este calibre, dado que sus búsquedas no se ubican en la decisión unilateral e individual, sino que contiene la suma de esperanzas colectivas y familiares. Sus posiciones en el mundo están cargadas de un repertorio masculino que tiene como imperativo, la responsabilidad por la red vincular con que cuenta y que hacen parte del círculo más próximo de sus vidas.

Sus ilusiones de cambio se elevan a la máxima potencia, alimentadas por episodios fantasmagóricos que ofrecen el encuentro con otros mundos, que se construyen simultáneamente a su vida guerrera lejos en espacialidades y relaciones, pero con tiempos disimétricos que no permean hasta hoy sus biografías.

Su tránsito por escenarios de construcción identitaria como la familia, la comunidad, el grupo armado, la institucionalidad y la calle, facilita una lectura de aquello que puede llamarse una *subjetividad fabricada, impuesta e intervenida*, en la que no tienen cabida discontinuidades ni rupturas, mucho menos sublevaciones. Desde el inicio de este camino, la expectativa la genera el encuentro con un lugar de reciprocidad, de intercambio y de resonancia de sus acciones que buscan, retóricamente, acudir al reconocimiento de sus fuerzas y de sus capacidades de mutación y transformación, pero que pronto se convierten en prácticas de hostilidad y no de hospitalidad.

Cada contexto de relaciones es una invitación a reinventarse en aras de incluirse en las decisiones de grupo, donde su socialización se fundamenta en la necesidad de contar con los otros, lo cual se convierte en un meta-relato que hay que seguir, abandonando su propia iniciativa de *poder ser*, para aceptar las condiciones de un medio que reclama de ellos lealtad. Sus horizontes quedan aplazados para someterse a los propósitos de extraños establecidos en la trama institucional; puede decirse que se aparece “*el regreso a una nueva heteronomía*”.

Sólo después de reciclar sus fuerzas y sus aprendizajes en el mundo de guerra, la calle—compartida con la institucionalidad—se hace ambiente para cristalizar el simulacro de la reparación y la reconstrucción de los esquemas de vida, que también encubren una

supuesta reintegración social y/o comunitaria. Atados al proyecto de civilidad y racionalidad jurídica, se forja un nuevo futuro, con la idea de opacar su pasado bajo el vestigio de la prevención de la re-victimización, apoyado en el arsenal teórico y conceptual de la acción sin daño, anulando cualquier posibilidad de continuidad en el ser del hombre guerrero, despojando su antecedente biográfico para dar cabida a otras configuraciones del ser cuando se olvidan “las creaciones anónimas y—percederas” que hacen vivir y no se capitalizan” (Certeau, 2000, p. 45).

La vida del hombre guerrero se hunde junto a los significados de otras vivencias mostradas y representadas como inclinación de los hombres normales, que hacen parte de un sistema que desconocen. En este nuevo escenario no importa; aquello que le dio vida al hombre combatiente, al hombre de guerra, interpelan las expectativas estatales y se ubican hacia otro horizonte que se camufla con sentimientos de fraternidad, advirtiendo lo que dice Max Scheler, citado por Sábato (2004), que “amar y dominar son dos actitudes complementarias y a ese amor desinteresado y panteístico siguió el deseo de dominación, que había de caracterizar al hombre moderno” (p. 65).

Por esta razón se hace necesario re-pensar el conjunto de relaciones de poder en las que queda atrapado el excombatiente. Estas relaciones son relaciones de dominación. La reincorporación es un conjunto de procedimientos y técnicas para el desmantelamiento de cualquier equipaje existencial que adviene con el excombatiente. Es a partir del escenario de restablecimiento de derechos, que opera el discurso en un solo orden y que repele interlocuciones, además de alimentar el silencio producto del sometimiento. Otra forma de desarme que se convierte en una tarea subsidiaria, la cual se desprende de la práctica del agente estatal que interpreta negativamente el equipaje narrativo del guerrero.

¿Qué es lo único que se permite iluminar de ese discurso? De acuerdo a Alain Badiou (2011) y Giorgio Agamben (2011), se trata de no dejarse eclipsar y no dejarse encegecer por las luces que iluminan una época. En el caso de Michel Foucault, no dejarse engañar por las formas en las que se inspira un orden del discurso, de aquello que atrapa la

experiencia del ser combatiente; pues sólo se logra esclarecer un fragmento que coincide con el modo de ser urbano. La reinención de la vida en la ciudad.

Como identificación de ese gris del acontecimiento, surge una confusión de acuerdo a los escenarios en los cuales se encuentra el *ex* o el *combatiente*. Se ve interpelado y expuesto a una desnudez sin par, solitario y convertido en el centro de la *inflación moral* en la cual transita una sociedad sedienta de castigo más que de comprensión y escucha, cuando su búsqueda se debate entre *ser y no seguir siendo*, pero por otro lado en *querer ser y no poder actuar*.

Algo parecido sucedía con esa opacidad que define el claroscuro en torno a la comprensión de la figura arquetípica del *sonderkommando* en Auschwitz que no permitía saber quiénes eran en realidad, si eran víctimas o perpetradores de la violencia. En este contexto se reclama la respuesta a la pregunta *¿quién es un combatiente? ¿quién está a mitad del camino entre el buen ciudadano y el buen rebelde?* Allí también se instala un régimen del orden y de precisión existencial. De lo que se trata es de encontrar los grises del acontecimiento guerrero, de la fuerza guerrera, porque lo que se tiene es solamente una zona iluminada que estaría vinculada a esta forma de urbanización*.

Hay unos horizontes que se han tejido como escenario de restablecimiento de derechos y su conexión con la re-incorporación; un mundo juvenil que depara más la necesidad de poder transformar su proyecto de vida—determinado por parte de los tecnócratas institucionales—que por estar anclada a la muerte, una dicotomía que siempre operó en función de sobrevivir para poder superar la guerra.

Comienzan a posicionarse unas subjetividades domesticadas en articulación a un mesianismo presentado como fin de la guerra, en esa paz propuesta por la técnica

* “Lo opuesto a lo urbano no es lo rural—como podría parecer—, sino una forma de vida en la que se registra una estricta conjunción entre la morfología espacial y la estructuración de funciones sociales, y que puede asociarse a su vez al conjunto de fórmulas de vida social basadas en obligaciones rutinarias, una distribución clara de roles y acontecimientos previsibles, fórmulas que suelen agruparse bajo el epígrafe de tradicionales o pre-modernas”. Ver *El animal Público* de Manuel Delgado (1999)

gubernamental y sobre la que se instituye un discurso de dominación traslapada en los Acuerdos de la Habana.

Se trata de la instalación de un deseo en procura de ser insistentemente conducido al escenario de la industria, del mercado. Una forma moderna cosificar la vida; con ello aumenta la injusticia social, algo que paradójicamente era la razón de la lucha armada. Las versiones de un modelo económico posicionado como neoliberalismo, dejan a la deriva algunos pendientes que mantienen aplazadas nuevas guerras. Y no es ni siquiera porque haya gusto y preferencia—como se pensaría desde Freud, (pulsación *tanática* y *libidinal*)—; más bien, se trata de la encarnación de un siniestro provocado por algunos hombres, pero puesto como universal sobre el que se instituye el derrotero a seguir hacia la reintegración.

En un escenario de restablecimiento es preciso entender la emancipación del pensamiento como riesgo y amenaza al orden. Asumir que los niños, niñas, adolescentes que han pasado por la guerra, han sido objeto de estudio por parte de las instituciones—donde se *patologizan* sus vidas desde una lectura del trauma y se colecciona el arsenal de instrumentos con que se *psicologiza* su atención—define una ruta de protección, además de hacer visible lo que queda de la guerra en estas generaciones desde la óptica la vulnerabilidad, pero olvida las vertientes de sus luchas, de los anhelos de cambio y el silenciamiento de la miseria oculta.

Son tránsitos incipientes desde el lente del dominio. No cabe duda sobre las implicaciones de un pensamiento que se hereda y que circula discretamente sin hacerse público, que se interpreta peyorativamente desde la postura del reclutamiento forzado, que no permite los actos de habla situados en lugares de enunciación, marcados por la precariedad de sus vidas y la administración de sus deseos.

Problematizar el deseo se hace posible para comprender si aún fue devastado, transformado, cambiado, o por lo pronto, re-direccionado hacia lugares de obediencia. Restablecer implica abrir otros caminos de interpretación, sobre todo, en esta senda que materializa los propósitos de otros, que no son los de “nosotros”, mucho menos los “nuestros”; no estaban implicados en la renuncia a un registro guerrero, como tratando de lograr lo que los

lotófagos*, en la historia de Ulises, hacían con base en los resultados de su práctica alimentaria del árbol del olvido.

Los funcionarios estatalizados se entregan a un *presente eterno* queriendo compartirlo, y tienen como crédito, extirpar un pasado* cargado de angustia, desolación y dolor, sobre una guerra que unos declaran y otros la enfrentan, asediados por la precariedad en la cual se edifica

* “Tal vez sea preciso mantener vivas ciertas experiencias, tener encendida la luz de la historia, para que, □...□ no nos olvidemos de quienes somos, de qué pasado venimos, y, aunque sea siempre muy problemático y confuso, hacia qué futuro aspiramos. Los compañeros de Ulises, acogidos por los lotófagos, y alimentados con el fruto del árbol del olvido, acabaron sin saber cuál era su destino. Asentados en la dulzura de la desmemoria, también nosotros podríamos, por los destellos de múltiples presentes virtualizados y huecos, enajenar la propia historia sin suponer que el mar que rodea al efímero paraíso está poblado de sirenas y monstruos más engañosos y feroces que los que habitaban el mar de Homero”. (Lledó, 2000, p. 8)

* Es preciso atender a una reflexión por analogía con base a la problemática que genera alterar el pasado; apelo a George Orwell (2014) y lo expuesto en su novela “1984”, para compartir lo que allí de una manera ficcionada, produce tal operación en la vida real: “la alteración del pasado es necesaria por dos motivos, uno de ellos es subsidiario y, por así decirlo, preventivo. Consiste en que los miembros del Partido, al igual que los proletarios, toleran las condiciones presentes solo porque carecen de un patrón de comparación. Es necesario aislarlos del pasado, igual que de los países extranjeros, porque es preciso que crean que viven mejor que sus antepasados y que el nivel de vida está aumentado constantemente. Pero, con diferencia, la razón más importante de ese reajuste del pasado es la necesidad de salvaguardar la infalibilidad del Partido” (p. 226). Cambiar la palabra “Partido” por “Institución” ya ofrecería un panorama distinto, luego de más de cincuenta años de haberse escrito este texto. Un apunte más, del mismo autor: “Ya se entenderá que el control del pasado depende, por encima de todo, del entrenamiento de la memoria. Asegurarse de que los registros escritos coinciden con la ortodoxia del momento es un acto puramente mecánico” (p. 227). Entrenar la memoria para sólo recordar el horror y no los horizontes de una lucha que no está en la cabeza de los intelectuales, sino en el cuerpo del combatiente que siente la miseria y el hambre, así como la discriminación.

sus vidas bajo un pretexto de liberación* y no de libertad; una lucha incesante desde la técnica burocrática, por curar las heridas de un pretérito imperfecto, cimentando en itinerarios biográficos adheridos a la disposición bélica por sobrevivir y no ser abandonados a su suerte.

En otras palabras, se insiste en lamentos coyunturales cifrados en el cuerpo, para que toda la artillería de técnicas e instrumentos de restablecimiento, que por momentos despedaza al *ex/combatiente*, logren su cometido en la seducción de un campo de acción limitado, con fronteras etarias y disposiciones temporales, cuando las biografías y los contextos de vida que precede y excede la atención, superan la capacidad logística para esconder una miseria plasmada en la *Colombia profunda*. Finalmente es el territorio de origen y destino, de los que transitoriamente son restablecidos en el discurso de los derechos.

Todo este escenario significa que, la trama de la guerra es el centro de manipulación. Nada justifica su empresa, ni siquiera, la precariedad situada en vidas marginales, en la cuales se alberga una biografía que se teje de incertidumbre, para lo cual el restablecimiento se propone mesiánico y salvador. No hay que olvidar las palabras de Félix Guattari (2005),

* Es importante recordar la aclaración que hace Judith Butler (2015) en cuanto a la palabra liberación: “cuando los pobres se mueven en oleadas por las calles, están guiados por la necesidad, por el hambre y la indigencia, y tratan de <<lograr la liberación [de las necesidades vitales] por medios violentos>>. El resultado, dice Arendt, fue que <<la necesidad invadió el campo de la política, el único campo en que los hombres [sic] pueden ser auténticamente libres>>. Ese movimiento político que surge como consecuencia del hambre está impulsado por la necesidad en lugar de la libertad, y la forma de liberación que pretende alcanzar no es la propia libertad, sino más bien un excención imposible y violenta de las necesidades de la vida. de aquí podría extraerse la conclusión de que estos movimientos sociales protagonizados por los desfavorecidos no pretenden liberar al menesteroso de la pobreza sino de la necesidad” (p. 52). Cómo seguir insistiendo en que el reclutamiento forzado es una mecánica del grupo armado y no una disposición del ser para liberarse de la necesidad, algo que quiere ocultar a toda costa el Estado y sus funcionarios.

con respecto a la paradoja del deseo y su economía, advirtiendo que su enunciado calza perfectamente con la preocupación del sujeto restablecido en ejercicio pleno de derechos y la crisis que parece enfrentar en el momento de encontrarse a la deriva del marco de ocupación del Estado, orientado a una generación que parece no comprenderse en devenir y en constante crecimiento y carrera hacia la vida adulta.

“Todos vivimos en casi cotidianamente en crisis, crisis de la economía, pero no sólo de la economía material, sino también de la economía del deseo, que hace que apenas consigamos articular cierto modo de vivir, éste se vuelve obsoleto”*.

El restablecimiento de derechos también permite el ensueño de una vida corta en clave jurídica de protección, donde la experiencia* apenas puede mojar por instantes, comparado al trayecto de sus historias singulares, una “vida vivible” (Butler, *Cuerpos aliados y lucha política*, 2015), cuando sus biografías se ven socavadas por la esperanza de un progreso incierto sobre el que ni siquiera el funcionario estatal puede tener dominio de su desenlace. Es toda una apuesta a la pobreza, que de acuerdo con Benjamín (2009), destruye la experiencia en nombre de la técnica:

“Una pobreza enteramente nueva sobrevino a los hombres con este monstruoso despliegue de la técnica (mit dieser ungeheuren Entfaltung der Technik). Y la sofocante riqueza de ideas que ha advenido entre los hombres—o más bien sobre ellos—con la resurrección de la astrología y la sabiduría yoga, la Christian Science y la quiromancia, el vegetarianismo y la

* Ver *Lineas de Fuga* de Félix Guattari (2005, p. 21)

* Es oportuno contar con lo que define Benjamín sobre la experiencia y la necesidad de comunicarse: “lo que Benjamín llama “comunicabilidad (Mitteilbarkeit) de la experiencia” no se refiere a modos o procesos de equivalencia u homologación universal de las experiencias (en concordancia con “universos” culturales determinados), sino a formas de participación en una experiencia común, la cual, sin embargo, no está pre—constituida, sino que deviene común en la comunicación y en virtud de ella. Dicho nuevamente de otro modo: los sujetos se constituyen inter—subjetivamente, en la constante exposición a la alteridad; esta inter—subjetividad sólo es posible en y por la comunicación, y esta comunicación, por ende, un intercambio de narrativas”. (Burkert, 2009, p. 12)

gnosis, la escolástica y el espiritismo es el reverso de esta pobreza. Pues no tiene lugar aquí una auténtica resurrección, sino una galvanización.” (p. 10)

Con ella subvierten el nuevo impuesto que desprecia unas vivencias, tal vez por no tener correspondencia con los propósitos del poder, cuando lo que pretenden es alimentar la maquinaria de subjetividades dispuestas a incorporar el monólogo discursivo del progreso*, haciéndolo creer como meta y no como carrera incesante que mantiene viva la incertidumbre, el privilegio de unos y la privación de otros.

Parafraseando a Félix Guattari, (2005), el proceso de restablecimiento de derechos se parece a “la poderosa fábrica de subjetividad serializada, productora de hombres y mujeres, reducidos a la condición de soporte de valor” (p. 32), que responden al desmontaje de sus equipajes guerreros, a la desorientación en geografías humanas trazadas por otros, desde una institucionalidad que padece ceguera moral ante la marginalización de unas vidas a quienes les promete salvar del riesgo y de la adversidad cotidiana, sin lugar a establecer definitivamente un compromiso político, jurídico y moral que interrumpa definitivamente su precariedad.

La cercanía con los jóvenes excombatientes, facilitó comprender sus vidas en los límites institucionales, y aún más, el deseo de sobrevivir en medio de una red de relaciones, inscritas en el dominio que alienta la legitimidad de los derechos. El curso que les toca seguir es el que dicta un poder que pretende regular y controlar la espacialidad biográfica en presente y en futuro, sobre la que destila un relato despolitizado, como marco emancipatorio que reúne los elementos indispensables para ser sometidos desde matices propios de la “economía del deseo”*. No se puede olvidar que su deseo se administra.

* “El progreso no se da sólo como aumento y perfeccionamiento de las destrezas y conocimientos humanos, sino como un mejoramiento de la humanidad misma. Sin embargo, la perfectibilidad humana es infinita, lo cual otorga al progreso la imposibilidad de concluir. Así, el progreso—esencialmente incesante—es un proceso que se recorre por sí mismo, que se mueve por sí mismo buscándose a sí mismo trazando una órbita recta o espiral (tesis XIII)” (Echeverría, 2014, p. 189)

* Concepto señalado por Félix Guattari, (2005).

Los encuadres que se fijan en torno a la necesidad de continuar con la seducción de la *desvinculación y/o la desmovilización*, en orientación hacia la reincorporación y la normalización, ha producido un lenguaje que somete al olvido toda la epopeya llevada a cabo en la trinchera, en una nueva semiótica que se soporta en la estandarización y la homogeneidad, agazapadas en la igualdad como piedra angular de los derechos humanos; desde allí, cierta reticencia a la diferencia, en esa labor de masificación de la atención y su anclaje en versiones fútiles de *calidad*, lo cual inmuniza la singularidad que representa tiempo, dedicación y acompañamiento como recambio de la intervención, la protección y el restablecimiento.

Al respecto conviene decir que lo que importa es la capitalización del arsenal de instrumentos con que cuenta la institucionalidad, la cual se convierte en un apócrifo de la dignidad humana del ex/combatiente*, llegando a controlar su subjetivación, hasta soslayar las rutas de actuación promovidas en un escenario de insurgencia.

En nombre del despotismo que provoca la palabra “guerrillero”, se estigmatizan las colectividades, se absorben las particularidades y se ofrece un escenario de re-socialización hostil, que demanda otras alternativas e instala un nuevo discurso que se propone como paz, ante la incapacidad de suturar la geografía estatal fragmentada por la desigualdad social. Ella se mantiene en la periferia y pone el centro en disputa por la igualdad, pero con la renuencia del poder a ceder posiciones, lugares y posesiones.

Todo esto parece confirmar que la atmósfera del restablecimiento de derechos no se puede asumir como una microparte de la biografía del sujeto. Sólo se inscribe en los derechos, dejando en el borde, sin estímulo alguno, la constitución política de su individualidad, la cual está inscrita en un esquema mucho más amplio del que su cuerpo alcanza a atrapar con sus movimientos, en derroteros próximos de institucionalidad y controlados por ellas, de acuerdo a registros instrumentalizados sobre un ideal de ciudadanía—troquelado por la clase dominante—sometida a lógicas enmarcadas en democracias públicas y autocracias ocultas en la decisión.

* Cada vez que se toma la palabra ex/combatiente, abriga los niños, niñas, adolescentes y jóvenes.

Todo esto acontece en nombre de la cobertura de una producción en serie de subjetividades domesticadas, de tiempos límite para lograr deponer el registro de una guerra que alimenta la muerte como discurso institucional, que desconoce una legitimidad de la necropolítica enmarcada en las vidas que deben ser invitadas a otras formas de morir, cuando dos años, máximo tres, no logran solventar la necesidad de aprender a sobrevivir en clave de autonomía e independencia.

Lo que suena más interesante es que la institucionalidad, en este caso, el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, ha sido el vehículo para legitimar unas prácticas disonantes de un cuerpo estatal, que se propone fabricar dispositivos para darle continuidad y despliegue a una máquina de hacer y producir guiones; estos mismos deben ser interpretados desde las lógicas del capitalismo, para desarticular las voces que alteran la composición de la rebeldía en masa.

Como itinerario de domesticación, las subjetividades de los excombatientes fueron localizadas en escenarios que fueron dispuestos para la vida antes del ingreso al grupo insurgente. La ruralidad aparece como espacio de relaciones inmediatas con el mundo, y donde sus prácticas de vida aún no se instalaban en lo bélico.

El Estado, a través de las instituciones, se ha ocupado de crecer los simulacros de escucha. No ha pretendido hacer nada con las motivaciones, las movilizaciones y las razones para entrar a la guerra. Es eso mismo lo que interpela su lugar y su descuido, la invisibilización de los recuadros de desigualdad social que neutraliza, a la vez que olvida su territorialidad, donde crecen otras vidas desconocidas, sólo visibles a través de marcos de guerra*.

* Cabe anotar que la situación de las violencias y del conflicto que se ha dado en Colombia y que se pretende desconocer, es de orden estructural; pero el proceso de desvinculación o desmovilización pretende instalar un discurso que asegura una paz perfecta en ausencia de conflicto; al respecto, se dice que “hay una cierta idea urbana, de clase alta, que asimila simétricamente las nociones de conflicto social y de guerrilla, atribuyendo exclusivamente a esta la existencia del primero. Para ellos, guerrilla y conflicto son simplemente sinónimos. Una sinonimia, agregan de mala fe, producto sólo de desviaciones políticas extremistas. No es así. Aún sin FARC hay conflicto. Las FARC—u otras guerrillas—no son la medida exacta del conflicto ni, por lo tanto, su única explicación genética. No es cierto que desaparecidas

Antes de continuar, debe insistirse en el uso de hombres y mujeres al servicio de una institución que hacía réplica de un Estado envanecido, tomando como referencia, la oportunidad que desplegaban los gobiernos, con ciertos aires semánticos de paz, lo cual registraba la necesidad de recuperar el sueño del campo, advirtiendo que el panorama rural no era el mejor, dada la pertinencia de una propuesta que se prestaba como abono al desencanto del agro y su textura disímil con los juegos del mercado; pues bien, acá unos datos que se conservan a la fecha:

Algunos trazos gruesos permiten definir la situación de la vida rural en Colombia. El primero de ellos es la concentración de la tierra. El 4,2 % de la tierra, fundos menores de 5 hectáreas, pertenece al 67,6% de los propietarios. El 46,5% de la tierra, propiedades de más de 500 hectáreas, es poseída únicamente por el 0,4%. La alta concentración es un hecho, como también lo es que ha venido en aumento: entre 1997 y 2002 hay un aumento de las propiedades de más de 500 hectáreas del 25,6% poseídas por el 0,3% de los titulares, al 46,5% del área en poder del 0,4% (Calle, 2019, p. 161)

Como si fuera poco, esta información no estaba en los funcionarios despojados de iniciativa, de pensamiento y reflexión propia, cuando han cedido al Estado el ejercicio disciplinar. En otras palabras, las disciplinas quedan estatalizadas; centran sus esfuerzos en la liberación del trauma; extirpar el *chip* de la emancipación, la rebelión y la resistencia, se convierte en el objetivo de la intervención individual, lo cual produce movimientos telúricos en el derecho y su administración de justicia. La juventud con su fuerza, el guerrero con su equipaje, se resisten a la erosión de su dignidad, al sentir que, lo que se restablece es un sujeto domesticado, con perfiles de olvido, para dar la espalda a una realidad congelada en

ellas el conflicto se esfume. Este obedece a realidades concretas. El conflicto no es un epifenómeno de la guerrilla, ni la sola sombra estratégica de esta. Y, aunque, como dijimos, la “teoría de las causas objetivas” falla por la imposibilidad de explicar presencias y, sobre todo, ausencias armadas, más bien la relación ocurre exactamente al revés: condiciones precarias de vida ayudan a la prolongación de la actividad de grupos armados ilegales” (Calle, 2019, p. 44)

el tiempo y sin ser objeto de solución, como muestra de un Estado deficitario, con un potencial mesiánico degradado a causa de los circuitos de poder que no toleran la materialización de la igualdad.

Sólo había brotes de melancolía por las culpas que aparecen en el sentir de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes ex/combatientes—con mayor énfasis durante los encuentros familiares—eran intervenidos para ocupar su mente en la dirección correcta y orientada desde arriba; el éxito de la intervención y la cantidad de sesiones para su realización, eran situadas en un inventario de aprendizaje con el ánimo de enriquecer epistemológicamente la institucionalidad. La depresión desnudaba sus cuerpos, hacía más evidente la precariedad de sus lenguajes, advirtiendo las barreras idiomáticas* que poseían; la comunicación gestual era, en principio, una semiótica de la tristeza. Rostros palidecidos como señal de abandono y sombras en sus mejillas como muestra de la erosión de su identidad. Los encuentros familiares parecían un espejo partido; más que situar las lágrimas por la emoción del volver a verse, era diáfana la responsabilidad asumida e incorporada por la miseria en la cual continuaba su grupo familiar.

Al lado de ello, surgía la pregunta: *¿de qué restablecimiento se habla?* Y con ella, *¿Qué es posible restablecer?* Sumado a ello, lo que sigue pendiente por reparar y lo único en lo que pretende desembocar el discurso institucional, es en el *reclutamiento forzado*; lo que aparece aquí es el señalamiento a un responsable de la fuerza que coacciona la vinculación al grupo armado; lo que queda en silencio, es la responsabilidad estatal por el origen de las condiciones de vida, que han llevado a muchos a poder hacerse visibles en la insurgencia, como reclamo de reconocimiento de una vida vivible.

La fuerza también es una invitada para poder transitar en la dicotomía vida / muerte, que no siempre está atravesada por lo bélico; hay formas más sutiles de hacer morir con su

* Esto sucedía, ya que la mayor parte de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes excombatientes del país, pertenecen a una etnia indígena, y muchos de ellos, conservan su lengua.

aplastante certeza, con la destrucción de sueños, de ideales, de utopías, arrastrando consigo un presente eterno que se tiñe de quietud, pero no de inquietud...

“La inquietud es anhelo que impulsa hacia delante, y aunque el fin no se dibuja con claridad, prosigue su andadura acuciado por el sentimiento de querer realizarse. <<los hombres crean sueños para satisfacer sus deseos, o los modifican porque los deseos dependen de su libertad>> (Johann E. G. Maas, Ensayo sobre las pasiones). El deseo insatisfecho que agita el subconsciente tembloroso, es ansia viva, <<estado por el que pasan todos los hombres>> (Ernst Bloch, Principio—esperanza). [...] el inquieto, en su vagar proceloso, descubre que falta algo. La inquietud, así, es el sentimiento de hallarse incompleto, y se acrecienta para encontrar de lo que se está privado: una mujer, dinero, poder, multiplicando su búsqueda hasta dividir el sentimiento único en inquietudes diversas, cada una más sutil y compleja. (Gurméndez, 1997, p. 22)

Lo cual significa que dentro del proceso de restablecimiento de derechos existe un afán por evitar la inquietud y propagar las sensaciones de satisfacción para que no haya búsquedas. Se genera una sensación de completud imaginaria y finita, en la urna de cristal sobre la que se ficciona una realidad en detrimento y de la que se nutre el escenario jurídico. Dentro de lo que se pretende restablecer, se logra un desmembramiento del territorio, de una realidad que sólo desde una mirada en alzada, podría verse las grietas de una promesa que suele mostrarse infalible, pero sofocada por la desesperación de quién no comprende el lugar en el mundo: “la tierra”, ¿dónde retornar?

“el problema de la estructura de la tenencia de la tierra en Colombia no sólo es la alta concentración sino también la excesiva fragmentación de la propiedad agraria [...] Más del 80% de las tierras que se explotan en Colombia son parcelas de menos de media UAF (Unidad Agrícola Familiar) [...] Hay que concluir que ocho de cada diez explotaciones agrícolas

(microfundios) no son suficientes para que las familias campesinas de este país mantengan una vida digna.” (Calle, 2019, p. 162)

La burbuja en la que se crece con el restablecimiento de derechos, se blinda ante una realidad que fue el detonante de una guerra, sobre la cual, varias generaciones han participado coaccionados, cooptados, obligados, motivados en cualquiera de sus manifestaciones, como con un suelo común: “*la desigualdad y la marginalidad*” producto de un país convulsionado. Una precarización de la vida, de la cual no quiere percatarse un Estado que sigue anclado en la jaula de la retórica de los derechos.

Añádase a esta situación, un escenario más desencantador del que no parece encargarse el operario del derecho en Colombia:

De la mano de la concentración, aparecen las distorsiones en el uso del suelo. Colombia cuenta con 113,9 millones de hectáreas disponibles, de las cuales poco o menos de 42 millones tiene vocación agropecuaria, 21,5 para agricultura y 21,1 para ganadería. En la realidad, 43,2 millones de hectáreas son usadas para ganadería extensiva y pastos, mientras que tan sólo 3,8 millones de hectáreas son destinadas al uso agrícola y, más alarmante aún, 7,3 millones de hectáreas son improductivas.” (Calle, 2019, p. 162)

¿De qué retorno se habla y dónde se materializa la tierra prometida? El corolario de lo que abarca el restablecer el derecho, no tiene por qué demarcar un territorio de movilización individual sin lugar a presentar la sistematicidad de su precariedad. Como ejercicio de domesticación de subjetividades, utilizando una granja* como pretexto

* En el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, se construyó un modelo pedagógico de vida en granja, con el fin de potenciar relaciones de producción, administración y comercialización con el campo, atribuibles a los usuarios de las modalidades de atención de niños, niñas, adolescentes y jóvenes desvinculados del conflicto armado en Colombia. De allí que se haya pensado en un retorno acorde con las expectativas de quienes no logran ver en la ruralidad, un escenario de progreso y desarrollo.

pedagógico que permitiera el retorno al campo, a situar sus miradas y sus esperanzas en una vida digna que no fue posible por la guerra. El conflicto armado no ha sido el único productor de desplazamientos masivos y forzados para sobrevivir, sucede que la paz, en abstracto, también pretende condenar al nomadismo y la errancia permanente a los jóvenes de un país que no procura más que destruir sus raíces.

Sólo privados—los sujetos que hacen parte de los equipos interdisciplinarios en los procesos de atención al desvinculado—de una epistemología disciplinar como recambio de la estatal y encapsulados en micro-realidades, han tomado decisiones equivocadas en nombre de quien niega constantemente los escenarios destinados al regreso. La noción de tiempo y espacio en torno al lugar de procedencia y al horizonte de vuelta, devela la realidad del excombatiente. Por dichas razones, el restablecimiento se acomoda en el simulacro de la obediencia y la asistencia, la disciplina y la normalización, la des-subjetivización guerrera y su entrega a lo doméstico del derecho, para no incitar al desencanto que se produce en el guerrero, un orden que no permite lo contestatario, mucho menos lo disidente.

SEGUNDA PARTE

LAS HUELLAS DEL EXCOMBATIENTE EN EL LABERINTO DEL

JUVENICIDIO

¿Hay alguna justificación para que el combatiente muera y resucite como excombatiente? Existe un marco de referencia que provoca un metarelato y alimenta la línea de investigación *Jóvenes, Culturas y Poderes*: ¿De qué mueren los jóvenes en Colombia? Esta pregunta deviene en la cuestión del *juvenicidio*. Un conjunto de prácticas de violencia que transforma los mundos de vida juveniles en el mundo de la muerte.

En medio de la tensión que se da en torno al reconocimiento de acciones colectivas emprendidas por los jóvenes en diferentes contextos, se percibe una situación que no sucede con los ex-combatientes juveniles. Aquí vale la pena decir que todo el entramado que se descubre en torno a esas prácticas juveniles, soportadas en la necesidad de articularla a la línea de investigación como “las conectividades” y “las colectividades”, podría generar un yacimiento de oportunidades para mostrarse conforme a la expectativa y condiciones juveniles, pese a su regulación, control y dominación de expresiones biológicas y sociales.

Sobre las resistencias y re-existencias de los ex/combatientes jóvenes, con una infancia preconcebida en los esquemas burgueses y atravesada por la guerra, es necesario socializar la capacidad de inventiva que se tiene para encontrar un lugar en el *no lugar* de la sociedad. La precariedad subjetiva y las ambigüedades identitarias (vinculado, combatiente / guerrillero, desvinculado, víctima / vicitimario, desmovilizado, indígena / campesino) con que cargan los jóvenes, aumentan las confusiones en sus itinerarios biográficos.

El *juvenicidio* no es una categoría lineal, simple y agotada en su sola expresión. Reviste una necesidad comprensiva, holística y sistemática. Esta categoría no reduce su equivalencia significativa al matar o al asesinar. Sus lógicas exceden su condición reductora, desde una semántica que arbitrariamente las ubica como correlato del quitar la vida. El cuerpo como objeto de eliminación física se ve superado por las nuevas formas de morir. El *juvenicidio* abriga muchas más formas de perder la vida y su relación con el horizonte de la Necropolítica.

Un país sumergido en violencias visibles y mediáticas, y otras más que se ocultan en la baja sonoridad para los gobiernos, descubre en *el habitar periférico*, una serie de situaciones que hacen más aguda la lucha por sobrevivir. Una vez reflexionado el origen del conflicto armado en Colombia, se aplaza la necesidad de comprender el espesor que

ofrece la palabra “vinculación”. No fue coyuntural; es estructural e histórico. Se llenó de cuerpos juveniles que se dispusieron como capital bélico en defensa de un sector olvidado y marginado. Hoy en día, algunos de ellos, se han hecho adultos y se encuentran por fuera de los límites cronológicos de la juventud; se hicieron protagonistas en los acuerdos de paz y fin de la lucha armada.

Aprendieron a resistirse y a re-existir en medio de fusiles, campamentos, selvas, territorios densos y cargados de olvido. Sufren la nostalgia por sus familias, amigos de vereda, espacios mutilados de libertad, noches oscuras con dormitorios de fabricación espontánea para corto tiempo, vigiliadas extensas y sueños interrumpidos y afectados por períodos de alerta continuos, ruidos estrepitosos del combate y el disparo; pesadillas que retumban la mente en un escenario de restablecimiento, donde la noción de protección está desliga del concepto del “cuidado”. Es un acto de prevención y debilitamiento del enemigo, para suspender el relevo generacional de la resistencia y la disidencia.

El 9 de abril de 1948 se sitúa como la fecha clave del inicio de la violencia en Colombia que desató una guerra fratricida que aún no termina. En esta narración colectiva se resume como *violencia política* un conjunto de motivaciones, de diversos intereses, de múltiples mecanismos y distintas estrategias que estructuran un contexto que está lejos de ser superado.

Según las cifras, a 2012, más de 220.000 muertos ha generado esta barbarie*, masacres y asesinatos selectivos, desapariciones forzadas, secuestros, reclutamiento forzados, delitos sexuales, que tiene una intensidad y crueldad que amerita reconocer sus herencias biológicas y sociales, y que no discrimina clase social ni estatus en la geografía del país.

Narcotráfico, paramilitarismo, luchas por la tierra, precariedad, injusticia social, pertenecen al contexto que, en palabras de Reguillo (2017) contribuyen al, “<<reparto inequitativo del riesgo>>, esa distribución desigual de las consecuencias terribles del

* “La barbarie no es sólo un elemento que acompaña a la civilización, sino que la integra. La civilización produce barbarie, en particular la barbarie de la conquista y de la dominación”. Ver “Breve historia de la barbarie en occidente”. Edgar Morin, (2005, p. 18)

modelo de <<desarrollo>> privilegiado por el tardocapitalismo>> (p. 24), del cual han sido presa, y lo van a continuar siendo, los jóvenes ex/combatientes.

Sus voces fueron ignoradas en los recientes Acuerdos de Paz y las políticas de atención a las víctimas no fue la excepción. Se continúa con el paradigma adulto-céntrico con miradas sobre el determinismo civilizatorio del bienestar y del proyecto de vida que, en palabras de Bauman (2002), son más proyectos episódicos por el corto alcance que tienen y la fragilidad en su decisión a largo plazo. Convertidos en anónimos, producto de la masificación* de sus vidas y de los procedimientos de las políticas de re-incorporación, consumen sus aspiraciones inducidas al aparato económico para controlar lo que se castiga como rebelión, en períodos de planeación de la resistencia.

El NO FUTURO es parte de lo que la línea identifica como una práctica de *juvenicidio*. Allí se instalan otras expresiones de la existencia en relación con los jóvenes* ex/combatientes reciclados del proceso de restablecimiento de derechos y que incorporaron condiciones o decisiones externas para nombrarse desde identidades ya señaladas. Amerita una lectura que supere lo plano de la interpretación, para que no continúe en el paisaje del horror. Pero no basta con interpelar, aún más, cuando estas prácticas de sobrevivencia son calificadas desde el prejuicio y con ello, se estigmatiza a los jóvenes excombatientes con base a señalamientos que no permiten un vestigio distinto a los adjetivos tipificados en lo punitivo.

Tal parece que la “*vida digna*” de cada uno de ellos se encuentra en peligro. La relación “*consumo / producción*”, erosiona sus disposiciones, capacidades y decisiones, cuando sus competencias no son las más calificadas para el mercado. Esto los ubica en lugares indecentes de aporte, convicción y arrojo a las economías, lo que hace pensar la imposibilidad de lograr asensos sociales marcados por la oferta institucional. Las políticas

*“La masificación suprime los deseos individuales, porque el Superestado necesita hombres—cosas intercambiables, como repuestos de una maquinaria. Y en el mejor de los casos, permitirá los deseos colectivizados, la masificación de los instintos”. Ver “Hombres y engranajes Heterodoxia, de Ernesto Sábato (2004, p. 53)

* Cabe anotar que, el ser joven no se agota en la clasificación biológica, anatómica, etérea; su condición desborda sus fronteras y excede sus prescripciones.

de Gobierno del ayer, del hoy y del mañana—como presupuesto cargado de presente— reinan por su silencio en torno la vida digna del excombatiente; sus enunciados reconstruyen el andamiaje jurídico de la justicia, con finalidades punitivas, más no de bienestar y acceso a bienes y servicios.

En medio de una sociedad agitada* sedienta del ejercicio patriarcal, se somete y se pronuncia la palabra castigo, como el único camino que plantea una ciudadanía hostil. El restablecer muta en medio del desencanto de una *civilización agotada*; una racionalidad frustrada que usa como caja de resonancia el odio y el desprecio. El excombatiente sufre en carne propia la segregación y la discriminación.

La percepción social de los jóvenes ex/combatientes y lo mediáticamente socializado en torno a sus lugares periféricos, no escaparon a las representaciones de seres peligrosos y reproductores de violencias como iniciativa juvenil. Su naturaleza—con base a su período etarios—es tipificada como un riesgo para el establecimiento. Su desprotección, tensiona la verdad sobre el descuido de un ser humano que lucha por la sobrevivencia.

Una muestra fehaciente de la divulgación del secreto con que se asumen los jóvenes por parte del Estado, fueron los *falsos positivos*. Hacen parte de la historia del conflicto armado en Colombia, donde las prácticas de seguridad, impulsadas en el Gobierno del Álvaro Uribe Vélez, los hizo víctimas de su doctrina militar. Una costumbre del exterminio

*“Evidentemente, estos pormenores así manipulados se ordenan a la mayor eficacia del alegato en el ánimo del lector, para quien Voltaire pinta un cuadro idílico de bondad, afecto, amor filial y abnegación, de esa familia calvinista, una familia de justos que va a ser presa de los lobos de la superstición y del fanatismo, representados, no por los jueces y los parlamentarios de Toulouse, con los que Voltaire tiene miramientos para no perjudicar su defensa, sino por el <<populacho>> y la maquinaria de un poder difuso: detrás del populacho está la estupidez humana, movida por los intereses de la religión y la iglesia católica, capaz de organizar la canonización de un suicida como si se tratase de un mártir para sacar partido de ello”. Ver Tratado sobre la Tolerancia de Voltaire, (2013, p. 24); aquí cabe anotar que los términos populacho y la maquinaria de un poder difuso, análogamente se presentan en el ejercicio de reintegración, restablecimiento y reparación, ante una muchedumbre ambrienta de castigo, pero lejos de sanar con el perdón. Las políticas tal parecen, tienen un contenido visceral y biológico, que humanizado.

de los cuerpos “equix”, no tuvieron la resonancia en el gobierno que *protege*; más bien, deslegitima el rol para el cual fue creado siglos atrás como Estado en el arte de gobernar.

Con base a ello, existen reclamos de una minoría intelectual sobre la necesidad de hacerle una etnografía al Estado; sacar a la luz las perversidades en que fundamenta la creación del enemigo interno y su relación intrínseca con los gobiernos de turno, sería una interesante radiografía que ampliara la percepción sobre sus verdaderos intereses. Siempre se ha pensado en la militarización como protección, en nombre de la erradicación, pero con serias limitaciones en la alternativa del cuidado para las generaciones. Estar dentro del Estado no demanda conjuros en torno a la legitimidad del matar, del preparar para cazar, del formar para dominar y el educar para someter violentamente a la población, objeto de sus estrategias y tácticas militares. Esto mismo no provoca ninguna tensión, dado que allí están legalizadas esas formas de proceder en nombre de la seguridad.

Lo que mueve a los jóvenes excombatientes es la carga de tensiones que los compromete al estar siendo juzgados* por un Estado que tiene el legítimo derecho de “matar”. Dentro de su estructura no hay arrepentimiento, sólo simulacros de perdón. Su hábito se instituye bajo el pretexto del defender y garantizar el derecho, pero transgrede la línea que lo separa del “atacar”. Su poder y su capacidad logística la despliega justificado en el orden, sin importar si tiene que someter a los que protege.

El horror, del cual ha sido protagonista el Estado en nombre de la protección de su población, y al que se han expuesto los jóvenes, no son simples accidentes. hace parte del repertorio sobre el que se erige su condición de protector, con el atenuante de ser sistemático y programado, de acuerdo a sus tácticas de guerra. Estos jóvenes también han perdido vidas, amores, sueños, ilusiones y futuros a causa del asesinato de personas vinculadas a la red de social más próxima. Esos lugares son desconocidos para la política de gobierno de Colombia, dadas sus limitaciones de reconocimiento a la población que se concentra en los bordes de la geografía del país.

* Puede ser que no sea juzgado desde los ámbitos judiciales, pero con base a la renuncia de su historia, de su biografía guerrera, cuando el ejemplo de quien lo impone, continúa vigente como una práctica patriarcal a la que no se puede interpelar, si no se corre el riesgo de convertirse en objetivo militar.

También el Estado guarda silencio con relación a los jóvenes que han sido presa de sus abruptos criminales. Sus delitos son aceptados socialmente y sólo rechazados por quienes fueron afectados desde la emocionalidad; también son anónimos para la burocracia estatal. Esto hace parte del paisaje de horror que aún está a la sombra, adormecido por la configuración de la paz desde un ideal consignado en la carta magna, pero con pocos dolientes. Sus contradictores robustecen la necesidad de alimentar al Homo Necans* con sus sacrificios.

Dicho de otro modo, el *juvenicidio* hace su aparición en las expectativas laborales, por no reunir las competencias necesarias que calcen perfectamente con las necesidades del mercado. Su escolaridad es baja, y no responde a las condiciones de un empleo decente. Se trata de un *juvenicidio* político como exclusión de la vida pública*, dadas las constantes resistencias de la sociedad a vincularlos y aceptarlos en el cenáculo de la decisión política, a quienes señalan de perpetradores de la guerra y alteración del orden social.

Sus pares, referidos a jóvenes de otros contextos de vida, donde han llegado los desvinculados o desmovilizados, sufren prejuicios y condenan al temor que se funda en las relaciones para asegurar la lejanía y evitar conexiones de cualquier tipo. La prevención emana del presunto acumulado de masacres con que cuentan y la facilidad para romper la dualidad moral del bien y del mal para hacer daño. Llevan consigo el estigma que les permite romper con esquemas de vida anclada a la guerra; son retirados de los círculos de participación política de vida entre los jóvenes que empiezan a hacer parte de su radio de movilización e integración social, con el precedente seguir proclives a la reproducción de

* “La sociología debería entender, como la psicología, que la sociedad humana está determinada por el pasado y sólo se la puede comprender si se toma en cuenta su evolución durante largos periodos de tiempo”. Burkert (2013, p. 10)

*Cabe anotar, que las categorías mencionadas de juvenicidio en sus expresiones contextuales, obedecen a estudios realizados por el Doctor Germán Muñoz, Director de la Línea de Investigación “Jóvenes, Culturas y Poderes” del CINDE; sumado a ello, se toma complemente este documento de entrevista por el profesor en mención: http://pepsic.bvsalud.org/pdf/desi/v8/es_n8a04.pdf.

prácticas guerreras. La legalidad y la vida decente de quienes están incluidos en el criterio del buen ciudadano, pueden verse trastornado si se despone a la inclusión del excombatiente.

De igual manera sucede con el “*juvenicidio moral y simbólico*” que ya hace parte de sus vivencias. La santanización de sus vidas guerreras, el señalamiento que refuerza el rechazo y la hostilidad social hacia quienes han fundamentado la violencia armada del país, opaca su lugar y el reconocimiento de sus orígenes, vinculaciones, propósitos. Sus rostros son desplazados por el juicio sobre sus acciones bélicas; no les permiten defensa alguna en relación a los ataques de un Estado extractivo y parcialmente protector. El *juvenicidio gota a gota* se expresa en ellos al sentirse excluidos, pese a estar institucionalizados, pero identificados análogamente como guetos de cuidado y prevención moral, social y política. “*Una muerte gota a gota, sin sangre*”*.

Las maneras de reinventarse la vida como herencia biológica en el marco de la sobrevivencia, revela algunas prácticas que son necesarias reconocerlas. No siempre están en el orden binario--bueno o malo—; el enfrentamiento a la adversidad y la resistencia a morir hacen parte de su cotidianidad, la cual reviste otra disposición para superar cada uno de los escollos que se les presenta en su nuevo rol de ex/combatiente.

No se sabe aún si esta realidad tiene alguna conexión en el marco de una colectividad de *ex/combatiientes*—de acuerdo a las situaciones de desprestigio social, estigmatización masificada y no individualizada—alcanzan a desarrollar procesos de intercambio de experiencias e integración de propósitos que simbólicamente les permita ir construyendo caminos de sobrevivencia en conjunto. Con base en la experiencia de rechazo, no se conoce aún si sus efectos han generado desarticulación de sus voces, sus cercanías, sus afectos, sus expectativas y sus condiciones de re-existencia juvenil.

* Expresión del Maestro Germán Muñoz, para señalar su posición en relación al juvenicidio gota a gota.

Sin embargo, no se puede olvidar sus cuerpos;* espacio existencial por donde pasan las prácticas que no se olvidan, así haya luchado el establecimiento por cambiarlas, extirparlas, aplastarlas, hasta ponerle fin a su continuidad. Cada una de ellas se alimenta de las necesidades de reconocimiento, visibilidad. Sus luchas y las capacidades de reinventarse la vida, pueden estar traslapadas en aquello que no hace más fácil percibir y que se tornan irritables por transgredir el orden, pero que se ubican en dimensiones privadas y silenciosas.

Interpelar la política de restablecimiento de derechos y de reincorporación es ponerla en tensión con los conceptos claves que asume la línea de investigación *jóvenes, culturas y poderes* como son Necropolítica*, Estado Penal y crímenes de Estado, advirtiendo que las tres claves conceptuales permean la vida de los jóvenes excombatientes. Las esperanzas de sobrevivencia en el orden establecido pasan por una vida marchita y con derecho a gobernar su propia muerte en el espacio social, hostil y recalcitrante del buen ciudadano.

Una sociedad que se agita ante el espectáculo del castigo, a la vista de muchos espectadores, parece repetir con formas jurídicas cada vez más mediáticas, estilizadas, sofisticadas, el caso de Damians narrado por Michel Foucault, con un repertorio

*Hay que recordar, de acuerdo con Bourdieu, (2007), que “el sentido práctico, necesidad social vuelta naturaleza, convertida en esquemas motrices y automatismos corporales, es lo que hace que las prácticas, en y por aquello que permanece en ellas oscuro a los ojos de quienes las producen y en los que se revelan los principios transubjetivos de su producción, sean sensatas, vale decir, habitadas por un sentido común. Precisamente porque los agentes no saben nunca completamente lo que hacen, lo que tiene más sentido del que ellos saben” (p. 111).

* Término que despliega ampliamente Achille Mbembe, con el cual amplía el concepto de biopoder de Foucault. “En 2011, Mbembe [ofreció una conferencia dónde se mostró escéptico](https://literafrica.wordpress.com/2016/12/13/la-necropolitica/) sobre el uso del término necropolítica y realizó un revisión crítica de su ensayo dónde hace acotaciones concretas sobre las formas en que llegó a usar dicho término. En primer lugar, para señalar aquellos estados donde la excepción se ha hecho norma. En segundo lugar para describir aquellas soberanías cuyo proyecto central es la instrumentalización generalizada de la existencia humana. Y, en tercer lugar, para poner nombre a aquellas soberanías donde el poder apela a la emergencia y a una noción fantasmática del enemigo”. ver en <https://literafrica.wordpress.com/2016/12/13/la-necropolitica/>

normativo penal, que encausa el gusto y la preferencia del horror consumido en un cuerpo, ahora puesto en prisión como elemento resolutivo al problema de la lucha armada, del cual se alimenta un Estado asesino que reprime, desgasta y agota la condición juvenil, en caso de no acceder a sus pretensiones de normalidad impuesta, además de contar con el monopolio de las violencias aceptadas por sus seguidores y obedientes serviles.

Al Estado no le interesa reconocer las vinculaciones armadas motivadas por la precariedad y la lucha por sobrevivir. Lo compromete en su protección deficitaria; no se lo puede permitir; deb mostrarse conforme ante el desafío de cumplir los compromisos internacionales, que suenan a una fiesta de invitados, donde las apariencias económicas y políticas, tienen más resonancia que los puntos ciegos que lo responsabilizan del descuido. La tarea más fácil para el establecimiento es volver la pena un espectáculo y el control una obsesión por el buen manejo de los oficios. Debe demostrar su efectividad con base a la cooperación internacional, y a las tareas que le imparten imperios del desarrollo y el capitalismo agresivo.

Desde la perspectiva de los crímenes de Estado, el restablecimiento de derechos y la reincorporación, aparece como la oportunidad que se le brinda a los niños y jóvenes de reestructurar sus vidas cimentadas en la lucha armada. Allí se ofrecen múltiples procedimientos y técnicas de intervención para evitar que se propaguen las disposiciones guerreras o las *pulsiones tanáticas* que le generan trauma, inestabilidad emocional, culpas, sentimientos de negación y vergüenza. Su biografía demarca un horizonte que muchas veces colisiona con la imposibilidad de ajustarse al orden. Una vez quebrada esta línea, la represión y la corrección violenta se da desde las metodologías que incorpora el Estado.

Se olvida que el guerrero y el excombatiente juvenil tiene una fuerza erótica que se inspira en su red familiar, se fortalece en las aspiraciones masculinas del cuidado de su prole, de los mitos que se construyen en torno a la disposición biológica de supervivencia. El asume la atención como beneficio colectivo, mientras que el Estado sólo se entiende desde lo individual, desviando cualquier consideración de ajuste comunitario. Sólo interesa el combatiente, más nada que lo ate, de acuerdo a quien pone en tensión todo el aparato administrativo estatal que no puede mostrarse debilitado.

Teniendo en cuenta todo el acervo de situaciones mencionadas que tocan directamente a los jóvenes excombatientes, podría alojar algunos matices sobre lo que la línea viene asumiendo en torno a la resistencia y la re-existencia en clave política, pero también estética, de acuerdo a la trama de vida que presentan. Es posible que la producción de nuevas subjetividades—con adversidades de complejidad infinita—encuentren líneas de fuga y elementos catárticos ante presiones sostenidas y contenidas individualmente, que no siempre se instalan en el orden aceptable de lo jurídico.

En consecuencia, ésta ha sido una deriva reflexiva en torno a las ausencias y las pérdidas que excede una historia, un programa estatal, unas prácticas reducidas a la instrumentalidad y la gubernamentalidad. Todo un inventario de posibilidades para interpelar y hacer visibles zonas grises, decoloradas para la percepción de observador.

Temporalidades y topografías exaltadas en esta historia que se ha hecho cargo de la situación existencial de los excombatientes. Permitieron la aparición de unos saberes ocultos que se insurreccionan, unos dominios empíricos que conspiran para rebelarse, unas zonas prohibidas que afloran, pero también regiones oscuras que se hacen visibles. Es la descripción de una trama relaciones de poder y modos existencia que en efecto, han configurado el foco de experiencia bajo una etnografía de las usencias.

El restablecimiento de derechos como tarea del Estado y ejercida por instituciones que replican las consideraciones del proteger, suscita inquietudes que toman fuerza en aquello que es posible restablecer. Más allá de los límites del derecho—lo que excede lo jurídico—demanda un espectro amplio que desborda su comprensión lineal desde la comodidad teórica que lo habita. ¿qué se torna imposible restablecer? ¿qué significa una poética del restablecimiento?

La institucionalidad puesta en períodos de reflexividad, la experiencia escuchada, socializada y compartida, lleva a pensar sobre las poéticas del restablecimiento. Se ha pensado en otras poéticas como la de reconciliación, del cuidado, del territorio, de la calle, de la guerra. Un ejercicio que transita de la virtud crítica a la virtud autocrítica, que no se agota en el discurso jurídico, mucho menos en el técnico. Una prueba de ello es *arte de no ser gobernados* por el marco institucional; como resultado de un *arte colectivo de no ser*

governados y con algunas fracturas en la domesticación de las disciplinas al servicio del Estado.

Situar las narraciones como insumo que solventa la necesidad de reconocer las derivas de las preguntas de investigación, exige una búsqueda existencial en el equipaje del guerrero. El paisaje narrativo exige cuestionar *¿para qué restablecer? ¿cuál es el principio y fin de un restablecimiento?* Las aristas que se desprenden de la vida actual de los niños y jóvenes excombatientes, por estos tiempos, no pasa por micro— prácticas de intervención institucional solamente, sino por las estructuras macro— políticas en las cuales se instalan sus propósitos de re-direccionamiento hacia proyectos de vida ajustados al mercado.

Puede tener resonancia en la Necropolítica la exploración del proceso de atención, restablecimiento y reincorporación. Obliga una mirada sistémica a las búsquedas de lo que queda en el excombatiente joven. Para concluir se podría retomar la imagen de la *esquizofrenia institucional*, dado que las políticas que ejercen los agentes estatales, se alejan del principio de realidad e inciden en la domesticación de su pensamiento, como producto de la sacralización de sus lineamientos. Son vehículos sin conciencia de las réplicas de sus propósitos.

TERCERA PARTE

LAS HUELLAS DE LA CRÍTICA EN EL LABERINTO DE LA AUSENCIA

Dice Milán Kundera (1984):

“A diferencia de Parménides, para Beethoven el peso era evidentemente algo positivo. <<Der Schwer gefasste entschluss>>, una decisión de peso, va unida a la voz del Destino (<<es muss sein>>); el peso, la necesidad y el valor son tres conceptos internamente unidos: sólo aquello es que es necesario, tiene peso; sólo aquello que tiene peso, vale* (p. 42)

Lo que se intentó con la intervención es liberar al guerrero del peso de la guerra: ¡Qué paradójico!

“Profe...por qué siguen armados y a nosotros nos exigieron que entregáramos las armas; me parece que no están jugando igual; yo veo que otros decidieron que hacer con nosotros”*

La escritura reclama la necesidad de contar con la narración de la experiencia que, en palabras de Emilio Lledó (2000), permite el registro que integra “*sensación y memoria*” en los territorios de la intimidad. ¿Cómo no ejercitar el recuerdo ante verdades disfrazadas que hoy más que nunca, se escudan en oportunidades recreadas semánticamente como *pos-verdad*?

En principio se asoman algunas preguntas por el devenir histórico en el que se formulan técnicas y estrategias de restablecimiento de derechos. Circulan modelos a seguir en torno a los mal llamados *proyectos de vida* que se ofrecen como itinerarios biográficos inscritos en marcos de obediencia; su imposición deslegitima la vivencia de la guerra y sus posibilidades de resistencia; negar las condiciones de re-existencia favorece el acallamiento. Cualquier brote que se considere la semilla para el cambio, se asume contraria a la razón de un Estado.

Ante todo, es una obligación revisar esta particularidad excesiva que genera inquietudes sobre *el arte de ser gobernados*, específicamente en un contexto de

* Ver “la insoportable levedad del ser (Kundera, 1984, p. 42)

* La pregunta de un niño desvinculado de las FARC; por protocolo y seguridad no se permite en este documento relacionar su nombre.

desvinculación / desmovilización, restablecimiento, reincorporación y normalización. La *inflación jurídica*, mediática, semántica, política y moral que lo encubre, ejerce una manera de hacer las cosas en perspectivas de universalidad, sin advertir los tránsitos hacia otros modos de reconocer la vida en medio de la guerra y su proximidad con la muerte.

Al mismo tiempo, emerge con ello la invitación a la reflexión, que se materializa en el acto que convoca la artesanía en la escritura, que soporta la mano y que da testimonio de un pensamiento que aflora con el tiempo del otro (niño y joven-excombatiente). Resituarse unas vivencias que han estado sujetas a marcos jurídicos, es la oportunidad de interpelar el futuro que se organiza desde la gubernamentalidad.

En lo que toca a las imágenes, tanto en cantidad como en densidad, sumado a los recuerdos de momentos estéticamente visibles en la memoria, acompañados de niños, niñas, jóvenes con trayectoria en la guerra que se ha tenido en Colombia, hacen parte del equipaje existencial sobre el que se desplaza este documento. Es un repertorio que suele asumirse como parcial y no total, lo que implica el espesor de las palabras *resistencia* y *re-existencia*, además de permitir reconstruir vivencias en territorios periféricos de vida que poco importaron; no eran centrales en las agendas políticas; al hacerse visibles hoy, aparece la disputa por el reconocimiento, tanto en lo individual/humano, como en lo jurídico/estatal.

La preocupación crece, cuando la lectura que se hace de las generaciones rurales que se forman en espacios periféricos, o lo que hoy llaman la *Colombia profunda*, no cuentan con alternativas adecuadas al desarrollo. Las promesas de un desclasamiento en orden ascendente—un enclave capitalista y neoliberal*--hace que la ruralidad se vaya

* Cabe anotar aquí que, en este marco de referencia capitalista en el que se mueven las aspiraciones de los proteccionistas estatales, se olvidan que los modelos económicos en los cuales se instalan los proyectos de vida de niños y jóvenes ex/combatientes, produce un lamento necesario de escucha como grito de desesperación: “hoy, todo lo que participa de una lógica de “comunidad” sufriría un proceso de erosión en nombre de una lógica de individualidad y particularismo. El neoliberalismo instauraría el reino del egoísmo, del repliegue sobre sí mismo. Pondría en primer plano el interés particular y el “yo” en detrimento del “nosotros”, de lo “social”, de la “institución común”. Por consiguiente, la moral, la religión, la política, el derecho, etc., perderían su fuerza prescriptiva e integradora;

extinguendo y la urbanidad se expanda hasta obnubilar las disposiciones culturales que nacen en el campo. Aumentan las brechas entre ricos y pobres, privilegiados y privados, aún más en condiciones de precariedad*.

Se afirma que su lucha política nunca se supo por no estar inscrita en el orden de la oralidad, con la fluidez verbal que diera cuenta del acervo ideológico incorporado. Fueron actos performativos que comunicaban los cuerpos en medio de los procesos de restablecimiento de derechos; su lógica garantista y proteccionista, se orientaba hacia la imposición de un conocimiento abstracto de la participación y la ciudadanía. No había equipaje político de transformación y cambio; desmembrar su comunicación con su pasado bélico, señalar la resistencia como un eje principal de desacato al orden, era lo que finalmente interesaba.

Fue oportuno el tiempo y el espacio con ellos* para desentrañar lo que otros estigmatizaron en relación a su participación en la guerra. Romper con los paradigmas del juicio en medio de una tormenta moral que resbalaba en sus cuerpos, es una premisa

las relaciones de reciprocidad, de don, de asistencia, se desmoronarían para ser reemplazadas poco a poco por relaciones mercantiles”. (Lagasnerie, 2015)

* “Tanto la precariedad como la precaridad son conceptos que se interseccionan. Las vidas son por definición precarias: pueden ser eliminadas de manera voluntaria o accidental, y su persistencia no está garantizada de ningún modo. En cierto sentido, es un rasgo de toda vida, y no existe una concepción de la vida que no sea precaria, salvo, por supuesto, en la fantasía, y en particular en las fantasías militares. Los órdenes políticos, entre ellos, las instituciones económicas y sociales, están destinados a abordar esas mismas necesidades sin las cuales se potencia el riesgo de la mortalidad. La precaridad designa esa condición políticamente inducida en la que ciertas poblaciones adolecen de falta de redes de apoyo sociales y económicas y están diferencialmente más expuestas a los daños, la violencia y la muerte. Tales poblaciones se hallan en grave peligro de enfermedad, pobreza, hambre, desplazamiento y exposición a la violencia sin ninguna protección. La precaridad también caracteriza una condición políticamente inducida de precariedad, que se maximiza para las poblaciones expuestas a la violencia estatal arbitraria que, a menudo, no tienen otra opción que la de apelar al Estado mismo contra el que necesitan protección. En otras palabras, apelan al Estado en busca de protección, pero el Estado es, precisamente, aquello contra la que necesitan protegerse. (Butler, Marcos de Guerra: las vidas lloradas, 2010)

* Quiere decir de los jóvenes excombatientes que representan el universo de quienes fueron situados en procesos de restablecimiento de derechos.

indispensable para comprender el escenario del restablecer. Discursos avasallantes y dominantes pertenecientes a un público agitado por el odio, “*una opinión pública sobreexcitada*” (Girard, 1986) en torno a la tipificación del guerrillero. Su lugar tildado de *rebelión*, que niega la emancipación y liberación, no está libre de matices; los jóvenes excombatientes continúan en un escenario de hostilidad de acuerdo a la zona simbólica demarcada por una comunidad de *espectadores de perchero*^{*}, que asumen el papel de lo políticamente correcto, en una sociedad cargada de prejuicios. Sus réplicas se hicieron inagotables, y con ello se adopta un vocabulario del desprecio; una especie de eufemismo que traslapa una xenofobia sitiada en un lenguaje obcecado.

Si hay algo responsable en el encuentro con el otro, es la capacidad de escucha que se nutre de conversaciones, cuya arquitectura estaba construida sobre la base del respeto y la alteridad, para que lo extraño se hiciera cercano. Muchos silencios quedaron reverberando como signo de las ausencias de niños, niñas, jóvenes excombatientes; con ellos se instala este derrotero de su realidad, que retoma la incertidumbre de aquellos que crecieron en medio del conflicto armado, lejos de las arides jurísticas que subsume la voz de quienes aparecen como objeto de justicia y sujeto de derechos. se viene eclipsando su condición de sujetos políticos, que interpelan con sus prácticas *el arte de no ser gobernados*^{*}, en medio

* “La congregación de espectadores es otra “comunidad de perchero”: una comunidad formada por el acto de colgar cuestiones individuales en un perchero” común, se trate de un héroe o de un villano por un día, de una gran catástrofe o de un acontecimiento excepcionalmente afortunado. Como los abrigos en el guardarropa del teatro, las cuestiones individuales se cuelgan en las perchas sólo mientras dure el espectáculo, a la vez que siguen siendo propiedad privada de sus legítimos poseedores. Las comunidades de perchero tienen una coloración similar a las “de verdad”, por lo cual ofrecen la experiencia de “pertenecer”, de este tipo de vida que se supone que las comunidades ofrecen, y por el cual son tan buscadas. Sin embargo, carecen de los rasgos que definen las comunidades “de verdad”: durabilidad, una expectativa de vida superior a la de cualquiera de sus miembros y ser (según la expresión de Émile Durkheim) “un todo mayor que la suma de las partes” (Bauman, 2002, p. 216).

* Este escenario de lectura, pretende asumir una actitud crítica, lo cual se inspira en la capacidad de reconocer “las artes de gobernar, como manera de desconfiar de ellas, de recusarlas, de limitarlas, de encontrarles una justa medida, de transformarlas, de intentar escapar a estas artes de gobernar o, en todo caso, desplazarlas a título de reticencia esencial” (Foucault, 2003, p. 8).

de transiciones morales, que traslapan sus pensamientos, sus palabras, cuando el tiempo corre y radicaliza los pasos por la frontera etaria que separa la condición de ser niño, de la de ser adulto, pasando por la opacidad jurídica de la juventud.

Se me otorga el derecho de abrigar la palabra de otros, las sensaciones de quienes pudieron escuchar gritos de desesperanza, terminada en desesperación, al sentir y pensar, cómo la institucionalidad con sus prácticas de gubernamentalidad, destruye una ruta de acompañamiento y la deslegitima hasta desaparecerla, por no decir extirparla. Un ejemplo de la capacidad de dominio que se tiene por parte de la burocracia estatal, es el uso de las licencias de funcionamiento que se renuevan o se niegan, basado en parámetros de observación contable y técnica; lo demás, queda al margen de su mirada auditora; no importa la experiencia en la acogida al excombatiente (niño, joven).

Ahora bien, los funcionarios que se dieron a la tarea de señalar algunos vestigios de las implicaciones del intervenir, del acompañar, del abrazar sin prevención alguna, se permitieron a sí mismos, poder encontrar las derivas de lo distinto del Otro en condiciones de cercanía y ya no de percepción a oídas. El registro de una guerra situada en los cuerpos de los jóvenes, pretendía ser abandonado en nombre de la infantilización de sus fuerzas y de la feminización de su subjetividad. Un silencio activo a la propuesta insurgente, que contemplaba la resistencia a la domesticación de la indignación. Sin embargo, el relevo generacional de la irritabilidad que produce la miseria, está por fuera del foco de atención de un Estado militarizado. La desigualdad sigue en pie.

Al lado de ello, la dualidad de la instrumentalización de la atención que cosifica a los combatientes—así la retórica del restablecimiento de derechos instale su discurso en *el interés superior del niño*—no es más que un acto apócrifo que desconoce la sensibilidad puesta en la integralidad del niño/joven excombatiente. Piel y carne, dolor y placer, se conjugan a través de símbolos de resistencia; esto se pasa por alto al no poder mostrar otros ángulos de lo que entraña la compañía, para superar el reduccionismo clásico de la atención estatal.

De esto se trató la vivencia con los niños y jóvenes excombatientes, refractaria ante las imposiciones de una perspectiva deontológica sobre la que se erige el derecho. Sus voces fueron escuchadas en esta práctica institucional* que se funda sobre una declaración de acogida simulada. Posturas adultocéntricas cubiertas de tecnicismos jurídicos, figuran como matriz para canalizar los significados del deber ser, orientados hacia la domesticación de las subjetividades políticas. Un supuesto axiológico para sus vidas.

Avivar las tecnologías del yo, en esa producción de subjetividades cada vez más distantes de la guerra, advierten no re--visitar más sus episodios donde fueron protagonistas. Sólo es posible hacerlo, siempre y cuando su objetivo sea el de liberarlos de los traumas individuales provocados por la historia bélica. Las heridas que se superponen como sociales y culturales de una sociedad enferma, agitada por las ansias de castigo como privilegio del ojo, es la premisa de restablecer un derecho que ha positivizado la vida; quienes operan en nombre de un principio de igualdad sospechoso, se ven influido por modelos económicos depredadores, propuestos por mercenarios intelectuales, al servicio de una mano invisible que se capitaliza con el dolor, la marginalidad y la precariedad.

No sólo aparece encarnado el espectáculo del castigo por la hiperestimulación del control, vigilancia y disciplinamiento; lo punitivo sostiene el esquema de retribución sobre una generación que ha sido privada de los bienes y servicios del Estado. Es la muestra de una humanidad que se sitúa en la hostilidad, como ejercicio de restricción para la normalización del excombatiente. La hospitalidad sigue siendo el atributo de la nostalgia en el guerrero. Desde allí surge la necesidad de aperturar otros fundamentos retóricos que soporten el espesor de una justicia en transición; verdad, reparación y garantía de no repetición, parecen estar ancladas a postulados de herencia judeocristiana que tienen como propósito la reconciliación y el perdón. Sumado a ello cabe anotar que lo jurídico, lo político y lo moral, se mezclan en cada decisión sobre el cuerpo juvenil que se sigue

* Me refiero a lo desarrollado por el investigador al interior de la institución—campo de trabajo—Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá. Fue posible crear rupturas pero sin los alcances esperados

señalando de ex/combatiente; ese prefijo que declara la existencia de un equipaje guerrero, de una fuerza aún sin poder extirpar, latente en tono de sobrevivencia y alerta a las promesas incumplidas de un “mesianismo y una utopía”^{*} inscritas en el restablecimiento de derechos.

En otras palabras, se ha sufrido de un mutismo impuesto. El hablar de la guerra con ellos se convertía en una técnica catártica en perspectiva psicologizada; se utilizaban mecanismos propios del oficio del terapeuta, quien disponía de todo un repertorio para dicha tarea. Los espacios y territorios definidos para limpiar la mente de la suciedad del combate, ofrecía una ruta de salvación imaginaria; el camino a seguir, dejaba la advertencia de no repetir jamás lo vivido.

Parafraseando a Pablo Oyarzun^{*}, es como si se estudiése ante “el imperio de la técnica sin tener en cuenta sus consecuencias devastadoras para los intentos individuales y sociales de construir y configurar la experiencia” (Benjamin, 2009, pág. 45). El punto clave sobre este aspecto, invita a una revisión del horizonte de las tecnologías que se utilizan para organizar el futuro. Una experiencia que procura cada vez ser más organizada acorde al discurso institucional y mediático; su desprecio es el denominador común de un Estado, a no ser que contribuya a la exhibición del dolor y explotación de la historia de vida del combatiente. Se trae a un presente y se eterniza la simulación de una mejor vida.

Hay que mencionar que sólo en espacios de silencio provocado por sus ausencias, dio lugar a la palabra con otros, como testimonio de lo que aún pervive. El oído de un interlocutor, atravesado por historias de guerra, de un conflicto que se metamorfosea para mantenerse en el centro de la discusión política, moral y jurídica, permitió encontrar razones para instalar una mirada, sobre la condición de generaciones infantiles y juveniles vinculadas a la guerra en Colombia. Situarse en ambivalencias que saturan las respuestas

^{*} (Echeverría, La Mirada del Angel: En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin, 2014)

^{*} Quien aparece como traductor del texto “El Narrador” de Walter Benjamín, además de la introducción que se hace al mismo documento; de acuerdo a su presentación allí mismo, Pablo Oyarzun Robles, es filósofo, ensayista y traductor, profesor titular de la Universidad de Chile.

sobre violencias heredadas culturalmente, o biológicamente estructuradas, es también parte de la vida actual del excombatiente, que no se le ha permitido ofrecer la magnitud de la fuerza del guerrero por sobrevivir. Despojada de ella, se incorpora a la nueva servidumbre ciudadana.

Sólo aquellos cómplices de los silencios tejidos en la intimidad—una comunicabilidad de la experiencia inesperada, espontánea—con “una antorcha al oído”^{*} posibilitó desnudar los lenguajes y sublimar las historias oprimidas, que no se le pueden entregar ni a la misma institucionalidad. Jaime Pineda Muñoz^{*} acompañó el reconocimiento de un corolario de sensaciones provocadas por el vértigo de las decisiones autocráticas y adulto—céntricas de un Estado.^{*} Sigue el descuido en nombre de la protección, pero compensa sus limitaciones a través de la consigna que declara ser garantista del ejercicio pleno de los derechos. Toda una lista de chequeo que se cubre con la retórica de la verificación.

Fue receptivo ante el dolor que desató el aparato jurídico sobre el que se crea el derecho a elegir de los niños^{*} desvinculados del conflicto armado. Contemplar la pérdida

^{*} (Canetti, *La antorcha al oído*, 1980)

^{*} Más que un Tutor, es un acompañante en este tránsito reflexivo en el que se convierte una tesis doctoral. Ella misma atravieza el cuerpo, para dejar claro que no todo queda atrapado en la inteligibilidad. La sensibilidad es muestra clara de que todo este trabajo estremece y conmueve.

^{*} Me refiero a la decisión que tomó el ICBF que desencadenó en la pérdida del contrato firmado con el Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá; el no poder cumplir con exigencias de tipo económico, teniendo en cuenta la erosión de la solidez financiera generada por otros programas que hacían parte del ICBF. Lo demás, no importó.

^{*} Una decisión compartida al inicio de este documento; deja en entredicho el interés superior del niño, cuando fueron sacados de la institución en nombre del cumplimiento del estándar de calidad, que certifica a una entidad a través de las licencias de funcionamiento que define el ICBF para cualquier medida de protección. Lo que deja el sinsabor fue la escena de retiro de los adolescentes y jóvenes usuario de las modalidades para desvinculados del conflicto armado del Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, el 28 de junio de 2017. Los burócratas se dieron el lugar que les da el poder de representar al Estado y cumplir con la tarea como buenos

de unas modalidades* que sirvieron de pretexto para estar cerca de los excombatientes jóvenes, conocerlos y aprender de sus historias, redujo las posibilidades de superar las trampas de la instrumentalización de sus vidas. Las licencias de funcionamiento son refractarias ante la experiencia; se tornan un elemento más del inventario administrativo. Por otro lado, la estatalización de las disciplinas constriñe la imaginación y la comprensión de las vivencias, atendiendo más a la expectativa de la técnica y no a la compañía de quien depara la construcción de relaciones artesanales. Esto es lo que hace el Estado.

Las decisiones institucionales crearon una ruptura en el hilo que teje nuevas realidades e itinerarios biográficos. A partir de allí, se fraguaron otras formas de desplazamiento; la compañía, la cercanía quedaron en la incertidumbre; la relación de proximidad que puso en tensión las maneras de abordar la llamada “intervención terapéutica” como disposición colonial y epistemológica, fue reducida al “*instrumento legal*” de una institución que pudo haber hecho más. Las arbitrariedades de los conceptos de calidad e innovación, excedió la complejidad de la naturaleza de la atención desde lo humano; la relación de agente / paciente estaba siendo superada, para evitar la esterilidad

funcionarios que son. El interés superior del niño es el interés del adulto, del patriarca, que hace con su prole lo que quiere y cuando quiere.

* Las modalidades de atención se definen como “Casa de Acogida: Modalidad de atención en medio institucional, en la que se implementa la fase I del proceso de atención “identificación, diagnóstico y acogida”, con adolescentes mayores de 15 años y menores de 18 años, víctimas del reclutamiento ilícito, que se han desvinculado de los grupos armados organizados al margen de la ley. Casa de Protección entendida como una modalidad de atención para continuar el restablecimiento de derechos y la reparación integral de los/las adolescentes que provienen de la primera fase de atención del programa especializado, y no cuentan con familia y/o red vincular de apoyo, o esta no es garante de derechos, y/o reporta factores de riesgos para la protección del adolescente. En esta modalidad se implementan las fases II y III de del proceso de atención”. Ver (ICBF, 2016)

en la correspondencia entre humanos que se instalan en condiciones de proximidad y alteridad.

El lugar del investigador situado en la periferia de la relación anteriormente señalada, permitió que lo predeterminado en las técnicas de atención se desvanecieran con la presencia y la coexistencia de biografías entrelazadas. Expuestas desde la sensibilidad, fue la oportunidad para alimentar los aprendizajes en reciprocidad y correspondencia. El decir cambia de paradigma como efecto de lo anteriormente expuesto, en ese anhelo de comprender lo humano desde el ejercicio que demanda la alteridad. De esta comprensión se deriva una actitud crítica.

“La crítica será a los ojos de Kant lo que dirá al saber: << ¿sabes bien hasta dónde puedes saber?, razona tanto como quieras, pero ¿sabes bien hasta dónde puedes saber razonar sin peligro?>>. La crítica dirá, en suma, que nuestra libertad se juega menos en lo que emprendemos, con más o menos coraje, que en la idea que nos hacemos de nuestro conocimiento y de sus límites y que, en consecuencia, en lugar de dejar que el otro diga <<obedece>>, es en ese momento, cuando nos hayamos hecho del propio conocimiento una idea justa, cuando podremos descubrir el principio de la autonomía y cuando ya no tendremos que oír el obedece; o más bien, el obedece se fundará sobre la autonomía misma”. (Foucault, 2003, p. 13)

Una relación de obediencia en torno a lo jurídico; un plano que genera la sensación de que todo está bien y correctamente definido. Una clave exegética de cumplimiento, que responde a las expectativas normativas, dejando las personales o humanas en otro sitio. La consigna sobre la que se instaló el compromiso con el instrumento, hizo visible las grietas en lo propuesto como horizonte de vida en los adolescentes y jóvenes ex/combatientes; todo ello sirvió de insumo para enriquecer esta crítica al proceso de restablecimiento de derechos; él se tiñe de mesianismo con fecha de caducidad y le genera agrado y satisfacción a las subjetividades estatalizadas por el *buen gobierno*.

Al mismo tiempo, el dogma jurídico, el conocimiento y el dominio de instrumentos que vigorizaron la sensación de justicia—en torno al cumplimiento del artículo 44 de la constitución política del 91—se dispone a repetirse incesantemente en el vocabulario del

funcionario *interés superior del niño**, que finalmente es lo que demanda la ley, no el niño, adolescente o joven que ya contemplaba este lugar como suyo. ¡Esto no importó!*

El arte de gobernar a los hombres, sobre todo a una generación que viene transitando de la heteronomía, la dependencia y la obediencia, hacia la autonomía, la independencia y la desobediencia, como un ejercicio en clave de resistencia y de re-existencia, aparece como desafío ante lo que sus cuerpos exponen, en esa revelación que la humanidad ha venido interpelando en los órdenes establecidos por otros, sin el reconocimiento de una polifonía juvenil que demuestra cada vez más, posibles derroteros de vida que superan la racionalidad conservadora y temerosa de ser socavada por la realidad y la dinámica social en devenir.

Puede que la disputa por *no seguir siendo gobernados* no se lleve a cabo en planos de igualdad semántica, mucho menos retórica, como lo proponen los eruditos del poder disciplinario del derecho. Cabe anotar que la igualdad sigue siendo un escenario cómodo donde se alojan los discursos jurídicos. La virtud de dominar antes que el comprender es una constante; los arribos de una y otra parte padecen disimetría en la palabra, con órdenes

* Qué tal el cumplimiento del Artículo 44 de la constitución política: “Son derechos fundamentales de los niños: la vida, la integridad física, la salud y la seguridad social, la alimentación equilibrada, su nombre y nacionalidad, tener una familia y no ser separados de ella, el cuidado y amor, la educación y la cultura, la recreación y la libre expresión de su opinión. Serán protegidos contra toda forma de abandono, violencia física o moral, secuestro, venta, abuso sexual, explotación laboral o económica y trabajos riesgosos. Gozarán también de los demás derechos consagrados en la Constitución, en las leyes y en los tratados internacionales ratificados por Colombia. La familia, la sociedad y el Estado tienen la obligación de asistir y proteger al niño para garantizar su desarrollo armónico e integral y el ejercicio pleno de sus derechos. Cualquier persona puede exigir de la autoridad competente su cumplimiento y la sanción de los infractores. **Los derechos de los niños prevalecen sobre los derechos de los demás**”. De este último, quién define en clave axiológica lo que requiere el niño: respuesta, el adulto, que asume las voces de los niños en perspectiva de simulacro.

* Me gustaría señalar que, lo que aparece en este acontecimiento, pretende ser revelado en clave Foucaultiana, (2003), cuando en su ensayo qué es la crítica, permite el reconocimiento de la labor de la investigación que se propone, en un horizonte que pretende un movimiento telúrico a los juegos de verdad que se construyen en el mundo de la protección a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes que han estado en la guerra, para no seguir hablando en clave de institucionalidad discursiva de “desvinculados del conflicto armado”: existe una triple relación con la verdad: (en perspectivas de obediencia a lo que emana de la ley) verdad entendida como dogma, verdad también entendida en la medida en que esta dirección implica un cierto modo de conocimiento particular e individualizante de los individuos; y, por último, en la medida en que esta dirección se despliega como una técnica reflexiva que comporta unas reglas generales, unos conocimientos particulares, unos preceptos, unos métodos de examen, de confesiones, de entrevistas, etc. Ver ensayo “Sobre la ilustración”.

lexicales que potencian la discriminación por no estar a la altura de quien se apodera de ella; más bien, como lo dice Butler, (2017), “*una acción conjunta de los cuerpos*”, es la posibilidad de entender los actos performativos de lo que se resiste a ser gobernado por la institucionalidad. Sigue en disputa las orientaciones de lo normativo y su efecto en lo normalizado; juntos comparten el subsuelo de la domesticación de subjetividades.

Al lado de ello, el caudal sobre el que se erige la manera de gobernar a los ex/combatientes* jóvenes, transita de lo conservador—donde reina la obediencia y la autocracia—hacia prácticas instaladas en ideal democrático. Las monofonías del poder continúan con su propósito de reciclar las fuerzas de quien se insubordina; ellas son interpeladas desde el mundo del desvinculado, cuando sus voces no han sido atendidas con suficiencia para depositar en *franca lid*, que esa no era la manera en que querían ser gobernados.

Podría decirse que, el poder legitima unos procedimientos además de contener una sordera de piedra. La interlocución fue una ilusión; los márgenes de los derroteros normativos en los cuales se erige la experiencia y las posibilidades de construir conjuntamente otras prácticas desde la comprensión del excombatiente, se imponen. La posibilidad de conservar una actitud crítica en relación a las maneras de proceder con los jóvenes es un desafío a la heteronomía. Ellos traslapan la fuerza como instinto de sobrevivencia, que les reclama el avanzar por el mundo atravesados por la desorientación, pese a los tránsitos institucionales que recorren, desde un escenario de restablecimiento de derechos (temporal, finito, con fecha de vencimiento), hasta la reintegración a una “*civilidad civilizada*”. El interés superior del niño, reúne connotaciones en perspectivas plurales y de sentido, las cuales sólo han sido interpretadas exegéticamente desde lo que aparece escrito en la ley sacralizada; es otro dispositivo de control como lo es la reincorporación y normalización; ella misma puede ser interpelada como juego de verdad: ¿A qué tipo de interés se refiere?*

* El prefijo “ex”, pretende ser abordado en otro capítulo, dada la preocupación en clave heideggeriana, por lo circunstancial, por el equipaje narrativo y existencial que se convierte en objeto de extirpación y olvido, en contraste con los escenarios de verdad, memoria y garantía de no repetición.

* Santiago Castro Gómez, (2010), en su texto *Historia de la Gubernamentalidad I*, cita a Michel Foucault para soportar el modo en “que los discursos de verdad funcionan dentro de

El acontecimiento que contiene el retiro de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes del escenario llamado Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, toma sentido por el hecho de significado que se deriva de una técnica gubernamental, que muestra su poder de desplazar, con todos los atributos que se le otorgan para que genere violencias legítimas y aceptadas. Es decir, “el acontecimiento no es jamás “objetivo” como puede serlo el hecho, no se presta a ninguna observación imparcial: el que comprende lo que le sucede como sucediéndole precisamente a él mismo está ipso facto comprometido en lo que comprende, de modo que comprender el acontecimiento y pasar la prueba insustituible, experimentarla directamente sobre sí como destinada a sí y a ningún otro, no son más que una cosa” (Romano, 2012, p. 30). Lo sucedido allí ha promovido la crítica* al restablecimiento de derechos, y los movimientos hacia una reintegración exitosa para los órdenes gubernamentales. Una reincorporación fallida en expectativas individuales que carga con el despojo de la palabra resistencia. Incluirla en el vocabulario de la rebelión es lo más adecuado al régimen del decir estatal; han privilegiado el silencio como elemento estructural de la obediencia para volver sumiso el espíritu de lucha.

Como si fuera poco, la minoría de edad en medio de procesos de restablecimiento de derechos, funda la incapacidad, en clave kantiana, de “*servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro*” (Foucault, 2003, p. 11). Es decir, otro gobierna sobre ellos, dispone y direcciona sus vidas, hasta verlos condicionados en acción política. La ciudadanía suele aparecer como la nueva morada del excombatiente, en medio de un derrotero de poder que simula la participación y oculta la decisión individual. De allí que

complejas redes de poder: <<mostrar cómo se han modificado y desplazado, qué coacción han ejercido efectivamente, en qué medida se han alterado”.

* Fundamento la posición del objeto de esta investigación, al situar sus propósitos en esta perspectiva: “vemos que el foco de la crítica es esencialmente el haz de relaciones que anuda el uno a la otra, o el uno a los otros dos, el poder, la verdad y el sujeto. Y si la gubernamentalización es este movimiento por el cual se trataba, en la realidad misma de un práctica social, de sujetar a los individuos a través de unos mecanismos de poder que invocan una verdad, pues bien, yo diría que la crítica es el movimiento por el cual el sujeto se atribuye el derecho de interrogar a la verdad acerca de sus efectos de poder y al poder acerca de sus discursos de verdad; la crítica será el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexiva. La crítica tendría esencialmente como función la desujeción en el juego de lo que podría denominar, con una palabra, la política de la verdad. (Foucault, 2003, p. 11)

haya sucedido la necesidad de preguntarse, si en este proceso de restablecimiento de derechos, los 18 años se convierten en el baremo ideal sobre el que se decide de forma arbitraria, la capacidad de independencia para sortear los retos que depara una vida autónoma.

Al respecto conviene decir que, de acuerdo con Foucault (2003), lo que cronológicamente se intenta superar, es un asunto todavía en tensión, lo cual se apoya en la siguiente afirmación:

“La frase completa de Kant es: <<La minoría de edad significa la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la guía del otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando la causa de ella no reside en la carencia de entendimiento, sino en la falta de decisión y valor para servirse por sí mismo de él sin la guía de otro” (p. 11)

En el equipaje existencial del ex/combatiente, traía consigo un lugar que pudo erigir su capacidad de hacer con la fuerza que activa la guerra. La tierra prometida de la desvinculación / desmovilización, eclipsó su energía para volverla insignificante; como recambio, la obediencia ciega; su cimiente, la domesticación de su espíritu revolucionario, y su arquetipo de transformación.

En otras palabras, la franja etaria sobre la que se determina el tránsito de desvinculado a desmovilizado—de menor de edad a mayor de edad—oculta la infantilización de un hombre de tropa. Su espíritu de lucha se mantiene oculto en su intimidad; lo usa para sobrevivir en medio de un sistema depredador proteccionista, que se declara a la luz de un concepto de responsabilidad y autonomía, infalible. Algunos de ellos sospechan del abrigo, la acogida y el derecho: *“en la moralidad neoliberal únicamente somos responsables de nosotros mismos, no de los demás, y esta responsabilidad consiste antes que nada en ser autosuficientes económicamente en unas condiciones en que la autonomía ha quedado minada en términos estructurales”* (Butler, 2017, p. 32). Sólo el acontecimiento del retiro de los adolescentes y jóvenes excombatientes del Centro de

Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, excitó la capacidad de pensar.* Se impusieron las decisiones administrativas sobre las relaciones humanas; sacralizada la licencia de funcionamiento, se instaura un dominio técnico sobre la experiencia y un retorno al discurso institucional. El resultado, la indiferencia a la creación de otros escenarios contemplativos para producir verdades que no están al mismo nivel de las construídas por la institucionalidad.

* “Pero un día surge el <<porqué>> y todo comienza con esa lasitud teñida de asombro. <<Comienza>>, eso es importante. La lasitud está al final de los actos de una vida maquina, pero inaugura al mismo tiempo el movimiento de la conciencia. Lo despierta y provoca la continuación. La continuación es la vuelta inconsciente a la cadena, o el despertar definitivo. Al final del despertar llega, con el tiempo, la consecuencia: el suicidio o restablecimiento. La lasitud tiene en sí algo de desalentador. (Camus, 2017, p. 28)

CUARTA PARTE

**LAS HUELLAS DE UN ACONTECIMIENTO EN EL LABERINTO DE LA
INSTITUCIONALIDAD**

El 28 de junio de 2017 sacaron los niños, niñas y jóvenes usuarios del Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá. Esta Organización prestaba sus servicios al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar—ICBF—para brindar atención a desvinculados* del conflicto armado colombiano. Casa de Protección y Casa de Acogida, eran los nombres de las modalidades que se operaban allí. Un lugar donde se hace la trayectoria humana, social y abismal, de quien se expone como investigador.

Nuevos desplazamientos que el Estado fabrica sin percatarse de los daños que acarrearán sus decisiones (o tal vez sea esta la ruta a seguir como técnica gubernamental). No se tuvo en cuenta la palabra de quienes habitaban este espacio, la carga de significado que contiene el habitar y que habían descubierto a través de los días. No habían barreras físicas, sin remedos de prisiones con el eufemismo del obsesivo control y la hipervigilancia sobre los cuerpos que moraban allí. Se tenía la sensación de libertad de acuerdo a un actuar sin estar siendo observados.

No importó su itinerario biográfico. La barrera de los 18 años--“la mayoría de edad”*-sirvió de baremo para ser entregados a un mundo que reclama subjetividades en serie, maquinizadas y organizadas para el mercado. La protección desnudó la supuesta autonomía y la redujo a la heteronomía, la obediencia y la dependencia; no han sido sujetos configurados en perspectiva de interdependencia durante el proceso de restablecimiento de derechos. Allí se establece una ciudadanía matizada por órdenes jurídicos, en declive de lo político. Los funcionarios del sistema padecen cierta inmadurez política para comprender

* Cabe anotar que, de acuerdo a los lenguajes institucionales y gubernamentales, los niños, niñas y jóvenes que participaron en grupos armados al margen de la ley, son llamados desvinculados, cuando conservan su minoría de edad; una vez superado los 18 años de edad, toman el nombre de desmovilizados.

*Qué es la crítica, del texto “Sobre la Ilustración de Michel Foucault, (2003); desde esta perspectiva, es indudable volver a pensar sobre lo que reviste la mayoría de edad, para legitimar la independencia y la autonomía, como mandatos de un modelo neoliberal que invierte la responsabilidad del éxito o fracaso al individuo, sin importar su lugar existencial y vivencial, además de la precariedad con que se le responsabiliza; de acuerdo a ello, surge la palabra “responsabilidad” que necesita de mayor espesor, en un mundo que reclama la fuerza para sobrevivir y desprestigia los medios para su “realización”, hoy cuestionada desde “la sociedad del cansancio” por Byung-Chul Han (2012)

los alcances de lo político. Ellos acompañan el proceso, pero sus ocupaciones les impide pensar algo más allá de lo establecido en el lineamiento; saben que el cambio y la transformación siempre van a acompañados de riesgos para interpelar el orden, situación que no se hace parte de sus imaginarios. Sus registros se hacen proclives a la réplica de letras muertas plasmadas como mesianismo constitucional; no albergan la imagen de un sujeto político asumido como rebelde* y no resistente. La colectividad asusta y sorprende, se hace intempestivo; inmediatamente es contrarrestada por lo planeado, lo formateado; es algo así como la construcción de una “ciudadanía formateada” que busca controlarse e instaurar el régimen del decir, desde unos juegos de verdad que proclaman el consenso y desdeñan el disenso.

Alguien musitó al oído: *“tal vez era necesario el silencio de sus ausencias, para comprender el ruido de sus presencias y poder saber en estado contemplativo, las limitaciones y las potencialidades de un ¿restablecer qué?”*. Es decir, no quedaron atrapadas en la banalidad estas palabras; sirvieron para entender la complejidad de los desplazamientos, de las transiciones, de las mutaciones y de las transformaciones en los horizontes de vida que no anidan en llamados *proyectos de vida*. Esto activó el pensamiento. “Pensar no es unificar, familiarizarnos con la apariencia bajo el rostro de un gran principio. Pensar es aprender de nuevo a ver, dirigir la propia conciencia, hacer de cada imagen un lugar privilegiado” (Camus, 2017, p. 60). La historia continúa salvaguardando esta consigna: *“este es el país de los acallamientos para esos chicos, nosotros somos como la tierra natal de sus silencios”**

No cabe duda que la frase es resultado de una reacción al dolor de pérdida, cargada de impotencia. El aparato jurídico—un poder—sobre el que se crea el “derecho a la participación” de los niños desvinculados del conflicto armado, ha provocado una especie

* “La rebeldía no nace sólo, y forzosamente, en el oprimido, sino que puede nacer asimismo ante el espectáculo de la opresión de que otro es víctima” (Camus, 2019, p. 31)

*Jaime Alberto Pineda Muñoz, **Postdoctor** en Ciencias Sociales Niñez y Juventud, en perspectivas de Generaciones del Inxilio En Colombia y Geopoética de la guerra. (Director de este ejercicio de escritura y cómplice de las sensaciones provocadas por el vértigo de las decisiones autocráticas y adulto—céntricas de un Estado).

de esquizofrenia en las instituciones que somete a sus dictámenes. Allí se despliegan las posturas de exégeta de la ley y las decisiones subsumidas al adulto-centrismo. Desde allí se predica que la minoría de edad de los excombatientes jóvenes, les impide tomar decisiones racionales; el adulto y/o el tutor legal, tiene a cargo la responsabilidad de decidir desde lo axiológico combinado con lo deontológico, la ruta de su curso de vida.

Hacer válida esta racionalidad es declarar una “vida vivible”^{*} para ellos en perspectiva; es el deber ser; la utopía sigue su camino, pero por sendas diferentes a las que aparecen localizadas en la miseria estructural del país. Esa condición perpetúa la continuidad de unas vidas despreciadas. Se materializa la Necropolítica y el *juvenicidio*; la suerte está echada ante el despojo de la fuerza en el guerero; es ella la que les ha fortalecido para sobrevivir, pese a la precariedad que han enfrentado durante su trayecto existencial.

Puede agregarse que los tecnócratas del derecho, en procura de administrar vidas, con temporalidades marcadas en fecha de vencimiento, no logran abarcar las consecuencias de sus decisiones. El instrumento los protege ante la creatividad organizada en prevaricato. Soporta su sometimiento y su tecnicismo, además de hacer del lineamiento un texto sagrado^{*}. Lo que prevalece es la ley por encima de lo humano, todo un arbitrio que

^{*} Ver “Cuerpos aliados y lucha política Hacia una teoría performativa de la asamblea” de Judith Butler, (2017).

^{*} Ahora bien, está claro que también existe el peligro de que en el mundo de la vida cotidiana un <<libro revelado>> se convierta en un <<texto sagrado>>, incontestable, en un texto que reclama obediencia incondicional. Sin duda, esa <<conversión>> es una amenaza que no será fácil de evitar. A diferencia de la escritura de inspiración divina o revelada, la sagrada sería aquella que, de facto, no tolera la lectura, porque supuestamente está libre de interpretación. [...] la paradoja es que un texto sagrado no está escrito para ser leído, sino para ser obedecido” (Mèlich, 2020, pp. 62, 63). Continúa el autor: Dicho de otro modo, para sus fieles un escrito sagrado es un texto necesario que se impone al margen de la decisión de cada uno. En términos generales, un texto es inevitablemente finito, caduco, por lo mismo, también desaparecerá. Es, por tanto, contingente. Pero los escritos sagrados funcionan con otra lógica, porque, aunque han sido <<redactados>> en un instante de la historia, su <<origen>> no tiene lugar en el momento de la escritura. Todo lo contrario, surgen de una voz interior, eterna, una voz originaria que reclama obediencia y que no

fundamenta su ejercicio jurídico en la capacidad de administrar lo legislado; se aplaza la justicia que se ha hecho horizonte y no presente; la estrechez de sus prescripciones en torno al mundo de la vida y la experiencia producen desencanto.

En concordancia con lo anterior, la pérdida enmarcada en una decisión de orden técnico—jurídico, se redujo a lo instrumental que ofrecen las licencias de funcionamiento. La estatalización de las disciplinas constriñen la imaginación y la comprensión de las vivencias; otra forma de desplazamiento se configuró en este escenario y con ella el desmembramiento que sostiene la compañía y la cercanía. Esa relación de proximidad que puso en tensión las maneras de abordar la llamada “intervención terapéutica”—disposición colonial epistemológica—fue restringida por el instrumento técnico que se aplicaba como medida de control administrativo. Queda la nostalgia por un hacer infinito y en constante crecimiento; las arbitrariedades de los conceptos de calidad y de cumplimiento de estándares, desconoció la complejidad de la naturaleza de la atención desde lo humano, para lo cual, el concepto de agente / paciente fue superado por la alteridad.

admite vacilación en el cumplimiento de las reglas de decencia que dejan de ser <<reglas>> y se convierten en <<leyes>>. En este caso, la escritura, que tiene la pretensión de ser de inspiración divina, está cerrada>>, no se le puede ni añadir ni quitar nada, no admite variación alguna, no permite ninguna transformación, ningún cambio. Se debe aprender de memoria y ser <<repetida>> infinitamente, pero no ser <<leída>>. Es necesario que sea grabada en el corazón de los fieles porque es una guía de conducta, porque indica el camino correcto. Así funciona la lógica de lo sagrado, y éste es el principal peligro del absoluto monoteísta, el peligro de que la escritura termine expresando la voluntad de un Dios convertido en <<ídolo>>, un ídolo sediento de sangre que dicta una ley que obliga a los fieles a ejercer la violencia y a la crueldad en su nombre. La escritura es el texto que expresa una orden que hay que obedecer, al margen de las circunstancias y las situaciones, porque es la voluntad del Absoluto, y con el Absoluto no se negocia, al Absoluto no se le replica. Al negar la lectura y las infinitas interpretaciones, la escritura sagrada hace posible la resolución definitiva de la ambigüedad y, por lo mismo, de la incertidumbre. A partir de este momento, la vida del lector deja de ser <<vida>>, y el lector también deja de ser <<lector>>. (Mèlich, 2020, pp. 63, 64)

Como si fuera poco, la experiencia tensiona el experimento, así se quiera desconocer o marginar en sus ecos. La palabra pilotaje ofrece un descanso al riesgo que se corre desde la prescripción de lo que se planea. Demarcar un espacio y un tiempo señalado para la observación, el análisis y la evaluación, fue la prueba del éxito o el fracaso. Los resultados de la aplicación de instrumentos—que miden el impacto de lo programado—indicadores y a otros mecanismos adicionales, permiten la validez de la réplica o la discontinuidad en los propósitos iniciales en la atención a niños, niñas, adolescentes y jóvenes. De allí se producen neologismos con los cuales se determina la vida futura en condiciones de desmovilización. Un orden mesiánico y utópico a la espera, como respuesta a los reclamos de varias generaciones por más de 60 años de lucha armada.

Hay que mencionar que la experiencia nunca fue escuchada. Ella interpela el poder y podría erosionar las disposiciones que prevalecen en los lugares de decisión acorde al orden piramidal en el que se inscriben las jerarquías. Las prácticas hicieron todo lo posible por incomodar los resultados que se trazan en los bordes del instrumento; una lógica amparada en circuitos de observación participante, invasiva e instrumental, que direccionaba el discurso tomado como verdad. La base de su organización pudo empezar a trazar una ruta de investigación, para que el dolor por la pérdida de la palabra, se lograra enquistar en un acallamiento que hace méritos para quebrarse. Transmitirlo de forma implícita es tal vez un camino como empresa de reconocimiento a lo que aparece marginal, oblicuo y dislocado, en esa tarea cotidiana de construir microprácticas para alojar esperanzas sobre otros mundos desconocidos, pero sí señalados y estigmatizados. Una inflación moral que se padece en sociedades hostiles y renuentes a la hospitalidad como la de este país.

Es necesario recalcar que, todo lo dicho hasta aquí, promete nuevos desafíos en torno a nuevas formas de entender esa vida del hombre guerrero. Su fuerza--que se instala en esquinas sin ser iluminadas por la supuesta racionalidad y justo equilibrio en las historias del fingido vencedor—se recicla, pero en otras ocasiones, deambula solitaria la pregunta por lo que queda en él, con una lánguida expectativa en tiempos de reincorporación, que los funcionarios estatales se resisten a reconocer sus baches, sus puntos ciegos, sus discordancias con los acuerdos firmados en la Habana.

De la niñez y la juventud poco se habla en el terreno del conflicto armado, a no ser sobre aquello que los invoca en materia de reclutamiento forzado. Tienen tutores legales que reemplazan sus voces; no hacen parte del círculo narrativo en las esferas de poder; son sujetos hablados. Suele imponerse el imaginario que los sitúa en un lugar de especial protección por su incapacidad para argumentar con validez, las respuestas a su vinculación y a sus intereses bélicos. Reducen su expresión a la violación de sus derechos, con lo cual se tiende una cortina de humo en relación a la desigualdad, la marginalidad y el olvido a sus vidas periféricas. Extraños y lejanos a su historia, sus itinerarios biográficos en la guerra, que no están ni en densidad ni en profundidad cerca a su intimidad, plasman en los procesos de atención las relaciones de interdiscursividad de las disciplinas que acompañan el restablecimiento de derechos. La exaltación del sujeto pleno de derechos, pone en el otro extremo—en la periferia—la perspectiva de sujeto político*.

La pretensión de olvido de su condición de guerra, los domestica en torno a otras posibilidades de emancipación política reservada para el futuro. Podría convertirse en las resonancias de una lucha por las promesas fallidas de un Estado—encarnadas en el Gobierno de turno—que decreta leyes para someter; aleja cualquier expresión de construcción e interpelación. Queda pendiente un relevo generacional en las fuerzas emancipatorias, alentadas por la realidad de miseria y precariedad que siguen enfrentando muchos de los excombatientes y su red familiar.

*“El Oxford English Dictionary (OED) informa que, en el momento de ser registrada por primera vez (en 1449), la palabra “político” expresaba el sentido “constitucional”, en tanto distinto de (y opuesto a) despótico o tiránico. Sin embargo, este uso, como comenta inmediatamente el OED, “hoy en día ha sido superado”. Parece como si el legado de Aristóteles hubiera sido desempolvado y reapropiado en el umbral de la modernidad en su prístina esencia original de lo ideal enfrentado con la realidad recalcitrante; o como un parámetro para medir las formas actuales de comunión humana, exponer sus puntos flacos, condenarlas, y repararlas o reemplazarlas. Sin embargo, parece que en lo que concierne a esa labor no ha resistido bien el paso del tiempo”. Ver La Sociedad Sitiada de Zygmunt Bauman, (2002, p. 75)

Son muchas las prescripciones del hacer para regular las consecuencias de la guerra. El arsenal de propuestas de silenciamiento de las que dispone un Estado, se orientan para cambiar el curso de la lucha armada, haciéndola ver como algo sin sentido y ningún logro alcanzado; sólo sangre y cuerpos devastados por la violencia. La urgencia por condenar al olvido las formas de vinculación a los diferentes grupos por parte de los niños y jóvenes, toman como estrategia los sinsabores de sus luchas y lo amargo del conflicto. Urge desvanecer, en palabras de Reguillo (2017), los elementos estructurales:

“El minimalismo de Estado, es decir, el retiro paulatino de Estado de sus responsabilidades como garante de los derechos y del acceso al bienestar; el reajuste económico y a crisis, que desarticuló—por decir lo menos—los mecanismos de incorporación de los jóvenes al empleo formal y a la escuela; el crecimiento acelerado del crimen organizado y su expansión territorial; el avance de la necropolítica, fundado en la acumulación de valor por el sometimiento y la aniquilación de los cuerpos en el contexto de un neoliberalismo predador y extractivista. Pero no basta calibrar el efecto en las biografías de los jóvenes, su experiencia de precarización, la conciencia del riesgo que están dispuestos a vender, como valor de cambio, y las formas de subjetivación que emergen en los imaginarios de <<éxito>> fomentados por el narco”. (p. 41)

Una vez negado todo este contexto, cualquier posición para solventar la palabra escondida y restringida, alimentada por la desconfianza, no responde a las preguntas fuertes de lo humano. El experto profesional que se estataliza y se convierte en el vehículo de interrupción y consumación de una historia. Para ello usa sus herramientas disciplinares y se centra en el trauma o expresiones de anormalidad. Los relatos deben ser suspendidos; ellos tejen otros asuntos que hacen parte del entorno del guerrero, lo cual justifica su incorporación bélica. Es así como los protocolos institucionales cumplen con la tarea de desviar la atención e instalarla en el discurso de la re— victimización. Todo ello exige un confinamiento verbal bajo el pretexto de confidencialidad o secreto profesional; en ningún momento el profesional debe prestarse para alentar, mucho menos reavivar, las vértebras de un sentimiento que se subsume ante el ejercicio de los derechos.

Hay un empeño, permanente y oculto, en negar cualquier posibilidad de provocar la nostalgia por el grupo, por su historia. Los más cercanos de su vivencia guerrera y arrojados infinitamente a los enfrentamientos bélicos, se hacen recuerdo constante y con ello la relativización de la protección; son los sentimientos de culpa, vergüenza, traición, miedo, que se adhieren al flujo de conciencia y transforman la condición espacial que habitan dentro del proceso de restablecimiento de derechos. La tensión no los abandona, ni en la guerra ni en la institucionalidad al servicio del Estado.

Emana la inquietud que se fortalece con la incertidumbre. La pregunta por el callarse indefinidamente—a menos que sea con objetivos terapéuticos—toma como repertorio el adiestramiento del habla dirigida al paradigma de la paz, lo cual garantiza el principio jurídico de no repetición, acorde a lo postulado en la ley 1448. El horizonte se hace gris. El paisaje de duda que habita al guerrero—de poca importancia para el establecimiento—se subsume por el lugar que se expone hacia el futuro. Las renunciaciones que el excombatiente debe publicitar para tranquilidad de los extraños al conflicto, es la cuota inicial para el establecimiento de las políticas de pacificación y normalización. Los compromisos con la agitación de la barbarie, mediante la propagación de acciones hostiles y recriminatorias, quedan aplazadas para generaciones que logren sentir los efectos del engaño.

Hacer comprensible esta disertación e medio de los avatares que traen las expectativas rotas, amerita poetizar su situación de desesperanza, para encontrar alguna fuga a lo hermético de la razón jurídica. La normatividad expuesta consume las vidas y se muestra como el nuevo señor a quien debe someterse el excombatiente; Ayer Dios, después el rey y hoy la ley. En este punto valdría la pena recoger las palabras de Steiner (2006), con el ánimo de ratificar la importancia de sensibilizar la realidad para hacerla más soportable: “El poeta es el legislador no reconocido de la humanidad” (p. 39). Las conversaciones son inacabadas; siempre abren nuevos yacimientos imposibles concluir con una sola idea. Rompen con la hegemonía de la secuencia causa y efecto.

Sensibilizar lo que se torna rígido, es una manera de disputarle la verdad a las prescripciones que se fundamentan en lo racional. Una ventana de oportunidad a lo constreñido en el orden jurídico, moral y político. Iluminar las zonas grises del acontecimiento que aparecen en el borde de lo normativo, hace visible la experiencia que

se da en el sujeto, de la vinculación a la desvinculación, de victimario a víctima, de la desmovilización hacia la reintegración; allí se fabrica un procedimiento de subjetivación, en ambientes que se proscriben como perfectos en razón, condición y autoridad. A través de estas mutaciones, se perciben caminos hacia el *juvenicidio*, dada la complejidad de sus manifestaciones y expresiones.

La carga de significados que reúnen las identidades sobre las cuales se instala el discurso institucional / estatal, no permite localizar y definir con nitidez la condición juvenil del excombatiente. Tiene más realce en la semántica del conflicto armado, las palabras desvinculados o desmovilizados que el vocablo “*joven*”. El caudal de experiencia opera como un acumulado de vivencias que le da potencia a los repertorios de vida y seguridad en sus relaciones, que no pasan simplemente por el nombre asignado— excombatiente—; su presencia manifiesta al nuevo mundo de “*la ciudadanía civilizada*”, un entorno que justifica su falta de apropiación del escenario de sometimiento al cual llega. Calificar su acción, sin poder legitimar lo que hay en el ser, está anclado en la especulación de quienes se creen con el dominio de adjetivar sus lugares. Es una limitación que resulta de la distancia que se ha provocado por los prejuicios que impiden sconocer su intimidad guerrera.

Es una especie de laberinto que ha bifurcado la linealidad de la comprensión del guerrero, con el epíteto de excombatiente. Las preguntas que se han generado en forma de collage, revisten la necesidad de ordenarlas para declarar el camino a seguir; luego será contado como trayecto en el andamiaje de las metodologías esperadas; igualmente, pueden asumirse como experiencia vivida y no como experimento que controla y prescribe las rutas, en el afán de cumplir con paradigmas científico-positivistas.

Este laberinto se parece al que nos expresa Borges, (2019):

“No habrá nunca una puerta. Estás adentro
y el alcázar abarca el universo
y no tiene ni anverso ni reverso
ni externo muro ni secreto centro.

No esperes que el rigor de tu camino
 que tercamente se bifurca en otro,
 que tercamente se bifurca en otro,
 tendrá fin. Es de hierro tu destino
 como tu juez.

No aguardes la embestida
 del toro que es un hombre y cuya extraña
 forma plural da horror a la maraña
 de interminable piedra entretejida.
 No existe. Nada esperes. Ni siquiera
 en el negro crepúsculo la fiera”.

Habitarlo es una condición sine qua non para narrarlo; es una exhortación a la pregunta por la vida después de la guerra. Es también percatarse de sí mismo con el ánimo de poder validar aún más lo que se pretendía saber; nace de la experiencia y se conecta con la narración, la cual deja sus arbitrariedades por fuera de su círculo narrativo. Su elaboración parte de ideas recogidas como un puñado de rosas que no tiene más calificativo que su comprensión misma.

El corolario que de allí se desprende, es lo que se almacena en silencio. Sólo un interlocutor tocado por las vivencias del guerrero, pudo lanzarse a los precipicios audibles en su eco escondido. Ofreció la libertad para permitir que la resistencia brotara y que le sirviera de brazal para enfrentar el orden que se le impone pero que no se construye con él. Su lugar sigue expresado en lo marginal, porque la cercanía en lo humano necesita de la confianza que aún no se otorga para ninguna de las partes.

La virtud de este trabajo está en el provocar otra mirada sobre el excombatiente joven por parte del lector. Las ideas no surgieron de la imaginación; se apoyan en la realidad; el flujo de experiencia y el valor de la vivencia compartida son los insumos necesarios para respaldar cada frase. En medio de ello, existe un orden regresivo que conjuga el presente con el futuro, y declara una falacia del porvenir que niega su devenir. Un futuro tramposo

expuesto por quienes insisten en su validez; nunca advierten la imposibilidad de su materialización; la masificación de la re-incorporación produce una esperanza en torno a la reutilización de quien se insubordina. También resulta ser una guisa que distrae la realidad nunca vivida de incorporado que se da por sentado. La historia demuestra que siempre fueron vidas marginales y periféricas y que la guerra les sirvió para hacerse visibles al salir de la oscuridad como repudio a su presencia.

Según Ulrich Beck (2002), la sociedad queda atrapada en los modelos que se presentan para ofrecer marcos de seguridad y fe en lo que se hace; se cargan consantemente de “*soluciones biográficas a contradicciones sistémicas*”. La intención es ofrecer certezas con base a casos individuales y seleccionados intencionalmente como ejemplo del éxito de las propuestas. Este es caso del proceso de restablecimiento de derechos y su de forma mediática y puesta en cifras que no alcanza a desnudar las biografías intensamente cosificadas, se socializan caminos particulares y no colectivos, individuos teñidos de la teatralidad de la política, y sumergidos en un canto de sirenas que adormece la emancipación y su condición de sujetos políticos en contraste con los sujetos domesticados, producto de la creación de nuevas subjetividades.

Como resultado de la mezcla de elementos, conceptos, emergencias juveniles en el campo del excombatiente, se instala una “Labris”^{*}; con ello, la reflexión sobre la casa de lo sacrificial, de lo sagrado; pero a la vez, confusión, dados los múltiples caminos que se ofrecen y que conducen a una sola salida. Aquella que es determinada por el establecimiento; también emerge la distinción ontológica entre el ser excombatiente y el ser guerrero; dos lugares, dos contextos, dos escenarios que demandan sobrevivir. La vivencia con excombatientes jóvenes no permitió olvidar al guerrero, que aún tiene la reserva de lucha en su espíritu. Por más acallado que fuera, parafraseando a Octavio Paz (2003), “su silencio dice algo, pues está preñado de signos” (p. 31). Haciendo uso de la reserva vital que le queda al guerrero, la normalización le produce desencanto y escepticismo, además de una especie de frustración por responder a lo que no estaba considerado en la utopía de

* Laberinto en griego

la guerra. Terminará por explotar, de acuerdo a la estrechez de sus discursos y de sus prescripciones comportamentales que lo sofocan y lo hastían. Con el tiempo el mutismo de sus vidas, por tanta precariedad acumulada, se hace estilo.

La institucionalidad está en crisis y también se mueve en un laberinto sin horizonte claro. La inclemencia de lo episódico y su tensión con lo programado en él*--aclarando que sus estrategias de intervención hacia la domesticación, también sufren bifurcaciones-- consagran el monólogo jurídico. Ello mismo se ve superado en sus intenciones de regular y aminorar los riesgos, cuando la guerra cambia de actores y las violencias ejercidas por ella se legalizan en el Estado. Los brotes de micro—violencias, se articulan de forma invisible a las macro—estructuras de poder, convertidas en políticas internacionales que validan los conflictos bélicos. Él se surte de todos esos escenarios de confrontación e invasión de territorios, fronteras hacia la imposición de nacionalismos en desuso.

El conflicto armado en Colombia ha provocado la aparición de actores de reparto en la llamada desvinculación. Esto obedeció también a pensarse un ser en un espacio y en un tiempo. Éste último determina y predice la condición de ser por medio del catálogo, ofrecido por la institucionalidad, enmarcado en el prefijo “*ex*”. Pese a ello, el combatiente no abdica en el ejercicio de su cláusula guerrera. Su fuerza—que se pretende extirpar, diseminar, engullirpor las políticas estatales de restablecimiento y reincorporación en la normalización—trata de ser reciclada y conducida a los propósitos de la persona jurídica, moral y política esperada por el Estado.

La pregunta por las implicaciones que tiene la fuerza que no se pudo disecar, mucho menos disolver, pero sí conservar en él, tiene como respuesta la descripción del escenario de interacción dominada por el libreto del restablecimiento de derechos. En el sedimento de su tránsito identitario—vinculado, combatiente, desvinculado, víctima, desmovilizado, excombatiente, reincorporado, reinsertado—queda un nuevo caos, una desorganización existencial, que lo lleva a aferrarse a su pasado donde el futuro organizado por extraños se agrieta. Sus intereses no se articulan a las posición adulto—céntricas que cercena su condición humana y juvenil.

* Me refiero al combatiente, al guerrero proyectado hacia la domesticación de la indignación.

La institucionalidad viene reproduciendo el discurso de los sistemas de gestión para la *calidad*, los cuales materializan su decir en instrumentos que se hacen operativos a través de formatos. Las escrituras pobladas de contradicciones y relativamente inciertas con relación a los intereses juveniles e infantiles. El ejercicio jurídico como administración de justicia, pero no de equidad y mucho menos de igualdad en la práctica, salvaguarda los enunciados de un *Estado Fallido* en torno a la condición del excombatiente. El mañana se convierte en pasado olvidado, y con ello, el registro de la magnitud que contiene la incapacidad de ofrecer alternativas de vida, a cambio de represiones morales, jurídicas y políticas, generando consigo otros desarraigos y desplazamientos humanos. La vida excede cualquier formato. Es dinámica y relacional y rompe con los esquemas de lectura sobre la causa y el efecto. El combatiente no es un cosa que se moldea; es un agente que no siempre se dispone a ser sujeto.

En esa perspectiva, la intimidad del guerrero se hizo esquiva para ser publicitada, manipulada, controlada. Desde allí demandó los criterios de una sociedad civilizada atrapada en sus expresiones hostiles de negación al excombatiente. El restablecimiento de derechos se le convirtió en una jaula, donde era observado, analizado, chequeado con base a la información del equipo interdisciplinario que seguía su ruta de adaptación. Contradicciones internas, desesperanzas envueltas en una madeja de ilusiones, elucubraciones investidas de sueños rotos y estigmatizaciones extensas e intensas en sus manifestaciones humanas, convierten el principio de esta tarea, en un laberinto que ha llevado a pensar la necesidad de volver sobre el espesor de las palabras desvincular, restablecer y normalizar, de acuerdo a la densidad de sus significados instalados en su equipaje guerrero que se resiste a la agonía.

El camino por este laberinto también ha generado vértigo, y a la vez convulsión, como señal de impotencia por no lograr organizar y lograr conjurar el equilibrio entre el individuo—excombatiente—y su entorno que activa su nostalgia, pero también su fuerza para superar la miseria y el hambre que operan como combustible de su protagonismo en la guerra. Se ha necesitado de un marco comprensivo que diluya la viejas éticas plasmadas en el orden jurídico que no ve sino al sujeto y no el desastre que ha pertenecido a su entorno.

El existenciario del excombatiente, abriga preguntas en torno al guerrero que incorpora el combate, como destino cierto para la capitalización de su gloria.

Lo anterior deriva la obligación de situar al guerrero como interlocutor que dispone de preguntas al excombatiente. Las paradojas—que vive en su tránsito de la guerra al restablecimiento—arrastran el hecho de que, hasta ayer fue guerrero. Con el tiempo se disuelve su pasado y van quedando rasgos de su lucha; la institucionalidad se apropia de su existenciario y refuerza dispositivos para controlarlo y someterlo.

El Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá, fue el escenario que despertó la inquietud por las historias de muchos niños y jóvenes subsumidos en el silencio de sus biografías guerreras. Se les dispuso un mundo diferente a la guerra, para erosionar sus prácticas guerreras, a cambio del poder destilar la fuerza que invita a interpelar y producir movimientos telúricos a la razón jurídica atrapada en la estatalización y la corrupción política. Le quedan huellas y desafíos para convocar otros decires que no siempre fueron escuchados y que auguran un telón de fondo para deslegitimar los discursos de *paces* impuestas y desnaturalizadas. Gobiernos y Estados que detentan la autoridad para combatir al enemigo—interno, creado—con otros medios más sofisticados, cuyo efecto es el sometimiento de quien interpela sus actos.

Esta institución se convirtió por muchos años en la casa de los guerreros proclives a ser excombatientes. Pretendió romper con la apología al nombre estatal de “casa de protección o casa de acogida”; más bien, la virtud del acompañamiento radicaba en lo que bellamente anuncia Martín Heidegger: “No habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida en que habitamos, es decir, en cuanto somos lo que habitan”^{*}.

^{*}“¿Pero en qué consiste la esencia del habitar? Escuchemos una vez más lo que nos dice el lenguaje: la antigua palabra sajona <<wunon>> y el gótico <<wunian>> significan—al igual que el antiguo bauen—el permanecer, el demorarse. Pero la palabra gótica <<wunon>> dice de una manera más clara cómo se experimenta este permanecer. *Wunian* significa: estar satisfecho y en paz; ser llevado a la paz, permanecer en ella. La palabra <<paz>> [*Friede*] indica lo libre [*das Freie*], *das Frye*; y *Fry* significa preservado de daños y peligros, preservado de algo, es decir, resguardado. Liberar quiere decir propiamente preservar”. Ver: (Heidegger, 2015, p. 19)

Su permanencia y el cuidado espontáneo facilitó recrear la palabra habitar en las dimensiones señaladas. Sus paredes no fueron barreras físicas con ataduras intramurales; su representación, convertida en casa, con el paso de los días se adhirió a su itinerario biográfico. La vivencia en aquel lugar, hizo visible las tensiones que ocurren entre el habitar y el ocupar.

Las huellas son el producto de ese habitar. Mantienen vigente las relaciones y los contactos con ellos; sus disposiciones cambiaron y las simetrías en la comunicación se hicieron más fuertes. El horizonte advirtió su complicidad para con quien asumía el papel de investigador y el monólogo disciplinar fue reclamado en cuanto a sus correctivos y dispositivos conductuales con lo cual se iba—sutilmente—evaporando su pasado.

Fueron niños en la guerra, niños en proceso de restablecimiento y hoy jóvenes en condiciones similares a las que Reguillo (2017) describe:

“Me refiero a las enormes dificultades que experimentan muchos jóvenes para construir su biografía, lo que se vincula a la acelerada desinstitucionalización y desafiliación, vale decir, a la corrosión de las dinámicas e instituciones que durante la modernidad han operado como espacios de acceso e inclusión sociales” (p. 63).

¿Se logró socavar su capital guerrero? En medio de las precariedades que emanan de su condición estigmatizada, les queda apelar a lo que los ha constituido como guerreros sin adjetivo alguno, con el fin de seguir la ruta de sobrevivencia en nuevos escenarios de supuesta interacción. Su lugar de producción bélica, la nominación de excombatientes o desvinculados del conflicto armado, es un lastre que llevan consigo, anulando el ser de acuerdo a un existenciaro señalado por la sociedad hostil.

Los eufemismos en los discursos de los gobiernos son el pan de cada día. Su expresión abarca de forma encubierta, los intereses convertidos en acertijos para la sociedad que oye, más no interpela, pero sí replica, asuma posiciones acordes a los regímenes del decir de la autoridad que se impone; allí no importa el otro más que para su sometimiento y obediencia; la alteridad se degrada al tiempo que recoge los mejores

insumos para entregarse al mercado y a la economía. Son los nuevos dioses en la secularización de la vida humana.

El guerrero se presenta como sinónimo de violencia, cuando lo que públicamente despierta es hostilidad. Un miedo construido socialmente ajustado al paradigma del estigma construido por algunos círculos de poder. Su intimidad—que no se comparte con todos— permitió descubrir el despliegue de hospitalidad, solidaridad y alteridad que contenía su ser. Este descubrimiento es la posibilidad de desmarcar el foco de atención sobre lo punitivo—como respuesta a la supuesta amenaza a la seguridad que representa—que excede su disposición a matar.

La desnudez del guerrero lo hace frágil ante un imperialismo gubernamental. La consigna del Estado es el desarme de quien lo interpela en cualquiera de sus manifestaciones, jamás involucrarlo en proyecto de país. La indumentaria—su dotación que lo hace —reviste para él la fuerza colgada lejos de su cuerpo, el emblema que lo hace pertenecer al grupo que lo respalda. Luego, queda expuesto a la normalización, manipulable, moldeable, ordenado.

QUINTA PARTE

**LAS HUELLAS DE LA INTIMIDAD EN EL LABERINTO DEL PROYECTO DE
VIDA**

A diferencia de muchos, en particular de quienes ha sucumbido a una psicología verbosa, yo no estoy convencido de que haya que torturar, vejar o extorsionar al recuerdo, ni tampoco exponerlo a la acción de alicientes bien calculados. Me inclino ante el recuerdo, ante el recuerdo de cada ser humano. Quiero dejarlo tan intacto como le pertenece al hombre, que existe para ser libre, y no oculto mi aversión por quienes se permiten someterlo a prolongadas intervenciones quirúrgicas. (Canetti, Masa y Poder, 2005)

La producción intelectual muchas veces se aleja de la conexión que existe entre lo que acontece y lo que se piensa referente al conflicto armado en Colombia, con sus actores y protagonistas. La crítica aparece fundamentada en los bordes de una enunciación que condena el reclutamiento forzado, pero niega sus entornos. Explicar desde las cifras de desvinculación, que da lugar a una semántica del restablecimiento de derechos, no es suficiente. La divulgación, de una experiencia como trayecto y no como experimento en proyecto, es la morada de lo que interroga por lo oculto. Tuvo que ocurrir algo* que cambiara el esquema de percepción y que nutre la interpretación, en palabras de Hadot, (2006) desde un paradigma de “*conciencia cósmica*”*. Lograr invocar cada uno de los elementos reflexivos que pueden llegar a erosionar el saber erudito sobre el restablecer derechos, es una pugna que se teje con la disposición política a negar otro vocabulario que no encaje en sus arreglos lexicales.

Se esboza otra rebelión ante el sistema de restablecimiento de derechos para el excombatiente*. De acuerdo con Camus (1953), lleva a una desesperación vertiginosa como parte de la interrogación por lo humano y el silencio del mundo. Los contextos que preceden la experiencia, remiten a lo sustancial y tensiona el concepto de experimento. Al lado de ello, el mismo autor permite aclarar el horizonte en torno a lo que se ha eclipsado en el juego de las

* Otra forma de desplazamiento provocada el 28 de junio de 2017.

* Ver texto: “Ejercicios Espirituales y Filosofía Antigua”, de Pierre Hadot (2006).

* Cada vez que se invoca la palabra excombatiente, es el proyecto de gobierno que instala esta noción, en la cual se arropan los niños, niñas, adolescentes y jóvenes combatientes, guerreros, desvinculados, luego desmovilizados.

verdades jurídicas y estatales. Son teóricamente perfectas; sus sentencias se convierten en una máxima que permite recoger los aprendizajes de las vivencias realizadas durante varios años en un marco de positivización de la vida: “el mundo no se dividirá ya en justos e injustos, sino en amos y esclavos” (Camus, 1953, p. 11). Lo que ha despertado en el proceso de restablecimiento de derechos es dejar ver que la vida no se agota en lo jurídico; de allí la pregunta por el ¿restablecer qué?

Consignar las vivencias, arroparlas en matrices terminológicas con el mayor cuidado posible de no violar su originalidad, era necesario para revelar aquello que ha sido interiorizado como incomodidad a lo determinado por el restablecimiento. Lejos de quedar atrapado en lemas ocultos que simbolizan otras formas de esclavitud—la necesidad para sobrevivir es el detonante de la dominación—es una tarea pendiente que resulta de la manera en que muchos de los funcionarios se adhieren a la institucionalidad y renuncian a pensar, por el esfuerzo y el riesgo que representa su complejidad. Su destino es ser devorados por sus consignas, convirtiéndose en engranajes de un sistema que vapulea. No permite preguntas, sólo obediencia ciega; para ello se basa en formas de coacción que desvían la atención hacia el bajo rendimiento. Códigos disciplinarios, evaluaciones de desempeño, sirven de instrumentos para mantener el orden y la expulsión como mecanismo de defensa del mandato. Las horas, los formatos, las tareas, y cada una de las actividades que copan el día, funcionan como un aparato de dominación que contiene al sujeto hasta cansarlo, agotarlo y dominarlo.

Son pocos los que creen que todas estas manifestaciones hacen parte del repertorio de una violencia incruenta, simbólica, sobre los individuos que logran encarnar las diferentes disciplinas. El poder como ejercicio, hunde sus raíces en un conocimiento que se ha validado desde una razón occidental; se ha venido alimentando del cálculo, la programación y la matematización de las vidas, tanto las propias como las que atienden bajo el estigma del usuario o beneficiario.

Por otro lado, la variable *tiempo* se ha tornado un elemento que, de forma soterrada, incipiente, sigue su curso de acción y degrada, en palabras de Canetti, (2005) la “reserva vital que hay en cada ser humano”. Es una amenaza cuando se cronometriza la conversación, la participación, los ritmos del día, la semana y los meses. Su experiencia y

el sentido que le ha dado a sus propias tareas, desafíos, retos—algunos se hacen indescifrables—resultan ser objeto de tortura interna, porque no interesa *lo que ha pasado*, sino *lo que pasa*, dejando en el vacío todo *lo que nos pasa*. Es un nuevo despojo de iniciativa y de ser ante el deber ser, con todas las presiones que se ejercen para cumplir con metas preestablecidas.

Al sujeto experto, ansioso por ser visible como sujeto pensante que interpela el orden sistemático de una organización que vehiculiza los propósitos de un Estado, lo convierten en técnico. Le constriñen a partir de una serie de tareas que lo ocupan y lo agotan, hasta el punto de arruinar su capacidad de pensar; sus registros son más entendidos desde la reacción que desde la reflexión, razón por la cual se capitaliza su irritabilidad a través de programas, entre ellos el de Salud y Seguridad en el Trabajo. El sujeto siente que lo necesitan y lo adormecen para que su producto—su obediencia y lealtad—cumpla con los objetivos institucionales. Su desorientación se resuelve con el lineamiento, cuyo inventario produce “*una especie de oscuridad servil*”*. Regresa a la comodidad que le ofrece el guion, despojado de su capacidad de discernimiento. Se hacen varios simulacros de participación que se hace instrumental y no transformativa; locuciones que niegan la interlocución para quienes padecen su ejercicio y conocen las grietas de su implementación; pero el poder sólo lee reclamos en sus subalternos, menos conocimiento.

Ese racionalismo desmedido, ha logrado eclipsar las voces de quienes pueden contar cuentos, y no contar cuentas. Se sustraen al ejercicio tendencioso del consolidado, del dato, de la cifra que mide cuántos ingresan, cuántos egresan, quiénes aparecen vigilados e incluidos dentro del derrotero de una máquina de producción. Se necesitan nuevos sujetos sin herencias “*exosomáticas* ni endosomáticas*” de la guerra. Allí la virtud de la resistencia al dominio y al aplastamiento de unos sobre otros, privilegiados y privados del bien común,

*Término que acuña Elias Canetti, (2012) en su texto “La conciencia de las palabras”.

*De acuerdo con Agamben, (2007), la naturaleza pertenece al patrimonio hereditario que se transmite a través del código genético, lo cual llama con base a los biólogos, Endosomática; la cultura, por su parte, se transmite por vehículos no genéticos, y lo hace a través del lenguaje, a la que llama exosomática.

se ha vuelto metáfora de vida que eterniza la miseria y las posiciones tal como estaban antes de la supuesta revolución.

El acicate de esta crítica se fundamenta en las vivencias que ahora dan testimonio desde el vientre del cuerpo institucional. Retomar la voz desde una Organización como el Centro de Capacitación e Integración Indígena, produce una ruptura. El 28 de junio de 2017, las voces fueron acalladas y sometidas, condicionando su lugar a la administración económica que degrada lo que está por fuera de este foco. Protagonista de un proceso que se orientaba al restablecimiento de derechos, pudo reconocer cada uno de los hilos que no alcanzaban a tejer sus ideales. Para ello, hubo necesidad de desmarcarse de posturas deontológicas, con la firme propuesta de reclamar un circuito axiológico para su permanencia. ¡vaya a saber! La experiencia no servía; sólo las subjetividades domesticadas cautivaba la evaluación. El acompañamiento y la construcción de una polifonía en torno a un mundo posible e insubordinado fue desdeñada, desechada por otros temas que ocuparon el primer renglón.

Ahora bien, el discurso institucional del “*interés superior del niño*”, cargado de un adulto-centrismo exacerbado y de un patriarcado inveterado, centrado en el “sujeto de derechos”, logró personificar las arengas sitiadas en conceptos de civilización, razón y máquina estatal. La desconexión de una masa rebelada, cuya fuerza de gravitación es un entorno de hambre, sed y miseria, era suficiente para reventar un relevo generacional insurrecto; sus paradigmas se siguen situando en cuerpos mesiánicos, que tergiversan las utopías; acostumbrados a un orden que maquiniza y automatiza sus vidas, reprime su capacidad de volver a preguntarse por situaciones estructurales. Ellos son hijos de la desigualdad, de la Colombia profunda, del olvido, del anonimato. Sólo se han reconocido como guerrilleros abiertos a los desafíos del presente liminal puesto en transición.

Es un sistema avasallante. Para contradecir la experiencia de quien vivencia sus prácticas en el encuentro con el excombatiente, abre un arsenal de ciencia y producción de conocimiento. Algunos eruditos se apropian del discurso—aún estando por fuera del perímetro de la cotidianidad guerrero—para legitimar el saber sobre la desvinculación. Por eso son incapaces de leer sus movimientos dentro de la institución y que deben ser forzados

a las maniobras terapéuticas como ejercicio de los derechos. Positivizado su comportamiento, se nutren los catálogos sobre los que se despliega un saber parcial que aparenta integralidad y totalidad. Mientras tanto, esos modelos siguen consagrados “a esta oscuridad y nos dejan sin aliento en el sótano más remoto y miserable. [...] Acabamos viviendo entonces de sus gracias, como animales bien amaestrados, y nos contentamos con las golosinas que provengan de sus manos” (Canetti, 2012, p. 37). No hay resonancia por parte de quien se resiste a seguirlos; son condenados al desprestigio, a lo inservible y lo desechable. Reciclar su campo de dominio inteligible y sensible para poder transformar violencias, suele darse como estrategia oculta; esas violencias ya no se hacen externas y emergentes, sino también internas y estructurales.

Podría señalarse como un diario de una crisis epistemológica. Hay un afán por expropiar al combatiente de su experiencia, de su equipaje narrativo. Hacerlo dócil es el caldo de cultivo para hundir en él un aire semántico de reconciliación y perdón; tiene como crédito la aceptación de su lugar de privación, como si fuera obra divina y curso de la naturaleza; acude a representaciones simbólicas que hacen posible una guerra interna, desplazada desde el exterior hacia el sí mismo, en aras de poder derrumbar el arquetipo de la resistencia. El establecimiento de la obediencia procura conjugar su vida al estilo de un rebaño dirigido, pero sin libertad de hacerse y desplazarse.

La intervención al excombatiente redujo todo lo que inspira la escucha atenta. Con su praxis limitó la capacidad de encontrar en cada “ser humano una fisonomía lingüística que lo diferencia de todos los demás” tal como lo aprendió Canetti de su maestro Karl Kraus. En este contexto estandarizado, se desvanece la individualidad y se producen subjetividades en serie que renuncian al decir, al reclamar, como respuesta a los intereses de quien interviene en sus vidas, para extirpar las anomalías que no permiten que calce su vida al sistema.

El funcionario estatal no fue capaz de abrir los oídos a la intimidad del guerrero. Su ejercicio ponía en riesgo su posición en esa relación de poder molesta, que configura ideales de superioridad sobre los hombres, a través de un saber enquistado en las disciplinas, que acompañan el restablecimiento de derechos. Tal vez se materializaba lo que Canetti, (2012) incorporó por la admiración de su maestro: “que los hombres se hablan

unos a otros pero no se entienden; que sus palabras son golpes que rebotan contra las palabras de otros”. Ocurrió muchas veces entre las palabras del burócrata y los excombatientes; no se entendían en sus perspectivas de mundo, en sus lógicas de vida, texto y contexto; esto llevó a la ruina cada intervención. Sin embargo, el papel pudo erigir la impotencia institucional encarnada en sujeto el disciplinar “que no hay ilusión más grande que el convencimiento de que el lenguaje es un medio de comunicación entre los hombres. Hablamos con alguien de forma que no nos entienda. Seguimos hablando, y el otro entiende aún menos” (Canetti, 2012).

¿Qué podía sacar en cada encuentro? Más que ruinas de la rivalidad de posturas, de posiciones, que persiguen la colonización del pensamiento del uno por el otro. Una resistencia que se hace refractaria, pero no visible, y mucho menos en el lenguaje común, sino más bien, en la corporalidad que comunica a través de sus desplazamientos, *ires y venires*. Sostenerse a como dé lugar es la premisa a seguir por parte del excombatiente; un poder estatal que lo adormece, presentándose acogedor en principio; celoso y punitivo si hay desobediencia; las disciplinas se ponen a su servicio para continuar con sus lógicas de dominio; reclama estudiarlo sin comprometerse con él, ni mucho menos, compartir su experiencia en torno a la guerra.

Es paradójico que la renuncia a la guerra sitúe a los excombatientes en un escenario que sigue socializando los vestigios de sus cuerpos en combate de otra manera. Su contenido es objeto de aniquilamiento, bajo el pretexto de un eterno retorno al lugar de reflexión e interpelación que los llevó a posiciones de insumisión. Puede que sus discursos no tuvieran la elocuencia esperada, como si no contaran con una ideología puesta en hilaridad de frases, pero sus cuerpos sí sentían lo que embargaba la invisibilización de sujetos, el habitar la periferia y los márgenes de la cartografía estatal.

Se les propone el destino que trae el escenario de reconciliación. Una política instrumentalizada, que reúne todas las condiciones del cálculo y la materialización de la reinserción. De forma implícita se castiga moralmente sus luchas, como desprovistas del bien para la humanidad. Las zonas de restablecimiento no son ajenas a ello; parecen estar vistas como guetos, donde se guardan menores de edad a quienes se les debe retirar el chip de la resistencia, pero entregados a un ambiente hostil; una sociedad enferma y punitiva,

que no alcanza a conocer la intimidad del combatiente. En esto se apoya el ejercicio pleno de los derechos, una asistencia desmedida rayando en el asistencialismo; una estrategia que se hace espejo para degradar los relevos generacionales de quienes sirven de alerta ante los agravios silenciosos de quienes detentan el poder y un conocimiento pseudo— erudito de la economía, la política y el derecho.

Desde allí se critican las formas de reclutamiento situando la fuerza como adjetivo que justifica la reducción del papel del Estado a una simple militarización de la vida en condiciones periféricas. Se habla de fuerzas—finalmente es la que más interesa al reino del poder disciplinario y el sujeto a intervenir—para disminuir su potencia y hacerlo dócil para el funcionamiento de los propósitos estatales. “Se ha dicho muchas veces que la barbarie del siglo XX se debía a que los actores, revolucionarios o fascistas, aceptaban el horror en nombre de la promesa, en nombre de los “porvenires que cantan” (Badiou, 2011, p. 35). Se olvidan de que las guerras y los cuerpos reclutados operan como estímulo de cambio y su combustible se perfila en la promesa. El Estado también promete, pero no advierte que es temporal bajo el prisma de la autonomía, interpretada bajo intereses capitalistas y neoliberales, mientras que la guerra, por lo menos tiene promesas como la sobrevivencia y no enmascara la muerte.

Sumado a ello, se sirven del encuentro con el “yo” despojado de la masa, a quien se termina convirtiendo en sujeto solitario y un extraño dentro del grupo social en el cual se pretende insertar. Responsable de reparar el daño bajo el espectro de la nueva ciudadanía de víctimas, asume un repertorio de arrepentimiento, de sometimiento, normalizado para que no continúe con las “falacias de la guerra”; las condiciones de autoridad y gobierno, lejos de poder asumir una conciencia de sí, le brinda una arquitectura necesaria para lograr autonomía y alcanzar la capacidad de discernimiento en torno a su proyecto de vida; al final, esto se pervierte y termina siendo un estribillo más del restablecimiento de derechos.

Podría decirse que lo que aquí se señala, se convierte en “protesta”, como lo afirma Dickens, (2012), contra “la arrogancia y la vacuidad de la ley”. La vida del excombatiente no alcanza a reducirse al paradigma de la ley, que se pretende absoluta; si no es ella, sus locutores embriagados de doctrina jurídica, hacen ver su manifestación como la única

manera de poder encontrar el orden esperado al caos provocado por la desigualdad social, de la cual, ellos han estado presos durante su corta vida.

Esas prescripciones jurídicas que estrechan las mentes; salvaguarda la autoridad otorgada por una credencial que determina las rutas a seguir en condiciones de obediencia. Los instrumentos como los lineamientos, aseguran de manera soterrada, lo que con tanta claridad compartía Sábato, (2004) una “crisis epistemológica”. Las limitaciones en la comprensión los seres humanos excombatientes en su fuerza y despliegue de sus potencias, no abrigan otra lectura a la predispuesta por el orden jurídico; infantilizarlos es su propósito, volverlos dependientes y acudir al sometimiento de su individualidad a la norma como estándar de vida, para normalizarlos. Su epíteto radica en la condición de despersonalizar al guerrero y situarlo en completa obediencia, para no alterar el orden que no se reconoce como “un orden” en esa pedantería institucional.

De allí que suele pensarse en un proceso de restablecer lo que nunca se ha establecido. Los derechos se ubican semánticamente en la defensa del individuo, al costo de la pérdida de disposición e iniciativa como expectativa personal; de manera subrepticia se hacen presentes las dicotomías que suelen aparecer en un marco de vacuidad de la ley, cuando lo que se desborda y trasgrede lo normal, no se adjunta a los paradigmas de *bien hacer* desde los esquemas de las lógicas dominantes para el imperativo categórico del *buen ciudadano*.

El lineamiento se ha convertido en el dios tutelar del funcionario estatal. Él no puede prestar oídos a todo aquello que amenace la lógica impuesta por el patriarca Estado. Todo aquello que intente requerirlo de una manera diferente a su costumbre, será puesto en evidencia y en la espectacularización del castigo, por no atender a sus mandatos y no estar sujeto a sus disposiciones encarnadas en el saber poder de la ley, instrumento con el que pretende dar a conocer la carga de poder con que cuenta.

Aquí ocurrieron varias cosas. La intimidad del guerrero no fue escuchada y su privacidad siempre terminó invadida, con el afán desmedido de ocupar sus mentes y sus cuerpos por medio de estrategias *anatomo/temporales* que situaban sus silencios en una dispersión incesante. Era una manera de impedir que conectaran sus manos con sus

pensamientos. Se superponía el discurso del “proyecto de vida”. Lo que camufla es la pretensión de un hombre nuevo, que concibe la ruptura temporal y espacial con la guerra, la resistencia y el ocultamiento de un hombre de tropa, rebelde, que se ha constituido en su cuerpo “el espíritu de rebelión”*, para describir en sus relatos “una igualdad teórica que encubre grandes desigualdades de hecho. (Camus, 1953, p. 23).

La promesa del proyecto de vida está cimentada en cánones neoliberales, aplastantes del tejido social y de lo comunitario. Nunca les permitirá la autonomía. El sometimiento, la subordinación, están contempladas como los ragos del perfil de obediencia que se necesita para entrar a hacer porte de los engranajes del mercado al servicio de otros. La promesa de la guerra es paradójica; para materializar la igualdad teórica se recurre a la retórica y fácilmente todo termina secuestrado por los intereses del poder.

Desvanecidos los paradigmas del sujeto político, dominado por las significaciones de lo económico, se moldean los cuerpos para engrosar el capital de otros. Se desata el paradigma social y cultural ajustado a los requerimientos de la política económica y a la economía política de la reintegración. Lo que ha interesado es entretenimiento y la recreación para dispersar el aburrimiento que se consolida a partir de la conciencia de la miseria en la que se vive. Contener e inmovilizar a los detractores del curso del modelo económico imperante es una gesta necesaria y efectiva. Esa piedra en el zapato que se hace molesta en nombre del fortalecimiento de políticas macro—económicas que declaran la inversión extranjera basada en el extractivismo.

Como si fuera poco, la institucionalidad se refugia en los paradigmas de los números, de lo cuantitativo, de la producción y reproducción económica convertida en política de atención. rinde culto a la ciencia que patologiza al resistente y hace a un lado su contexto de necesidad y precariedad, la cual tiene que superar, gracias al arsenal terapéutico de ajuste al padre Estado que ofrece lo institucional, para interrumpir posibles desobediencias que agudicen más las grietas de la igualdad, la libertad y la fraternidad.

* Del hombre rebelde de Albert Camus (1953)

La venia a la ciencia ha posibilitado la socialización de varias enfermedades mentales situadas como efecto de la guerra, o como predisposición a ella. De deja al margen el territorio de las motivaciones que potencian la fuerza para sobrevivir. Suele darse en un marco, de acuerdo con Burkert, (2013), de “selección biológica”, al cual no puede extraerse por hacer parte de una especie que ha procurado apelar a técnicas más sofisticadas para lograr su cometido; allí la energía es necesaria, pero la debilidad es absorbida como cuerpo hipotecado para la desaparición.

Los sujetos disciplinares acumulaban a través del tiempo—con sus limitaciones—observaciones y anotaciones sobre los contenidos acordes a los esquemas formateados para la atención. Escuchar, además de obedecer al régimen de la mirada, era algo que Canetti, (2005) dice con gran elocuencia de acuerdo a su experiencia: “*la escuela del buen oír*”; esa advertencia no estaba en el derrotero del proceso de desvinculación del excombatiente. La debilidad de escucha, acechada por el tiempo parametrizado y cronometrado de acuerdo a los cálculos de la atención, se convirtió en el denominador común de los burócratas. No estaban prestos a ello, ya que su formación se orientaba al dominio implícito de una biografía. La intimidad del guerrero no afloraba desde las condiciones de las entrevistas formateadas; si algo pudo hacerse desde esta perspectiva, invadiéndola y haciendo de ella una “intimidad intimidada”.

Los reclamos fueron desde sus lenguajes corporales y no desde sus discursos. Las barreras idiomáticas condicionaban la relación de horizontalidad y la comprensión de las señales semióticas. Lo semántico—desde el dominio del experto—era opaco en su equipaje existencial; de allí sus movimientos de ruptura a la norma. La necesidad de poder equilibrar expectativas y condiciones localizadas en sus aspiraciones a una mejor vida, reforzaban la incertidumbre sobre su cristalización para el versado del sistema—siempre lo ocultó—; la temporalidad estrecha y medida por el aparato jurídico para restablecimiento de derechos—una meta programada con sus respectivos indicadores—contemplaba los dieciocho años como la edad cumbre donde se fija la mayoría de edad, arrojado, pero también investido por una supuesta autonomía. Adquirirla, después del sometimiento a un proceso de infantilización y de amparo desmedido que lo hace más precario, es un nuevo reto que debe asumir en su propio individualidad.

Sus relatos libres y espontáneos de la guerra, del combate, de su vida en la trinchera no circulaban con facilidad. Siempre fueron leídos desde los enfoques que otorgan las patologías. Una imaginación depurada como producto del estrecho margen que posee el técnico. Sus derivas representaban una amenaza para el proyecto de vida individual, el cual debía ser sometido a los encuadres institucionales; una utopía extraña a sus existencias, un engranaje más al servicio del dinero y de la razón, de los cuales no son propietarios, sino instrumentos. Son domesticados a favor de otros; obtienen la membresía a un cuerpo semiótico que envuelve y crea vergüenza de forma tácita, sin darse cuenta de ello. Es una manera de sobrevivir, manipulada por unos pocos que simulan apoyo, pero ocultan un dominio feudal con otro ropaje. El destino del excombatiente está en lo que paradójicamente fue el motivo de su lucha. ¡se dejó absorber! ¡Así es el proyecto de vida!

Todo ello inspiró nuevamente el imperativo categórico de los medios y los fines. Las personas son fines en sí mismos y no medios para lograr capitalizar a otros en sus grandes empresas privadas. La alianza del sector público con el privado no está desprovisto de neologismos; funcionan como auxiliares del modelo económico neoliberal, donde la palabra inversión traslapa una rentabilidad económica. La solidaridad y la cooperación se invocan para conjurar un compromiso con los acuerdos, pero de forma subterránea se esconde el lucro. el individuo se hace presa de la industria sobre el cual se despliega todo un depósito semiótico, en torno al proyecto productivo y al mundo del emprendimiento.

En otras palabras, parece que los sujetos señalados en su inteligencia no reconocen otra soberanía que la de la razón del capital. Es el horizonte sobre el que se erige el destino de toda existencia humana. El dios dinero opera como técnica de subordinación de los sueños y adiestramiento de las subjetividades; escapar de la pobreza y la marginalidad sólo se concibe desde la capitalización de las vidas. Desde esta perspectiva, la juventud excombatiente debe prestar su fuerza y el sudor de su frente, no a la guerra, a la resistencia, sino a la industria en su nuevo papel de obrero. Un camino que los sitúa en los lugares de producción, pero jamás en calidad de propietarios. Con ello se reproduce el binarismo de las relaciones entre individuos, donde se sitúan dominantes y dominados, gobernantes y gobernados, dueños y trabajadores, interpretado bajo la perspectiva del servicio.

Todo esto parece confirmar la inversión teológica sobre el trabajo, que constantemente realiza el mercado; al respecto, una analogía que permite leer el contexto en el cual se mueve el excombatiente que se ha sometido a proceso de restablecimiento de derechos. La novela de Ngûgî Wa Thiong'o, llamada "El diablo en la Cruz", comparte la alteración del mito de origen judeocristiano de la creación; allí Adán fue castigado por violar las normas en el paraíso y condenado al trabajo. Ganarse el pan con el sudor de su frente era su castigo; lo que Dios perdió de vista en las decisiones del hombre que se entrega al libre albedrío, era que podría llegar a dominar a otros de su especie y no sólo a los animales y demás reinos. Usó la premisa de hacer sudar a otros para él; capitalizar sus fuerzas y su omnipotencia haciéndose dios ante sus iguales. La razón y el dinero acumulado por el servicio de otros era el resultado.

No cabe duda que los "*simulacros de proyectos de vida*" están atados al capital de unos pocos que necesitan de un rebaño, de la obediencia y la funcionalidad inscrita en capacidades acordes a perfiles de producción. Los dueños conservan su lugar y logran sustentar una perspectiva de oportunidades articulado a las capacidades necesarias para ser usadas bajo su dominio. El crecimiento y la multiplicación del lucro, utiliza miles de herramientas para adormecer la resistencia, con lo cual facilita la permanencia de las máquinas de producción en el curso de sus propósitos. Descubrir esta entelequia económica con todos sus hilos, es un ir más allá del salario devengado por el funcionario estatal. Su fuerza agonística permite interpelar la razón sobre la cual se instituyen unos modelos de vida que se hacen mesiánicos—como el expuesto por la empresa privada—seductores como promesa de una mejor vida, aunque no eterna.

De allí que la conciencia del excombatiente sea el escenario ideal para hundir en sus vértebras la utopía de la paz como sueño colectivo. Es decir, desprovisto de resistencias, obstáculos y distorsiones, donde la igualdad siga funcionando como las salidas del derecho con todos sus ardides, que sólo unos pocos las saben difundir y comercializar.

Una vez la conciencia del guerrero está erosionada, sus ruinas se convierten en el asidero de la obra para ser decorada con el experimento de la institucionalidad. Ella sabe qué hacer para extirpar lo que recubre de sentido la existencia del excombatiente; se

confunde en el terreno futuro, que no sabe administrar, mucho menos transitar. Es desde allí que decide entregarse a las manos del colonialismo y el capitalismo, así como las vidas de quienes ha herido hasta más no poder, para domesticar sus fuerzas.

Aun así, se ofrece como territorio prometido la ciudad y se deja al campo como un lugar sin retorno. Lograr asumirse como integrante del nuevo espacio de relaciones urbanas, hizo parte del discurso simulado; este nuevo desafío no fue objeto de apropiación por parte de la máquina estatal, mucho menos fue una preocupación. Se brindaron alternativas para la superación de situaciones ancladas a la guerra, postergando un tema del que poco se habla con el excombatiente: “la tierra”. Ya Sábato, (2004) lo había señalado en otro espacio, en otra época y en otro círculo: “El fundamento del mundo feudal era la tierra; como consecuencia, esta sociedad es estática, conservadora y espacial. En cambio, el fundamento del mundo moderno es la ciudad, la sociedad resultante es dinámica, liberal y temporal. Las lógicas del restablecimiento se instalan en el mundo moderno; una ligereza de la que nadie exige explicación. Sucede que los combatientes jóvenes han heredado estas luchas y estas desigualdades, las cuales pretenden ser desvanecidas por el encanto de la asistencia en el marco del derecho.

Dicho de otro modo, parecen mentes puestas en el mundo feudal, latifundios en disputa por la tierra que ha generado ostracismos y desplazamientos, por más que quieran señalar otras cosas diferentes. Se siente una sola matriz de todos los actos de dominio y sometimiento de muchos a pocos. No hay que olvidar que los excombatientes han partido desde la periferia, los ha parido el campo. Pretenden desvirtuar la vida en la ruralidad a cambio de los proyectos enmascarados en la urbanidad bajo el pretexto del progreso y el desarrollo. Sus disertaciones se apoyan en las premisas neoliberales de explotación y economías extractivas; los atributos de producción no los contempla como socios sino como jornaleros para reproducir el capital. Así se garantiza el círculo vicioso de inversión, producción-capitalización, del cual, el excombatiente viene a ser una pieza más en esta locomotora.

Se funda una nueva sociedad caracterizada por la cantidad. La versión utilitaria de los seres que la conforman, se estructura desde los conceptos de competencia y capacidad.

deben ser legibles para los lectores del mercado; la realidad de todo esto es que se invierte el principio de medios y fines, dejando a los sujetos obedientes, como medios para alcanzar los fines de la empresa privada. Se asumen como grandes contribuyentes de la paz, pero occultan su estrategia para contener lo insurrecto y mantener los lugares de privilegio.

La ocupación funciona como sujeción del rebelde. El interés es no permitir levantar la cabeza y volver los ojos sobre el dueño--el capitalista—que recubre su inclinación al lucro. Hace sentir en la conciencia del excombatiente que, el único camino que se abre desde su perspectiva es el válido y que augura éxito en su vida. Lo demás, suele tomarse como equivocaciones que no conducen a nada diferente a resistirse per se. El empresario se le presenta como quien hace “un favor”; él espera una respuesta contenida en la conciliación, asumida más como consulta y perdón, sobre lo cual reproduce una información que interpela y desnuda la fragilidad de los alcances de la revolución. La súplica y el arrepentimiento, son las cláusulas para hacer parte de la ciudadanía atrapada en la maquinaria del mercado.

Definitivamente desglosar el tiempo de ocupación, tanto del funcionario estatal como de quien recibe su atención (el excombatiente), termina siendo una tarea estéril. Su producto se reduce a lo instrumental; sometido a lo prescrito y organizado con base al diseño de otros que no tiene el alcance en su mirada, dada su baja proximidad espacial con los adolescentes y/o jóvenes excombatientes. El burócrata se responsabiliza de la tarea, cual exégeta es, acorde al documento que sacraliza. El libreto domina su capacidad de agencia y encarna los signos de la institucionalidad al servicio del capitalismo y del colonialismo.

Lo que no podía hacer—por tiempo—era pensar; de allí la precariedad en su vocabulario para interpelar, conectar las incoherencias y la historia con el futuro incierto, deshilar las propuestas de superación de la guerra y no de la injusticia, soportados en las grietas de quienes se hacen al poder fonético del régimen del decir. Pretenden llenar de certezas para la desmovilización y la calma de la masa.

Los encuentros enriquecidos por la comunicación, pese al alto pesimismo por la falta de escucha para compartir la experiencia, matizaron el rol de los funcionarios estatales. Ellos han sido el vehículo sobre el que se desplazan los cometidos del poder. Las

disciplinas han perdido independencia, capital epistémico, resonancia en la vida, reflexión y proactividad en plena libertad de hacer en clave axiológica y no sólo deontológica. Han catequizado al excombatiente, lo han cosificado, hasta el punto de adiestrarlo a los propósitos del sistema, dejando al margen su inventario de hábitos y vivencias, sólo conocibles a través de la cercanía desde lo humano, lejos del experto que opera en nombre del Estado. ¡No importan!

Han entrado en una maniobra descrita por Canetti, (2005), cuando existe el miedo a ser tocados: “cuando podemos contemplar a los demás y estudiarlos detenidamente, evitamos en lo posible cualquier contacto físico con ellos”; ese tocar es comprometerse con el Otro desde lo que demanda la alteridad. Los tutores legales—Defensores de Familia—los reconocen por el cuadro en Excel. Un acercamiento a la carpeta—historia integral o auto—; saben de los personajes y sus tipificaciones, pero de sus rostros no tienen nada que decir. Desvanecidos por la negación de su experiencia en la guerra, pretende construir una nueva condición individual. Se ha caracterizado como guerrillero o exguerrillero, pero su espacialidad y sus inventarios existenciales no han sido reconocidos. No interesan los desaciertos como Estado; sólo impera la localización de la redención jurídica hacia la re-elaboración de un nuevo sujeto.

Se ha desatado una locura académica por atrapar sus relatos, una euforia indescriptible en el afán de obtener respuestas a las políticas de reintegración, una codicia en el marco del protagonismo institucional. Se colocan a los excombatientes como objetos de estudio, analizan sus discursos y metabolizan su información, para beneficiar las estrategias de guerra estatal que potencian su poder y su dominio. Pocas veces se reconocen las violencias estructurales de vieja data de las cuales han hecho parte y sobre las que nadie toma partido. No se hace visible “la cartografía Infernal de la miseria”^{*} que puede poner en

* Ver la cartografía Infernal de la miseria, en la política del rebelde de Michel Onfray, (2011), la cual define en 3 círculos: “El infierno al que me refiero coincide con un universo en el que están nítidamente trazados tres círculos, cada uno de los cuales delimita territorios con sus leyes y sus lógicas propias. Estructuran tres formas para tres mundos de los que es posible caer por involución, pero raramente liberarse por evolución.” El primer círculo es el de los condenados: “Llamo condenado al que no tiene nada fuera de sí mismo y vive exclusivamente en la modalidad del dolor de las necesidades vitales animales: primero, comer y beber, luego dormir y protegerse de la intemperie. Nada más.” El segundo círculo que el autor señala corresponde a los réprobos: “los síntomas de la patología del cuerpo social, los que están en equilibrio, listos para abandonar la incertidumbre de su círculo y pasar al primero, el

tensión la política y lo político, lo real y lo ideal. Tiene más relevancia el archivo que registra la cantidad de intervenciones disciplinares—objeto del auditor—con lo cual se demuestra el ejercicio del sistema de *gestión de la calidad*. Los cambios y transformaciones que se han dado, así como las retenciones, símbolo de la resistencia no son el centro del seguimiento. Allí se reproducen mundos sin dialéctica que los gobiernos avalan. No hay lugar para la interlocución; sólo queda un ser hechizado por un porvenir sin experiencia: “*el excombatiente como proyecto de hombre nuevo*”.

Como práctica que recrudece este escenario, las instituciones van quedando sometidas día tras día al juego del mercado, que cuantifica, calcula, programa, planea, con base a los paradigmas de la economía. En ese entramado de obligaciones sobre las que se dispone un saber erudito lejos del conocimiento vivencial del Otro—un intelectualismo rampante—frabrica los tiempos, los espacios, los momentos, las fases, todo el derrotero de actuaciones para ser interpretado por el funcionario. Todo se cosifica, se enumera; el Excel es la pizarra moderna donde todo se cuadricula y se deduce. Sirve de evidencia para un análisis extendido, explicado pero no comprendido; reduce de forma invariable la observación al dato. Desde allí constriñen los espacios de movilización, atención, intervención, lanzados en la conexión tiempo / espacio, hoy llamado tiempo / velocidad.

Las intervenciones realizadas por el profesional—de cualquier disciplina*--son cuantificadas, como si fuera un ejercicio de misticismo numerológico. Algo así como un

de la condena, o bien al tercero. [...] son síntomas de una patología porque delatan una fragilidad, una precariedad topológica entre la enfermedad social mortal y la enfermedad crónica asimilada al proletariado.” Y el tercer círculo que define Onfray son el de los explotados: “los que con plena legalidad son inicuaamente despojados de su existencia misma de su vida y se ven reducidos a no obtener mediante esta renuncia otra cosa que los medios para volver a empezar al día siguiente y con qué satisfacer sus necesidades más modestas. Vendedores o arrendadores de su fuerza de trabajo, su único capital, su solo riqueza potencial, constituyen el grueso de la zona, para utilizar una vez más las categorías de Dante, que definen la privación de seguridad y la fuerza nómada ebria de desplazamientos de su propia andanza errante”. Este último círculo es el que de destina para el excombatiente, cuando se depoja de experiencia y se le domestica, para que su fuerza de resistencia termine siendo extirpada de su existenciarario, en nombre de una ciudadanía civilizada.

* Las disciplinas que hacen parte de una visión estatal, sobre las que se determina la intervención hacia la transformación del excombatiente, bajo el paradigma del restablecimiento de derechos, son psicología, nutrición, derecho, trabajo social, desarrollo familiar, pedagogía, medicina; estas mismas son las encargadas de disponer sus epistemologías al servicio del Estado, en condiciones de subalternidad. Claro está, es un

mercader que domina el cuadro, pero no la vida. Reconoce el orden de las fórmulas, pero ignora el rumbo existencial de quienes atiende en sus necesidades. Su saber técnico se impone y se muestra como dogma; poder descifrar la atención para cada usuario y la disposición del sujeto para su actuación, es una cuenta pendiente que por el momento, no tiene más que apuntes sueltos sin hilvanar con las expectativas que quien espera superar lo estructural de su vida.

Suena irreverente el intervenir en contraste con el acompañamiento. La intimidad del guerrero no puede ser cuantificada. El instrumento se ve limitado ante la expresión de su enigma. Su presencia no declara tiempos definidos de forma arbitraria. Allí, la producción en serie de relatos, consolidados y no comprendidos, narrados y no retroalimentados, es lo más frecuente en los procesos de atención; no hay tiempo para su re-elaboración; algo así como si no importaran; quedan en el borde de lo efectivo del formato.

Dentro de los tiempos señalados para la atención, ratificados en el instrumento—un ejercicio cronométrico que mide el rendimiento y la calidad del profesional de la disciplina—el arte de escuchar es subsumido por la técnica del procedimiento. Sus resultados van suministrando información para lograr afinar los métodos de claudicación. Se abastece el esquema de percepción para confirmar la tarea de imposición bajo criterios morales. Lo malo es la guerra y lo bueno es la paz, una tarea que polariza la vida y lo define en blanco y negro. ¡No hay lugar para las mixturas!

Ni el mismo agente estatal se cree tal cosa. Cuando al frente se encuentra con un relato que desafía su acervo de conocimiento y lo pone en tensión con situaciones estructurales para lo cual no tiene respuesta; por ejemplo, el vivir bien de sus familias, el por qué de la desigualdad en los territorios de origen; oportunidades, acceso a bienes y servicios limitados. Por qué hoy se habla más de empresario del campo que del agricultor.

exabrupto decir que ponen al servicio sus epistemologías, cuando son constreñidas de acuerdo a los mandatos de supervisores y otros tantos “eruditos de la ciencia”, que, sin tener el mínimo contacto con el excombatiente, van lanzando fórmulas de abordaje a una problemática que se hace retórica literaria. Cualquier voz que se levante en oposición a los actos perlocutivos de los visitantes, es tomada como posición herética que no brinda seguridad, por la falta de referentes y autores propios del capitalismo cognitivo.

Saber si aún persisten élites que siempre deben estar al mando de un país, de una región, de una comunidad política, es una consulta tímida pero válida.

Como si fuera poco, lo que allí se da como producto de una conversación libre y espontánea, debe ser destrozado por el formato que no permite más tiempo que aquel señalado para su diligenciamiento; es más, la palabra debe ser cortada, asesinada, cercenada, constreñida, llevada al extremo en una economía del lenguaje, que busca más la síntesis, que las tesis y la antítesis propias de una práctica dialéctica, donde la comprensión del mundo de la guerra y de la paz, se revelen como las dos caras de la misma moneda. Algunas veces son interpretadas desde el esquema psicoanalítico de las pulsiones eróticas y tanáticas que no se desprenden, sino que se conservan y se corresponden en su plena coexistencia.

La pregunta sobre la fidelidad de la información de archivo, es devorada por los egos del sujeto que se impone como dogma en cada uno de sus procedimientos hacia el Otro, convertido en objeto de estudio y análisis. Se definen varias teorías sobre las cuales deben ser ajustadas las respuestas de un excombatiente; encasillar su relato en un esquema de orientación técnica que se deriva del saber disciplinar heredado de otras épocas, es lo más frecuente. No hay tiempo para cotejar, pero sí para transcribir sin un ejercicio de respeto en su transliteración; se viola constantemente la custodia de la palabra del otro. Tiene más peso la técnica que el relato, porque la estrategia debe guardar proporcionalidad con las demandas gubernamentales que buscan expropiar la experiencia de la guerra, tildándola de nociva y tóxica a cambio de la obediencia al sistema. Éste no requiere de resistentes, sino de súbditos, subalternos y receptáculos de sus propias lógicas de dominio.

Al respecto conviene decir que hay una disociación entre la escritura y la oralidad. esta última no alcanza a ser atrapada por las letras, además de las limitaciones lexicales con que cuentan muchos de los sujetos disciplinares—su vocabulario es estrecho y sólo se aprende el instalado en el lineamiento—sus silencios, sus mutismos, que no reúnen más que lo adquirido por el aprendizaje de contenidos, cada vez más lejanos de la realidad; el juego intertextual que depara texto y contexto se ha precarizado y subvalorado la conversación, porque los agentes institucionales necesitan más del paciente y con ello, la

confianza se ve erosionada. las relaciones de poder enmarcadas en esta concomitancia tiene como consecuencia una intimidad intimidada.

Dice Pardo, (2004):

“Los confidentes (como los confesantes) nunca dicen la verdad acerca de sí mismos (y eso, la verdad acerca de sí mismo, es precisamente la intimidad)”.

Estas mismas intervenciones invasivas sobre las que se oculta la experiencia del excombatiente, no tienen más registro que un acto de habla puesto en consideración de la expectativa del dueño del saber disciplinar. La necesidad de contar, narrar, compartir un relato de vida en la guerra queda marginada.

No hay una pasión por el diario como registro de notas sueltas; a cambio de ello está ya diseñado el formato que ofrece una bitácora de navegación como brújula en la escritura, lo cual recicla lo que hay en mente, en esa sedimentación que ofrece la memoria sobre la vivencia. El papel que se cumple es cada vez más estrecho e influyente en las técnicas de escritura, llevadas al ahorro lexical, para lo cual sus sonidos se bifurcan hasta desvanecer lo real con su descripción; ella misma vaciada de inmediatez y devorada por el afán del análisis, hace que los esquemas de interpretación sufran la uniformidad en las apreciaciones.

Hay un desprecio por la libre escritura que contiene lo vivencial, porque hay un repertorio proclive a ser usado para ganar tiempo en esa invocación del hábito. La posición de adiestramiento y automatización se impone. El mismo Pardo (2004) ya lo señalaba: “el tiempo no produce el hábito, pero el hábito si produce el tiempo” (Pardo, 2004, pág. 45). Con ello se puede inferir que los determinismos que se producen como resultado de la tarea de domesticar, permiten reconocer pretensiones sobre el ajuste del el tiempo al propósito, negando la posibilidad de que sea el tiempo quien ofrezca su particularidad en la consolidación de aspectos que hacen parte de la individualidad y no del estándar. En nombre de la homogeneidad se rechaza la diferencia.

Aquí vale la pensa decir que la realidad de la atención, con base a lo señalado anteriormente, se instala en la perspectiva de una especie de “Terrorismo pedagógico” (Canetti, 2005). Definir la intervención basado en la inscripción del hábito del olvido de la

guerra, como producto del tiempo, hace del proceso de acogida y domesticación, el horizonte de una técnica gubernamental sobre la cual todos los excombatientes deben poner sus deseos de superación y exterminio de cualquier nostalgia por el grupo.

Ahora bien, la retórica educativa y la obligación imperante del ejercicio del derecho a la educación, impone sus prácticas relacionadas con la alfabetización y la apropiación de un conocimiento que les potencie sus “capacidades” y los sitúe en lugares de desclasamiento ascendente. Allí se moldean sus deseos acordes a la voluntad del Estado convertido en técnica de apropiación de la individualidad. Un nuevo liberalismo, que se hace más experiencia que teoría, y se incorpora en los pequeños escenarios de relaciones entre unos y otros; “El liberalismo es una práctica gubernamental que ha logrado generar unas condiciones de aceptabilidad, sobre la conducta política y moral de los individuos [...] por más de 200 años ha logrado que los individuos cultiven autónomamente el deseo de “vivir mejor” y progresar” (Lagasnerie, 2015, p. 75). No saben que el nuevo lugar que comienzan a ocupar—pero que nunca habitan—muta hacia otra guerra sutil, sofisticada y peligrosa. Su reconocimiento como igual está amenazado por la hostilidad de poderes, que aseguran los motivos para educarse e insertarse en el mundo al servicio de otros.

Sobre esa idea liberal se erige el concepto de “proyecto de vida”*. La institucionalidad lo proclama y lo sacraliza; ofrece una membresía al buen ciudadano, que acoge los mandatos y el orden instituido por otros. Esto sigue siendo un desafío para

* Estos proyectos de vida están inscritos en la lógica neoliberal que soporta el horizonte del éxito señalado para prometer una mejor vida; sucede que, “la racionalidad neoliberal impone la autonomía como ideal moral al mismo tiempo que desde el poder se destruye esa misma posibilidad en el plano económico, porque convierte a toda la población en seres potencial o realmente precarios, y hasta se vale de la siempre amenazante precariedad para justificar su intensa regulación del espacio público y su desregulación de la expansión mercantil. Si uno es incapaz de cumplir la norma de autosuficiencia económica que se le impone [...] se convierte automáticamente en una persona potencialmente descartable. Y esta criatura prescindible se encuentra entonces bajo las directrices de una moralidad política que exige responsabilidad individual o que opera sobre la base de un modelo de privatización de la <<asistencia>>. (Butler, Cuerpos aliados y lucha política Hacia una teoría performativa de la asamblea , 2017, p. 22)

quienes no encuentran en la escuela corriente, la coherencia entre fines y medios, en torno a los resultados de pasar varios años anestesiado por una escolaridad de espaldas a la igualdad y la justicia social.

Las garantías del éxito que ofrece la escuela, no están cimentadas de forma igualitaria para todos los que pertenecen a topografías diferentes, con posiciones dispares en el derrotero nacional de los individuos. Zonas centrales y periféricas de vida, con necesidades más densas en unas que en otras. Algunas se destacan por la centralización del poder hacer, moverse, desplazarse y apropiarse de la llamada autonomía, sujeta a los modelos de vida que configura la producción y el consumo. Esa heterogeneidad social, económica, política y ambiental de las cuales provienen los excombatientes, instala otras maneras de ver el mundo. La colisión entre expectativas—cada vez más acuñadas por el modelo neoliberal del cual se apropia la institución—y las condiciones de transición sobre las cuales se pretende trasplantar el excombatiente—de la guerra a la paz—toma más fuerza y se afianza la desesperanza por el cambio esperado.

El escenario escolar asumido como medio eficaz para lograr una metamorfosis en las violencias estructurales, se tornó agresivo para los jóvenes excombatientes en condiciones de extra edad. Algunos analfabetos y otros iletrados, padecieron el señalamiento de sus pares, hostilidad y discriminación, pero también de maestros que encontraban en ellos serias dificultades para el aprendizaje. Han sido rotulados con las máximas pedagógicas de moda, sin advertir las barreras idiomáticas de algunos, además de sus contextos de vida, como acervo de experiencia. Otros, con esfuerzo propio, aprendieron los mínimos de la lengua española y la conjugaron con su lengua nativa. ¡Esto suena paradójico! Mientras, algunos de ellos, eran pronosticados con problemas de lenguaje, el responsable de la enseñanza no era capaz de pronunciar una sola palabra en la lengua de quienes percibía y asumía como un individuo con dislexia y otras categorías instaladas en el aparato lexical de las disciplinas. Por nombrar sólo un ejemplo.

Los administradores de justicia padecen ceguera y sordera de piedra ante los acontecimientos de la reintegración y ejercicio de los derechos por fuera de la carta política. Los operadores jurídicos terminan atrapados en un *fonocentrismo*; eso altera su

capacidad de escucha y anula otras razones que desbordan lo configurado en la ley, ratificado en la vivencia del excombatiente. Sujetos de derecho* sin espíritu, desprovistos de una experiencia que debería escucharse y no seguir luchando en el escenario de la intervención, porque sus lógicas y prácticas estatales observan la anormalidad como registro de una disidencia que no se acomoda al sistema.

Ese mismo sistema necesita de una metamorfosis que reviste un cambio de paradigma, para que no siga situando su perspectiva en el papel, en los cadáveres de las palabras que se hacen letras y signos numéricos, codificados al servicio del poder pero silenciados en aquellos que se hacen objeto de su revestimiento. Las máscaras que instala el restablecimiento de derechos, sin imágenes acústicas que permitan encontrar la pluralidad en contraste con la uniformidad y la estandarización de los estilos de vida, estructuran los simulacros. La palabra “*civilización*” sirve de contención para impulsar aún más su lógica. Desde allí no se percata de la crisis que padece, en una carrera sin fin donde las individualidades quedan agotadas en el camino y son subsumidas por la máquina estatal. Se hace más fuerte ante la domesticación de subjetividades.

Como si fuera poco, las palabras del excombatiente dentro del proceso de restablecimiento de derechos, se hacen limitadas para relatar su experiencia, cuando esta

* “El humanismo de los derechos del hombre actúa de acuerdo con el principio de una máquina de captar energías revolucionarias con el fin de transformarlas en compasión, simpatía, condolencia y otros sentimientos que eximen de atender contra el orden del mundo, pese a ser precisamente este orden el origen de las miserias sucias. El hombre muere menos en un campo de concentración que dedicando su tiempo a ahogar las perspectivas innovadoras. El humanismo, por ejemplo, induce el desplazamiento del deseo de justicia a la práctica de la caridad en detrimento de la equidad, al tiempo que pasa por alto las causas de la injusticia, la miseria o la pobreza. La práctica de los derechos del hombre, a la manera de un modelo de la religión revelada, celebra los textos y blande los artículos de la ley, los párrafos, con numerosas piruetas lingüísticas y efectos de retórica. Exime de cuestionar los modos de distribución o de producción, de reparto o de gestión de las riquezas y los bienes” (Onfray, 2011, p. 166)

misma se oculta por aquello de ser inducida y manipulada de acuerdo al guion que ofrece la institucionalidad y el patriarca Estado. Agamben (2007) dice: “La experiencia, si se encuentra espontáneamente, se llama “caso”, si es expresamente buscada toma el nombre de experimento” (Agamben, 2007, p. 73). De acuerdo con esta afirmación, el restablecimiento de derechos se hace un continuo experimento, dada que su experiencia no se pone en el relato de quien es protegido, sino más bien, en la boca de la institucionalidad que asume los mandatos del Estado.

Parece que el ejercicio de los derechos ofreciera más certeza que incertidumbre. El cálculo del éxito de su propuesta está materializado en las cifras de desvinculación y reincorporación; más usuarios atendidos que soportan una interpretación universal, sobre las ventajas y oportunidades de la protección en contraste con la guerra. Sus relatos se hacen estrechos por aquello de ser señalados con patologías que centran la situación en la individualidad, tratando de desvirtuar la atmósfera sobre la que se crece y se potencian las fuerzas.

Profe...quiero contarle que no me siento bien con el psicólogo; él cree que lo que yo le digo tiene algo de enfermo, como si yo me tuviera que avergonzar de lo que es el grupo, el combate; él no entiende que también uno allá tiene amigos, amores, y que nos sentimos en familia para protegernos contra el enemigo, que usted ya sabe quién es; por qué nos preguntan tanto sobre lo mismo; a uno le parece que tienen como las ganas de que uno olvide a la fuerza, o que uno hable mal de lo que vivió y no es así, y que después le dicen que uno dijo una cosa diferente de tantas veces que uno repite. ¿Usted hablaría mal de su familia?;yo no creo pues! La verdad es que, con él no me siento bien, porque uno tiene que contestar lo que a él le parece y pues, no le tengo confianza, y así es muy verraco decirlo todo, porque veo que no se siente bien con lo que le digo. ¡Uno no cuenta todo! La verdad, profe, no todos quieren escuchar, porque se les nota en la cara, y entonces para qué uno dice eso, si la verdad lo tratan a uno como si uno estuviera enfermo porque uno disfruta de esa historia. ¡Yo, a mí, me hace falta el grupo! Yo veo que uno acá no es aceptado del todo, y hay gente muy maluca y lo mira a uno como si uno fuera

extraño. Otra cosa es que, acá les gusta que uno haga lo que quieren que repita las tareas, pero la diferencia con el grupo era que allá uno le gustaba, pero acá, uno hace lo que les gusta a ustedes. *

El restablecimiento de derechos desarrolla un guion que debe seguir a plenitud el excombatiente. Reproduce un laberinto de oportunidades; la promesa de un proyecto de vida alejado de la muerte, consolida las aspiraciones a mejores condiciones de subsistencia. La palabra experimento—que remite al vocablo laboratorio—hace su aparición y establece una especie de estudio que provee de información al Estado; lo realiza con el fin de conocer las maneras de situar la estrategia que requiere de la miseria de la guerra. Los planes de desvinculación y desmovilización suelen ser parte del plan de ataque contra el poder; su intención está dirigida hacia la interrupción de la rebelión. Hay que evitar su expansión y rehuir a su mimetización.

Agamben (2007) dice: “El verdadero orden de la experiencia comienza al encender la luz; después se alumbra el camino, empezando por la experiencia ordenada y madura, y no por ella discontinua y enrevesada; primero deduce los axiomas y luego procede con menos experimentos”. Tal parece que—en el campo del restablecimiento de derechos—el objetivo es hacer ver la experiencia del excombatiente como confusa, enredada, oscura y desviada de acuerdo a los intereses del sistema. Más bien, se propaga un manto de dolor y lástima en el relato de una infancia combatiente e impensable para el patriarca con lo cual se desvía la atención sobre el entorno de la guerra; sin embargo, la culpa del Estado es desplazada como compensación hacia la construcción de protocolos de atención, los cuales sirven de marcadores de cumplimiento en la protección del combatiente adolescente y joven, con miras a adquirir el ideal de la autonomía y la independencia.

* Relato de Andrés—excombatiente de las FARC, en proceso de restablecimiento de derechos.

Desmoronar la experiencia del guerrero es una empresa que señala los caminos de la intervención. El peligro que la palabra encierra, se presta para ser objeto de posiciones invasivas que tienen como consecuencia su expropiación. Los modelos inteligibles con los cuales se realizan los abordajes en el marco del restablecimiento, desprecian la sensibilidad adquirida y con ello estropean cualquier rasgo de alteridad. La guerra asegura—de forma subrepticia—métodos de sobrevivencia junto al otro; no obstante, se niega en su totalidad su capacidad adquirida. Esa relación con el Otro permitió garantizar la suspensión de cualquier atributo de violencia intra-específica; cuidar los unos de todos, era su lema. Por dichas razones, socavar el hombre de tropa a cambio de un hombre nuevo, es deteriorar su fuerza y convertirlo en un operario más, que debe apagar cualquier fuego revolucionario, en nombre de la seguridad de la sociedad.

El Estado también sabe lo que implica la fuerza del combatiente en un cuerpo joven, insumiso, rebelde. No está a la altura de sus frases, mucho menos de sus discursos institucionales; se mueve en un escenario que teje lo que más quiere para lograr el dominio de conciencias. Se le escapa al orden jurídico el deseo inscrito en el alma del excombatiente; su acumulado de vivencias que contrasta con la realidad vigente, lo lleva a cotejar riesgos, sueños, fantasías, promesas incumplidas; hacen de lo inapropiable aquello que cada vez se hace inagotable e imposible de extirpar.

Se les olvida que, además de poder exponer sus cuerpos a la ortopedia discursiva promovida por la institucionalidad desalmada, no logran fabricar sus más íntimos deseos; ante la aridez de la autonomía y la independencia, que han sido invertidas como efecto de los nuevos escenarios de interacción social para el excombatiente, se suma la carga de precarización de su subjetividad, con lo cual soslayan el interés del individuo.

De acuerdo con Butler (2017), no siempre la oralidad es la expresión de lo político en el sujeto, que amablemente se ha hecho adjetivar como derecho; es sólo un juego lexical que define una gramática del excombatiente en clave de observancia en torno a lo jurídico. Los cuerpos también contienen un juego de significantes políticos, que superan lo escrito y su narrativa, llamadas también como “*acciones corporeizadas*”*, las cuales muchas veces

* Ver a Judith Butler en su ensayo *Cuerpos Aliados y luchas políticas*.

escapan a la comprensión, dado el esquema mental que guarda arquetipos en declive, como lo es el de mantener posiciones binarias en torno al dominante y dominados, gobernantes y gobernados, círculo vicioso que la rebeldía pretende romper, por lo menos, aquella membrana sobre la que se extiende el mesianismo.

En estos cuerpos también reposan las esperanzas de un tejido familiar, que acogen la miseria presente y vigente que no permite la escisión de la necesidad y el deseo; éste último resulta ser el punto de convergencia para seducir, atrapar y reclamar su rendimiento a los pies del patriarca Estado.

Los agentes institucionales se prestan para ello y se ofrecen como vendedores de paisajes sublimes, situados en la moralidad política de quien se sirve de la precariedad, para engendrar en ella la ilusión de cambio que tiene en su poder, la posible transformación del mundo de la necesidad. Como contrapartida, su rebelión es convertida en sumisión; la insumisión, para a ser un asunto del pasado y una lógica equivocada por aquello de pensarse como ruta de interpelación sin éxito. Una empresa asumida por el sueño del desplazamiento de la periferia hacia el centro, sin la venia del poder. De allí que su permanencia en dicha actitud, sólo le ofrecería desgracia y agudización de la miseria.

Al deponer sus fuerzas, la comodidad en medio de la asistencia material permanente funcionó como efecto de somnolencia, que llevaría al excombatiente a revestir los sueños del buen ciudadano, bajo un registro de una civilización que esconde su crisis. Se invocaba una economía del deseo, que no era compatible con la experiencia, mucho menos relacionada con la certeza. sólo se pretendía instalar su proceso de subjetivación en el paraíso prometido, donde se alojaron decires y sentires proclives a convertirse en programación, bajo el cálculo de las metas. Demasiados simulacros juntos del buen vivir.

La experiencia en la guerra situada en el guerrero no es tomada como lo propone Dlithey y Bergson, ya que carece de sentido para quien aparece estatalizado; de ella nunca se busca “aprehender la vida en una experiencia pura”*. Lo científico se piensa como

* Ver “Infancia e historia” de Giorgio Agamben, (2007)

tributo del rigor con que se fundamenta una verdad y su despliegue en la creencia; retoma su privilegio en el don que genera su estatus; pese a ello, se sigue dejando al margen el deseo del excombatiente, lo cual no cumple con los criterios de la investigación que desbarata la trama y la cambia por el drama, con todo su corolario de traumas provocados por su ejercicio. Su pensar en perspectiva de interpelación al orden, es refutado por carecer de validez universal; no tiene correspondencia con los estándares del mercado, además de no necesitar de posturas, sino de potenciales dóciles al servicio de su máquina de producción. Cada uno de ellos está o pretende ser incluido en una producción sin sentido.

Sus proyectos de vida se amparan en la cadena semiótica de la calidad de vida. Allí deben ser prestablecidos desde un lenguaje institucional, que está de espaldas a las derivas la guerra y su contexto de miseria. Los parámetros del excombatiente son anulados por lo exiguo de sus interpretaciones; todo se refuta hasta condenarlo a una ruina de su propia lengua, que no tiene más arribos que sus luchas por una igualdad que se encubre teóricamente. Lo peor de todo es que, aquel “lenguaje es un equipamiento colectivo, no tanto como edificio o institución, sino como un embridado, un armazón que me hace mantenerme derecho, que me asigna un lugar en sus redes y que me mantiene sobre rieles, sobre la buena vía, que ofrece un eje a mi pensamiento; es mi tutor” (Guattari, 2013, p. 10).

Se hace difícil sorprender, a quien detenta el poder de administrar la subjetividad del proyecto de hombre nuevo. Él tiene como pizarra sus más elementales juicios en torno a lo que sueña de la paz, porque desdeña la guerra que no conoce, muchos menos comprende. Parfraseando a Alfred Schutz & Thomas Luckmann (2003) “pretendemos dominar la realidad sin conocerla”. ¡Vaya reto el que propone una experiencia de fuerzas de oposición! Porque al menos, desmantelando los discursos institucionales que embriagan al espectador, agitado por el espectáculo mediático del castigo como símbolo de una sociedad punitiva, tuvieron cercanía con el valor de hacerse sentir desde la marginalidad. Otros reservan su vida a una supuesta naturaleza divina de conservación de posiciones y localizaciones de los hombres como especie.

Ante los desafíos de la intervención disciplinaria, aparecen tres elementos que ofrece Erlebnis (2007), los cuales remiten el escenario de la experiencia interior: *la experiencia vivida, la duración pura, y el tiempo vivido*; este último, fuerte en su connotación por reducir su historia a un prefijo que tal parece, sueña un Estado con la desvinculación oral, corporal, mental y existencial del grupo que lo formó para defender sus raíces, antes que atacar para imponer su dominio. Lo que no es despojado, por más invasiones que se propongan para extirpar lo recalcitrante en la fuerza del guerrero es el acumulado de vivencias en la guerra.

El prefijo *ex* como ventana de oportunidad parece ser una muletilla que no tiene contenido; por lo menos, no se percatan quienes lo llevan en sus bocas, como si estuviera vacío de sentido; no permite más que la extensión de una vivencia, que se resiste a dejar de ser equipaje narrativo de quien ha vivido el fango de la miseria; se rehúsa a ser envuelto y adormecido para contener su muestra de insubordinación. Ya no lo hace en nombre propio, sino en nombre de otros que son próximos y propios en su espacialidad. También su aparición es un ser que sigue arrojado a un pasado que se hace presente, que logra eternizar su condición de combatiente, con la ayuda semántica de una sociedad hostil y llamada *civilizada*.

El prefijo *ex* se volvió discurso sin una subjetividad; una planta que hace visible sus ramas como productos de la guerra, pero que hunde sus raíces en lo más profundo de la vida, las cuales permanecen ocultas y, que al necesitar de ellas, las usaría para saquear su intimidad. Los ofrecimientos de la institucionalidad se orientan hacia la instrumentalización del ser—guerrero por lo demás—a quien pretende destruir. Para realizar esta tarea no requiere del uso de las armas de fuego; sólo con un repertorio lingüístico que cifra sus cometidos en una paz abstracta, hace del derecho letra, palabra y práctica dominante, además de excluyente, para someter a sus juicios una realidad insípida, cruda y cruenta.

La experiencia no es colectiva; mucho menos debe ser abordada como estereotipo que define la palabra excombatiente. Es más que un concepto simple, que supera un constructo teórico. Agamben (2007) lo sabe: “No hay un concepto “yo” que comprenda a todos los “yo”, que se enuncian a cada instante en los labios de todos los locutores, en el sentido de que hay un concepto “árbol” al que se pueden remitir todos los usos individuales de árbol”.

Esa pretensión de universalización y estandarización de vidas, experiencias, así como lugares comunes de dominio, explica la imposibilidad de dejarse atrapar en el concepto de *excombatiente* como un ideal que se ha formado. Sobre él se tienen registros más elaborados desde la idea que no se hace materia; no ha pasado, mucho menos pasa por el cuerpo del guerrero; sólo pretende pasar. El excombatiente no cuenta con experiencia sin más que la de su pasado guerrero; la lucha para transformar algo que aparece invertido en la desigualdad y en la privación, fue su horizonte.

¡Atentos! La experiencia del ex/combatiente no existe, y pretende ser un experimento basado en lo calculable y lo programado por una institucionalidad que aparece como extraña a sus disposiciones para lucha. Para comprender mejor esta sentencia, es necesario retomar lo que Onorio de Autun* citado por Agamben (2017), dice al querer describir la trascendencia del hacerse en la vivencia: “Antes del pecado original, el hombre conocía el bien y el mal: el bien por experiencia (per experientiaun) y el mal por ciencia (per scientian). Pero después del pecado, el hombre conoce el mal por experiencia, el bien solamente por ciencia” (p. 63). De allí que sólo el bien quede formulado como prescripción. Como descripción tiene la precariedad, la miseria y el hambre que lo impulsó a rebelarse.

El proyecto de hombre nuevo se refunda en un experimento; sus caminos son construidos por otros; es el performance de la burocracia institucional que ha elegido estos senderos hacia la certeza que la define; colisionará con la realidad más pronto que tarde y no le quedará otro registro que no sea la de la patología del combatiente.

Se desdeñan sus huellas porque pueden ser brotes de violencias crudas, por más que se oculte lo cruenta de la violencia institucional. Se ignora lo que acontece más allá del perímetro de un presente eterno; las presencias ausentes de un pasado inmediato es lo único que le queda de suelo al combatiente para imaginar un futuro en contradicción con el ofertado por el burócrata. Se le ofrece seguridad pero no se le garantiza su permanencia infinita; son más las trampas de una felicidad creada que demostrada, similares a las promesas de la modernidad que aún están pendientes.

* Ver en Infancia e Historia de Giorgio Agamben (2017)

Una oportunidad para dotar de otros sentidos lo nuevo que se le propone al guerrero, se muestra por medio de otras moradas que no hacen parte de su repertorio. Su heroísmo se ve degradado y con ello confunde la seguridad que le ofrecía el combate. Una colección de técnicas de gubernamentalidad los vuelve mudos e instala en su proceso de subjetivación, una infancia desprovista de lenguaje que no fundamenta ninguna experiencia; es decir, un elogio al olvido y un crédito para nunca reanudar, bajo la consigna de garantía de no repetición.

La experiencia del horror se hace muda; no se atrapa porque no interesa como reparación; más bien, es señalada como inventario de perdón y reconciliación, la cual sigue siendo establecida desde el lente jurídico y punitivo como única responsabilidad que lo sitúa en una condición de perpetrador de la violencia y no de víctima. Pese a ello, salvaguardar una infancia idealizada, proclive al desastre y la desnudez de un adulto confundido en su lugar, tensiona lo diacrónico y lo sincrónico, lo histórico y lo estructural en medio de violencias que se quedaron en su existenciarío guerrero. La intervención busca despojarlo de un lenguaje propio por su experiencia en la guerra.

Dominar sus actos de habla hasta subsumirlos es un efecto del imperio de la técnica de domesticación de la indignación. El ideal estatal se impone y cancela cualquier polifonía donde el guerrero pueda ser oído. Sus estrategias represivas se hacen sutiles, apelando a violencias que pasan del exterior al interior de cada individuo. La responsabilidad política parece desvanecer lo político y sólo hace visible al combatiente en la escena de la condena por subvertir el orden. Utiliza medios sofisticados que no logran decantar para someter cualquier lenguaje que sublime la insubordinación. El restablecimiento de derechos es una operación de sumas para los gobiernos, y restas para la rebelión; peligra el establecimiento si la sedicia del rebelde se mantiene como herencia *exosomática*.

El laberinto ya no es individual, es también gubernamental. Su proyecto de hombre nuevo, con el cual administra las subjetividades del guerrero, queda atrapado en el despojo de la fuerza, sin lugar a compensar con recambios libidinales los residuos que quedan en su cuerpo. Le interesa erradicar, pero no exponer la miseria de la desigualdad provocada por sus lógicas neoliberales. La franja etaria del combatiente—dieciocho años—desafía los

presupuestos de la supuesta “autonomía”, lo que contiene la minoría de edad y lo que conlleva a la independencia. Es una clave para el registro de un estatus de ciudadanía, donde se confunden los sujetos disciplinares cada vez más estatalizados y situados en el campo del cálculo; es tanta la dominación del dictámen sobre los tiempos estipulados para la atención, que no hay respuestas para preguntas fuertes: ¿Qué es ser mayor de edad? ¿Qué contenido tiene? ¿Es sinónimo de autonomía e independencia?

SEXTA PARTE

LAS HUELLAS DEL SER EN EL LABERINTO DEL PREFIJO *EX*

*“Profe, por qué cuando estamos afuera nos llaman reinsertados, excombatientes, exguerrilleros; muy pocas veces nos llaman por el nombre; es más profe, como si tuviésemos que cargar de por vida con esas formas de decirnos; o sea, profe, ¿qué nuca vamos dejar de ser así? Que nombre tan maluco, disque “ex”; eso me suena como a alguien que ya no es; ¿y si le digo que aún somos? ¿Que no hemos dejado de ser? ¿usted cómo se explica eso? Con todo lo que nos dan, piensan que nos han convertido, como cuando a uno lo bautizan en la iglesia, y que con eso ya dejamos de ser, eso que llaman los curas, “el pecado original”; ¡Qué tal profe!” **

Afirmaba Canetti, (2005) *“he conseguido agarrar a este siglo por el cuello”*; la verdad es que se hace difícil estrangular el sistema y asfixiarlo hasta que pierda posibilidades de metamorfosearse y transformarse a partir de un mínimo de oxigenación. De acuerdo a la conversación señalada como encabezado de este texto, desde que nació la pregunta por un prefijo--“ex”--nunca se desvaneció. A pesar de que suele pasar desapercibido, reúne una fuerza semántica que pronto se viene acomodando para quedarse en el lenguaje cotidiano del ciudadano de a pie.

Esta partícula lingüística tiene una densidad inimaginable; Heidegger (2009) y su obra *“Ser y Tiempo”* permite retomar algunos puntos esenciales para obtener un centímetro de profundidad con base a la viscosidad que demanda el sólo nombrarla. Allí lo temporal ya declara una condición especial por hacerse cargo de un pasado que quiere borrar, en procura de cosechar el nacimiento de un nuevo sujeto. No se puede ocultar que en medio de

* Esta conversación con un joven que hacía parte del proceso de restablecimiento de derechos, ocurre después de llegar de la escuela, como ejercicio de garantía del derecho a la educación y que hace parte del proceso de atención demarcado a través de lineamientos del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar; una tarde de quejas y de decepciones en torno a la hostilidad nominal en la que continuaba la sociedad que se hace llamar civilizada. Una sociedad que reclama justicia y ni siquiera se percata de sus incoherencias en torno a la manera de señalar y condenar, sin conocer más que las categorías sobre las que se quiere atrapar la individualidad y la singularidad de las situaciones y condiciones humanas.

bifurcaciones, pierden nitidez en la fuerza de elección, con base a la pérdida de raíces, de historia, de referentes de vida.

La duda fue compañera inseparable de lo incierto. Al comienzo de un proceso de atención y sobre la cual se despertó cierta curiosidad, como si tuviésemos la sensación de hacernos conscientes en medio de la réplica, la automatización de conceptos y maquinización de actos de habla como repertorio de disciplinas cifradas por las intenciones del sistema, tiene que ver con la manera de abordar al combatiente, en un escenario que más se sitúa en perspectiva del “ex”.

Dispuestos a seguir con el ritmo que le imprime la lógica de producción y consumo—un obrero más para la máquina—impidió asumir al combatiente joven desde un lugar existencial correspondiente al guerrero. No se comprendió lo que acontecía en él en medio de un devenir que iba constituyendo su ser, desconocido por los burócratas del sistema. La ruta instrumental asumida para su encuentro se consumía en una inevitable ceguera. Ahora se puede decir que, el ente (como cuerpo presente), fue una bóveda indescifrable pero sí interpretada, cuando era lo más fácil de abordar y permitía la reconstrucción de un presente borrando un pasado que corresponde al ser.

Una primera alerta; indispensable el encuentro de una afirmación de tal naturaleza:

“El Dasein está no sólo ópticamente cerca, no sólo es lo más cercano—sino que incluso lo somos en cada caso nosotros mismos. Sin embargo, o precisamente por eso, el Dasein es ontológicamente lo más lejano. Ciertamente a su modo más propio de ser le es inherente tener una comprensión de este ser y moverse en todo momento en un cierto estado interpretativo”. (Heidegger, 2009, p. 38).

En otras palabras, el aproximarse a sus propios mundos tenía un alto costo en tiempo y espacio que superaba lo programado por el sistema. Su existenciarío, dada la discordancia que se hallaba con relación a los propósitos de intervención, era la única posibilidad de poder centrarse en el objeto de la regulación y el control de sujetos guerreros. Aquí yace lo único que interesaba. La distancia de los proyectos entre el sistema

y el combatiente, provocó más impotencias y una fina esterilidad en los significados de sus historias con biografías entrecruzadas. Sigue pendiente el poder entender el verdadero ser de un combatiente.

La pretensión de resituar al excombatiente con base a un pasado opaco, niega un presente que necesita de un pretérito para fortalecer su lugar. Los temores ante situaciones que podían perturbar el ajuste a los parámetros del orden estatal, eran controlados desde las técnicas de domesticación. Las subjetividades moldeadas oscurecieron una mínima comprensión del ser. La institucionalidad se siente cómoda desde una interpretación semántica que refuta la gramática del combatiente.

Dicho de otro modo, nunca se pudo hacer real una reflexión en torno al “ser”, porque se priorizaba lo que se manifestaba “ónticamente” en torno a lo que “parece ser”. En realidad, la institución como fábrica de sujetos obedientes, ha tenido serias limitaciones, intencionadas o accidentales, para ponerse en la tarea de descubrir aquello que aparece encubierto, superando su simple comparecencia; tal vez, lo que le interesa al sistema es reforzar su capacidad administrativa, que más que resolver situaciones de vida, lo que hace es dilatar su presencia y su agudeza.

Todo esto significa que hubo una trama escondida y silenciada que logra eclipsar los méritos de la reintegración del combatiente. Reconocer sólo un objeto en el cual se podían centrar todas las fuerzas disciplinares y todos los esfuerzos instrumentales de un Estado para hundir la utilidad de la insubordinación, es darle continuidad al estigma de la rebelión que se ubica en contraste con la palabra “civilización”. Cada vez se lucha por dejar lugares y clasificaciones situadas en un campo de dominio, donde los dominantes se hacen oscuros y opacos, además de ocultos, pero permanecen para evitar la confrontación. Sólo les interesa la obediencia, y para ello se valen de ardidés jurídicas.

A pesar de todo, esa ceguera institucional no tuvo reparos para leer los movimientos del desvinculado en perspectiva de rebelión; simuló el no comprender su contenido y despliegue a través de lo que iba a heredar a otras generaciones. Convertida en resistencia, ella misma se hace infinita. Se oculta para reeditarse; se reelabora con el ánimo de poder potenciarse e inmunizarse ante las apariencias de verdad en devenir. Con el tiempo podrían mutar hacia lo que se constituye como mentira; su capacidad refractaria se hace débil y su

textura comienza a desgastarse hasta desbaratarse, sumado a la fuerza de una masa que crece con el correr de los días y se hará presente para garantizar que se pueda escuchar al guerrero.

Conviene advertir que “el Dasein es para sí mismo ónticamente <<cercanísimo>>, ontológicamente lejanísimo y, sin embargo, preontológicamente no extraño” (Heidegger, 2009, p. 37). El “ente combatiente” siempre tuvo dificultades para comprenderlo. Nunca fue posible una aproximación real y sustancial en términos de lo que el ser quería mostrar desde su realidad. Así se potenciaron las dudas y las incertidumbres en contra de lo que podía hacer para superar el sólo restablecer. Una medida de protección recreada como especie de sinonimia de la reparación, sólo aparecía como horizonte del restablecimiento de derechos; el proyecto de vida para un ente se tomó como demostración de su efectividad. Lo anterior no contemplaba descifrar el ser; todos los esfuerzos estaban ordenados por el miedo a que el excombatiente reactivara su existenciarío rebelde.

Cercanía, pero también extrañeidad, hicieron parte del juego lexical que deparaba la atención al guerrero. Las dudas que se albergaron de forma soterrada, nunca fueron colocadas en superficie por el dominio institucional. Cualquier expresión que diera cuenta de alguna vacilación, era capitalizada hacia el simulacro de la perfección y la certeza. El papel sobre el que se depositaba una sola representación de los avances del combatiente a excombatiente, abrigaba una cultura del buen ciudadano. Allí se borró la imagen acústica de lo que significa la guerra para el guerrero; el oír sin escuchar* no admitía una escritura acorde a la tonalidad de lo real, pero su idealización, le hizo juego a la prescripción del decir del sujeto restablecido jurídicamente. Las licencias para el ocultamiento del error de

* Es indispensable no olvidar lo que Jean-Luc Nancy en su ensayo “A la Escucha”, reproduce una manera de diferenciar aquello que oímos de lo que escuchamos; tal vez, los agentes estatales nunca fueron capaces de neutralizar la escucha para lograr penetrar el sentido de las voces del ser ex / combatiente. En palabras de Nancy, “esta tenue indecisión entre escucha y entendimiento, entre sentido y verdad” fue más que nunca verbalizada, pero nunca conjugada, por la sed de dominio que padece la institucionalidad en relación a sus lacayos. Esa capacidad de centrarse fue marginada por antender a los ecos de sus propias doctrinas y tensionan lo que ideológicamente se promulga y se prescribe, pero no es posible describir. Hacer audible lo inteligible en el discurso institucional, provoca el caos que sólo proporciona la incoherencia.

percepción, con sus lógicas terapéuticas toleraron una lectura de sus vivencias desde el lento de la patología. Lo interiorizado por el guerrero desde ese nuevo exterior—escenario de restablecimiento de derechos—lo ubicó en el lugar de la enfermedad, el trauma, la anormalidad; algo que necesitaba ser recompuesto para producir el cambio y la transformación del chip de la guerra. Se abría entonces la perspectiva del “ex”, en consonancia con las expectativas del sistema.

“Profe, ¿usted sabe qué hacen con lo que uno les dice, cuando nos llaman a eso que ustedes dicen terapia? Por lo pronto yo no creo nada de eso; además, yo veo que ustedes se llenan de un poco de papeles y lo que uno les dice, yo creo que ustedes no alcanzan a escucharlo a uno, porque cada vez que nos sentamos uno les repite lo mismo; yo siento que muy poco no escuchan; nos oyen; yo no sé cuál es la diferencia, pero cuando a uno lo escuchan es como usted hace en este momento que estamos sin papel; yo siento que nos ven como si tuviéramos una enfermedad o algo raro, porque les parece muy duro que hayamos estado en un grupo armado, pero no se aterra de saber que nosotros y nuestras familias hemos aguantado hambre y que no tenemos las cosas que ustedes por acá tienen. Y la verdad, no sé qué escriben; el hambre, en algún momento nos hará explotar otra vez, porque no crean que con esas terapias vamos a arreglar el estómago, tampoco vamos a resolver la situación de hambre que tenemos afuera. No sé qué es lo que escriben y qué es lo que nos escuchan, que para mí, no es lo que sentimos, sino lo que ustedes quieren hacer ver. ¡No crea! La cosa está dura allá afuera y nosotros acá embobados con unas cosas que nos dan. Pero ¿sabe qué profe? ¿Usted por qué no se aterra con lo que le digo? Yo creo que usted sabe qué es aguantar hambre y salir a rebuscársela. Ahora, para que me digan que, con esto de las terapias, nos calman el hambre. Yo creo que ustedes, bueno, el gobierno, se escuda en esto que hace para tratarnos como dañados, y no se da cuenta que, el daño está ocasionado desde hace rato y nunca hemos sido importantes para él; ¡Nunca nos han escuchado! Pero sí nos matan a quienes luchamos por hambre y sed”.

Existía un repertorio de conceptos, como prueba de una habilidad cognitiva, soportada en el conocimiento del agente estatal. Las huellas del saber apropiado, daban cuenta de la forma cómo los dogmas institucionales lo cercaban hasta sujetarlo en su interpretación. Sus prácticas debían tener correspondencia con lo señalado en el libreto—el lineamiento—hasta hacer de ellas un solo campo de dominio que organizaba sus acciones; un yugo que impedía ver la realidad histórica de un ser que se mostraba con arribos de resistencia situada en perspectiva de desacato y negligencia por estar bien. Igualmente, las herramientas del aparato de restablecimiento de derechos, distorsionaron la revelación del guerrero, siempre difíciles de comprender. Lo más interesante de todo ello es que se contaba con una amplia gama de interpretaciones, todas pertenecientes al dominio de las disciplinas; siempre se perfilaban hacia la moda de los enfoques cognitivo conductual. Su pensamiento había que modificarlo para que sus prácticas fueran rotas y restauradas al servicio de sistema.

Prescribir la conducta del ex/combatiente era un asunto de escritura alentada por lo probable y lo posible. Poco a poco fue un tema de obligatorio cumplimiento inscrito en los estándares del ciudadano ilustre. Aquel que saliera de sus esquemas, debía ser atendido y sumergido en la regulación, usando los encuentros terapéuticos como mecanismos de redirección de conciencia. Los doctos del imaginario institucional, ofrecían elementos sacados de la nada, vaciados de sentido, adormecidos en sus teorías, las cuales pretendían fundar en una experiencia convertida en experimento. El buen ciudadano entonces, se dio como el hombre obediente constituyéndose en el antagónico del hombre rebelde.

No sobra advertir que los equipos de trabajo—llamados interdisciplinarios—contaban con sujetos estatalizados; cada uno de ellos representaba una disciplina que iba perdiendo fuerza epistemológica, al verse subsumida por la lógica institucional. Sujetos obedientes era el producto del ejercicio del poder. Sólo servían de vehículo para garantizar que el curso de acción sacralizado en los estándares normativos, tuviesen la orientación normalizadora esperada. El adormecimiento de la resistencia. “La psicología filosófica, la antropología, la ética, la <<política>>, la poesía, la biografía e historiografía, han indagado, por diferentes caminos y en proporciones variables, los comportamientos, la facultades, las

fuerzas, las posibilidades y los destinos del Dasein. (Heidegger, 2009, p. 37) En este contexto, la psicología, la antropología, el trabajo social y la nutrición, fragmentaron la realidad del combatiente que discrepa de lo real; se impusieron los discursos por hacer parte de un saber especializado, que desprecia la experiencia y sólo la toma para consolidar su dominio. Se erigen interpretaciones muy distantes de la condición individual del sujeto combatiente, llamado “ex”.

De acuerdo con Heidegger (2009) y con base a esta coreografía lexical que vogoriza la prédica institucional, se instituyen formas de interpretación que dan por sentado cualquier revelación que hacen las disciplinas sobre los seres que lee. “Si estas interpretaciones fueron realizadas con una originariedad existencial comparable a la originariedad que tal vez ellas tuvieron en el plano existivo”*, pone en cuestión los diferentes paradigmas de la intervención, como foco de una nueva lengua—vocabulario—sobre el que se instituye el saber poder. Esta pregunta sigue pendiente al no encontrar respuesta satisfactoria. No se puede responder, dados los intersticios de duda que ha generado para futuras solicitudes y demandas del ser que está ahí, arrojado a una institución como otro ente ajeno a su realidad de combatiente.

Era imprescindible reconocer el existenciario guerrero, desdeñado por el temor de potenciar el terreno de la resistencia. Una elaboración del guion estatal que reprime las fuerzas del guerrero y convierten sus descripciones en simples frases domesticadas. Se exalta el poder ejercido desde lo jurídico y se reclama con cierta benevolencia, las habilidades adquiridas de simples tejidos terapéuticos, que no hacen más que administrar la subjetividad y construir un libreto para que pueda seguir un sujeto “ex”, como proyecto de

* Ver “Ser y Tiempo” de Martín Heidegger, (2009, p. 37), como ejercicio de reflexión, que pone en cuestión las intervenciones, y sirve de esquema de análisis frente a lo original del encuentro, o el sabotaje que se da, cuando se utiliza al combatiente como objeto de descarga de modelos teóricos, que encarnan las epistemologías disciplinares, además de soportar sus prácticas profesionales sin compromiso por el ser. Toda una instrumentalización de la vida, como repertorio de la administración del recurso estatal, que se hace llamar inversión.

hombre nuevo. Las técnicas gubernamentales expropian su experiencia y lo lanzan al mundo de la dependencia. Es el anagrama que revitaliza el dominio larvado y sofisticado, en contraste con la degradación del combatiente. Lentamente y de manera implícita, la sutileza de los procedimientos de intervención lo va arrastrando a la condición de víctima, para que pueda encarnar un sujeto arrepentido y expuesto a los dogmas del perdón y la reconciliación. Mientras tanto, la realidad por la cual luchaba, sigue intacta a la luz de una injusticia social.

No fue posible tampoco reconocer las estructuras más íntimas* del guerrero. El interés se alojaba más bien en la necesidad de darle estatus a las disciplinas, en torno al descubrimiento de traumas, que posiblemente eran la materia prima, como crédito de los saberes expertos. Su elaboración alrededor de las representaciones de la guerra para el combatiente, era burlada y secuestrada en el inventario del software. Se dejaba leer entre líneas, la apatía al conocimiento de sus realidades, porque había que hacer un rastreo de los elementos positivos, que pudieron ayudar en la tarea de producción de una nueva subjetividad. La “revictimización” servía de contención para evitar extraer aquello que le hacía fuerte, en medio de la debilidad en su historia de guerra.

* Es oportuno marcar la profundidad de la palabra Intimidad: “Es decir, aquello que los ciudadanos hacen—o sueñan con hacer—en privado, porque si tales actos o sueños se publicasen seguramente los demás ciudadanos no querrían seguir siendo sus socios. Por eso lo cuentan al psicólogo, con quien mantienen una relación confidencial, es decir, privada (jamás íntima, lo prohíbe el código deontológico), ya que firman con él un “contrato privado” entre un profesional y un cliente. Los psico-patólogos, como en otro tiempo los clérigos, cobran por librar a sus clientes de sus pecados: de su excesiva afición al dinero, al chicle, a la cola o a la coca, a su madre o a su ordenador. Y sus clientes pagan por la ilusión de tener una identidad distintiva (aunque sea pecaminosa y ridícula, ¿quién se va a enterar?) Pero los terapeutas no creen a sus clientes ni confían en ellos (es la primera obligación de un profesional...y donde no hay confianza no hay intimidad (Pardo, 2004, pp. 13-14); de acuerdo a ello, es que la institucionalidad nunca puede entrar en la intimidad del guerrero, cuando el culto a la psicólogo se viene mercantilizando, en esa relación que se configura a partir de un servicio prestado y que tiene como contraprestación, el pago de sus honorarios. El proceso de restablecimiento de derechos, tiene como estructura principal lo jurídico, pero apoyado en el derrotero de la psicología, como consejera en relación a las decisiones que se tomen. Pasan por alto la siguiente premisa: “Los confidentes (como los confesantes) nunca dicen la verdad acerca de sí mismos (y eso, la verdad acerca de sí mismo, es precisamente la intimidad) (Pardo, 2004, p. 14); la verdad acerca de sí mismo, desde la experiencia del guerrero, sólo se ofrece en su escenario vital: “la guerra”.

La costumbre de situarse en paradigmas definidos desde una orden que resulta ser dogmática a la hora de poder entender al ser del guerrero, le resta credibilidad a la descripción se hace sobre él; los estudios han analizado siempre el trayecto de la guerra—escenario del combatiente—desde perspectivas criminológicas, lo que provoca serios interrogantes acerca de sus arraigos, interpretados como algo natural e inherente al hombre que lo condena a su fatalidad*. Al principio, la formación de una masculinidad hegemónica y militarizada junto al producto de las herencias biológicas, sociales y culturales, que trae

* En ese juego epistolar entre Albert Einstein y Sigmund Freud, donde se preguntaban por qué la guerra, aparece una descripción maravillosa, que toca ineludiblemente al Derecho, lo cual trasciende la superficie de las tensiones provocadas entre el derecho y la política. El primero, un investigador científico escribe como amigo de la humanidad, en esa impotencia que se recoge de los productos de sus trabajos y análisis, que no dan respuesta a una situación que permanece adherida a las épocas y a los siglos. “El punto de partida, escribe Freud es el que Einstein sugiere, pero en lugar de hablar de la relación entre el derecho y la fuerza hay que tratar de forma más general sobre la relación entre derecho y violencia. Violencia (Gewalt) es un término más rotundo y más duro que fuerza (Macht) porque indica formas de comportamiento agresivas, no reguladas. Por otra parte, el término alemán Gewalt conserva una ambivalencia semántica significativa: se refiere a la violencia, pero también a la autoridad que deriva de un indiferenciado valere (valor, validez) que sugiere un efecto performativo (la violencia es la que pre—valece, vincula porque ha vencido). En una de las páginas más bellas de la filosofía casi contemporánea a Freud, Walter Benjamín había construido la crítica más eficaz de la justicia justo a partir de la relación ambigua que el derecho mantenía con la violencia (Gewalt als Gewalt). Benjamín definió el derecho como <<demónicamente ambiguo>> y hacía derivar dicha ambigüedad del hecho de que la violencia que lo había constituido se transformaba en fuerza legítima que, a su vez, lo conservaba. Es decir, la génesis del derecho se encuentra en un acto de violencia originaria (una Entscheidung, una de—cisión) capaz de imponer válidamente una regla. La violencia infundada e injustificada se impondrá válidamente sólo después de haber vencido, y sólo a partir de ese momento se transformará en fuerza legítima: el derecho conservará la huella de lo infundado de la violencia” (Freud, 2001, pág. 38) Esa relación oculta entre el Derecho y la fuerza, ha sido el privilegio de la dominación, cuando sólo se quiere asumir que la palabra fuerza, está situada en un cuerpo físico que legitima una connotación universal que recae en lo fáctico, además de producir un efecto cruel. Ahora, desde esta perspectiva se asume una violencia incruenta, pero que ratifica un estilo de morir en el guerrero, de forma disimulada; lo peor de todo es que, se valida su ejercicio como poder sobre su propio séquito, aparados en la ciudadanía sin periferia. La prescripción de la conducta es todo un acto performativo del derecho, que condiciona, somete y subordina de forma violenta, atrapado en el simbolismo del buen ciudadano. El sustrato del enfrentamiento del Estado con quien se revela, no está más que situado en el convencimiento de sus prácticas legítimas del restablecer derechos, como una de las estrategias de sometimiento del rebelde a su propósito de domesticación. ¡No le interesa que la masa de rebeldes crezca!

consigo la expresión bélica en esa selección biológica*. Sus existenciaros, precisamente son los que no se logran dilucidar; por lo menos esconden otras realidades de las cuales no es urgente atender, dada la precariedad que existe en las mentes estrechas de quienes se sitúan en la capa dominante, cómoda por lo demás, de lo que pretenden cubrir y que no quieren reconocer.

Se sigue contando con la categoría “ex/combatiente”; un perfil en construcción y sobre el cual se han prescrito conductas y comportamientos, que dejan de ser elaboraciones ingenuas como simple invocación de un neologismo. El vaciamiento de sentido al que es expuesto el combatiente, le marca un futuro en orden laberíntico; la propuesta es desintegrar y desarmar su trayecto, lo que lleva a subrayar la importancia que tiene para el proyecto gubernamental. El vértigo que proporciona la idea de un pasado cargado de horror y dolor, es inducido por una intervención que mantiene una osadía por situarse mas en la necesidad de depurar que, en la de conservar esa estructura de resistencia que le ha posibilitado sobrevivir en medio de fuerzas antagónicas.

Aquí vale la pena decir que el esfuerzo institucional está orientado a potenciar lo que tiene que ser en esencia un “ex/combatiente”. Se conoce más por su arreglo semántico que por lo que se viene construyendo como el ente del combatiente. Quizá la respuesta que realmente corresponda a esta interpretación, se funda en la perspectiva de la existencia del combatiente y su lucha contra la pretensión de desvanecimiento. Lo que “está—ahí”, no es más que un proyecto de hombre nuevo, con un referente retórico que confecciona una idea del ser “ex/combatiente”. En consecuencia, ha sido un reto y un para el poder tener al “ser” combatiente, encarnando en la figura de “desvinculado o desmovilizado”. Desde luego,

*“El programa biológico de los primates no estaba suficientemente dotado para la nueva forma de vida, y el ser humano superó esta carencia gracias a un tour de force de medios e instituciones artificiales, a una cultura que desde hace tiempo se ha convertido a su vez en factor de selección biológica”. (Burkert, 2013, p. 42)

atienden otras lógicas retóricas para forzar un escenario de interacción coaccionada en el cual se pretende instalar al “ser” del combatiente.

Es significativa la importancia que tiene la institucionalidad en esa tarea rudimentaria del adentrarse más en “categorías”; eso le ha permitido adquirir cierta comodidad al definir las, haciendo uso de su poder para imponer formas de nombrar realidades que cree conocer y que aparenta dominar. “Excombatiente” como abstracción semántica, carece de un referente existencial que no logra contener un presente sin una vinculación con el pasado que se hace vigente. Sólo le ha quedado—al Estado—la propuesta de un futuro intangible que reprime o anula el existencial del guerrero—por lo menos se insinúa—centrado en la guerra. En pocas palabras, es someter cada uno de los elementos que desencadena el equipaje del combatiente, hasta pulverizarlos a partir del olvido. Se hace difícil el compromiso con el prefijo “ex”; a fin de cuentas, lo que se tenía cerca era efectivamente un “guerrillero” como ente, pero un ser totalmente desconocido, lejano y permanentemente soslayado, por aquello de no poder reconocer su verdadera significación ontológica. El tiempo se convirtió en una amenaza y en un derrotero a seguir como bitácora de navegación, que aseguraba los resultados de la planeación. Fuera de que se configuraba el éxito de un gobierno tomando como pretexto la atención a los niños, adolescentes y jóvenes de la guerra—soportado en la palabra intervención—establecía formas de control aceptables para oscurecer la mirada hacia las violencias estructurales que habían detonado la rebeldía del guerrero. El mutismo del combatiente, ante el avasallamiento de las técnicas de intervención estatal, crecía de forma simultánea con el enigma sobre su registro ontológico.

“Profe... ¿qué le parece lo que dicen los señores del gobierno?: ¡hemos recuperado muchos niños de la guerra y dan los datos! Yo le pregunto, ¿Esa gente si sabe quiénes somos nosotros? Porque, por lo que veo, no hacen sino sacar pecho por alguien que no conocen. Y si supieran que no es suficiente con que nos saquen de allá, del grupo, que nos den comida como marranos, y que nos vistan por un tiempo, sino que nosotros seguimos pensando en algo que ellos ni se dan por enterado, o no les conviene; el hambre de las familias de nosotros, la pobreza en la que vivimos, el despojo que nos han hecho también el ejército y la policía, cuando nos decían que éramos colaboradores de la guerrilla. La

*verdad es que, cada vez que yo escucho noticias y la señora de esta cosa, no sabe de quién habla. Somos más otra cosa que lo que ellos dicen. ¡Qué mentira todo esto! Ahora sí somos importantes porque nos tuvimos que hacer ver disparando, si no, no nos hubieran ni siquiera nombrado; claro que ahora nos nombran desvinculados, como si con eso todo estuviera resuelto en este país. ¡No saben nada de nosotros! Y quieren hacerle ver a todo mundo que, estamos muy bien, protegidos, pero ¿quién nos cuida? Espere que salgamos de acá, a ver qué pasa, para dónde echamos. y qué rabia me da cuando dicen esas señoras sin hambre ¡nuestros niños! Si somos de ellos o es más bien paja. La verdad, como es que dicen eso, si ni siquiera nos conocen, ¡no saben quiénes somos nosotros!”**

La expresión heideggeriana de “*propiedad e impropiedad*” en la manifestación del ser, se hecho cada vez más evidente. Muchas veces se oculta en el ente—del guerrero—arropado por la categoría excombatiente:

“El Dasein es cada vez su posibilidad, y no la <<tiene>> tan sólo a la manera de una propiedad que estuviera—ahí. Y porque el Dasein es cada vez esencialmente su posibilidad, este ente puede ser en su ser <<escogerse>>, ganarse a sí mismo, puede perderse, es decir, no ganarse jamás o sólo ganarse <aparentemente>>. haberse perdido y haberse ganado todavía, él lo puede sólo en la medida en que, por su ausencia, puede ser propio, es decir, en que es suyo”. (Heidegger, 2009, p. 64)

Una disputa entre lo que carga el combatiente y lo que se le exige como excombatiente al guerrero; un nuevo equipaje que tiene correspondencia con el ser “ciudadano ilustre”, un ejemplo de reincorporación que tiene como subsuelo el restablecimiento de derechos. De

* Términos acuñados desde la fenomenología de Heidegger en “Ser y Tiempo”.

*Todo surge como preguntas de un joven del proceso de restablecimiento de derechos, interpelando la forma en la que se habla de ellos en otros lugares de orden institucional y gubernamental; una noche de aquellas que servía para compartir la comida, al mismo tiempo que ver la televisión. Las noticias que llegaban a ellos y los discursos que se propagaban en la ciudadanía mediática.

allí emerge la inquietud* que se extiende durante años y que además continúa sin resolver, ya sea por temor a enfrentar el error, la impotencia, o por estar convencidos de sus lógicas administrativas que fecundan la mirada en el plano de lo positivo, conservando lo opaco como simple desviación y anomalía que se hace normal.

La duda no puede salir a la superficie. Es acogida para profundizar en ella sus más ocultos arraigos. Es decir, en ese afán desmedido de la institucionalidad por ocuparse de las identidades indígenas, de los campesinos, del guerrillero, del combatiente, del ex/combatiente, del desvinculado, del desmovilizado, del reincorporado, del reintegrado, del normalizado, impone su razón de ser bajo el prisma de la estandarización y la igualdad para reservarse una sospechosa tranquilidad que no deja exteriorizar sus grietas. La fé en su método de domesticación supera cualquier interpelación. Para garantizar su infalibilidad—el Estado—usa maniobras retóricas que le permiten mostrar las maneras efectivas de definir el “estar—ahí” del combatiente—controlado y regulado en su indignación—; esa palabra—combatiente—guarda una fuerza de resistencia para un país que, de acuerdo a su proceso de restablecimiento de derechos, quiere suturar la herida provocada por el descuido

* Para no crear más elucubraciones en torno a los clichés, en los que comúnmente se cae cuando se comparten ciertas palabras, como lo es la inquietud, es menester dar a conocer su origen en la experiencia; aquella frase de Gurméndez, (1997) que dice la inquietud “nace del desasosiego que crea la quietud”, se articula directamente al vacío que crea la institucionalidad cuando te arroja a un lugar sin tentáculos, cuando se activa el pensamiento crítico, desde una mirada hacia atrás, para poder ver las ruinas que quedan en nosotros, después de haberse comprometido con sus ideas y sus doctrinas. Suele sentirse también en medio de todo este torbellino de emociones, el desengaño que sólo aparece cuando estás por fuera de un sistema que ciega y paraliza tu propio ser. Fui convencido de que allí estaba la morada de mi “yo”, para luego angustiarme con el abandono, con la sensación de orfandad que, de igual manera, siente el excombatiente, cuando es arrojado al mundo que no es de él, sin fuerzas suficientes para enfrentarlo; ya lo institucional cumplió su propósito, rebanar la masa de rebeldes e interrumpir su relevo generacional. “los hombres crean sueños para satisfacer sus deseos, o los modifican porque los deseos dependen de su libertad”—Johann E. G. Mass, Ensayo sobre las pasiones—citado por Gurméndez (1997). Aquí fueron modificado al antojo del sistema, lo que no significa que sus deseos de guerra hayan quedado extirpados.

y el abandono, con todo lo que contiene esas limitaciones de un Estado militarizado, precario en sus bienes y servicios y que sigue precarizando la vida de los insurrectos.

Cada una de las categorías señaladas—sin ser consciente de ello—materializaron las intenciones de los escenarios que revisten el tránsito de cada combatiente a su nueva vida. de acuerdo a ello, se recrea una y otra vez, la esquizofrenia institucional. Sus efectos dejaban al borde cualquier inquietud en torno a las ganancias o pérdidas del “ser” combatiente o “ex” combatiente. Hasta eso era motivo de cálculo desde los paradigmas del más refractario neoliberalismo*; muy difícil seguir apoyándose en la crítica—por parte del funcionario estatal—y asumir el riesgo político que traía unas secuelas insoportables. De ficciones retóricas estaba hecho el discurso del Estado, que buscaba si propia satisfacción. Brindarle al mundo aprendizajes en torno a las maneras de “desvincular”, “desarmar”, “desmovilizar” y “degradar” una resistencia, a través de la interrupción de un relevo generacional, capitalizaba su lugar de dominante. Mientras el combatiente seguía dispuesto a romper con un servilismo que se atrapa en la obediencia a la ley, inventada por otros, para la conservación de clasificaciones, espacios y lugares supuestamente habitables, situados en contextos de población, en detrimento de la voz de un pueblo.

Seguramente que con ellos mismos se quiso construir una cotidianidad que mediaba unos tránsitos forzados desde la óptica del poder jurídico. La imposición de criterios para el restablecimiento deja el vocabulario existencial de un “ser” desconocido, a la deriva. Poco a poco se manipulaba su fuerza, se domesticaba la irritabilidad del guerrero por la injusticia y se administraba su subjetividad al servicio de la pacificación. Una fábrica de negaciones

* Sobre todo cuando su lógica de seducción para desvincular del grupo armado, siempre está sujeta a tradiciones del Estado de bienestar, que ofrece un camino seguro en relación a la satisfacción de necesidades, una asistencia que ya se viene sintiendo en el proceso de restablecimiento de derechos sin lugar a interpelación; resulta ser un analgésico para evitar pensar, cuando la niñez y la juventud en estos recintos, conjuga la palabra protección la cual aterriza en el absurdo del mercado, como lo es, asumirlos como clientes de un servicio que se presta con calidad; la calidad viene encubriendo la parálisis del rebelde; suele tomarse como un narcótico que duerme las aspiraciones de justicia social. No había posibilidades de destierro para los ex/combatientes que comenzaban a disfrutar del espejismo de la reintegración. No sé si se podría decir que, el camino de desvinculación también transmite de forma soterrada, una especie de higiene mental, donde la suciedad de la guerra, debería ser motivo de limpieza.

que buscaba estigmatizar cualquier revuelta y declararla injusta. Rebelarse era interpretado como una irreverencia sin sentido.

La presencia del joven guerrero permitía acercarse a una narrativa situada en relación con el grupo insurgente; pero el régimen del decir—dentro del restablecimiento de derechos—le obligaba a presentarse ante el agente estatal dispuesto a la reconciliación y el perdón. Era más bien una estrategia de sobrevivencia y adaptación a los requerimientos institucionales, en disposición al saber decir por encima del querer decir. Las limitaciones en el comprender su realidad, atrapadas en el clamor del “ex” combatiente, disiparon temporalmente las preguntas por la ausencia, por lo que quedaba en ese “ser”; un ente objetivado, con un pensamiento que se hacía subordinado a través del tiempo, usuario de un proceso atención que custodiaba el horizonte de la responsabilidad legal del Estado.

“No le parece Profe que aquí también venimos a librar una guerra en otras condiciones; mire, ¿qué tal si nos ponemos a hablar de lo que realmente queremos hacer? Entonces más bien decimos lo que quieren escuchar para dejarlos en paz y estresarlos. Porque yo sé, que donde nosotros digamos lo que pensamos, esto se vuelve una mierda. A nosotros nos creen bobos, que porque no tuvimos una infancia; pero yo no sé qué tipo de infancia ustedes creen que uno vive en el monte, o en el campo; no, allá se hace uno hombre ligero, cuando empieza a rallar las güevas, y de ahí en adelante luce mijo. Pero acá lo que hacen es como volverlo a uno más débil y después uno se encarta siendo así débil, porque esto no va a ser toda la vida. Y esa forma de prepararnos para la vida es la más equivocada, porque nos hacen débiles; en cambio la guerra, con todo lo que ustedes dicen, por lo menos nos dieron fuerza para enfrentar la muerte; ahora nos da miedo de ella; ¿usted no se ha dado cuenta de eso Profe? ¡Humm! ¡Grave! Y después se quejan que uno quiere hacer nada. No se Profe, pero todo esto que nos dan, cuando yo me pongo a ver a mi familia que viene a los encuentros familiares, que a visitarnos, si claro, muy bueno, porque hace mucho tiempo no nos veíamos; pero dígame yo ¿qué les voy a ofrecer cuando salga de acá? Cuando ellos vienen me doy cuenta de la realidad que tenemos,

de dónde venimos, el por qué unos siguen teniendo más que otros, por qué hay tan poquitos ricos y tantos pobres. ¿qué vamos a hacer? Esta idea está buena, pero no se eterna; no sé si pensar en la eternidad. Al menos en la guerrilla, no se pensaba en la muerte, cosa tan extraña, mientras que aquí, esas ideas si pasan por la mente, cuando la angustia entra y eso no lo restablece nadie, ni el derecho pues”.

Lo que se hizo fue nutrir códigos de vida y categorías ajenas al combatiente. Se originaron registros de mayor importancia para dotar de validez positivista, las cifras de reincorporación, desmovilización y desvinculación, en una lucha incruenta por preservar el poder y desvanecer la insurgencia. Un error que con el tiempo se fue haciendo nido en la propia reflexión de quién estaba atrapado en la institucionalidad y la funcionalidad del sistema. Sobran razones para seguir proponiendo algo tan perverso como la intervención en los supuestos traumas del combatiente, revelados como muestra fehaciente de los daños de la guerra, pero ocultando aquellos provocados por un patriarca “Estado” dominante y selectivo, que cosifica la conciencia del combatiente en periodos de resistencia.

Desde esta perspectiva no se pudo comprender el ser del excombatiente. Las expectativas jurídicas lo subsumieron con una pretendida y codiciosa despersonalización del guerrero, que de acuerdo a las intervenciones fabricadas por lineamientos y guiones preestablecidos, ofrecía un lugar totalmente ajeno a la existencia, o a las existencias de la persona en presencia. Pensar por fuera de la vivencia de la guerra era situar al guerrero como un ser substancial y cósmico, irrespetando su historia, su itinerario biográfico que se tejía como la trama de la insurgencia. Su trama fue intercambiada por el drama—explotado por lo demás—un dolor que no tenía repertorio distinto a la lucha por la sobrevivencia.

La intervención despiezada y fragmentada como producto de las fronteras epistemológicas de las disciplinas, potenciaron su protagonismo y recrudecieron la demarcación de sus límites para interpretar, desde perspectivas deslocalizadas, al desvinculado de la insurgencia. Su acompañamiento durante todo el proceso de restablecimiento de derechos, dejó a la deriva la manera en que desmembraban poco a poco sus relatos y con ellos su vida misma. Había que resaltar la seguridad jurídica como única

prenda de garantía para obtener su obediencia y el sometimiento a un pensamiento lejano del reclamo de la demanda y la interpelación.

Todo un culto al saber experto de la ciencia encarnada en disciplinas, con múltiples conocimientos que saturaban su sed de teoría, pero a la vez opacaban el lente con que leían la realidad. Eso producía una disonancia entre lo real y lo ideal; dada la seguridad que ofrecía la teoría, era más cómodo responder a situaciones nuevas con reflexiones viejas. Se percibía una especie de conducción que nadie interpelaba, hasta borrar del presente inmediato al “ser” combatiente; sus historias y sus relatos fueron almacenados como inventario de acciones de indagación, con lo que se apoyaban las acciones del funcionario. Allí, la evidencia de los procesos de atención que dejaban, de forma clandestina, el debilitamiento en las relaciones de proximidad con alguien que estuvo en la guerra. Esa ordenación de los múltiples relatos, dieron el origen a diversas interpretaciones desde los esquemas de percepción de cada disciplina. Su reconocimiento por parte de un saber especializado impugnaba otras lecturas en procura de imponerse, negando la necesidad de tejer la pluralidad en la comprensión. Lo que no fue objeto de discusión, era la validez del ejercicio intelectual sobre lo que estaba en orden desde los parámetros del sistema.

Sin duda alguna, lo anteriormente señalado se sustenta en esa ruptura de algo, que fenoménicamente no fue dado en su totalidad; su soporte radica en aquello que Heidegger (2009), ofrece en torno a la posibilidad de reconocer esa irreductibilidad de los elementos heterogéneos, que hacen posible el comprender el “ser” en el mundo; en este caso, el “ex” combatiente en un proceso de restablecimiento de derechos.

La discusión parte de cómo es “*Él en el mundo*”. Si bien se reconocía que la estructura ontológica del combatiente, hoy llamado “ex”, estaba situada en la guerra— como su mundo—el escenario en el cual pretendía revitalizar algunas prácticas acodes a su acervo de experiencia, eran rotulas de nocivas para para la constitución del proyecto de hombre nuevo con base a la interpretación del sujeto disciplinar. Las técnicas gubernamentales se prestaban para insistir en su desviación. Lo que se siempre se pensó, era hacer visible aquello que venía oculto en el “ser” sin ser comprendido. Les demanda tiempo para alcanzar la cercanía mediante el acompañamiento, en contraste con la

intervención que ahorra los recursos, planteados desde una lógica administrativa y no resolutive.

Ese mundo tan tipificado envuelto en la especulación, pero tan desconocido, no hacía parte de la inducción moldeada desde la intervención terapéutica. La premisa de un poder pastoral, que incorpora el agente estatal, tenía como objeto de estudio y análisis, los traumas que pudieran estar fortaleciendo la nostalgia por la guerra. Aquello era lo que se mostraba en superficie, de lo cual era más fácil encargarse en medio del afán y la estrechez temporal, legitimada sólo por la producción en serie de sujetos adiestrados por la máquina esquizofrénica llamada *leviatán*. Una vez esto se logra, el abordaje sistemático de la complejidad del mundo del guerrero por parte del experto era reducido a las demandas del formato. No podía dar cuenta de su itinerario biográfico, al no verse seducido por una historia que declaraba apetitos de justicia a través de la guerra. Por estar distante en cuanto a vivencias se refiere, su compromiso con el guerrero era un asunto exótico. Ese mundo debió estar desprovisto de reduccionismos jurídicos, mucho menos, quedar atrapado en una dicotomía moral. Seguir fabricando discursos en contraste, con una fuerza agonística que sólo se hace posible desde la insurgencia, es la respuesta que tiene un Estado represivo.

El mundo del excombatiente es un escenario pleno de promesa, de atributos jurídicos, de una fuerte retórica con arreglos gramaticales en medio de una débil potencia mesiánica, que sabe de construir horizontes y que permite los registros más ambiguos de las ficciones del bienestar. En cambio el mundo del combatiente, del vinculado, del movilizado, en contraste con lo inmovilizado, que finalmente es lo que constituye la desmovilización, es un mundo apenas calificado y adjetivado con el repertorio Estatal de la rebelión. Su lectura impuesta, le cerca sus fronteras para hacerlo visible en el plano del desacato, de la desobediencia, de la irreverencia y todo aquello que se ubique como amenaza al establecimiento.

Claro que esto no lo explica todo; faltó valor para desentramar todas esas prácticas guerreras instaladas en este mundo del combatiente. La perspectiva dominante del experto sitiado por las doctrinas de las disciplinas supeditadas al poder estatal, no fue suficiente para lograr descubrir la caja de Pandora que se tejía de vivencias y de sueños después de la guerra. El mundo de la guerra permanece vigente en el relato del combatiente; al

“ex/combatiente”, se le demarcan sus ideas y se le imprimen actos desde la prescripción de las conductas; se le cloroformiza para que cualquier vestigio de insurgencia, desaparezca de sus nuevos planes de vida, de manera que no contemple un mundo posible, que esté sujeto a la expectativa del Estado de bienestar.

En este segundo mundo, que Heidegger (2009) plantea como “*El ente que es cada vez la forma del estar en el mundo*” (p. 74), la figura del ex/combatiente se instala como precedente e hipoteca del “ser” combatiente. Despojado de experiencia y expropiado de su singularidad, tonifica el experimento. Se fortifica a través de la clemencia por una paz esperada y anhelada en un marco de ciudadanos civilizados que ocultan su hostilidad por el desorden; aunque hay algunos que “prefieren la justicia a la mamá y la injusticia al desorden” (Onfray, 2011, p. 78). La imagen del excombatiente puede llegar a ser quebrada y fracturada, a partir de la insoportable desigualdad y de la erosión de la dignidad humana, oculta bajo los paradigmas de la diferencia y de la clasificación de la sociedad, olvidando cualquier evocación de comunidad. El combatiente no tiene mundo en el cual estar, porque la antipatía del presente cargado de idearios puestos en el banquete del establecimiento no se lo permite. La hospitalidad para el guerrero está lejos de materializarse cuando su pasado lo condena al estigma del guerrillero. Será rechazado por el poder que se apoya en la mezquindad de una sociedad punitiva.

“Profe...a veces pienso que no sé a quién pretenden encontrar en uno; unos nos llaman guerrilleros, otros desvinculados, otros reinsertados, otros desmovilizados, ustedes a veces nos dicen que somos víctimas y llegan de nuestras familias y nos dicen que somos campesinos, y otros indígenas; ¿Usted sabe qué somos? Nos han dicho tantas cosas, que ninguna me queda; lo único que sé es que yo soy un combatiente y no lo dejaré de ser, por más nombres que nos quieran poner. Ojalá supieran ustedes qué siente uno en el combate; allá sí se ve qué es uno; ese es el mundo mío; acá, me siento como un niño que le quieren dar todo; lo que pasa es que no sé a qué precio. Allá, en el grupo luchábamos por sobrevivir, por lograr algún día estar mejor; acá estamos mejor, pero no sé que viene después. ¿Usted me puede decir qué viene después de todo esto? Eso sí me preocupa; estar perdidos, porque ni ustedes tienen

*la respuesta; sólo saben estar acá hoy, pero mañana no saben qué hacer con nuestras vidas; si no sabían que hacer después, y no hoy, por qué nos sacaron de allá, para luego encartarse con nosotros. No fue suficiente con que ustedes vivieran confundidos, para confundirnos la vida a nosotros. Pero ustedes no logran saber eso, porque han vivido lo que nosotros hemos vivido; todo lo que se dice la guerrilla no es cierto. Acá, nos tratan como cosas y la gente nos señala con el dedo, aún sin saber quiénes somos”.**

Preguntarse por el *quién* dejó en la más completa duda su lugar—al combatiente, al ex/combatiente, al desvinculado, al desmovilizado, a la víctima o al victimario, al indígena o al campesino, al insurgente o al revoltoso, al delincuente o al reincorporado y normalizado*—sigue

* Sobresalen las preguntas fuertes, para respuestas débiles; “las preguntas fuertes son las que se dirigen—más que a nuestras opciones de vida individual y colectiva—a nuestras raíces, a los fundamentos que crean el horizonte de posibilidades entre las cuales es posible elegir. Por ello, son preguntas que generan una perplejidad especial. Las respuestas débiles son las que no consiguen reducir esa complejidad sino que, por el contrario, la pueden aumentar” (Santos, 2013, p. 9) como si tuviéramos que acudir a los libros o al recetario del lineamiento, para responder a la expectativa del guerrero que no se permite a sí mismo, olvidar sus raíces. Esta conversación, como tantas otras, desprovistas de cualquier intención formal de intervención; eran espacios sueltos, informales, de cercanía con la duda y la incertidumbre del combatiente, y no del niño desvinculado.

* Sobre esto quisiera traer a la conversación a Joan Carles Mélich (2014), y su texto de referencia, “la lógica de la crueldad”, para dar cuenta de los efectos de la normalización, en la cual no cabe el excombatiente. Nada más inspirador que la diferencia que propone entre normatividad y normalidad, lo cual desencadena en el caudal de normalización que persigue el Estado con los excombatientes jóvenes, de acuerdo a las deducciones del camino de emprendimiento que deben seguir para superar los traumas de la guerra. “la palabra norma se refiere originariamente a un <<instrumento de medida>>, pero posee al mismo tiempo un sentido de <<normalidad>> [...] Desde la modernidad uno tiende a concebir la normalidad como un conjunto de descripciones, mientras que la normatividad haría referencia a las prescripciones. Las primeras se ocuparían de las cuestiones de hecho, mientras que las segundas harían lo propio con las de derecho o valor”. Esa normalidad impuesta es la que pretende el Estado bajo el yugo de la obediencia y despersonalización del guerrero. Continúa el autor, “¿qué sucede con la normalización? Entendemos por normalización el proceso por el que las reglas se convierten en normas. [...] Las reglas al transformarse en normas, se incorporizan, quedan atadas a nuestros cuerpos y a nuestras vidas sin que sea posible liberarnos de ellas, al menos completamente. [...] normalización es sinónimo de sometimiento y adaptación. Es la normatividad la que crea un espacio de normalidad o, dicho

siendo un enigma que no puede descifrarse con ligereza. Su cotidianidad instrumentalizada, codificada y formateada sirvió de contención para romper con la continuidad de la sublevación. Un guion perfecto para organizar las conductas en nombre de la conservación del orden. De allí que, comprometerse con ese quién sólo estaba disponible a través de la práctica de la intervención, la cual se mostraba, ante los ojos del guerrero, como un aparato que lo quería acoger. Tal vez este ejercicio fue la coartada para lograr aproximarse de forma sutil al cuerpo, objeto de dominio. El curso de acción de la rebeldía en el que se coloca el combatiente, permitía reconocer el equipaje existencial del guerrero, emplazado en el mundo de la insurgencia, de la resistencia y de la re—existencia del combatiente.

Ha llegado el momento de trazar ese tercer mundo que se describe Heidegger (2009), como aquello que fenoménicamente está dado en el lugar del combatiente. Se orienta al “*estar—en como tal*”. Un artificio humano situado en la respuesta del poder estatal que concentró su energía en desligar y desarraigar al combatiente de su acervo belicoso. Prolongó, desde lo hiperbólico, su discurso hacia un horizonte étnico, donde declaraba con la confianza absoluta en sus afirmaciones, que una de las cosas que hacía la guerra era precisamente fomentar la desaparición de pueblos indígenas y la extinción del campesinado. Un estrategia más que envolvía la verdad sobre la realidad que no

de otro modo, la normalidad se sitúa bajo la tutela de la normatividad, sobre la lógica normativa. La segunda variante, en cambio, la más fuerte, es, a diferencia de la primera, la que sostiene que es la normalización la que produce, la que crea lo que ella misma normatiza, por lo menos hasta cierto punto. En otras palabras, en la variante fuerte primero se establece lo que es normal y a partir de esa normalidad se pone en marcha el procedimiento de normativización. En este sentido, la normalización es la creadora de normas. (pp. 156, 157) esto genera otras derivas que no se alcanzan a abordar por la complejidad de las respuestas; pero el estándar de normalización sigue sujeto a una visión burguesa del buen ciudadano; descripciones y prescripciones comprometidas con el poder jurídico, a partir de la positivización de la vida, reglada desde el campo de dominio del derecho y no de los derechos. Siguiendo con el mismo autor, él advierte sobre el peligro de lo normal como fundamento de la normalización; “Es peligroso este segundo sentido, precisamente porque si el punto de partida es <<lo normal>> y no la <<norma>>, entonces la norma queda justificada en lo normal, y lo normal, precisamente porque es <<normal>>, no se puede ni se debe justificar ni fundamentar”; lo curioso es que, lo normalizado no es cuestionado, porque ya se ha dejado caer en lo normal. ¡Qué arbitrariedad!

correspondía a los hechos en relación a los efectos de la guerra; ella misma se convirtió en un pretexto para hacerse visibles y no permitir su desaparición y su extinción.

No se puede olvidar que todos los cambios y transformaciones del mundo y del ser humano, siempre han tenido en la guerra su mejor excusa. El escenario perfecto para demostrar la inconformidad frente al orden establecido por unos, que legitimaba la esclavitud y privación de otros. Una de las expresiones que más causa revuelo en torno a este tercer mundo en su descripción, es demarcar zonas para llevar a los combatientes al lugar donde se le pretende integrar a un universo de relaciones diferente al habitual. Re—situarlo en una relación de interpelación con los postulados de la guerra, hizo posible que su desencanto por la revolución creciera. A partir de allí, la experiencia del restablecimiento de derechos funcionaba como el paraíso sobre el que se debía disponer el guerrero, negando cualquier intento de regresar a la insubordinación.

Como si fuera poco, la construcción de otras relaciones distintas a las instaladas por la guerra, se hacen desafiantes y temerarias. Lo que más llamaba la atención era precisamente que esos lugares siempre debían estar cerrados, con un plan de atención organizado y disciplinado, además de reproducir un enfoque de adiestramiento, donde su interés estaba dirigido a crear la sensación del estar en una modalidad que secuestraba subjetividades. El enigma nunca se pudo desencarnar. Heidegger (2009) define en una expresión del estar—ahí, algo similar a una coexistencia espacial delimitada y demarcada instrumentalmente por el cuerpo del desvinculado—así como el agua que está en el vaso o el traje en el armario—pero su ser sigue situado en el combate, en la trinchera, en la comunidad insurgente, ocupando un lugar. Esto no implica que el hecho de que un grupo de combatientes fueran llevados y ubicados espacialmente para ser usuarios de un proceso de restablecimiento de derechos, aseguraba el éxito de la desvinculación y la desmovilización. ¡El Estado no resolvió nada estructural! ¡Sigue administrando la miseria y garantiza la inequidad en los riesgos en honor al respeto de la diferencia! No habitaron y tampoco se quedaron.

Otro rasgo que debe recibir una consideración especial es la evasión. Se tomaba como referente de análisis que soportaba el éxito o el fracaso de cualquier proceso atención; un indicador con el cual se medía la expansión de un modelo institucional, en el cual pudieran

dar cuenta de la manera cómo los excombatientes jóvenes, se habían adaptado a un mundo que les llevará a negar y resistirse al retorno de la guerra. Ese postulado legalmente constituido como principio en perspectiva de garantía de no repetición, lo han situado como única posibilidad que se busca con la desvinculación del conflicto armado. ¡Mesianismo!

Ese lugar demarcado espacialmente para los guerreros, entendidos como un ente que está dentro de otro—excombatiente—es un cuerpo que se ubica y se inserta dentro de una idea; ésta última no es prenda de garantía para el ajuste entre expectativas y condiciones guerreras. La institucionalidad es ciega ante estos desafíos; sin embargo, provee de un ambiente que lo abraza pero lo ata, hasta el punto de manipularlo y hacerle sentir familiaridad por su nuevo escenario, pese a que el aparato estatal carece de conciencia de acuerdo a sus lógicas administrativas, burocráticas y racionales. La red de vínculos con otros que han persistido en la guerra y han quedado por fuera del radio institucional, hicieron parte de la biografía del combatiente hoy institucionalizado. Su historia entrelazada con ellos, reúne una carga de significado que contempla la necesidad de seguir luchando en coexistencia con las prácticas del organismo estatal. La realidad vivida supera los tiempos de la atención en el proceso de restablecimiento de derechos, y de la cual no escapará indefinidamente.

No se puede seguir pensando que con el sólo atender temporalmente al guerrero, se pueden disipar las preocupaciones por los que quedan fuera del alcance de beneficios que contempla esta lógica neoliberal. Se trata de comprender que cada uno de ellos encarna su ser; la condición de beneficiario, que alienta el tapete de la benevolencia que se tiende bajo el mejor argumento estatal, confunde su lugar como receptor de algo que debería ser para todos. El guerrero no está de acuerdo con la forma selectiva de imponer la igualdad por parte del Estado. Los dolores nunca fueron por el horror de la guerra sino más bien, por la manera en que la institucionalidad petrifica sus vidas, atendiéndolos individualmente y anestesiándolos en torno a la demanda que les exige la insurgencia, como reclamo de mejor vida, no sólo para ellos, sino para todos los que están en su contexto comunitario, más próximo a su existenciarío.

Se les olvida que esa tendencia a infantilizar la vida del guerrero convertido en hombre de tropa, so pretexto de un experimento, se oculta bajo el paradigma de atención instalado en el interés superior del niño, obligando al ser a volver sobre un orden regresivo que lo confunde en su propia subjetividad. Una experiencia de vida patologizada a cambio de un proyecto con lo cual se desdibuja su trayecto. Todo ello obligó a repensar esa manera de entender una infancia desprovista del dolor y del ambiente en el cual crece; una cotidianidad que le muestra múltiples maneras de nacer en la dependencia y cruzarla para transitar hacia la independencia; más que ello, un fortalecimiento de la interdependencia que no se hace secuencial sino relacional. Sustraerse a la riqueza de las vivencias del guerrero, era querer definir las en un registro organizado desde la percepción burguesa, con lo cual se pretendía satanizar lo que su cuerpo transmitía a su conciencia revolucionaria.

Para simplificar se puede afirmar que estar en el mundo—en su mundo—sólo queda escucharlo. No se podía desaprovechar su narrativa; resultaba ser una exigencia ética el maniobrar en medio de una atmósfera reflexiva, para buscar la transformación a partir de la comprensión de lo que él mismo pretendía dar a conocer. La vida en ese lugar—en la guerra—le proporcionaba muchas más elementos de subsistencia que no podían ser reducidos al acto de matar. Dejar de lado esas interpretaciones para que fueran recicladas por los espectadores punitivos, era como exteriorizar lo que la formalidad de la institucionalidad quería mostrar—un revoltoso sin causa—; fue el único indicio que se tenía para asumir que se comenzaba a aproximarse al ser del guerrero. Pese a todo, se había convertido en un objeto, en una cosa, que no revelaba la vacuidad del orden instrumental en el cual se intentó encajar.

Al respecto conviene decir que mientras la institucionalidad seguía avanzando en perspectiva positivista, declarando relaciones entre el sujeto—objeto, se alejaba mucho más de la versión más humana que contiene el “Dasein”. No se logró entender el mundo que el guerrero quería transmitir; de entrada, siempre fue marginado su decir como prevención de revictimización, de manera que, el no volver sobre una experiencia bélica permitía el contener un desenlace fatal. De allí que el conocimiento válido desde las composiciones estatales, no busca centrarse en las propiedades corpóreas del combatiente, dada la poca importancia que le ofrece al experto al servicio del poder. Otras esferas de la vida del guerrero, sobre las que transita y expone el joven combatiente, superan la tipificación de

una categoría como guerrillero. El lastre incómodo que eterniza su condición de reinsertado, ha producido vejaciones y aberraciones semánticas, padecidas por los desvinculados que no logran convencerse de su lugar de víctimas. Sumado a ello, es aprovechado por los partidos políticos en lo local, regional y nacional, quienes viven tensiones a raíz de sus visiones partidistas, con lo cual quieren imponer un modelo de política.

El restablecimiento de derechos se vivió como una especie de sometimiento encubierto. La satisfacción estaba centrada en entregarle al sujeto desvinculado, lo que había perdido jurídicamente evidenciado como la lista de chequeo al ingresar a la institución que lo recupera* o lo recibe. La subordinación en torno al orden de la ciudadanía que ha positivizado la vida misma, le permite al “ex/combatiente/ la credibilidad necesaria para respaldar su propuesta de reconciliación y perdón, además de poder explotar la condición de víctima. No se puede olvidar que todos los sujetos que llegan a medidas de restablecimiento de derechos, los ampara la figura de víctima; para el Estado, los combatientes que son menores de edad, estaban limitados—se suele decir que no eran conscientes de sus actuaciones—para tomar decisiones relacionadas con la participación en el conflicto armado colombiano; de allí que se acoja al combatiente como una víctima más de la guerra. Pese a ello, se le viene nombrando un futuro escindido, producto de la heterogeneidad de influencias que aparecen en función de promover caminos retóricos, que persiguen la confusión, arrastrándolo aún más a la incertidumbre agónica. Sólo es posible sobredimensionar la certeza que ofrece el vocabulario del Estado de bienestar y de la utopía que ofrece el más agudo optimismo.

Para algunos líderes políticos que se opusieron a la negociación realizada por el Gobierno Santos y la Guerrilla de las FARC—EP, el proceso de restablecimiento de derechos en el municipio de Riosucio se hacía irritable, al contemplar este escenario como

*Entiéndase por recuperado aquel niño, niña, adolescente o joven que se ha sido rescatado en medio de combates u operaciones militares en medio del conflicto armado; las entregas voluntarias por parte de los sujetos mencionados, son otra característica de desvinculación; de allí que se adopte la palabra recibir.

una compensación a los daños ocasionados por el delincuente. Como testimonio de lo afirmado, la experiencia vivida en uno de los recintos de la democracia local—el Concejo municipal de Riosucio Caldas—permite ubicar algunos elementos señalados que en principio suelen estar en abstracto, pero una vez expuestos, pueden identificarse con mayor claridad.

Sucedió durante los años 2014 al 2017; un escenario de conflictos políticos era la atmósfera del proceso de atención a niños, niñas, adolescentes y jóvenes desvinculados del conflicto armado. Muchas ideas convulsionaban e irritaban a las personas más conservadoras de los partidos. El Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá (CCII), era desprestigiado por cada una de las personas enemigas de las modalidades de atención para los sujetos insurgentes. Una expresión real de lo que significa una sociedad punitiva—; aún persiste en la memoria del cuerpo del investigador. El hecho de haber promovido un escenario para el encuentro con niños y jóvenes “ex/combatientes” categorizados como “desvinculados”—con base a las premisas institucionales que se van actualizando a través del tiempo y calzan con la semántica jurídica—fue citado el responsable de esta propuesta de atención, a compartir las implicaciones y los riesgos que traía consigo el desarrollo de acciones para adolescentes y jóvenes guerrilleros. ¡Fueron varias las citaciones por este órgano rector!

La intención inicial—supuestamente—de este colegiado, era conocer la experiencia en relación al proceso de atención y todo lo que allí se derivaba como registro del interior de la institución, los ritmos de actuación e intervención profesional, el talento humano que conformaba la arquitectura burocrática para desarrollar el cometido estatal en tiempos de conflicto armado. Eran espacios de información que no advertían retroalimentación. Todo esto se hizo para contrarrestar la expansión de la confusión propagada por el miedo a permanecer cerca de los guerrilleros incubados para la resistencia.

En la primera actuación fue compartida la información solicitada, pese a las conjeturas que se venían dando en la clandestinidad. Se tuvo la sensación de haber aclarado las dudas; una vez realizada esta socialización se ofreció un reconocimiento—de dientes para afuera—a la experiencia obtenida en cuanto a la cercanía que se iba

teniendo para con este tipo de población. ¡La hostilidad para con el excombatiente continuaba su curso! Era necesario el encuentro para ir apagando los incendios provocados por la desinformación, la especulación y tantas otras cosas más, que alteraban la coherencia entre las intenciones y los resultados. Los intereses estaban orientados hacia lo que depara la incertidumbre de compartir un espacio con una población aquejada por la violencia e hipotéticamente dañada por los efectos del conflicto armado. Para el ciudadano de a pie y líderes políticos que moldean formas de percibir de acuerdo al lugar que tienen dentro de la sociedad, las violencias no son estructurales ni coyunturales. Ellos no logran desglosar su contenido—ese es el papel de la academia—; siguen insistiendo en violencias provocadas por la rebeldía y no por la exigencia de cuidado, atención y garantía de la igualdad, oportunidades, y justicia. Su lectura del contexto de la guerra es reducida e injustificada.

Mucho menos comprenden la distribución desigual de los riesgos a los que se enfrentan los adolescentes y jóvenes vinculados a la guerra. Se hacen protagonistas de la violación a su dignidad. La presencia de guerrilleros en la zona que hacen sensible el tema relacionado con la reintegración y reincorporación a la vida civil de los excombatientes, activó de forma obcecada la preocupación por los resultados de las tensiones provocadas por la voluntad sincera del sujeto guerrero por el cambio y la resistencia a domesticarse de acuerdo a los preceptos jurídicos impuestos por el Estado. Además de prevenida la población con base a los prejuicios* instalados desde la hegemonía política, se legitimó el ruido de la hostilidad al ex/combatiente a quien no se conoce.

* De acuerdo con Arendt, (1997) en su texto, *¿Qué es la Política?*, se entiende que, “los prejuicios no son idiosincrasias personales, las cuales, si bien nunca pueden probarse, siempre remiten a una experiencia personal en la que tienen evidencia de percepciones sensibles. Los prejuicios no tienen una evidencia tal, tampoco para aquel que les está sometido, ya no son fruto de la experiencia. Por eso, porque no dependen de un vínculo personal, cuantan fácilmente con el asentimiento de los demás, sin que haya que tomarse el esfuerzo de persuadirles. Ahí es donde se diferencia el prejuicio del juicio, con el que por otra parte tiene en común que a través suyo la gente se reconoce y se siente afín, de manera que quien esté preso en los prejuicios siempre puede estar cierto de algún resultado, mientras que lo idiosincrásico apenas puede imponerse en el espacio público—político y sólo tiene validez en lo privado e íntimo. Consiguientemente el prejuicio representa un gran papel en lo puramente social: no hay propiamente ninguna forma de sociedad que no se base más o menos en los prejuicios, mediante los cuales admite a unos determinados tipos humanos y

Lo que llamaba más la atención de todo esto, era que esa casa (CCIII), nunca tuvo barreras físicas. ¡El cerco era simbólico! Una demarcación de espacios necesaria para proveer de certeza a todos aquellos que cohabitaban en la comunidad Alto Medina del municipio de Riosucio Caldas. Cinco hectáreas de tierra, tres bloques—como infraestructura física—donde se habilitaron cuartos dispuestos para ellos con baños colectivos; un comedor amplio donde todos compartían las diferentes comidas; un pretexto para organizar los tiempos de ingesta y los ritmos de vida contenida en el alimento como expresión de las vivencias; horarios habilitados para impulsar un marco de convivencia de acuerdo al valor comunitario y no social.

Algunos líderes políticos aparecieron con lenguajes despectivos, tratando de señalar que las prácticas bélicas aún continuaban como repertorio del nido de guerrilla que allí se venía afincando. La observación sobre la espontaneidad del guerrero para comunicar desde el cuerpo lo que la palabra no alcanzada, era interpretada peyorativamente marcada como permisividad. Los administradores del servicio fueron rotulados por dichas prácticas. Servía para ratificar el miedo anticipado como resonancia de otros escenarios del país en plenos enfrentamientos. Pese a la información que se había entregado—necesaria para aplacar los ánimos y evitar la sugestión provocada por la tergiversación del proceso llevado a cabo por la institución—fueron creciendo las reacciones de otro tipo. La aceptación quedó puesta en duda y la hospitalidad que necesita el guerrero fue aplazada. Parece claro que el camino del guerrero era la incertidumbre y no la certeza. No se podía despojar al joven de la fuerza guerrera, para que pudiera defenderse ante los agravios de una población “civilizada”. Su dependencia al Estado comenzaba a sentirse en la emocionalidad del excombatiente. Lo represivo era la apuesta vulgar de los caudillos partidistas que han pretendido distorsionar con sus costumbres, validar una forma de hacer política*.

excluye a otros” (p. 53) Pues bien, los excluidos y rechazados fueron los ex/combatientes jóvenes, que no han dejado de ser guerreros.

*Es una lástima en lo que se ha convertido la política, cuando ella misma se ha consagrado como el escenario donde comparece el ex/combatiente, como guerrero que ha dejado las armas y a

Pero hay más; no contentos con la primera presentación, se citó por segunda vez—al director de la organización CCIII—para repetir lo socializado en el primer encuentro. En la petición inicial, se daba la necesidad de desglosar lo que allí aparecía, como un proceso de atención exótico, diferente pero también caótico, en disonancia con las expectativas de un escenario sin violencia. En esta ocasión se quiso abordar situaciones de la localidad, la cual no era ajena a la historia de un país con trazos de narcotráfico, microtráfico y otros tipos de delincuencia. Se hizo visible esta realidad para descentrar la crítica que hacía responsable al proceso de restablecimiento de derechos por el recrudescimiento de las condiciones señaladas anteriormente. ¡Se quería endilgar el incremento de robos, atracos, extorsiones, microtráfico, a los jóvenes guerreros! No se podía desconocer que cada uno de los escenarios descritos podrían ser una amaneza para el reconfiguración de las fuerzas tanáticas del guerrero, donde la delincuencia jugaba a coincidir con la mentalidad de resistencia y así favorecer la reproducción del mundo de la criminalidad, donde se ofreciera como carne de cañón al desvinculado de la guerra. ¡Era lo esperado por los opositores para declarar el fracaso de las medidas de reconciliación y perdón! Atrapar estas subjetividades, que ya venían siendo domesticadas no era difícil para los grupos delincuenciales. ¡Peligraba la reintegración! Estos contextos bandálicos en los cuales podía caer el excombatiente, tenían historia de larga data, inclusive superaban sus edades y sus tiempos. ¡No era producto de su presencia en la región! Ese tipo de situaciones no tenían por qué ser un resultado de la comparecencia del ex/combatientes.

querido atribuirse el derecho a la palabra, necesaria en la democracia; al respecto Hannah Arendt, (1997) nos dice que: “La política se basa en el hecho de la pluralidad de los hombres. [...] La política trata del estar juntos y los unos con los otros de los diversos. Los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de las diferencias. [...] La política nace en el Entre los hombres, por lo tanto completamente fuera del hombre. (p. 45) De ahí que no haya ninguna substancia propiamente política. La política surge en el entre y se establece como relación. Así lo entendió Hobbes.” Tal parece que dicha pluralidad no contempla al ex/combatiente; su pasado de guerra le suele representar la permanencia del prejuicio y la extensión del pretexto de algunos sobre los que se erige su discurso xenófobo y punitivo, que no supera la trampa de la guerra desde otros espacios, diferente a la trinchera. No se tienen en cuenta como sujetos políticos de organización social, su pasado es imprescriptible y por eso el retorno al combate se presenta como el futuro.

En este nuevo encuentro con el Concejo Municipal se dieron a conocer nuevos cuestionamientos, en torno a las presuntas incursiones al mundo del microtráfico y el consumo de sustancias psicoactivas por parte de los desvinculados del conflicto armado. Sus nombres estaban en un segundo plano como muestra del desprecio que se tenía por ellos. Los adjetivos y los adverbios con los cuales se les calificaba, se multiplicaban hasta distorsionar su condición para con la sociedad. Las categorías impuestas sobre sus vidas, terminó por cosificarlos. llamaba la atención que ninguno de ellos pudiera reconocer los nombres y que solamente se entendieran con la conceptualización abstracta de sus existencias. Las individualidades—desde la perspectiva de los concejales—quedaron atrapadas en las nociones ya indicadas. Eran más fáciles de interpelar que a los seres que encarnan dichos epítetos. Superan sus propias demandas de aclaración.

Un tercer encuentro fue provocado por los concejales. Satisfacer la sed de juicio encarnada en algunos líderes políticos era el objeto de su nueva invitación. No contentos con las explicaciones dadas en anteriores espacios de socialización, trascendieron las barreras del recinto del Concejo Municipal para visitar el micro—mundo del restablecimiento de derechos. allí se les compartió nuevamente la experiencia. Las preguntas no se hicieron esperar, esta vez se centraron, además de los cuestionamientos anteriores, en los intentos de suicidio e ideas suicidas que tenían los desvinculados del conflicto armado; según ellos ¡alarmantes para la tranquilidad del municipio! Se pedía explicaciones de un sinnúmero de cosas que a la postre no era justo revelarlas. ¡Eran parte de la intimidad del guerrero*! El conocimiento que se iba produciendo a partir del espacio compartido con el excombatiente dentro del mundo institucional, no sobresalía a la hora de

* La situación de intentos suicidas y de ideas suicidas, merecen desplegarse en próximas oportunidades, dada la complejidad descriptiva, que alteraría el horizonte de este trabajo; no quiere decir que se pase por alto dichos acontecimientos, pero no reúnen la pertinencia necesaria para detenernos en ellos. Es un capítulo de la vida con los niños y jóvenes ex/combatientes, que merece la descripción y el despliegue vivencial en correspondencia con las biografías noveladas.

interpelar lineamientos, dado que los funcionarios no advertían ninguna pregunta ante los mandatos estatales.

Los rostros de aquellos actores—excombatientes—que impulsaban una disputa por darse a conocer, ofrecían una imagen de angustia, incertidumbre, tristeza intensa. El conocimiento que se tenía sobre su ser era realmente precario, lejano, distante de lo que objetivamente quería hacerse parecer. Han sido objeto de producción de múltiples adjetivos que altera la verdad sobre su condición y situación. Lo que más cercano se tenía para develar cada percepción eran los datos fríos, calculados sobre desvinculación, lo cual no generaba las respuestas suficientes sobre la intimidad del guerrero, pese al cumplimiento de la ley. Una de los incidentes que pueden explicar la manera de irrumpir en el interior del proceso de atención al desvinculado, con el ánimo de desprestigiar las acciones de acompañamiento, lo protagonizó una de las concejales del municipio de Riosucio. Fue ella, quien a través de cifras y diagnósticos clínicos—suministrados por el hospital San Juan de Dios de Riosucio Caldas de forma clandestina, violando el derecho a la privacidad—, desprovistos del respeto que merece cualquier ciudadano, quiso atacar la medida de restablecimiento de derechos, usando las información obtenida para camuflar su rechazo y su xenofobia ante el combatiente. Su ego político, el estigma del guerrillero y la orientación política sujeta al modelo de seguridad democrática, funcionaba como mezcla tóxica que le daba fuerza para oponerse a la presencia de los excombatientes en la zona. En ese marco se daba una especie de teatralización y espectacularización de las expectativas punitivas a costa de la corrosión del carácter del guerrero.

La situación manifestaba, demandaba un ejercicio para diezmar lo recalcitrante de los juicios. Pedazos de papel fueron entregados a cada uno de los presentes en este recinto. Allí iban escritos los nombres y apellidos de los desvinculados, usuarios del proceso de restablecimiento de derechos. Una vez lo tuvieron en sus manos, se les pidió que leyeran lo que aparecía anotado en cada hoja. ¡Que dieran a conocer de qué se trataba!; era necesario que socializaran datos claves de la persona que nombraran en el momento de leer en voz alta el sujeto en mención. Reconocer sus procedencias, su historia, sus frustraciones, sus gustos, sus intereses, sus realidades, se convertía en el reto planteado para entender el tipo

de relato que se fijaba en el vocabulario del Concejal. Como era de esperar, el mutismo se apoderó del recinto. Una pregunta adicional e incisiva. ¿Cómo describían las personas a quién correspondía el nombre que aparecía en el papel? Pues bien, nadie pudo hablar de ellos porque no los conocían. Nunca se habían ocupado de sus vidas; sólo de aquello que les genera réditos para su repertorio partidista, que ni alcanza a ser político*. Esa impotencia que les dio por no contar con la respuesta—de no lograr resolver asuntos de la vida y de un proceso que no se agota en lo jurídico—los llevó a refugiarse en asuntos que los capitaliza, pero a la vez los degrada como seres humanos cuando dicen ser protos de la justicia.

Dicho de otro modo, los Concejales nunca permanecieron junto a los jóvenes excombatientes, lo que los dejaba sin piso para sus discursos xonófobos. Jamás fueron mirados ni reconocidos a la luz de la alteridad. Sus rostros reflejaban la vida de muchos, que no logran más que revelarse en sus pupilas. Tampoco les brindaron un horizonte que no fuera la hostilidad, lo qué podría hacerse caldo de cultivo para su retorno al grupo, que sí les era hospitalario, en contraposición a una sociedad que presume de ser civilizada, pero resistente a los desafíos de que trae consigo lo político y la política. Parece que esta sociedad albergara odio transmitido a través de máscaras acústicas.

* Chantal Mouffe, (1999) lo afirma con firmeza. Lo político se instala en la versión del antagonismo y el agonismo: “lo que caracteriza a la democracia pluralista en tanto forma específica del orden político es la instauración de una distinción entre las categorías de <<enemigo>> y de <<adversario>>. Eso significa que en el interior del <<nosotros>> que constituye la comunidad política, no se verá en el oponente un enemigo a abatir, sino un adversario de legítima existencia y al que se debe tolerar. Se combatirán con rigor sus ideas, pero jamás se cuestionará su derecho a defenderlas. [...] Una vez que hemos distinguido de esta manera entre antagonismo (relación con el enemigo) y agonismo (relación con el adversario), podemos comprender por qué el enfrentamiento agonal, lejos de representar un peligro para la democracia, es en realidad su condición misma de existencia” (p. 16) Lo ocurrido aquí es la manía de quedar atrapados, por decisión consciente en la figura antagónica que representa un excombatiente, que no tiene palabra, pero tampoco tiene derecho a defenderla, porque pesa más su pasado de lucha armada, que su intención de participar políticamente en la vida de la ciudad.

Se trata desde luego, de hacer visible aquellas frases que se van instalando desde el desconocimiento que se tiene del excombatiente. El joven vinculado al grupo y no a la guerra, a la familia de la insurgencia y no a las fuerzas armadas que mantienen el orden y conservan las posiciones indiferentes a la desigualdad y a las violencias de un poder hegemónico, son algunos matices que no se ofrecen simplemente desde una lectura superficial de cuerpos y tipificaciones. Se dispone de un principio de bienestar que se asfixia con el tiempo. El combatiente niega este propósito con su realidad de miseria; nunca hubo ni siquiera una contemplación de sus propias vidas; biografía que no fueron consideradas para ser comprendidas. El Estado insiste en los beneficios que otorga a los reinsertados. Para hacer ver y creer en sus intereses, se apoya en ese vicio hereditario que se fortalece a través de la información mediática: los datos estadísticos. La estrechez de tiempo provee de superficialidad a las lecturas que hace sobre las condiciones de transitividad de la guerra a la paz, olvida la profundidad de los actos del guerrero—o los desprecia por asumirlos como amenaza a su proyecto de sometimiento—y la observación sobre la precariedad de las vidas de los combatientes, que tal vez explota para erigir su narrativa del enemigo interno.

Escenarios como el político y el jurídico en el cual están atrapadas también las instituciones desde un orden que desconoce la pluralidad, contribuyen a una democracia menoscabada y cada vez más carcomida por los impulsos egotistas de sus líderes políticos. Lo acontecido fue la demostración de la debilidad de un aparato estatal, para reconocer sus propias limitaciones en torno a las implicaciones de la asistencia en el restablecimiento de derechos. Trascender el espacio concebido desde lo institucional era un imperativo para lograr incorporar un modo de ser dentro de un contexto de interacción permanente y colectiva, saludable para quien viene de la guerra. Una sociedad imaginada en procesos de reinserción y reincorporación a la vida civil, debería estar orientada hacia la superación de las costumbres violentas y no reproducirlas a través de otros diseños más sofisticados e invisibles en violencias incruentas. El desprecio de un ser que pertenece a unas vidas periféricas, de las cuales el Estado no se ocupaba, seguía siendo objeto de hostilidad.

El estar—ahí con los jóvenes le permitía al investigador* hablar de ellos, estar junto a ellos y convertirse en el testimonio de sus voces ocultas. Esto ratifica la validez de las dos claves esenciales que presenta Heidegger (2009) en ese mundo de “Ser y Tiempo. Muchas más historias podrían engrosar la lista de evidencias vivenciales que parten de una narración propia, para dar cuenta de los simulacros de la reintegración y la reincorporación en la cual ha vivido en medio de un proceso de restablecimiento de derechos. No hay que dejarse atrapar de las imágenes acústicas sobre las cuales se inscriben los datos que presentan la suma de reincorporados y desvinculados. Resultan ser un canto de sirenas, para quien piensa en el éxito de un proceso de paz, cuando lo que están es dilatando, exponiendo y conservando, un engranaje de clases sociales sin variación alguna en posiciones y posesiones. Se puede inferir que allí está lo paradójico de la lucha armada, que no llegó a derribar lo que se proponía como sinónimo de transformación y cambio: “se mantuvo el orden”. ¡Justo o injusto pero permanece el orden! Aumentó la colección de experiencias de desigualdad, discriminación y abandono, con un capitalismo depredador y un neoliberalismo que sigue empeñado en demostrar sus lógicas a través de los éxitos individuales. Modelos de aprendizaje que devoran la capacidad de pensar, al mismo tiempo que fabrican discursos—el uso de un patrimonio lexical—con lo cual se busca garantizar su réplica. La verdad es que todo inspira el sometimiento de los excombatientes a los piñones de la producción capitalista y con ello, el ocaso de la resistencia.

De aquel suceso político que se daba en el recinto de la Democracia donde todos caben, se construye una historia que tiene como consecuencia el ejercicio de una política marginal, discriminatoria, selectiva, que le hace apología a lo que Mbembe llama con firmeza “Necropolítica”. Desde allí se clasifican, los usuarios del buen vivir para los privilegiados y las desgracias que se le asignan como sin fuera un orden natural a los oprimidos. Muy pocos pueden escapar de esta línea divisoria. El combatiente tenía en su imaginario la capacidad de romperla. Seguir una representación teológica como explicación a las rutas y trayectos de los individuos—sin mencionar las palabras proyecto de vida—en esa utopía que construyen unos—desde una visión mercantilista—sobre otros, ya no les

garantiza conservar atributos de humanidad, como símbolo de respeto a la dignidad. Más bien, son registrados y reconocidos bajo el prisma de la competencia y de la capacidad.

Era imposible para estos actores políticos dar cuenta de quiénes eran los que vestían el traje de guerrillero. La comodidad que les brindaba la especulación—despojada de revestimientos teóricos—les permitía potenciar un intelectualismo que sólo se queda en la profecía salvaguardada en el dato. Las cifras siempre muestran una apariencia de lo que realmente no se conoce. Es una superficie que logra exteriorizar una imagen que muchas veces no coincide con el estado de las cosas. ¡Este es el caso del restablecimiento de derechos que no agota al ser—guerrero—en su disposición al cambio de posición frente a la vida! Ese permanecer junto a ellos, para encontrarse con sus rostros que revelaban en sus miradas el descuido de una “democracia mutilada”, autoriza el cuestionamiento sobre la participación y la vinculación de todos en un proyecto de país.

Tal parece que “*el interés superior del niño*” quedó atrapado en el ritmo y la sonoridad de la retórica jurídica. Ella se despliega en la partitura institucional, además de situarse en el vocabulario de sus agentes automatizados. Ellos son responsables de ponerla en circulación como letanías a la luna; las voces de los desvinculados no han sido escuchadas lo suficiente; más bien son traducidas y enmascaradas desde un enfoque epistemológico jurídico, que suele confiar en sí mismo desde la arrogancia que le caracteriza, cómo lugar expedito que puede dar cuenta de la realidad de otros en clave prescriptiva y nunca descriptiva, pero menos de su realidad individual y colectiva.

La distancia no es el centro de la disputa que contiene percepciones y apropiaciones en disonancia con las circunstancias del guerrero. Es el ser que interpela al sujeto de derechos y pone en evidencia al sujeto político, tan desdeñado por el simple hecho de ser niño o joven combatiente, dotados de una prolija resistencia que no se puede asir fácilmente. El esquema mental que se ha instalado en el funcionario estatal se hizo estrecho para leer otros universos de expresión, que superan la edad cronológica fija, producto de una nostalgia por una infancia perdida proyectada en el guerrero.

El mundo del ex/combatiente no permitió precisar el universo en el cual vive su ser. Vale la pena mencionar que la intimidad también es otro mundo, sobre el cual, el ejercicio de los derechos y su lógica jurídica no pudo penetrar esa zona oscura, pese a la luz que iluminaba un

camino de reintegración. Describir su existenciarío es un reto difícil de cumplir por el desconocimiento de su mundo que se tiene. La región que abarca una multiplicidad de situaciones, nunca pudieron ser desplegadas en sus historias integrales y mucho menos en los relatos que fueron guardados en los formatos del sistema de gestión documental. Su diligenciamiento reclamaba una economía del lenguaje y una capacidad de síntesis que dejaba en sus bordes su experiencia bélica. ¡No había disposición a la escucha!

El miedo a la “revictimización y acción sin daño” operó como plan de contingencia para renunciar a los relatos heroicos que le daba al guerrero un estatus en medio de una sociedad hostil. Deambular en sus historias más profundas con la libertad de un viajero, sólo quedaba en la ilusión del transgresor, del rebelde.; esa palabra también llegó a perturbar nuestros propósitos de compañía, sumado también a la palabra tiempo que se convirtieron en variables difíciles de asumir, por la rapidez que ofrece el cálculo y la matematización de la vida. Un paisaje de beneficiarios, usuarios, fundamentado en las tablas de datos, con los cuales también se planean tiempos de intervención y producción en serie, de subjetividades señaladas como cupos y no de vidas.

Se llegó a fundamentar la vida del “ex/combatiente” en un cuadro como quien ocupa un número. Esa distribución sobre la cantidad de ocupantes por cupo servía de referencia para calcular la periodicidad estandarizada del tiempo señalado para intervenir en el desvinculado en el marco del restablecimiento de derechos. Los periodos de atención al desvinculado estaban sujetos esas indicaciones, además de estar preestablecidas desde las lógicas de la medición del tiempo que conjuga costo/beneficio. Desde esa perspectiva se puede entender que al “ex/combatiente” le fue negada la posibilidad de poder entregar su historia en su máxima expresión. El rebelarse ante el otro—que no hacía parte del inventario del agente estatal—no estaba previsto para un sujeto que encarna una disciplina. Su acervo de conocimiento no alcanzaba para comprender el saber guerrero como revoltoso.

No se pudo comprender la ontología del existenciarío del combatiente. Esa mundaneidad de la guerra, hubiese sido explorada con mayor vehemencia para que aparecieran ideas y claves para una paz que no estuviera dominada por los mismos

discursos, mucho menos sometida a sujetos hiperbólicos en materia académica. Más bien, contagiados de plena naturaleza en los actos y en términos de poder encontrar la esencia del “ente combatiente”, provocaría otras maneras para estimular sus capacidades y otras fuerzas ocultas producto de los aprendizajes de la guerra para sobrevivir en medio de un mundo hostil.

Esto quiere decir que lo institucional nunca se pregunta por lo óptico y ontológico del fenómeno de la mundanidad de un “ex/combatiente”. Sus arribos epistemológicos no le alcanzan para estar a la altura de lo que exige conocer el mundo de la guerra, o la región del guerrero. Esa mirada en superficie que le da más tranquilidad y sobre todo, un equilibrio sospechoso, lleva a pensar que toda su estructura argumentativa y sus informes revelan más bien la opinión sobre el “combatiente”, que un conocimiento que le exige otras derivas de mayor profundidad y análisis como demanda de la comprensión. Esos veredictos descubiertos a partir de la compañía y la cercanía, con el ánimo de poder compartir el significado de su propio mundo, son utilizados como objetos de crítica jurídica en el afán punitivo que soporta la llamada justicia. Se sitúan en el escrutinio público desde dicotomías morales para ser rotulado desde la irreverencia per se.

Esa renuncia al combatiente, que no reclama sino el abrigo de un corpus jurídico que se contempla como el verdadero reconocimiento a la dignidad humana, en el ejercicio de los derechos, ofrece más comodidad. Allí termina deduciéndose lo que parece ser y no es. Esa una invitación a la práctica de las economías lingüísticas, que despojan la experiencia y su riqueza, en procura de fomentar el proyecto de regulación y control sobre los que se establecen los patrones de calidad de vida. El ser avasallados con la descripción de un mundo que urge de ser narrado, supera las barreras punitivas en las cuales parece claudicar el guerrero.

Podría decirse que esa imposibilidad de llegar a sus existenciales—atravesados por una pretensión de dominio analítico en relación con el “yo” del sujeto de derechos—cada vez más distante como vitrinización del restablecimiento, es la una declaración de impotencia. Ella iba fraguándose de manera subrepticia en los discursos poseídos de certeza, cuando no soportaba la incertidumbre de reconocer con quién se relacionaba la institución.

Fue posible la indeterminación del “ex/combatiente” quien no cuenta con experiencia, mucho menos con existenciaris que generara la sensación de confianza por parte de institución, en cuanto al dominio absoluto de este ideal. Lograr apropiarse en su totalidad del ser del combatiente para ratificar su tránsito al “ex”, contemplaba una reserva vital de la guerra, sobre la cual no se tenía posesión, dado el desborde que ofrece su intimidad a lo jurídico. “La aclaración de estar—en—el—mundo que no “hay” inmediatamente ni jamás está dado un mero sujeto sin mundo” (Heidegger, 2009, p. 136) Pero el afán por institucionalizar su cuerpo, atrapar su existencia como modelo de proyecto psicologizado, a partir de un arsenal de presupuestos clínicos, olvidaron que el “ser combatiente” no le podían aniquilar en su totalidad. Este sujeto de derechos, no es más que la contemplación de su antagónico, el sujeto político emancipado. Sólo era compartido a quienes la confianza le resultaba parte del inventario de posibilidades para ser y no deber ser.

Transplantar al “ex/combatiente” del mundo de la guerra al mundo del restablecimiento de derechos, intencionaba una de las maneras de provocar el debilitamiento de la fuerza emancipatoria. Lo que se presentaba en aquel entonces era precisamente lo que la trama neoliberal, quería hacer con el existencial consumista y anestesiante para con el guerrero ahogado en la desesperación. ¡La salvación a su miseria! Se fabricaba el suicidio del combatiente, para darle fuerza y poder a un “ex”, que se resistía a colocarse un traje que no era el suyo y en el cual se estrechaban todas sus ideas y se marchitaban todos sus sueños.

Asimismo, ese sueño fue poco a poco moldeado hasta ser embebido por las categorías impuestas por el modelo de proyecto de vida inscrito en el discurso institucional. Se fueron desvaneciendo las motivos de la lucha hasta desaparecer de su vocabulario. De ahí que se persiguiera de manera obsesionada y con la osadía que solamente puede producir el miedo y la ansiedad situada en un lugar esquizofrénico, la ocupación de posibles vacíos que alimentarán el seguir pensando en su propio mundo. Sin embargo, los guerreros preocupaban a los agentes supervisores de un sistema. Se convirtieron en objeto de análisis forense, donde la observación permanente contenía en la retina la sospecha. Cualquier

acicate de desobediencia sin controlar, era visto en los operadores del servicio estatal, como una falta de planeación para la contención de su fuerza con miras a la domesticación.

La debilidad en las metodologías de abordaje, la falta de planes de contingencia y de preparación para lo intempestivo, eran señaladas como asuntos relacionados con la inmadurez institucional en el operador. Nunca se comprendió que la cotidianidad del excombatiente siempre desbordaría cualquier diseño para gobernar sus movimientos. Reciclar al desvinculado en un escenario que le brindará la riqueza de la ocupación, al servicio del “Leviatán”, era el objetivo principal del proceso de restablecer, pero a la vez de asegurar y comprometerse con el cambio. A un lado, cualquier nostalgia que le permitiera un estado de conciencia acerca de la desigualdad que continuaba en su mundo, era motivo de intervención para narcotizar su reflexión. No era permitido el aburrimiento y los espacios de libre albedrío. Levantaban sospecha para el gran hermano, ya que podían convertirse en pretextos para que lo insurgente, hiciera su aparición en un cosmos, donde ponían en juego lo aprendido desde la marginalidad, la precariedad y la miseria.

El Estado se convierte en un proveedor en perspectiva de inversión para producir una subjetividad enteramente dominada. La utilidad que le genera la obediencia y la réplica de sus guiones preestablecidos, suelen ser el foco de su atención. Es una configuración del dominio de su propio poder. Esa es la oración de un derrotero cimentado en la reintegración civil, que no es más que la textura de la expectativa del destinatario capitalista. La resistencia que interpela su orden es vigilada para agotarla y extirparla. La manera de agenciar las vidas del combatiente no concuerda con el sueño del guerrero, que ya se dispone a recorrer el laberinto del excombatiente.

De lo que no se ha podido percatar la institucionalidad es que, cuando se nombra al “ex/combatiente”, su noción remite de forma inmediata a los guerreros que se hicieron guerrilleros, capaces de instalar en la lucha, la inconformidad de muchos que no son simplemente destinatarios. Parecía que Heidegger (2009) hubiese leído esto con anticipación “que el mundo del Dasein—del guerrero—deja, pues, en libertad un tipo de ente que no sólo es enteramente diferente de lo útil y de las cosas, sino que por su modo de ser de Dasein, y en la forma de estar—en—el—mundo está él mismo <<en>> el mundo en el que al mismo

tiempo comparece intramundaneamente. Este ente ni está ahí, ni es *un ente a la mano, sino que es tal como el mismo Dasein que lo deja en libertad*” (p. 138). El ente del guerrero, un cuerpo que ocupa una espacialidad, que se asume como cosa destinada a ser dominada, a través de un proceso de atención que se hace intervención en su fuerza, pero no en su ser, logra estar ahí, en el mundo de la guerra. No se alcanza a ajustar a las demandas institucionales, porque ellas no pueden entrar en su intimidad y gobernarla*.

Ese mundo del guerrero tiene otros que hacen parte de su mundo y que con la manía del discurso estatalizado, se pretende seguir la ruta de lo que plantea la noción “desvinculado”. Desdeñado claro está, por el desconocimiento que se tiene del Dasein del guerrero, el cual está en los otros de quienes según Heidegger (2009) “*uno mismo generalmente no se distingue entre los cuales también se está*” (p. 138). Esto podía notarse cuando llegaban noticias de la muerte de un comandante, de un amigo, de una pérdida que sufría el grupo, lo cual los ponía en estado de alerta asumiendo culpas, miedos, tristezas, que muchas veces fueron ocultas, por temor a seguir siendo señalados por su pertenencia y vinculación al grupo.

La emocionalidad terminaba siendo un indicador para reconocer que su mundo estaba conectado con el combate, con la lucha armada y con la necesidad de destacar una privación, que muchos querían hacer ver como la patologización de la guerra. Hablar con ellos, los del grupo, era sinónimo de traición a la institucionalidad. ¿Acaso la manifestación del llorar por aquellas vidas que, desde el establecimiento no son objeto de dolor o marketing, permitían encontrar la realidad de los otros en el mundo del combatiente en horizonte desvinculación y reintegración? “Este también existir con ellos no tiene el carácter ontológico de <<co>>--estar—ahí dentro de un mundo. El <<co>> tiene el modo

* Para entender este asunto de las reservas vitales que hacen parte de la intimidad y que custodian el ser ante las demandas del deber ser, está incorporadas en Julia y Winston, personajes de la novela de George Orwell (2014). Violaron las normas del partido que constreñía sus cuerpos, a través de la prohibición de relaciones sexuales sólo autorizadas para reproducirse para beneficio del partido. El deseo no fue posible reglamentarlo, mucho menos controlado.

de ser del Dasein; (Heidegger, 2009, p. 138). Ellos, otros de su mundo siguen estando con el sujeto derechos, que a la postre sigue vinculado a un lugar que trasciende la espacialidad compartida, con muchos cuerpos extraños que se dieron en procura de ser desvinculados de la lucha.

“el <<también>> se refiere a la igualdad del ser, como un estar—en—el—mundo ocupándose circunspectivamente de él. <<Con>> y <<también>> deben ser entendidos existencialmente y no categorialmente.” (Heidegger, 2009, p. 139) De allí surge la necesidad de continuar interpelando la categoría “desvinculado”, entendida desde lo abstracto del concepto, con pretensión fallida de hacerse a la vida del guerrero. Se quiere mostrar una realidad lejos de la perspectiva de mundanidad que nos ofrece tan bellamente Heidegger. Pese a ello, la institucionalidad continúa obcecada en revelar esta categoría como el símbolo sobre el cual se atrapa el debilitamiento de la insurgencia. Ya expone sus serias limitaciones nominales y vivenciales sólo con nombrar “desvinculado”. Esta palabra ya tiene un vacío existencial, como lo tiene el “ex/combatiente” porque simplemente no son.

La institucionalidad sigue elucubrando desde la perceptibilidad que le ofrecen sus figuras retóricas sobre los jóvenes guerreros, pero no desde ellos; y es así como sus perspectivas de vida, diferente a los proyectos que se imponen como porvenir, distan de la configuración de sus elementos centrales existenciales. El desconocimiento de un devenir guerrero es un común denominador y activa la reproducción del cortapisa al estar alimentando el fracaso de sus intervenciones. Algunos guerreos engañan el sistema al parecer que se domestican, mientras que siguen nutriendo la resistencia que se camufla en la obediencia del excombatiente.

Ellas mismas disfrutan, se deleitan, se embriagan y se convencen de sus fórmulas especulativas, porque su comparecencia entre categorías resulta siendo más cómoda, pero a la vez abstracta sumada a la lejanía de lo real del mundo del guerrero. Prueba de ello está en que el guerrero, nunca se nombra a sí mismo como “ex/combatiente”, haciendo alarde de su pronombre personal, en esa firmeza necesaria del yo. No declara pertenencia alguna con el espacio que se le ha asignado como sujeto de restablecimiento; ofrece su propia

incertidumbre en contraste con la certeza del progreso instalado en el pretexto de proyecto de vida, que no es más que el simulacro de un tiempo sin percatarse de ser, un no tiempo.

El tú (ahí), se desvanece como le ocurre en la confusión misma que ofrece la asistencial la cual deja establecida la dependencia de forma soterrada. Es un ejercicio de degradación sutil de la autonomía. Es llevado lentamente como producto de negación de un sujeto soberano en su historia guerrera. Ella misma supera las barreras cronológicas entre infancia y adultez, separadas por la franja etaria de la minoría de edad (dieciocho años) sobre las cuales se ha erigido su discurso. Esa gramática del “ser” combatiente se confunde a la hora de nombrarse como “ex/combatiente/”, dada la pertenencia al juego de palabras que se organizan como arreglos lexicales, seductores, pero con un fuerte vaciamiento de sentido, en relación a la ocupación del “ser”, en esa debacle sintáctica que se propone desde su exterior.

De acuerdo con esa gramática que comparte Heidegger, los adverbios son determinaciones de lugar; el punto de todo esto es el “no lugar” del “ex/combatiente”. Su configuración etérea no tiene registros vivenciales, los cuales se hacen disonantes con el acervo de experiencia del combatiente. Pese a su prótesis existencial, en armonía con la planteada como categoría, no detiene sus esfuerzos como mandatos definidos desde la lógica jurídica, que cosifica con una facilidad convertida en papel sellado.

Tal parece que con sólo la referencia espacial situada desde la estatalización de los discursos, se quisiera señalar como única verdad la interpretación del lugar, al proceso de restablecimiento de derechos, que tiene más de locura gráfica, que de caligrafía emparentada con los silencios que también tienen un ruido, ante la sordera de piedra de la institucionalidad. El guerrero habla en dirección a la mirada del Ángel, mientras que el “ex/combatiente” observa la lejanía de un estar sin mundo. Otros se ocupan de su fabricación y de algo que él no alcanza a ver, ni mucho menos a intuir, porque no tiene referente alguno de aprendizaje sobre lo incierto. ¡No tiene experiencia!

Esto surge como una posibilidad del estar atrapado en un mundo distinto al que se propone la instrumentalización de la vida del guerrero, que no está solo, como si lo está el “ex/combatiente” en ese modo de estar. Él viene siendo escindido como sujeto de derechos, en tensión con el sujeto político y el hombre rebelde que lucha por lo justo para superar lo

injusto. Exótico además en las luchas de hoy, en contraposición a las disputas de poder jurídico, que se encarnan en la demostración del mejor amo o el mejor esclavo de la ley. “también el estar solo del Dasein es un coestar en el mundo. Tan sólo en y para un coestar puede faltar el otro. el estar solo es un modo deficiente delco estar, su posibilidad es la prueba de este”. (Heidegger, 2009, p. 140). Desde allí se puede entender que los cuerpos materialmente visibles, compartiendo un espacio, no eran leídos a profundidad porque la fachada del rebaño, le generaba la tranquilidad Estado, como efecto de sus prácticas materializadas en la recuperación de una infancia perdida en la guerra.

El juntar los jóvenes guerreros en un espacio para asumir su nuevo mundo—el ofrecido por el restablecimiento de derechos—los sumerge en una categoría emergente que no tendría reconocimiento de un pasado guerrero. Al negarlo tampoco podría darse el después de. Lo que hacía pensar en su fragilidad fáctica, además de los riesgos que corría su réplica semántica.

Como resultado de esa lectura en medio de un proceso reflexivo, aparecía la pregunta una y otra vez: ¿realmente son desvinculados? ese coestar y su facticidad albergaba dimensiones impensadas, pero ligeramente interpretadas a partir del estar juntos, como una manada que se controla y se inmoviliza luego de la supuesta desmovilización. Ese mismo escenario dejaba en la zona oscura de su presencia, la sensación de una coexistencia con el mundo de la guerra; al igual que el prefijo “ex”, se revelaba de forma similar el prefijo “des”. Es algo así como quien abandona de forma drástica—resultado de la reflexión sobre el sí mismo del guerrero—su compañero “vinculado” o “combatiente”.

Ese estar entre muchos como metáfora del rebaño, guiados y vigilados desde la retaguardia hasta el horizonte del pastor, mediante un dispositivo de poder jurídico, ofreció la despersonalización del guerrero. Fue un precepto para darle estatus de persona jurídica, como nuevo reintegrado a la comunidad de víctimas. No eran simples jóvenes que se pretendían equipar con miradas deficitarias, con las cuales se ofrecen lamentos por adolecer de oportunidades; más bien, fueron percibidos desde una mirada urbana y burguesa de lo que significa ser joven con las carencias referidas a un ciudadano ilustre. Traslapado el fracaso estatal que comienza a suturar las rupturas provocadas durante décadas, surge la necesidad de compensación por las culpas asumidas en silencio. No quiere dar el brazo a

torcer en torno a una óptica que reconoce en medio de su hipocresía, una resistencia aplazada que le será muy difícil de contener indefinidamente.

Podría decirse que existe una indiferencia ontológica en cuanto a lo que dispone el joven combatiente, manifestada en el desinterés por el “ser” desde las mismas prácticas instrumentalizadas. Una trampa más donde se evidencia los brazos del modelo neoliberal, extendidos en señal de acogida. Mientras subsume su fuerza y le exprime sutilmente el corazón de la resistencia, lo prepara para arrojarlo a un desierto que produce la sensación de desmembramiento, emplazado en una tierra de nadie. Esta tarea es indispensable para lograr que sus rodillas doblen y soliciten el apoyo del Estado, desde unas rutas ya desgastadas por el uso de sus predecesores. Mantener esta cortina de humo, donde la conciencia del ojo es sujeta a través de ardidés jurídicas, condicionan la libre interpelación al sistema. Ha funcionado como tantas cosas más en un país de acallamientos y tóxico en los ruidos mediáticos, que se tienen cómo encuadres al servicio del poder.

Nos pudo entender—de acuerdo a lo que afirma Alfred Schütz—al guerrero. interesaba dominar su realidad sin conocerla. El dominar al desvinculado cautivaba mucho más que conocer el ser del guerrero; de allí que, la apertura a otros mundos no haya sido recíproca en un supuesto coestar (guerrero—agente estatal). Esto generó un derrotero a seguir antes de comprender su camino. Quedaron los datos de un conocimiento precario sobre la superficie de un ente categorizado cómo “des/vinculado— ex/combatiente”. La reserva de sí, que aún contempla su estancia en un escenario extraño a su mundo, fue su coartada para seguir existiendo. No se puede hablar de un coestar de forma satisfactoria, cuando su constitución supera los tiempos y los espacios señalados para su deformación.

SÉPTIMA PARTE

LA HUELLA DEL PREFIJO *EX* EN EL LABERINTO DEL ÁNGELUS

NOVUS

Por analogía con el ángel de la historia, la resistencia al encanto o al hechizo del futuro prometido, se tiñe de actos de desesperanza. Se perpetúa la promesa de una vida mejor; anula y petrifica al excombatiente que ha quedado en condición desnuda, por aquello de no hacerse visible desde su conciencia, en ese mundo que resulta ser el espejismo de todos, pero sin lugar al nosotros. Dar la espalda al futuro se materializa en el escepticismo a la escuela* para configurar el modelo neoliberal del concepto de *inclusión por disgregación*.

Tal vez la mirada hacia atrás del excombatiente está determinada por lo paradójico de la guerra, que guarda nichos de acogida, presenta escenarios de alteridad entre iguales en la miseria y la reticencia a una paz que preserva la desigualdad soterrada. Naturalizar las diferencias entre los hombres permite de forma traslapada, conservar privilegios y privaciones, como derivas de un respeto a esa heterogeneidad malversada y discriminada que se hace muchas veces objeto de manipulación en nombre de la diferencia. Ese soplo huracanado del progreso, revienta las alas prefabricadas de una utopía que logra encarnar visiones judeocristianas de aceptación o permanencia en condiciones de aceptabilidad.

La igualdad sigue nutriéndose de retórica y de arreglos semánticos sofisticados que no responden al fondo de su enunciado. Eso impide su traducción semiótica hacia la potencialización de individualidades enmarcadas dentro del progreso. Hay que mirar lo que necesita el establecimiento, qué trampas del mercado se promueven en cada espacio de relaciones entre producción y consumo.

* Es importante citar a Miche Onfray (2011), con el fin de insistir en lo que la escuela produce. “la escuela ha hecho dejación de su responsabilidad al respecto y se contenta con reproducir el sistema de las élites y con acelerar el movimiento y la fuerza centrífuga. La fuente de beneficios que es la educación nacional envía a los menos adaptados a las zonas marginales, tal como lo hace el urbanismo que sólo obedece a la ley del mercado: en el centro los elegidos, los señores—¿es necesario recordar a Antelme?—, en la periferia los sirvientes, los que irán a engrosar las filas de los réprobos, los pobres, los indigentes, los habitantes de los círculos del infierno” (p. 54)

Se configura de manera disimulada, estrategias y técnicas para ver un combatiente claudicar en la lucha; pretenden dibujar un pasado por medio de “máscaras acústicas”*, que resuenan en clave de porvenir, pero desconociendo el devenir del guerrero.

La guerra detenta la muerte, pero una vez puesta en perspectiva religiosa, concibe a los dioses como espectadores de las ruinas que se necesitan para asegurar la construcción sobre la devastación. Así mismo, el proyecto de vida, un pretexto sin llegar a materializarse como juego de ilusiones y fantasías, atravesado por la promesa, alberga en silencio el estrago que trae el progreso, para quien no tiene la prerrogativa de la fuerza necesaria para enfrentarlo. Es selectivo y custodia la máxima neoliberal: “todos pueden”. Su descarga de responsabilidad individual y no política se hace mucho más sólida.

No obstante, se siguen tejiendo una serie de ideas y un porvenir en torno a las bondades estatales que buscan redimir la democracia en el asesinar, para desarmar al combatiente que no tiene legalidad para sus prácticas de violencia, dado que su monopolio corresponde al patriarca Estado. Son ellos mismos quienes quieren escribir la historia de lo que queda en el excombatiente a partir de programas publicitarios. La oferta de cifras de reintegro y reincorporación es una estrategia estadística con la cual pretenden mitigar la ansiedad de inseguridad de una población sumida en el miedo, articulada al mercado de control de riesgos sobre los que se instituye la relación de la política con la militarización de las vidas.

Elas también son mercantilizadas. Con ello pretenden que el dolor que produce desencarnar la lucha, pueda verse superado por la puesta en escena del proyecto de vida ajustado al capitalismo que aumenta más desigualdad. A cambio se han convertido en víctimas de los sistemas de dominación jurídica, moral, política y económica (Mercado). Ellos regresan al lugar de los oprimidos, los marginados, los de vidas periféricas que suelen estar, si acaso, en el borde de las políticas expuestas al exterminio, porque no harán parte del entramado producción / consumo.

* Ver a Elias Canetti, *La conciencia de las palabras*, (2012)

No es posible creer en el cortejo triunfal del restablecimiento de derechos. Su presupuesto epistémico reduce sus pretensiones a una práctica forense en el ejercicio de los derechos. Abandona la complejidad y la explosión de conflictos sociales que suscitan la desesperación de un sujeto que no se hace visible desde lo que el derecho pretende (voluntad, deseos, etc.). Es tan instrumental como perverso el hecho de apropiarse de una categoría en la cual sitúa al desvinculado hasta succionar su capacidad de pensar. Es permeado por las lógicas gubernamentales, de acuerdo a los compromisos estatales con la infancia y la juventud como concepto. No hay ninguna captación intuitiva o sensible, en torno al orden semántico convertido en retórica, menos con el cuerpo depositario del niño o del joven excombatiente que lo hace débil ante el sistema. ¡Misión cumplida! ¡El guerrero abdica en su lucha y se somete al curso del excombatiente!

Parece caer en el repertorio mediático de la lástima que produce asombro y erige imágenes equivocadas sobre el patriarca y sus tentáculos institucionales. Los agentes estatalizados desprovistos de la historia de la resistencia en el país, no cuentan con tiempo para afinar su percepción en el derrotero de miseria, por donde transitan los sujetos que tienen como acervo de experiencia, la lucha que estructura la guerra.

Tampoco hay empatía con quienes pretenden deslumbrar con sus cifras de niños, niñas, adolescentes recuperados del conflicto armado, a quienes domesticar en sus potencias y fuerzas, para recrear e instalar el mundo de la dominación y la obediencia. Ese orden establecido por otros que no les pasa absolutamente nada del vivir en la guerra, son los encargados de dirigir los destinos de quien se somete al restablecimiento de derechos. En torno a ello, sucede un recambio de la autonomía, cuando se institucionaliza al ser, para no dejarlo ser, pero sí ofrecerle el guion para hacer. Las paredes lo han vuelto frágil de espíritu, le han producido dependencia para resistirse a quedar desamparados. Ya no hay grupo que ampara y su vuelta atrás se hace borrosa, opaca, por los mitos que instala el establecimiento en la subjetividad del guerrero.

Más aún, se suele tildar de re/victimización al contenido normativo que procura brotar como respuesta a la necesidad de mirar hacia atrás y compartir con unos oídos su episteme de la guerra. La instrucción con base al horizonte de transformar, los estímulos

cognitivos y emocionales que le fueron comunicados por aquellos que pretendían materializar, una solidaridad desde las cadenas de la miseria, es la frecuencia de la intervención. Se han encargado de que aquella promesa sobre el paraíso, que se pierde y fundamenta un curso de acción hacia la certeza, quede en la mochila un tiempo que se evapora sin existencia alguna, donde su linealidad calza perfectamente con el ideal que tiene la máquina estatal, además de fijarlo cronométricamente. El reloj y el calendario cuentan sucesivamente un pasado y comparten un futuro que ontológicamente no se puede asir.

Al mismo tiempo, el “ex/combatiente” mira hacia atrás de forma clandestina, sólo con la complicidad que le otorga la luna, las estrellas y el olor a campamento. Se resiste a mirar hacia el futuro como iniciativa propia, de acuerdo a un tiempo del cual todos sacan lo mejor de sus fantasías, pero nadie puede asegurar nada. Y con ello recuerda que “mira hacia atrás para salvar a la tradición de la ocupación por los poderosos, porque las huellas se hacen por los muertos y vencidos de las generaciones anteriores, y no por promesas del futuro” (Echeverría, 2014, p. 53). Su mirada tiene un registro que detalla la caída en combate de muchos de la organización, los que también merecen ser llorados, así como las noticias de quienes quedaron en la lucha y que aún siguen cayendo.

Al lado de ello, se suscita en medio de la intervención la estrategia de protección del duelo. En este escenario no hay garantías que permitan encontrar una cosa distinta al señalamiento por seguir vinculados en espíritu a quienes siguen la ruta de la resistencia. Esos duelos no pueden ser compartidos. El miedo y la desconfianza habitan en el excombatiente y difícilmente son depurados, porque pertenecen a la intimidad del guerrero. La ocupación del agente estatal sobre los traumas de la guerra—su centro de operación—está saturado de una advertencia: “garantía de no repetición”.

Añádase a este que sus lógicas de intervención se ubican en reparar lo que la guerra hizo, pero no lo que el Estado dejó de hacer. Con base en ello, el principal pretexto de la reparación es una vida futura, lejos de las prácticas bélicas que no le son permitidas al guerrero. Son a las grandes potencias a quienes se les permite una guerra justa. No advierten que se hacen modelos para influenciar los caminos a seguir por los combatientes,

que los miran y mimetizan las estrategias para dominar y someter. El restablecimiento de derechos es un ejercicio para condicionar el espíritu del desvinculado a la obediencia.

Aquí vale la pena decir que su propósito refleja e ilumina una nueva subjetividad que se levanta sobre la destrucción de aquella que permanecía en resistencia. Sigue pensando en un pasado que “deja restos, aunque sean muy escondidos y difíciles de percibir. Este sí está presente materialmente en nuestra vida cotidiana. Es decir, para ver algo a su alrededor el ángel de la historia, inevitablemente, tiene que ver hacia atrás” (Echeverría, 2014, p. 54) el futuro que se le ofrece al excombatiente no se hace tangible, pero sí desesperanzador.

En otras palabras, los intereses por los traumas y las formas de reparación, han opacado la intimidad del guerrero. Era necesario hacerla visible. El pensamiento sobre el excombatiente, que también es el devenir del combatiente—además de que procura reeditar su pasado para redimirlo de los matices de la insurgencia—busca insertar forzosamente su espíritu de lucha en un contexto que niegue el eterno retorno del conflicto. Los señalamientos y la hostilidad social no albergan el prefijo *ex*, no lo conciben, a no ser, que permita situarse en una condición que elimine su memoria bélica. Su “ser” continúa desplazado hacia el exterior, una superficie que revela la domesticación para ser aceptado, mientras otros se encargan de potenciar una violencia larvada, atrapada en simulacros, con subterfugios de desprecio y permanencia en la miseria.

Antes de continuar, hay que insistir en que la figura del ex/combatiente. Parece ser una idea estática, estacionada en el pensamiento atornillado sobre un pasado que se resiste al devenir. Una especie de inmovilidad involuntaria como efecto de una des/movilización previa. La contrapartida de un movimiento que pretende ser congelado, en ejercicio del desplazamiento de un cuerpo de un espacio a otro. Su personalidad sigue encarnada en lo bélico llevando consigo su armadura simbólica, como repliegue ante el mundo hostil. La institucionalidad lo desnuda y lo pone al descubierto ante las miradas inquisidoras que conservan supuestos de vencedores, traslapados y encubiertos bajo el espectro de la reconciliación y el perdón.

Lo anterior permite reconocer que el lugar desde donde mira el ex/combatiente hacia atrás como proyecto de sujeto de obediencia, reconfiguran su mirada. El escenario que vive tiende a un bienestar movedizo y frágil. Así también adopta un nuevo vocabulario que

necesita insertarse en su corporeidad acorde a una temporalidad indefinida. De forma subrepticia, opaca su historia hasta eclipsarla en nombre del estatus de palabra y orden que contiene la institucionalidad. Su red semántica para habitar el nuevo espacio de restablecimiento de derechos, confunde y produce limitaciones en el lenguaje; hace de él un ser abatido y abrumado por no encontrar un interlocutor, que permita la comunicación de su sentir en el decir sin elaborar, pero sí en el exponer su realidad.

Claro que esto no lo explica todo. No hay que olvidar que el cuerpo del excombatiente tiene memoria en la piel; allí aparecen los registros vivenciales, una semiótica de la guerra, lo cual permite el reconocimiento de un pasado que soporta su equipaje existencial. Suele soportar sus dudas a través de soliloquios; también le sirven para denunciar en soledad la aventura de su gesta, sin expuesta a la crítica moral ni al juicio. Una ventana heroica que ha heredado de otros como legado de re—existencias que superan la finitud del cuerpo individual y eternizan la presencia del cuerpo colectivo. Pese a estar amenazado con su desaparición bajo el espectro de la desarticulación o el desmembramiento, se refugia en la nostalgia por el grupo.

El ir hacia adelante sólo se da en perspectiva y expectativa, además del desprecio por la experiencia. Un suelo común que se comparte desde una óptica jurídica y normativa. Cada signo en la piel, que luego traduce en las paredes del cuarto, promete una extensión del silencio de su cuerpo con el espacio. Hacerle suyo es la expresión de complicidad en medio de mutismos provocados por la emergencia de la reserva de sí.

Esta reserva es precisamente la intimidad. Suele descargarse en letras talladas en las tablas de madera que soportan los camarotes del próximo en el cuarto. Sus escrituras cortas, contienen y retienen sus más profundos secretos y anhelos, que no son dignos de socialización. Del futuro habla el agente institucional, porque sigue el guion de manera perfecta sin lugar a responsabilidad subjetiva; para eso ha sido preparado, programado, maquinizado y automatizado, además de normalizado de acuerdo a las expectativas del sistema. Su promesa es el avance y no la retención. Su lema es la calidad de vida desde los estándares neoliberales, mientras que el excombatiente tiene un pasado que lo quiere hacer relato hacia la comprensión del oyente. El guerrero la su adhesión de un interlocutor a

través su agudeza ilocucionaria y sentida; ¡vaya distancia! Irreconciliable, inconcebible, pero sí colonizable. El agente se dispone sobre el sujeto combatiente (hoy llamado *ex*) en medio de las emergencias del día, lo que reproduce un mutismo preñado de incertidumbre.

Como es natural, la fuerza del progreso aparece como un leviatán incontrolable por el sujeto de obediencia, desglosado y desarmado, despoblado de inquietud y lleno de pasividad. Sólo le toca sumergirse y no mirar hacia arriba, sin desplazar su mirada al suelo como signo de reverencia y sobrevivencia. El Estado lo engulle momentáneamente, exprime su fuerza opositora y luego lo arroja en decadencia. Queda en el excombatiente un guerrero con expresión raquílica, esquelética en su energía. Así como “el ángel de la historia está orientado hacia atrás, porque es la única orientación posible en términos ontológicos” (Echeverría, 2014, p. 65), el excombatiente direcciona su vida hacia atrás, con base a su acervo de conocimiento, que declara una existencia vívida y no pensada. El futuro que se le propone está inscrito en un decálogo de fe, apelando a sus creencias, pero no a su experiencia. El agente institucional está comprometido con el bosquejo de horizonte atrapado en los cánones neoliberales, patriarcales, coloniales y capitalistas.

Dentro de este contexto, la intención de la intervención estatal está envuelta en un misterio, que no se hace claro para quienes funcionan dentro de su máquina. Los persuade de su objetivo hasta confundirlos. El fruto de sus acciones es provocar que se decline en la transmisión de los contenidos de la resistencia a generaciones venideras con carácter de insumisión. Los pasos del excombatiente no son iniciativa propia, corresponden a una injerencia técnica e institucional, que ha diseñado un argumento que prescribe conductas, porque no le interesa describirlas. Reclama la obediencia del guerrero como el acápite del sujeto constreñido y sostenido en la cuerda jurídica, tal cual se muestra amenazante ante la menor desviación. Como mecanismo de contención, advierte la espada-ley que busca sufragar los brotes de resistencia. Ley construida por mentes estrechas que solidifica las posiciones y privilegios que se han hecho dogmas, apoyadas en conceptos económicos y políticos, como parte de la gramática de la desigualdad.

Es necesario recalcar que el futuro atrapado en la expectativa es la trampa. Es un juego decimonónico tal cual se muestra desde los parámetros del dominante. Ayer fue la salvación del alma y hoy es la gratificación del “yo” como recompensa al sacrificio que

implica someterse al dios/ley. Ese huracán del progreso coopera con sus enunciados; viene anclado en la idea de competencias y le impide al excombatiente volver sus fuerzas para ayudar a conectar el relieve de su resistencia. La consigna de su experiencia en la lucha queda anulada. Es tan fuerte la llamada al progreso, que hace cualquier cosa para impedir la nostalgia, la tristeza, la angustia, el autorreproche. La mirada hacia atrás es asumida como síntoma de patologización de la conducta desde el escrutinio institucional. Al excombatiente le quedan “ellos” en su cuerpo, los siente y los piensa. Una solidaridad desde las cadenas de la miseria, propagada por decisiones políticas y no simplemente por responsabilidad natural individual, como lo quiere hacer ver el sistema.

Como si fuera poco, el excombatiente sigue mirando hacia atrás, “porque sólo del recuerdo de las represiones y humillaciones del pasado se puede sacar una fuerza política que no se deje someter tan fácilmente” (Echeverría, 2014, p. 87). Lo que interesa a la institucionalidad es precisamente evitar a toda costa, nutrir el recuerdo administrando la memoria, de tal forma que pueda canalizar cualquier intencionalidad de revertir el escenario nostálgico de la lucha. Anestesia su dolor de pérdida y así conserva su lugar de sometimiento. Se inventa un arsenal de conceptos que dan cuenta de la dominación de su lenguaje, convirtiendo su realidad en una trama para exaltar la atención del Estado en contraste con el silencio de su tragedia.

Al lado de ello, deja entrever ciertos rasgos de renuncia, de voluntaria abdicación, padeciendo de forma imperceptible una servidumbre. El sujeto político que lo habita no puede salir a flote, además de ser su oponente a lo preestablecido. Es un símbolo de la insurgencia que no se agota en la palabra; sus prácticas, sus deseos y motivaciones lo invocan permanentemente, pero lo mantiene en reserva. Esto escapa a la observación propia de un positivismo en el cual se construyen los paradigmas de la atención desde el restablecimiento de derechos. No hay que olvidar que cuando los códigos institucionales prescriben conductas del buen ciudadano, lo hacen desde lugares de privilegio y de comodidad teórica que se resisten a ver realidades no transformadas, consumadas en la desigualdad que habita toda una cartografía de la miseria. Ese ese lugar que no logran olvidar los jóvenes guerreros; pese a ello, lo institucional no permite otro registro que no sea el que impone, cuando su ejercicio no amerita la oportunidad de la interlocución sino la manifestación de su poder exaltando la relación dominante / dominado.

Existe un faro que asiste la imposición de un gráfico de su vida por reeditar. Mantener el esquema de la resistencia incomoda y desajusta las expectativas normativas sobre las cuales se erige el poder estatal. No hay posibilidades de “capturar el vértigo y la intensidad de los sueños en el espíritu del pasado, para vivir el presente como un mundo despierto” (Echeverría, 2014, p. 95). Su presente es forzado y su finalidad está en la desarticulación del pasado inmediato, ofreciendo desde una temporalidad finita. En el transcurso de los días, el escenario de la recuperación del hombre combatiente queda aplazado; su destrucción se hace inminente a través del olvido. Por ahora importa la construcción de un proyecto de hombre nuevo, cuya meta está en administrar su subjetividad, adormecer su espíritu guerrero y desligar sus cursos de acción instalados en las epopeyas de su propia tragedia.

La promesa de cambio se resalta en medio de conversaciones con sujetos domesticados que logran encarnar disciplinas. Son seres serviles ante la burocratización del sistema que ofrece un esquema ante el cual, no queda más alternativa que seguir atrapados bajo el símbolo de la subordinación. El culto que hay que rendirle tiene como depósito, la negación de cualquier peripecia que permita la cabeza alzada como signo de interpelación. Sus cuerpos deben permanecer recogidos como muestra de asimilación y acogida en un marco de respeto disimulado y simulado.

Es oportuno dejar claro que para ellos—los funcionarios estatales—no existe un cuerpo social delimitado por principios guerreros, instalado en el individuo combatiente que aparece asentado. Dislocar el testimonio de la lucha insurgente y lo que define el horizonte de rebelión, se una tarea obligada como signo de reverencia al poder. Lo que ha nutrido la expectativa de vida para el combatiente en proceso de desvinculación, puede verse reflejado en la siguiente afirmación: “Antes morir de pie que vivir de rodillas. El valor, según los buenos autores, “representa las más de las veces un paso del hecho al derecho, de lo deseado a lo deseable (en general, por intermedio de lo comúnmente deseado)”. El paso al derecho queda manifiesto, según hemos visto en la rebelión. (Camus, 1953, p. 19); ellos pueden replicar el discurso de los derechos, pero no logran comprender sus tensiones para superar la supuesta neutralidad y objetividad de la ley. Los principios de

autonomía, libertad e insurrección no son asuntos de lectura para quien se encuentra estatalizado.

Los hechos y el derecho no son insumos relevantes que les permita reconocer el relieve de sus propias vidas. Son los espejos que se contraponen para revisitar las posiciones que se tienen frente al mundo y frente a los otros. El combatiente y su compañía permite encontrar el reflejo de la aceptación oscura y servil ante un sistema esclavista, dominante y opresor, pero no se le es permitido la transferencia de su fuerza guerrera.

No cabe duda que las disciplinas estatalizadas convertidas en pequeños piñones de la máquina estatal, expuestas a través de sujetos de obediencia, carecen de valor y se les hace difícil comprender el valor de la rebelión. Allí no importa la vigilia del combatiente en transición como insumo del proyecto de hombre nuevo; mucho menos el vértigo que despierta su inquietud, bajo el prisma del control y vigilancia. Oídos sordos ante un exceso de palabra estatalizada; no hay tiempos que permitan el encuentro con sus sueños, sus esperanzas, sus frustraciones. El experimento no se encarga de ello, a pesar de que declara sensaciones de alta confusión, ocultas e invisibles, pero con intención de ser moldeadas, desvanecidas, borradas.

El escenario del restablecimiento de derechos en aras de mantener su propósito mesiánico, con un débil potencial salvador, encubre sus limitaciones y ofrece un pacto de intervención sobre un sujeto aislado, lejos de su geografía de recuerdos, impactando su visión y entorpeciendo la continuidad de sus reclamos desde el cuerpo y no sólo desde la palabra. Pese al dolor que se hace íntimo, pero en medio de un repertorio de sufrimiento, el Estado se encarga de administrarlo desde perspectivas de racionalidad, hacia una instrumentalización de su memoria, con lo cual se expresa de forma sutil la tarea del corte simbiótico de la guerra.

Así mismo, el esquema gráfico de su vida sufre desgastes por medio de nuevos conceptos instalados en el proyecto de hombre nuevo. El objetivo es acabar con su memoria como recambio del porvenir que se convierte en mito sin estar en la conciencia del excombatiente. Con ello se olvida, de acuerdo con Benjamín citado por Echeverría (2014), que...

La verdadera clave de nuestra vida es la memoria. Mientras la vida diaria no es sino una sucesión de relámpagos, la memoria transcurre hacia atrás, como cuando retrasamos las páginas de una novela y regresamos el principio, a ese pueblo en donde el jinete decidió emprender el viaje. Si la vida se nos convierte en un texto cuya lectura transcurre hacia atrás, nos encontraremos a nosotros mismos. Y sólo así—huyendo del presente—llegaremos a entenderlo. (Echeverría, 2014, p. 99)

Mantener el excombatiente en un presente eterno, sobre el cual se construyen los postulados del buen vivir bajo el prisma de la obediencia, termina siendo una técnica gubernamental que salvaguarda el orden. Aquí se da una especie de tutela opresiva encarnada en el defensor de familia, quien no los conoce más que a través de los códigos numéricos; la distancia permite una idea de control y sometimiento a la autoridad legal (jurídica), que vela por contemplar el miedo y la culpa como sentimientos que favorecen el poder como ejercicio.

Otro rasgo que se recoge en torno al proceso de restablecimiento de derechos para un combatiente, que luego asume su condición del *ex* es el tiempo. Es necesario resaltar la temporalidad finita que tiene el período de atención, para anestesiar el relevo generacional de la resistencia. Se pretende opacar la historia, las motivaciones y las topologías de las violencias sufridas y documentadas en sus cuerpos, las cuales lleva en su plexo solar. Lo que acontece en la periferia, lo que se instala como *Colombia profunda*, lo que merece una mirada al tema del hambre situada en sus vísceras, es parte del entorno del combatiente que no se hace centro de intervención. Es más cómodo hablar de restablecimiento de derechos en el individuo. Sus cuerpos son el reflejo de un olvido estatal y que ahora aspiran a remediar con atenciones temporales maquilladas bajo la perspectiva de la desvinculación. Importan más los derechos como registro positivista que la dignidad humana erosionada y oculta por los cánones del poder jurídico puesta en discurso.

Cuando el hombre de tropa llega a la institución, contempla un panorama hablado más no vivido, comentado de forma infinita, sin contar con la finitud del tiempo Kronos en relación a lo que define un restablecer derechos. Parece un despertar que no será permanente en su materialidad, pero sí hace parte de un espejismo ante la sed de justicia social que no

está en lo cognitivo sino en lo sensible. El guerrero se comunica desde un lenguaje que debe aprender a descifrarse, para luego traducirse en condición de libertad y no de control y seguridad.

Parece que al ejercicio de los derechos como postulado del sistema jurídico, se le olvida los principios axiológicos que no están a la par del fundamento deontológico. Esto viene administrado por una aristocracia convertida en burocracia, que no renuncia a privilegios en nombre de las privaciones de muchos. Hay una ceguera en torno a los horizontes de justicia que la institucionalidad busca romper con la triada “continuidad, causalidad y progreso”^{**}; esta última radica como potencial discursivo desde el cual se fija el contenido mesiánico para darle fuerza al discurso de desmovilización* y desvinculación. Allí se persigue quitarle el ímpetu a la rebelión, cuyos propósitos no se conocen en este terreno, pero hacen parte de una estrategia oculta de la cual, sus operadores no dan cuenta, ni mucho menos, sospechan de ella.

“Profe, cuando salimos del grupo lo hicimos con base a una promesa que nos hicieron y nos dijeron que íbamos a estar mejor acá, atendidos; que la guerra no tendría sentido y que la guerrilla había perdido sus ideales; vinimos y sabíamos por lo menos, allá en el grupo, que teníamos una certeza para morir, pero acá, nos dan contentillo un año, o dos, pero luego la certeza se pierde y quedamos desamparados. Ahora, para qué dicen que se van a hacer cargo de nosotros, para que luego cuando cumplamos los dieciocho años nos tiran a la calle; no me venga a decir que nos van a atender igual; ahora, porque ustedes están acá, pero salimos de aquí y ustedes no nos van a acompañar. Yo tengo amigos que ya han salido y me dicen que ojalá los dieciocho no llegaran, cuando quedamos peor que antes; ahora, ni podemos volver al grupo porque parece que nos tratan de traicioneros, pero tampoco podemos estar acá porque no nos aceptan. La verdad profe, ¿para qué nos sacan del grupo?, ¿para luego tirarnos a la calle, a pasar

* Los define Walter Benjamín como los principales axiomas para la comprensión del pasado, expuesto en el texto “La mirada del Ángel” de Bolívar Echeverría, (2014, p. 107)

^{**} Cabe anotar que los términos de “Desvinculación” aplican para los menores de edad (18 años) y “Desmovilización” para todos aquellos combatientes que superan los dieciocho años.

*necesidades?; en el grupo no era así, pero sí nos hacen negar esto porque allá estábamos expuestos a morir en un combate; la vida ahora es más difícil porque nos hacen sentir la muerte sin morir. ¡Muy duro profe!”**

Una visión pesimista sobre el futuro, a diferencia de un sueño que producía fuerzas en el combate para la transformación y el desclasamiento en orden ascendente. Los enfrentamientos bélicos—por lo menos—mantenían viva la esperanza. La lógica neoliberal del proyecto de vida se esfuerza por hacer ver la esterilidad la insurgencia. No soporta la crítica, en un escenario que reviste más promesa que compromiso. Es una catástrofe de la competencia que reclama habilidades totalmente descontextualizadas de las expectativas del mercado y se atraganta con la desigualdad y se fortalece con la exclusión.

Es decir, parece darse la manifestación de los escombros de un proceso que busca más la administración que la solución a los problemas de fondo, como si existiera alguna ventaja sobre la permanencia de la miseria y el hambre. El tiempo sigue transcurriendo en oposición a la temporalidad del ser (ex/combatiente). Ese lapso se hace eterno porque se detiene en medio de la contemplación de la realidad fija en que se instala la miseria que no ha podido transformar. Se logra engañar a sí mismo porque lo van encriptando en el ayer, pero sin fuerza revolucionaria.

Parece que su tiempo no transcurriera y se asumiera en su plena rigidez, petrificado, fijo. Si lo han logrado atrapar en su corporalidad es por aquello de ofrecer la sensación de involucionar. Una orientación hacia una infancia desconocida en detrimento del combatiente que reclama su experiencia y no perderla, es lo que esconde el restablecimiento de derechos. El ex/combatiente mira las ruinas de su pasado que hacen parte de su inventario. Parece tener el pasado al frente y el futuro cada vez más atrás, producto de la nostalgia que le provoca la inseguridad y la incertidumbre de un progreso nombrado, pero aún sin vivenciar. No logra ver el futuro como todos los que están cómodos en el servilismo oscuro y rampante que atrapa cada vez más las vidas. Como alternativa, se sitúa permanentemente en

* Comentario de un joven en proceso de restablecimiento de Derechos, que supera los dieciocho años.

un pesimismo que busca organizar el presente precario de su existenciaro guerrero. “La opción no es pues en él la que se da entre el conservatismo y el progresismo, pues la progresión es siempre progresión de la destrucción del mundo y la conservación siempre conservación de lo inmundo” (Echeverría, 2014, p. 110).

Aquí progresar es destruir el mundo del guerrero, arruinarlo para conservar el orden, despojarlo de rebelión e institucionalizar su vida para organizar su lógica existencial de acuerdo a los postulados estatales de la calidad de vida—aunque temporal—y no permitir la conservación del sueño propagado en la lucha para la defensa de su dignidad que atraviesa los códigos de una igualdad simulada. Lo único que hace es encubrir la desigualdad de la cual, el Estado, no se quiere hacer cargo.

Puede agregarse que hay un afán desmedido por instalar en el ex/combatiente la palabra progreso y su contenido atrapado en el proyecto de vida. El proyecto de muerte que le ofreció la guerra de otros y no la propia, es el soporte sobre el cual se debe crear distanciamientos y negaciones; anticiparse es una oportunidad para dibujar una vida en clave de futuro, donde:

Reproducir el acontecimiento entra entonces en el dominio de la experiencia, y no es más que entremezclando el hilo de lo nuevo con el tejido de lo antiguo, que el presente puede ser el objeto de una experiencia y ser vivido como tal (Echeverría, 2014, p. 111).

Desde esta perspectiva, la experiencia del combatiente es la guerra y ella misma se ha vuelto acontecimiento, lo que pone en aprietos al experimento llamado “ex/combatiente”. Se ha buscado reforzar la desvinculación con varios eventos que no alcanzan el estatus de acontecimiento. Parfraseando a Benjamín, es una oportunidad para exponer la trascendencia de la guerra como acontecimiento; lejos de su mirada patologizadora, aparece como “un eco cuya resonancia que despierta parece tener lugar un día en la oscuridad de la vida transcurrida: y además, a esto corresponde el hecho de que el choque con el cual un instante penetra en nuestra conciencia como algo ya vivido, la mayor parte del tiempo nos golpea bajo la forma de un sonido ” (Echeverría, 2014, p. 135)

Es imposible despojarse de lo acontecimental. Para ello se necesitaría destruir y edificar una nueva subjetividad que no sólo se sienta, sino que carezca de todo sonido del pasado. En palabras del mismo Benjamin: “Es una palabra, un murmullo, un golpe sordo que tiene el poder [Gewalt] de llamarnos de improviso desde la tumba glacial de “un día que”, bajo la bóveda en la cual el presente parece resonar como un simple eco” (Echeverría, 2014, p. 135).

En sus momentos de ocio, los cuales ya vienen siendo refutados desde los planes de atención, señalado como una desatención, una falla en la planeación y una fisura en la programación, no puede alojarse ningún razonamiento sobre su lucha armada. No puede permitirse bajo el espectro de la ocupación. Allí se erige la voz de la revolución, la nostalgia, la melancolía por el abandono del grupo que sólo él entiende y asume en su propia intimidad, advirtiendo que no tiene interlocutor que revista la confianza necesaria para darse al Otro. muchas veces ha sido urgente el desnudar su palabra y compartir el registro en su cuerpo de lo que significa la guerra para su espíritu. ¡No hay interlocutor para explorar las sensaciones de la insurgencia!

Un querer huir permanentemente a la soledad, un espacio solicitado como iniciativa propia para conversar con los dioses, que acogen su grito de desesperación para luego provocar una partida y un retorno al lugar de origen, es una amenaza para el sistema y un absurdo que no se logra alojar en el esquema propuesto por la institucionalidad. Su presente se teje de muchos factores que entretienen, anestesian, aletargan, disecan, degradan, hasta despersonalizar al combatiente y dejarlo en posición *ex*; un tiempo que se hace esquelético de acuerdo a lo que se planea.

El acontecimiento no se sitúa en lo planeado, en lo programado; es intempestivo y carece de referencias para su reproducción; el evento cuenta con un programa que determina *anatomo-temporalmente* la ocupación del espacio de ex/combatiente; el acontecimiento equipa de asombro, sorpresa, libertad y espontaneidad porque se hace imprevisto. El progreso como hilo nuevo, cimentado en un discurso de una paz estable y duradera entremezclado con el tejido de lo antiguo que tiene como raigambre la guerra, resulta ser un desafío que supera las palabras intervención y derecho en clave de restablecimiento.

No se puede olvidar que “la imagen del pasado aparece como un relámpago, creando a cada instante las certidumbres del presente. El pasado se inscribe en el presente llenándolo de contenido, mientras el presente retorna a las imágenes del pasado” (Echeverría, 2014, p. 115). Pero esto sólo se reconoce en la intimidad del guerrero, en esa tragedia que se hace exclusiva de lo propio e involucra a los más próximos, determinados por los grados de confianza que se asumen como “contemporáneos asociados*”. Un escenario donde las relaciones de poder entre un agente y un paciente se desvanecen.

El ex/combatiente tiene un presente que se abastece del pasado situado en el combate. Conserva imágenes que lo inscriben en un devenir tejido de remembranza y lo prepara para volver como condición de la decepción. Es una premonición que se refuerza con base al escepticismo que crece. Las promesas incumplidas sobre las limitaciones de un restablecer, se disfrazan con marcos jurídicos que organizan la utopía del derecho. Los hechos y circunstancias que hacen vigente la lucha, se intentan marginalizar todo el tiempo, para lograr una renuncia posible e inmediata. Sólo fue un interrumpir para luego reanudar el curso de vida con horizonte de muerte.

Cabe anotar, de acuerdo con Echeverría (2014), que “la experiencia tiene dos fases: una clara y una opaca. La transparencia no es una de sus cualidades” (p. 119). Pero en ese ejercicio de intervención permanente, ocurría una invasión desmedida con base a un arsenal terapéutico que se preocupaba por los traumas—que no suelen llamarse huellas—; una apropiación de la experiencia como lógica del restablecimiento, procuraba volverla más opaca. La ubicaba en el borde para lograr abrazar el centro de su memoria y despojar de transparencia, el anclaje de miseria desde donde se levanta la mirada para resistirse ante lo normal, lo normalizado y lo establecido. Esto era el combustible para interpelar la clasificación social de la los guerreros eran objeto. Los oficios y los horizontes en medio de esclavistas y esclavos, espacios y relaciones, ha buscado reconfigurar la revolución como una cuenta pendiente de sus luchas.

*Términos empleados por Alfred Schütz (2015) en su texto “el problema de la realidad social.

Prometen para el combatiente otra vida que señala igualdad en el acceso a bienes y servicios, bajo el manto de un proyecto civilizatorio que busca reconfigurar las costumbres de la guerra, pero sin tocar los motivos de la resistencia. Sus prácticas siguen siendo subsumidas por el concepto de “rebelión”, so pretexto del poder judicial para controlar el desorden en nombre de un orden que sostiene y mantiene posiciones en la cartografía de vida para unos y violencia incruenta para otros. Sus periplos de lucha no quieren ser escuchados, pero sí reeditados para justificar el restablecimiento, sobre una figura ambigua de un ser, a quien nunca se le ha reconocido como sujeto de derechos ni como sujeto político.

Hay que mencionar que la institucionalidad se muestra inexpugnable y perfecta en sus procedimientos ante sus espectadores, dada la inscripción en modelos de atención positivistas que registran evidencias en torno a la cultura del papel. Se sostienen en un discurso reverencial que compromete el servilismo de las disciplinas, asumiendo lecturas sesgadas y parcializadas de la guerra en el país. La emergencia de un acuerdo de paz hizo posible una interpretación desde los vencedores y su atención a los vencidos, declarando como convencidos a los que se encuentran en las entrañas de la estatalización.

Desde esta perspectiva, no se dan por enterado que, “el progreso humano más que suma de conquistas es en realidad “acumulación de ruinas” (Echeverría, 2014, p. 135). Esas ruinas del combatiente fueron objeto de conquista con elementos seductores, que hicieron parte de un repertorio situado en un mundo percibido desde el relato de quien se hace llamar civilizado. No contempló los desgarramientos del alma del sujeto político, que visibiliza otra idea en torno a lo que implica coexistir y superar la miseria atrapada en decisiones políticas. Es posible no olvidar lo que advierte Wisława Szymborska: “Quieras o no, tus genes tienen un pasado político, tu piel un matiz político y tus ojos una visión política. Cuanto dices produce una resonancia, cuanto callas implica una elocuencia inevitablemente política. Incluso al caminar por bosques y praderas das pasos políticos en terreno político”*. Sin embargo, lo político no tiene por qué continuar el curso del

* Fragmentos del poema Hijos de la Época de Wisława Szymborska

desencanto que desemboca en una política degradada y estéril, que sólo fija posiciones y contribuye a la continuidad de los reinos del desprestigio y de la insolvencia de pensamiento.

Ahora bien, en los rostros del ex/combatiente hay un testimonio de la barbarie que no sólo es propiedad de agendas mediáticas, donde el horror termina siendo espectáculo. Su presencia—exposición inmediata—deja ver los pliegues de la consternación de las violencias provocadas pero también padecidas, en ese habitar la guerra. El arte de defenderse mezclado con la estrategia del ataque rubusteció su capital guerrero. una incomodidad bélica que despierta pasiones desmedidas en medio de una pelea sórdida con la muerte. Así mismo, catástrofe y salvación se abrazan y se instalan en un ejercicio dialéctico que sólo opera como deliberación íntima.

No se dan cuenta que los reclutamientos llamados forzados guardan relación con los fundamentos judeocristianos de hacerse cargo del desamparado, el desvalido, el rechazado, el invisible, el mudo, el que hace parte del reino del mutismo y se elige para potenciar en él la salvación llamada hoy *transformación social como utopía guerrera*. Todo un arte del reciclaje de las vidas periféricas. Darle sentido a lo que aparece precarizado es su meta. No tiene relevancia para un mundo encerrado en sus élites, además de compartir el común denominador de la discriminación. Esa misma dignidad erosionada es el caldo de cultivo para el potencial guerrero, situado en la base antropológica del sobrevivir previo al coexistir, una máxima que registra elocuentemente la selección biológica señalada por Walter Burkert, (2013).

Experiencia y expectativa, recuerdo y esperanza son dualismos en los cuales se inscribe la vida del excombatiente, así como la bondad y la maldad de la cual nos habla Sábato:

La bondad y la maldad nos resultan inabarcables, porque suceden en nuestro propio corazón. Son, indudablemente, el gran misterio. Esta trágica dualidad se refleja sobre la cara del hombre donde, lenta pero inexorablemente, dejan su huella los sentimientos y las pasiones, los afectos y los rencores, la fe, la ilusión y los desencantos, las muertes que hemos vivido o presentido, los otoños que nos entristecieron o desalentaron, los amores que nos han hechizado, los fantasmas que, en sus sueños o en sus ficciones, nos

visitan o acosan. En los ojos que lloran por dolor, o se cierran por el sueño, pero también por el pudor o la astucia, en los labios que se aprietan por empecinamiento, pero también por crueldad, en las cejas que se contraen por inquietud o extrañeza o que se levantan por interrogación y la duda, en fin, en las venas que se hinchan por rabia o sensualidad, se va delineando la móvil geografía que el alma termina por construir sobre la sutil y maleable piel del rostro. Revelándose así, según la fatalidad que le es propia, a través de esa materia que a la vez es su prisión y su gran posibilidad de existencia” (Sábato, 2000, p. 49)

Al ex/combatiente se le sigue observando con desconfianza, dado el capital bélico con que cuenta y su fuerza para exponerse, pero también para imponerse. Una defensa traducida en ataque que deben ser eliminada del repertorio de la persona jurídica en la cual se viene convirtiendo. Las armas deben ser cambiadas por las palabras, así su oralidad termine siendo aplastada por el dominio lingüístico de quien detenta el poder del discurso de la institucionalidad. Para él—burócrata—no hay más que una mirada positiva, que no se centra en las pupilas del combatiente. Más bien, el contorno de un cuerpo que tiene una historia sin una geografía de vida individual, no representa mayor importancia. Los registros del guerrero quedan atrapados en el análisis de una insurgencia debatida entre el misticismo y la precariedad de sus luchas.

Lo que requiere la institucionalidad en torno al combatiente para potenciarlo en una temporalidad *ex*, es precisamente anestesiarlo con la asistencia, confeccionada como un regalo. Benevolencia que se ofrece en un marco cognitivo conductual verificado en el estímulo respuesta. Los discursos estatales cifrados en profesionales domesticados y aferrados al dogmatismo del derecho, no alcanzan para posicionar una verdad que recoge una lectura integral de las condiciones de las luchas insurgentes. Desafiar el formalismo jurídico que se hace cada vez más estéril como ejercicio de respuesta ante situaciones estructurales de la sociedad, reúne una carga de escepticismo, pero también de impotencia por no cambiar las cosas.

Allí suele reconocerse una esquizofrenia institucional donde reina la palabra amnesia. Se quiere encubrir bajo paradigmas de curación y reparación que orienta su justificación en la afrenta de una “infancia perdida”*, la cual reproduce mecánicamente las explicaciones sobre el ingreso a la guerra, o los traumas adquiridos en ella. Ocultar el origen de la desigualdad que ocasiona la miseria e impulsa a los oprimidos a buscar alternativas de subsistencia por medio del enfrentamiento a la muerte, continúa siendo la gesta del restablecimiento de derechos.

Los Gobiernos en su lucha contra el terrorismo, van mostrando el proceso de restablecimiento de derechos a niños/as y jóvenes combatientes, como el botín de un supuesto vencedor, que públicamente no se atreve a mencionar por aquello de levantar ampolla que no soportará curar. De forma soterrada y sutil, reconoce que se hace una estrategia de guerra para debilitar al enemigo y cortar su relevo generacional. El establecimiento se hace fuerte y mantiene su continuidad, hacia la ruptura de una resistencia proclive a desaparecer desde su enfoque.

Como si fuera poco, ahora su horizonte es la normalización. Los repertorios estatales gozan de un intelectualismo que no se compromete con interrumpir la reproducción de la miseria y el hambre. Se contenta con estudiar las causas de su aparición, a la vez que silencia por la impotencia que carga para resolver de raíz los problemas asociados a la insurgencia. Si publica la realidad tal cual la expresa el desvinculado, atentaría contra los entramados de la política que promueve. Despersonalizar al guerrero—al combatiente—es el destino de la reconciliación y el perdón—exigido por lo demás—; presionarlo para que adopte la normatividad generada como ideal de reparación, lo obliga a dejar a un lado sus motivaciones que revisten mucho más que la simple evidencia de las violencias y sus topologías.

*Se sigue instalando un paradigma de infancia burguesa, que se deduce de teorías eurocentristas, que buscan cada vez más positivizar la vida en perspectivas hegemónicas, estandarizadas y homogenizantes. Se advierte el desconocimiento que se tiene sobre el acervo de conocimiento que se tiene sobre el ser y hacerse hombre en territorios periféricos, los cuales reúnen una connotación del tiempo de forma diferente a como se ha instalado por el pensamiento moderno y occidental.

Del ex/combatiente se habla. El ligero el derrotero de ideas que buscan prescribir sus conductas y que plasman las rutas de su reincorporación. Los programas sobre los cuales descansa la objetividad de círculos estrechos de intelectualistas, suponen pensar un país desde la urbe cómoda de la capital. Una asepsia que ciega el relieve de un entorno que escapa a los ojos del guerrero. Un leviatán que sólo queda en una literatura de piedra, como petroglifo de una historia escrita por un saber experto, pero sin la voz de quien se ha convertido en objeto del discurso de la paz y la reconciliación.

Los individuos se encuentran bajo la amenaza de una normalidad que es despersonalización esquizoide, una normalidad en la cual, más que sujetos del discurso, son sujetos hablados, transmisores de discursos anónimos y más que sujetos del deseo, son ejecutantes de demandas programadas y aspiraciones codificadas con sus respectivos signos. Una situación esquizoide crea siempre la tentación de precipitarse en cualquier propuesta de identidad que se le ofrezca, una teoría, una formación colectiva, que como son adoptadas en un movimiento reactivo contra la pérdida de identidad, resultan tanto más tentadoras cuanto más paranoicamente garantizados contra toda crítica que se presenten (Zuleta, 2015, p. 48).

Los deseos del sujeto de restablecimiento son hechos que se distancian de sus derechos. Un discurso débil con el cual se empieza a familiarizar, producto de las demandas sociales al aparato jurídico sobre las cuales reposa el fundamento de la igualdad. Las aspiraciones del desvinculado quedan en la sombra de su gráfico de vida. se reciclan para los estudios necesarios de las ciencias sociales. Por más que intenten desviar la atención sobre la cosificación del ser como objeto de investigación, su extractivismo académico condena el compromiso con el ex/combatiente; mínimamente lo aplaza hasta desvanecerlo en el olvido, cuando lo que importa es la capitalización epistemológica de las disciplinas sin horizonte de transformación social.

“No sé qué pensar de todo esto, pero siento que no tenemos futuro profe; algunos nos dicen que sólo es un tiempo que nos ayudarán y luego nos dirán que hagamos nuestra vida; yo le pregunto a usted ¿cuál vida? ¿A qué vida se

*refieren ustedes cuando nos dicen que hagamos nuestra vida? Si nuestra vida era en el grupo; allá teníamos, mal o bien, gente que nos cuidaba, pero acá nos protegen, nos vigilan, porque a ustedes les pagan para que lo hagan; yo quisiera saber ¿si no les pagaran, ustedes estarían acá? Ustedes tienen resuelto todo, pero nosotros pesábamos que teníamos resuelto todo y ya ve profe que no es así. Mi familia, que me hace falta, todavía pobres, con hambre y yo acá pensando sólo en mí, porque tengo todo acá, pero ya sé que hasta los dieciocho años; bueno, pensando no, pienso en ellos, en mis hermanos, en mi mamá, en mi papá, que sufren lo que yo, por ahora, no sufro. Es que cuando nos dicen hagan su vida, ¡eso es duro! Hacer la vida no es tan fácil, porque moriremos más fácil. Le tengo más miedo a hacer la vida que a la muerte en el combate. Profe, para qué nos trajeron acá; yo siento que el gobierno también le hace la guerra al pueblo, sacándonos a nosotros del grupo y debilitando la guerrilla hasta que se queden callados y ya no sean capaces de combatir. ¡El gobierno también nos mata! Hay que ver la soledad en la que uno está por allá, sin Estado, pero lo más triste que acá con Estado, tampoco resolvemos nada. Profe ¿para qué el Estado? ¡no entiendo para qué! Además, ¿nosotros para dónde vamos? Sin grupo, sin milicia, sin nada. ¡eso era todo para mí! Ahora, en esto que estamos, nos han quitado todo, hasta las ganas de soñar.**

Parafraseando a Estanislao Zuleta (2015) con base a su elogio de la dificultad, no había ni tiempo para hacerle duelo a los aspectos perdidos del yo (combatiente). “Sin someterse al tiempo de reestructuración de los deseos, las ideas y las relaciones, porque nunca fueron

* Relato de un joven excombatiente en procesos de restablecimiento de derechos, en medio de una noche de luna llena, desprovista del ejercicio de intervención propuesto como mecanismo de atención y superación de los traumas ocasionados por el conflicto armado. Pese a ello, se destaca la miopía con que se sigue abordando al excombatiente que se hace producto enfermo de una guerra, que oculta la raíz del problema de desigualdad social en la que viven los jóvenes del país. Esta conversación con el autor del documento, fue parte de una práctica se dio espontáneamente, pero que pronto se iba convirtiendo en una necesidad de exteriorizar de forma rutinaria, los miedos y las frustraciones en sus deseos y aspiraciones, que ya eran programadas por la institucionalidad. Era parte de la intimidad del guerrero

propios: los deseos eran en realidad demandas socialmente predeterminadas” (p. 50). La paranoia y la esquizofrenia juntas para combatir, a partir de la intervención, los legados revolucionarios del desvinculado. Apostarle a un sujeto anestesiado por el paraíso de la civilización, permitía esconder la crisis del sistema y exponerse sin grietas antes de cumplir su tarea: *petrificarlo y destruirlo*.

EXERGO

**LAS HUELLAS DE UN CAMINO EN EL LABERINTO DE LAS CIENCIAS
SOCIALES**

Esta investigación convocó la etnografía situada en torno a un escenario institucional, que tuvo como trayectoria la atención a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes en condición de desvinculación del conflicto armado en Colombia. Su enfoque fue cualitativo, en clave empírico—analítico, dada la complejidad de su expresión. La ambición de este trabajo, era ofrecer un despliegue crítico en clave foucaultiana y su inscripción en torno a lo que implica el coraje de la verdad. El momento para decantar las zonas grises del restablecer derechos y del reincorporar para normalizar—como juego de domesticación de subjetividades—se ajusta al periodo comprendido entre el año 2010 y el 2017. El ser develadas era un motivo suficiente para lograr hacer ver lo ausente en medio de tantas presencias iluminadas por al aparato burocrático del restablecimiento de derechos.

Como laberinto investigativo, se buscó en los relatos de los ex/combatientes niños, niñas, adolescentes, jóvenes—algunos en reserva de archivos—la muestra de sus itinerarios biográficos que sobrepasan lo instalado por las instituciones. Fueron otros escenarios atravesados por un devenir histórico de país, en regiones de capacitación y reincorporación. Este ejercicio permitió levantar las inquietudes que hasta hoy suelen estar petrificadas por el mesianismo estatal. Vidas vivibles en el más completo anonimato.

Lo que aquí se compartió es producto una vivencia compartida, con actores que le dieron fuerza a este proceso de exploración y descripción. Algunos rasgos analíticos, admitieron fundamentar los resultados generados a partir de su materialización. La entrevista, que tiene como depositario la conversación abierta y despojada de matices técnicos como imperativos de los amantes del método, sorteó caminos necesitados de ser descubiertos, para ponerlos en tensión con la pluralidad de opciones de reconocimiento al otro. Es posible contemplarlos como relato político, que se ha escondido por circular en torno a la obediencia de marcos normativos y jurídicos suministrados por los amos de la ley. Otros como esclavos sedientos de la norma, sujetos colonizados por la llamada “civilización”, no abrieron posibilidades de interlocución indispensables para integrar, aún más, la comprensión sobre este desafío de domesticación de la indignación.

La naturaleza de las vivencias encarnadas en el registro del proceso de restablecimiento de derechos, es un complemento a lo explicitado de forma simple por los

códigos que organizan los nuevos escenarios de interacción del desvinculado. Esto permitió disponer de la descripción de prácticas en medio de una cotidianidad institucional y ser leída a través de rasgos conceptuales desde una micropolítica del deseo señalada por Félix Guattari, (2005). El resultado, un mapa de subjetividades que desbordan su teorización.

Desde allí, los relatos sustraídos durante el tiempo de acompañamiento al desvinculado, fueron complementados con la vivencia dentro de la institución, objeto de observación. La espacialidad de relaciones se hacía familiar, cercana y productiva en cuanto al ejercicio investigativo. El lenguaje en el guerrero se había limitado; precarizado por lo avasallante del porvenir, que no advierte la importancia de un devenir temporal para situarse y nombrarse en el presente. Es toda una maquinaria que se ha instalado en planos de futuro imperfecto, que vuelve necesario pensar una gramática del deseo con posibilidad de interpelar lo cartográfico. La institucionalidad se ha encargado de opacar, hasta decolorar y degradar la expresión de la experiencia de resistencia silenciada y señalada como rebelión, a cambio de una promesa futurista en ciudadanías performativas e instrumentalizadas.

El deseo latente de la guerra se manifiesta en unos; en otros, el no querer volver a la guerra *pese a todo* y en algunos, el deseo latente de no dejar la guerra. Variaciones de un mismo enunciado que se ramifican y dan origen a una comprensión que va más allá del relato del guerrero. Esa narrativa aún resuena desde algunas zonas de normalización por parte quienes se han declarado en disidencia. La universalización no era un propósito a desplegar en los sentidos que derivan las palabras “restablecimiento y re—incorporación” en tiempos de transición. Es una exhortación para reconocer el deseo latente de *volver a la guerra*, de *no volver a la guerra*, de *no dejar la guerra*. Esto abriría otro horizonte en torno a una cartografía del ser joven guerrero en Colombia.

El deseo puesto en evidencia en la escena de lo político, significó reconstruir el derrotero sobre quién instala el deseo. En qué relaciones de poder se instaló. Los operadores del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar en un primer momento y luego,

como agencias estatales al servicio de un mesianismo puro, gobernadas por las utopías de un acuerdo de paz.

Es decir, la atmósfera sobre la que se realizó esta investigación, retomó escenarios descritos como marcos de referencia sobre las que se afincó este trabajo. pronto se convirtió en un espacio de crítica, tomando como inventario la experiencia del acompañamiento realizada durante los años del proceso de atención por parte del Centro de Capacitación e Integración Indígena Ingrumá. Han sido trazos biográficos de un sobreviviente en medio de las ruinas de una institución, que ha sido degradada desde un enfoque técnico, burocrático y administrativo, que decide quién debe vivir y quién debe morir institucionalmente. Sin derramar una sola gota de sangre, con dispositivos para lograr asfixiar bajo el imperio de la técnica, finalmente se asesinó lo diferente en contraste con lo igual. Los servicios de calidad, en lo que se ampara el Estado se imponen a través de un discurso que opera como vigilancia sospechosa. Esto hizo imposible conjugar los verbos “cuidar” por encima del “proteger”. Soñar algo alternativo a la homilía del derecho se torna inconcebible.

El paisaje sobre el que se desplegó este camino, advirtió un ambiente sobre el que Colombia transita. Una ciudadanía que ha producido un lenguaje para el dolor, bajo un régimen que organiza el decir y lo hace performativo; se va dejando a la deriva la palabra de la insurgencia y la coloca en un plano de olvido, en señal de obediencia al marco normativo. Precisamente es en este contexto sobre el cual, la metodología guiada por una etnografía de las ausencias, permitió su retroalimentación en perspectiva de trayecto. El catálogo de historias con que se contó—un inventario de posiciones, situaciones, manifestaciones y decires—permitió reconocer en los cuerpos del excombatiente una interpretación de los hechos plagados de signos, y que fueron las huellas llevadas a la escritura.

No cabe duda que los signos de la revuelta, de la imaginación, de la revolución, de la insurrección, a la luz de los procesos que inciden en la domesticación de subjetividades, son anclajes de las maquinarias del deseo y el sometimiento a la expectativa normativa. La entrevista, el relato, la convivencia, la experiencia hablada, se dieron como una colección de ideas para explorar las zonas grises sobre las que se erigió lo restablecido y lo

reincorporado. Se volvió objeto de crítica y de estremecimiento semántico para orientar una línea de fuga que advirtió un mesianismo hipócrita. Se ocultaron lógicas cristianizadas de redención, que siguen traslapando la precariedad sobre la que se impulsa la resistencia y la re—existencia.

El camino que se decidió para esta ruta investigativa, utilizó como analogía el laberinto de Borges. El investigador lo habitó como textura extendida, además de frágil, en medio de un proceso de restablecimiento, reincorporación y normalización. Se insiste en promulgar el éxito en torno a ex/combatientes como protagonistas de los simulacros cooperativistas que declaran un mercado de vidas adiestradas. Riesgos desiguales con diferencia en la capacidad de respuesta individual, pero con obstinación en el culto a las soluciones biográficas que no resuelven problemas sistémicos y estructurales de desigualdad social.

Confundir un sueño con un derecho es la justa de un Estado que suele aparecer benevolente ante los pecados de su pueblo por resistirse ante sus mandatos llamados misericordia como correlato de la inclusión, civilidad y civilización. Fábricas del decir que produce un vocabulario al mismo tiempo que despoja el decir de la resistencia. Se trata de eclipsarlo con el lenguaje del proyecto de vida que se engrana al circuito del mercado. Las demandas capitalistas al servicio de unos pocos y la esclavitud de muchos es el contexto que le espera al restablecido.

En consecuencia, es tal vez una mirada a un marco de positivización de la vida del ex/combatiente. Logró convertir su experiencia en la despersonalización del guerrero para convertirlo en persona jurídica, expuesto al perdón y la reconciliación. Una sociedad agitada por lo punitivo es lo más inmediato a enfrentar como sujeto de derechos. El sujeto político y su tránsito a la política de garantía de no repetición, está en vilo.

Este trabajo tuvo un desenlace en lo incierto y mantuvo un pulso con el presente que no va a terminar. No tiene punto de ruptura decisivo; el horizonte del restablecimiento y la reincorporación a la vida civil—dos focos de experiencia—ameritó una crítica desde la experiencia incomunicada, preservada ante los simulacros del éxito y la seguridad del dato.

Ellos aseguran la correspondencia entre expectativas y condiciones a través de la publicidad estatal, que impone una mirada de verdad sobre la cual desea ausencia de crítica.

En definitiva, lo transitado en la experiencia buscó forzar la palabra y ajustar la escritura, lo cual declaró tiempos y momentos que se fueron señalando como una descripción en un primer momento. Poco a poco se fue vertiendo un análisis que buscó desenlaces en la comprensión del mundo del guerrero. Lo revelado en esta escritura, es consecuencia de la lectura y la escucha atenta al desvinculado de los escenarios de la guerra, usuarios de un proceso de restablecimiento de derechos. La “dejación de armas” se dio como réplica a la tierra prometida desde el derecho. Esta oferta ha quedado estrecha en relación a la expectativa humana en posición de resistencia y re-existencia.

Conclusiones

Cada una de las anotaciones realizadas en este punto, han sido las consecuencias de un análisis que ha despertado más una apertura a otros yacimientos de conocimiento que un cierre definitivo, sobre el que se ha inscrito la figura del laberinto. Se retoman ideas ya plasmadas a lo largo del documento, lo cual guarda estrecha relación con lo acontecido como crítica a un dispositivo de restablecimiento de derechos para jóvenes desvinculados y ubicados en la categoría de “excombatientes” del conflicto armado en Colombia.

De allí que cada una de las frases del texto no están situadas en un orden secuencial de categorías, como producto de un ejercicio de abstracción e interpretación; el ordenamiento es el resultado del ejercicio de escritura que iba fabricando una especie de colofón. Una indicación que surge del estrecho margen existente entre la descripción y la reflexión. Por momentos se confunden sus lugares, pero sus horizontes están bien definidos. Es así como durante las siguientes páginas, podrá el lector encontrar la confirmación de algo ya dicho y en algunos casos, suspendidos en el trayecto de la escritura.

1. Al agente estatal le pesa más la tibieza de su carácter que la posibilidad de pensar por sí mismo. Es consciente de la posición cómoda que asume. La renuncia a la independencia de pensamiento no le genera ninguna rentabilidad, además de ver amenazada su libertad; antes bien, le representa riesgos que no suele controlar con facilidad. Su acción está enmarcada en la intimidad de su razón; no la hace pública por miedo, por la responsabilidad que le acarrea y supera sus fuerzas. Le falta energía para llevar hasta las últimas consecuencias el desafío de interpelar lo que se restablece.
2. El funcionario que hace parte del aparato burocrático del proceso de restablecimiento de derechos, abraza el estatus de poder que encarna el libreto—lineamiento técnico administrativo—de la institución del Estado. Por así decirlo, le ofrece un derrotero que determina su papel y su función dentro del proceso de restablecimiento de derechos, a medida que la comprensión del guerrero era sometida a la semiótica que se impartía desde el guion. La fabricación de certezas aumenta la confianza para el agente estatal, tan dependiente de la orientación que impone la institucionalidad.
3. El discurso de calidad que vienen encarnando las organizaciones estatales, hace parte de los mecanismos de domesticación de la indignación. La expropiación de la experiencia y el gobierno de la resignación, se convirtieron en el inventario que soportaba el éxito de la desvinculación como programa de reincorporación a la ciudadanía civilizada.

4. El agente estatal es precario en alteridad frente al combatiente, lo que le impide ser un interlocutor en la reflexión de su rebeldía, de sus luchas y de su proyecto revolucionario que no siempre pasa por la inteligibilidad; la verdad es que la revuelta no siempre es pensada sino sentida y ofrece una respuesta a la reacción de la necesidad y la miseria experimentada y vivida por el guerrero. Como salvaguarda, el burócrata—para no perder su lugar de dominante y concededor del proyecto de vida—usa como recambio de significantes, las palabras intervención, empatía, resignificación y redireccionamiento de conciencia hacia el plan de reintegración a la vida civil, lo que legitima las prácticas gubernamentales. ¡Es el repertorio con el que cuenta para restablecer!
5. El intervencionismo del Estado en nombre del restablecimiento de derechos, oculta la mano hipócrita de sus funcionarios. Su discurso posee un ornamento que hace audible—sin materializar sus implicaciones—el decir sobre “nuestros jóvenes”. De esa manera, pretende ser un bálsamo de tranquilidad que se establece en el reconocimiento y la inclusión. Ahora bien, con ello traslapa la desigualdad, la precariedad y la miseria del combatiente—guerrero. Un rasgo más de “la banalidad del mal” (Arendt, 1999) que se ha instalado en un sujeto acrítico, confeccionado por las relaciones de poder llevadas a cabo por las instituciones.
6. La investigación sobre las huellas del guerrero en el laberinto del excombatiente, no se convierte en una lectura estéril y finita; es el resultado de un trayecto que supera los ciclos académicos del escenario doctoral; ha servido de punto de partida, más no de llegada. Se forma simultánea, habilita un proceso que no reduce la temporalidad de la exigencia curricular; más bien, desborda los tiempos señalados dentro del doctorado. Una vez se llega a este contexto escolar, ya se traen insumos para pensarlos en clave teórica. La experiencia del investigador no es un vestigio que se construye desde el ingreso a la academia. Es una posibilidad de trascender el trayecto que se tiene en el borde de los reconocimientos como investigador. La pregunta ya viene cargada de historias y realidades que no siempre cumplen con los dogmas de la academia, pero el doctorarse es un ajuste al tipo de lecturas que reclaman otros campos de actuación en la investigación para romper con la repetición de teorías.
7. La etnografía de las ausencias que se hace laberíntica es una apuesta que describe lo acontecido en ese movimiento pendular del presente al pasado, cuando ayer no se determinaba el hoy considerado desde la escritura. Rompe con la linealidad y secuencialidad; se hace relacional y circular, al mismo tiempo que despliega horizontes y referentes sin mezclarlos. La articulación opera como estrategia para integrar sus razones sin desvanecer sus enunciados sobre los efectos del devenir histórico al cual se enfrenta el investigador.

8. Los espacios sin ser pensados de forma inmediata al momento de ocuparlos, se hacen significantes para reproducir ideas en una temporalidad que desborda la cronología de los hechos. La Maloca de la Reflexión es el lugar—como espacio físico—que abre la puerta al laberinto. Es una partida desde lo subjetivo hacia el ejercicio de la intersubjetividad; su desenlace está en el registro de lo acontecido que luego es socializado en la academia. Es una topografía institucional que registra lo auténtico de los caminos de la introspección académica, en torno a la posición política que interpela la rigidez en que se convierten muchas veces los paradigmas de las ciencias sociales. El La Maloca de la reflexión fue asumida como metáfora y huella que permitió crear un lenguaje para interpelar el dolor de pérdida. Transformar y modular los discursos institucionales es su consecuencia. Es un volver a nombrar y a mirar las rutas de reflexión sobre la experiencia que tensiona el experimento del excombatiente.
9. El prefijo *re* indica la repetición de algo que paradójicamente no estaba. Las paradojas tienen que ver con el restablecimiento del silencio del guerrero, el olvido de sí y la negación de su propia intimidad. La subsunción de la voz en un océano de monofonías jurídicas es una de las secuelas que se le atribuye al proceso de atención al desvinculado. Calzar con las expectativas del aparato burocrático sobre el que se encarna el sistema de reincorporación a la vida civil, tiene como correlato el ciudadano de bien, obediente y subordinado. Así mismo, ese prefijo lleva el lastre del tránsito del guerrero al de víctima*; en efecto, es así como se cumple con los mandatos constitucionales que no advierten la presencia del revoltoso, el tumultuoso o el disidente, sobre todo, cuando éste pone en riesgo la estructura social demandada por muchos, pero asegurada por pocos.
10. La urgencia del Estado por controlar los existenciarios del guerrero que pretende desmovilizar—con el fin de garantizar el éxito*—es una estrategia apenas perceptible. Allí

* No se puede olvidar de que cuando se habla del guerrero, también hace alusión a los jóvenes combatientes que son adolescentes por interpretación biológica, pero de acuerdo a las apreciaciones sociales están enmarcados dentro de la categoría de juventud. Al restablecimiento de derechos es el lugar desde donde se erige la crítica a este dispositivo.

* Esta palabra toma fuerza cuando se intercambia de manera subrepticia por la noción de “eficacia”. Al recordarla, no deja de llamar la atención lo que describe Albert Camus (2019), en “el Hombre Rebelde”: “El terror irracional transforma en cosas a los hombres, <<bacilos planetarios>> según la fórmula de Hitler. Se propone la destrucción, no sólo de la persona, la

reproduce la demarcación de una necropolítica que no se hace explícita pero que implícitamente recicla las fuerzas del combatiente para destruir al guerrero. Desde sus ruinas se construye el ciudadano excombatiente, presa de sus discursos y de sus modelos de vida proyectados de acuerdo a sus referentes de mercado. A cambio del silencio y el olvido del guerrero, se promete el éxito de la reincorporación, que tiene como sustrato, el restablecimiento de derechos.

11. Existen muchas lecturas sobre el conflicto armado de Colombia en superficie. La guerra no sólo pasa por el acto de dar muerte al enemigo. Es también un espacio que materializa experiencias y valores propios del universo simbólico del grupo, la vida en común, las tácticas de auto—conservación, la protección de los otros y la capacidad ejercitada para enfrentar el riesgo. Todo ello señala un capital guerrero que durante el proceso de restablecimiento de derechos se mutila por estar satanizado y no construido en el escenario de la ciudadanía civilizada. Ella misma reproduce otras guerras más sofisticadas; para enfrentarlas ya no hay fuerzas en el excombatiente que le permita desafiar sus abusos. ¡La dependencia es el nuevo yugo de su sometimiento!
12. El proceso de restablecimiento de derechos es una producción de subjetividades en serie. Allí se reducen las fuerzas del guerrero y se le induce al sometimiento de su corporeidad en función de articularse a los propósitos evidenciados en las tácticas gubernamentales del buen ciudadano. Algo así como una subjetividad impuesta, pero a la vez intervenida en la que no tienen cabida discontinuidades ni rupturas, mucho menos sublevaciones.

reflexión, la solidaridad, la llamada hacia el amor absoluto. La propaganda, la tortura, son medios directos de desintegración; más aún, la ruina sistemática, la amalgama con el criminal cínico, la complicidad forzada. El que mata o tortura sólo conoce una sombra en su victoria: no puede sentirse inocente. Necesita, pues, crear la culpabilidad en la víctima misma para que, en un mundo sin dirección, la culpabilidad general no legitime más que el ejercicio de la fuerza, no consagre más que el éxito” (p. 257). Suele pensarse en el momento en que el éxito de restablecimiento de derechos, implícitamente culpa al guerrero de su insurgencia; lo hace aún más hondo el hecho de pensar que los adolescentes no piensan por sí solos, son menores de edad. Lectura deficitaria la que se tiene, cuando ese cuerpo siente por encima del ejercicio cartesiano del pensar y luego existir. Aquí existe el guerrero que siente la exclusión, la miseria, el hambre, con lo cual aplaza su capacidad de pensar. No es tema que pase simplemente por la razón; está la sensación y la emoción de ser olvidado.

13. La reparación y la construcción de proyectos de vida operan como simulacros atados al proyecto de civilidad y racionalidad jurídica. Desde allí se forja una nueva vida que se erige sobre un pasado que se eclipsa con el tiempo. La prevención que reúne la re—victimización como limitación en la escucha, es reforzada a través de un arsenal teórico y conceptual de la acción sin daño, con lo cual se anula cualquier posibilidad de continuidad en el ser del hombre guerrero despojado de su itinerario biográfico.
14. La revuelta en el guerrero—evasión del proceso de atención—nunca fue leída como emancipación, sino como riesgo y amenaza al orden. La lectura sobre su pasado en la guerra yace en lo patológico. Esto le ofrece cierta comodidad en la interpretación del saber especializado que declara el trauma como pretexto de su vinculación al grupo armado. Desde allí se camuflan las vertientes de las luchas, el anhelo de transformación y desclasamiento social en orden ascendente y el silenciamiento de la miseria oculta que padece el ser mucho antes de hacerse combatiente.
15. La reincorporación es un conjunto de procedimientos y técnicas para el desmantelamiento de cualquier equipaje existencial que adviene con el excombatiente. El escenario de restablecimiento de derechos aparece como ritual de paso y de regreso a la dependencia, la obediencia y la heteronomía. ¡Una infantilización del guerrero! Allí opera el discurso en un solo orden que repele interlocuciones y alimenta el silencio producto del sometimiento y la subordinación.
16. La comprensión de los caminos del guerrero que nunca se hizo ex/combatiente, mucho menos des/vinculado, es un resultado oculto ante la publicidad del éxito del restablecimiento de derechos que se reduce a una lista de chequeo. Sus antepasados no suelen estar en la conciencia de sus actos de habla, pero tienen un registro en sus prácticas. Los jóvenes desvinculados sabían, desde su intuición, que su final estaría cerca si se quedaban en los brazos del capitalismo depredador. Pero si seguían su ruta nunca serían olvidados y sus nombres invocarían la oportunidad de hostigar lo que aparece como evangelio de conversión, hasta incomodar el derecho de unos a conservar las cosas tal como están. ¡A esto le llaman normalización!
17. Se olvida que el guerrero y el excombatiente juvenil tienen una fuerza erótica que se inspira en su red familiar, se fortalece en las aspiraciones masculinas del cuidado de su prole y de los mitos que se construyen en torno a la disposición biológica de supervivencia. Ellos piensan que la atención debe ser un beneficio colectivo, mientras que el Estado sólo se ocupa de lo individual para desviar cualquier consideración que implique una red comunitaria, por encima de una red social o institucional.

18. Para el guerrero en proceso de restablecimiento de derechos, la guerra por lo menos tiene promesas como la sobrevivencia y no enmascara la muerte. Pese a ello, el Estado se sirve del encuentro con el yo despojado de la masa, a quien termina convirtiendo en sujeto solitario y un extraño dentro del grupo social en el cual se pretende insertar. Lo hace responsable de reparar el daño bajo el espectro de la nueva ciudadanía de víctimas; insiste en que asuma un repertorio de arrepentimiento y de sometimiento; es un trayecto que lo conduce a la normalidad que le quita el estatus político a la insurgencia y sólo lo inscribe en una revuelta simple que desordena y afecta a la sociedad, para lo cual estigmatiza su identidad guerrera.
19. Colombia presenta un Estado deficitario en garantías de cuidado. No obstante, su discurso se levanta sobre los paradigmas de la protección. Sus lógicas se ubican en intervenir el efecto de lo que la guerra hizo, pero no en lo que los gobiernos han dejado de hacer. ¡La lectura que se hace es raquíca y conveniente! Es así cómo el dispositivo de restablecimiento de derechos se propone mesiánico, pero también des/historizado.
20. La estatalización de los discursos deja en el proceso de restablecimiento de derechos, una verdad que tiene más de locura gráfica que de caligrafía emparentada con los silencios que también tienen un ruido. Ellos hacen visible la sordera de piedra que se ha hecho estilo en la institucionalidad. Mientras que el guerrero habla en dirección a la mirada del Ángel, el “ex/combatiente” observa en la lejanía un modo de estar en un mundo que no le pertenece, porque otros se han ocupado de su fabricación. Es algo que él no alcanza a ver, ni mucho menos a intuir, porque no tiene referente alguno que le permita aprender de lo incierto de la promesa gubernamental.
21. El paisaje sobre el que se desplegó este camino, advirtió un ambiente sobre el que Colombia transita, una ciudadanía con un leguaje para el dolor. Los decires que se producen están bajo el dominio de un régimen que organiza el discurso y lo hace performativo. “Una ciudadanía del dolor”, que va dejando a la deriva la palabra de la insurgencia y la coloca en un plano de olvido, en señal de obediencia al marco normativo que se impone desde la doctrina del Estado.
22. La cobertura opera como producción en serie de subjetividades domesticadas. Los tiempos límite para declinar en lo insurrecto, tiene como registro una guerra que alimenta la muerte y del cual se provee el discurso institucional para aniquilar la rebeldía. Se demarcan rasgos necropolíticos, manifestado en las vidas que deben ser invitadas a incorporar otras formas de morir. Dos años—máximo tres—no logran solventar la necesidad de aprender a sobrevivir en clave de autonomía e independencia. Como repercusión, el reloj y el calendario cuentan sucesivamente un pasado; a su vez comparten un futuro que ontológicamente no se puede asir para el excombatiente.

23. El *reclutamiento forzado* ha servido de pretexto que obnubila el denominador común de la miseria y el hambre que hace visible la lucha del guerrero; es el señalamiento a un responsable de la fuerza que coacciona la vinculación al grupo armado; lo que queda en silencio, es la responsabilidad estatal por el origen de las condiciones de vida, que han llevado a muchos a la insurgencia, como reclamo de reconocimiento de una vida vivible.
24. Las voces de los jóvenes desvinculados ha sido ignoradas en los recientes Acuerdos de Paz y en las políticas de atención a las víctimas no fue la excepción. Se continúa con el paradigma adulto—céntrico y con determinismos civilizatorios del bienestar y del proyecto de vida que, en palabras de Bauman (2002), son más proyectos episódicos por el corto alcance que tienen y la fragilidad en su decisión a largo plazo. Convertidos en seres anónimos producto de la masificación de sus vidas y de los procedimientos de las políticas de re—incorporación, consumen sus aspiraciones en las reglas del aparato económico que controla lo que se castiga como rebelión.
25. Lo que mueve a los jóvenes excombatientes es la carga de tensiones que provoca el estar siendo juzgado por lo que un Estado tiene el legítimo derecho de hacer: “matar”. En el Estado colombiano no hay arrepentimiento, sólo simulacros de perdón, porque sus prácticas hacen parte de la espina dorsal sobre la que se construyó su poder y su capacidad de ordenar a través del sometimiento de los que protege.
26. Al Estado no le interesa reconocer las vinculaciones armadas motivadas por la precariedad y la lucha por sobrevivir. Aceptarlo es confirmar su protección deficitaria, porque no puede permitirse mostrar su debilidad ante los compromisos internacionales. Este escenario parece ser una fiesta de invitados, donde la apariencias económicas y políticas, tienen más resonancia que los puntos ciegos que lo responsabilizan del descuido.
27. De la niñez y la juventud poco se ha hablado en el terreno del conflicto armado. Tienen tutores legales que terminan por asumir la voz de quienes no hacen parte de su círculo narrativo más próximo. Su imaginario es asumido como reflejo de la incapacidad para argumentar con verdad suficiente las respuestas a su vinculación y a sus intereses bélicos, reduciendo su expresión a violación de derechos. ¡El reclutamiento forzado opera como pretexto para obnubilar otras razones de peso! Es una cortina de humo en relación a la desigualdad, la marginalidad y el olvido a sus vidas periféricas.
28. La paradoja que destila la renuncia a la guerra por parte de los combatientes se hace palpable el es escenario de restablecimiento de derechos. Allí se sigue socializando la nominación de sus cuerpos, pero sin un contenido claro que logre extirpar el eterno retorno que llevó a los

guerreros al lugar de reflexión e interpelación derivadas de las posiciones de insumisión. Puede que sus discursos no tuvieran la elocuencia esperada, como si no contaran con una ideología puesta en hilaridad de sus frases, pero sus cuerpos sí sentían lo que embargaba su vida incógnita, el habitar la periferia y los márgenes de la cartografía estatal.

29. La institucionalidad que se mueve en el horizonte de los llamados sistemas de gestión para la *calidad*, goza de discursos anclados a instrumentos, a escrituras pobladas de contradicciones y relativamente inciertas con relación a los intereses juveniles e infantiles. El ejercicio jurídico como administración de justicia, pero no de equidad y mucho menos de igualdad en la práctica, salvaguarda los enunciados de un *Estado Fallido* en torno a la condición del excombatiente. El presente mañana se convierte en pasado y luego en olvido. Esto registra la magnitud de la incapacidad de ofrecer alternativas de vida, a cambio de represiones morales, jurídicas y políticas, lo que genera consigo otros desarraigos y desplazamientos humanos.
30. Algunos funcionarios del proceso de restablecimiento de derechos creen que hay una especie de violencia incruenta en ciernes; algunos la llaman simbólica. Se desata sobre los individuos que logran encarnar las diferentes disciplinas para ejercer el poder, convertidos en burócratas. Su conocimiento es reducido a través de la imposición de cánones estatales alimentados por el cálculo, la programación y la matematización de las vidas. Cada vez hay más clientes que personas, y más sujetos que individuos. Es una despersonalización de la individualidad como culto a la maquinaria del Estado.
31. Al sujeto especializado, necesitado de visibilización, además de pensar e interpelar el orden sistemático de una organización que vehiculiza los propósitos de un Estado, lo convierten en técnico. Le asignan una serie de tareas para ocupar y agotar su pensar. Así se posiciona la obediencia y lo hace su representante en cada una de sus intervenciones. No tiene más argumento que el lineamiento. “*Una especie de oscuridad servil*” que desnuda su capacidad de discernimiento. No se le permite su ejercicio. Más bien, es acallada y silenciada. Pese a tantos simulacros de participación y de reconocimiento de voces de quienes tienen y padecen la evangelización del lineamiento, el poder no atiende los reclamos de los subalternos.
32. Las prescripciones jurídicas vienen estrechando las mentes para salvaguardar la autoridad otorgada por una credencial que determina las rutas a seguir en condiciones de obediencia. Una gama de instrumentos que se organizan para el cumplimiento de los lineamientos asegura—de manera soterrada—una “crisis epistemológica” (Sábato, 2004). Lo humano en el excombatiente supone la necesidad de comprender su fuerza y el despliegue de sus potencias, como la naturaleza del ser que interpela el orden de otros y para otros, impuesto sobre otros; infantilizarlos es su propósito, volverlos dependientes y acudir al sometimiento de su

individualidad a la norma como estándar de vida. Normalizarlo es el epíteto de toda esta trama de restablecimiento que tiene como condición, despersonalizar al guerrero y situarlo en completa obediencia para no alterar el orden que se reconoce como “el orden”—y no un orden—en esa pedantería institucional.

33. El lineamiento se ha convertido en el dios tutelar del funcionario estatal, que no puede prestar oídos a todo aquello que amenace la lógica impuesta por el patriarca Estado. Todo aquello que intente requerirlo de una manera diferente a su costumbre, será puesto en evidencia que permite dramatizar el castigo. No atender sus mandatos y no estar sujeto a sus disposiciones encarnadas en el saber poder de la ley, implica mortificar la existencia del burócrata.
34. La intimidad del guerrero no fue escuchada y su privacidad siempre terminó invadida, con el afán desmedido de ocupar sus mentes y sus cuerpos por medio de estrategias anatómo/temporales. Sus silencios eran la reacción al no poder conectar sus manos con sus pensamientos para desencarnar el discurso del “proyecto de vida”. Su materialización no es más que la construcción de un hombre nuevo, que concibe la ruptura temporal y espacial con la guerra, la resistencia y el ocultamiento de un hombre de tropa, rebelde, que se ha constituido en su cuerpo “el espíritu de rebelión”, para describir en sus relatos “una igualdad teórica que encubre grandes desigualdades de hecho. (Camus, 1953, p. 23).
35. Los relatos de la guerra y del combate por parte del guerrero, de su vida en la trinchera, no circulaban con facilidad. Cada expresión era tomada como una alerta más que obligaba a ser considerada como una patología necesaria de ser atendida. Parecía una amenaza para el proyecto de vida individual acorde a los patrones institucionales. Una utopía extraña a sus existencias, un engranaje más al servicio del dinero y de la razón, de los cuales no son propietarios, sino instrumentos. Su domesticación es prenda de garantía para robustecer el cuerpo semiótico del sujeto de derechos que envuelve y crea vergüenza de forma tácita, sin darse cuenta de ello.
36. La experiencia del horror vivida por el combatiente se hace muda; no se atrapa porque no interesa como reparación. Más bien, sirve de inventario para el perdón y la reconciliación, la cual sigue siendo señalada desde el lente jurídico y punitivo.
37. Hay una intención del estudiar al otro, sin mediar el tocar. Se silencian sus mundos y se atiende más el repertorio jurídico que salvaguarda una infancia idealizada, proclive al desastre y la desnudez de un adulto confundido en su lugar. Con ello se tensiona lo diacrónico y lo sincrónico, lo histórico y lo estructural en medio de violencias que se

quedaron en su existenciario guerrero. La intervención busca despojarlo de un lenguaje propio para su experiencia en la guerra.

38. Podría decirse que existe una indiferencia ontológica en cuanto a lo que dispone el joven combatiente, manifestada en el desinterés por el “ser”. Sus prácticas han sido instrumentalizadas. Una trampa más donde hace su aparición los brazos del modelo neoliberal, que se extienden en señal de acogida, mientras subsume su fuerza y le exprime sutilmente el corazón de la resistencia, para luego arrojarlo a un desierto que produce la sensación de un desmembramiento. Sigue su curso en una tierra de nadie, lo cual es indispensable para lograr que sus rodillas doblen y solicite el apoyo del Estado, desde unas rutas ya desgastadas por el uso de sus predecesores. Mantener esta cortina de humo, donde la conciencia del ojo es sujeta a través de ardidés jurídicas—que condicionan la libre interpelación al sistema—funciona como tantas cosas más en un país de acallamientos y tóxico en los ruidos mediáticos, que se tienen cómo encuadres al servicio del poder.
39. Existe una esquizofrenia institucional donde reina la palabra amnesia, como sinónimo de curación y reparación que orienta su justificación en la afrenta de una “infancia perdida”. Ella reproduce dogmáticamente las explicaciones sobre el ingreso a la guerra, o los traumas adquiridos en ella y con ello oculta el origen de la desigualdad que ocasiona la miseria e impulsa a los oprimidos, en la búsqueda de alternativas de subsistencia por medio del enfrentamiento a la muerte, cuando ya no hay nada que perder.
40. Se suscita en medio de la intervención la estrategia de protección del duelo. Un escenario donde no hay garantías que permitan encontrar una cosa distinta al señalamiento por seguir vinculados en espíritu a quienes siguen la ruta de la resistencia. Esos duelos no pueden ser compartidos, el miedo y la desconfianza habitan en el excombatiente y difícilmente son depurados, porque pertenecen a la intimidad del guerrero. El agente estatal sigue obcecado con los traumas de la guerra. Su centro de discusión sigue saturado de una advertencia: “garantía de no repetición”.
41. El cuerpo del excombatiente tiene memoria en la piel. Allí aparecen los registros vivenciales como lectura semiótica en torno al reconocimiento de un pasado que soporta su equipaje existencial. La aventura de su gesta sólo es escuchada en medio de soliloquios para prevenir la crítica y el juicio desbordado de una moral arbitraria. Una ventana heroica que ha heredado de otros el legado de la re—existencia. Ella misma supera la finitud del cuerpo individual y eterniza la presencia del cuerpo colectivo, amenazado con su desaparición bajo el espectro de la desarticulación o el desmembramiento.
42. El excombatiente direcciona su vida hacia atrás, con base a su acervo de conocimiento, que declara una existencia vívida y no pensada. El futuro que se le propone está inscrito en un

decálogo de fe, apelando a sus creencias, pero no a su experiencia. El agente institucional está comprometido con el bosquejo de un horizonte atrapado en los cánones neoliberales, patriarcales, coloniales y capitalistas.

Bibliografía

- Steiner, G. (2006). En el Castillo de Barba Azul: Aproximación a un nuevo concepto de cultura. Editorial Gedisa.
- Paz, O. (2003). El Arco y La Lira. Fondo de Cultura Económica.
- Reguillo, R. (2017). Paisajes Insurrectos: jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio. Nuevos Emprendimientos Editoriales.
- Heidegger, M. (2015). Construir Habitar Pensar. Oficina de Arte y Ediciones, S. L.
- Bauman, Z. (2002). La Sociedad Sitiada. Fondo de Cultura Económica.
- Sábato, E. (2004). Hombres y Engranajes: Heterodoxia. Literatura Hispanoamericana Alianza Editorial.
- Certeau, M. d. (2000). La Invención de lo Cotidiano. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Mèlich, J. C. (2010). Ética de la Compasión. Herder Editorial, S. L. .
- Delgado, M. (1999). El Animal Público: Hacia una Antropología de los espacios urbanos. Editorial Anagrama.
- Pardo, J. L. (2004). La Intimidad. Pre.textos.

Camila de Gamboa y Maria Victoria Uribe. (2017). Los Silencios de la Guerra. Editorial Universidad del Rosario.

Steiner, G. (1982). Lenguaje y Silencio: Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano. Editorial Gedisa.

Morin, E. (2005). Breve Historia de la Barbarie en Occidente. Ediciones Paidós Ibérica, S. A.

Voltaire, F.-M. A. (2013). Tratado sobre la Tolerancia. Editorial Espasa Libros, S. L. U.

Burkert, W. (2013). Homo necans: Interpretaciones de ritos sacrificiales y mitos de la antigua Grecia. Editorial Acantilado.

Bourdieu, P. (2007). El Sentido Práctico. Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (2005). Vigilar y Castigar: Nacimiento de la prisión. Siglo XXI Editores, s. a. de c. v.

Lledó, E. (2000). El surco del tiempo: meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria. Editorial Crítica, S. L., Provença.

Echeverría, B. (2014). La Mirada del Angel: En torno a las tesis sobre la historia de

Walter Bejamin (2a edición ed.). Ediciones Era, S. A. de C.

V.

Traverso, E. (2013). ¿Qué fue de los intelectuales? Conversación con Régis Meyran. Grupo Editorial Siglo Veintiuno.

Heidegger, M. (2009). Ser y Tiempo (2a Edición ed.). Editorial Trotta.

Cuéllar, A. C. (2017). La ilusión de la Justicia Transicional: perspectivas críticas desde el sur global (1a Edición ed.). Ediciones Uniandes.

Burkert, W. (2009). La Creación de lo Sagrado: La huella de la biología en las religiones antiguas (1a Edición ed.). Acantilado.

Girard, R. (2012). La Violencia y lo Sagrado (5a Edición ed.). Editorial Anagrama.

Hillman, J. (2010). Un terrible amor por la guerra. Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V.

Harari, Y. N. (2018). De animales a dioses: Breve Historia de la Humanidad. (10a Edición ed.). Penguin Random House Grupo Editorial.

Butler, J. (2010). Marcos de Guerra: las vidas lloradas (1a Edición ed.). Editorial Paidós.

Borges, J. L. (2019). Ficciones. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. .

Benjamin, W. (2009). El Narrador. Ediciones Metales Pesados.

Calle, H. d. (2019). Revelaciones al final de una guerra. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S. .

Gurméndez, C. (1997). Diez Sentimientos Clave. Fondo de Cultura Económica de España, S. L. .

Félix Guattari, S. R. (2005). Micropolítica: Cartografías del deseo. Editorial Traficante de Sueños.

Elías, N. (1989). Sobre el tiempo. Fondo de Cultura Económica.

Onfray, M. (2015). Cosmos: Una Ontología materialista. Editorial Paidós, Espasa Libros, S. L. U.

Onfray, M. (2016). Pensa el Islam. Editorial Espasa Libros, S. L.

U.

NUssbaum, M. C. (1995). La Fragilidad del bien: Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega. Editorial Visor. Dis., S. A.

Bajtín, M. (1989). Teoría y Estética de la Novela. Editorial Taurus.

Fronzizi, R. (1972). ¿Qué son los valores? Fondo de Cultura Económica.

Bartra, R. (2007). Antropología del Cerebro: la conciencia y los sistemas simbólicos. Fondo de Cultura Económica.

Cortina, A. (2017). Aporofobia, el rechazo al pobre: Un desafío para la democracia. Editorial Paidós .

George, R. P. (2009). Entre el Derecho y la Moral. Editorial Aranzadi, S. A. .

Fromm, E. (2008). La revolución de la esperanza: hacia una teconología humanizada. Fondo de Cultura Económica.

Habermas, J. (1987). Escritos sobre moralidad y eticidad. Ediciones Paidós.

Giner, S. (2012). El origen de la moral. Ediciones Península.

Bauman, Z. (2007). Vida de Consumo. Fondo de Cultura Económica.

Packer, M. (2014). La ciencia de Colombia: Universidad de los Departamento de Psicología. la investigación cualitativa. Andes, Facultad de Ciencias Sociales,

Sennett, R. (2014). El extranjero Dos ensayos sobre el exilio. Editorial ANAGRAMA, S. A.

Girard, R. (1986). El Chivo Expiatorio. Editorial ANAGRAMA.

Canetti, E. (1980). La antorcha al oído. Editorial Espasa Libros.

Han, B.-C. (2012). La sociedad del cansancio. Editorial Herder.

Butler, J. (2017). Cuerpos Aliados y Lucha Política: Hacia una teoría performativa de la Asamblea. Editorial Paidós Básica.

Romano, C. (2012). El acontecimiento y el mundo. Ediciones Sígueme S. A. U.

Gómez, S. C. (2010). Historia de la gubernamentalidad I: Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault. Siglo de Hombres Editores.

Foucault, M. (2010). El Coraje de la Verdad. Fondo de Cultura Económica de Argentina S. A.

Lagasnerie, G. d. (2015). La última lección de Michel Foucault: Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A.

Arendt, H. (2010). Lo que quiero es comprender: Sobre mi vida y mi obra. Editorial Trotta.

Bajtín, M. (2015). Yo también soy (Fragmentos sobre el otro). Ediciones Godot.

Arendt, H. (2008). Hombres en tiempos de oscuridad. Editorial Gedisa.

Butler, J. (2012). Sujetos del Deseo. Amorrortu editores.

Reguillo, R. (2012). Culturas Juveniles. Siglo Veintiuno Editores S. A. .

Agamben, G. (2011). Desnudez. Adriana Hidalgo Editora S.A..

Foucault, M. (2016). La Sociedad Punitiva. Fondo de Cultura Económica.

Zizek, S. (2016). Problemas en el paraíso: Del fin de la historia al fin del Capitalismo. Editorial ANAGRAMA, S. A. .

Agamben, G. (2010). Lo que queda de Auschwitz: El archivo y el testigo, HOMO

SACER II. Pre--textos editorial.

Tolstoi, L. (2017). El Reino de Dios está en Vosotros. Editorial Kairós, S. A. .

Freud, A. E. (2001). ¿Por qué le guerra? Editorial Minúscula, S. L.

Agamben, G. (2010). HOMO SACER: El poder soberano y la nuda vida. Pre--Textos Editorial.

- Mauss, M. (2012). Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas. Katz Editores.
- Uribe, C. d. (2017). Los Silencios de la Guerra. Editorial Universidad del Rosario.
- Badiou, A. (2011). El Siglo. Editorial Manantial.
- Foucault, M. (2003). Sobre la Ilustración. Editorial Tecnos, Tercer milenio, Clásicos del Pensamiento.
- Kundera, M. (1984). La Insoportable Levedad del Ser. Tusquets Editores, S. A.
- Canetti, E. (2005). Masa y Poder. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U. Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona.
- Canetti, E. (2012). La conciencia de las palabras. Editorial Galaxia Gutemberg.
- Camus, A. (1953). El Hombre Rebelde. Editorial Losada, S.A..
- Guattari, F. (2013). Lineas de Fuga: Por otros Mundos Posibles. Editorial Cactus.
- Certeau, M. D. (2000). La Invención de lo Cotidiano: Artes de Hacer. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Hadot, P. (2006). Ejercicios Espirituales y Filosofía Antigua. Ediciones Siruela, S. A. .
- Sábato, E. (2004). Hombres y Engranajes Heterodoxia. Alianza Editorial, S. A.

Agamben, G. (2007). *Infancia e Historia*. Adriana Hidalgo Editora.

Dickens, C. (2012). *La Casa Lúgubre*. Random House Mondadori, S. A.

Burkert, W. (2013). *Homo necans: interpretaciones de los ritos sacrificiales y mitos de la antigua Grecia*. Acanalado Editores.

Thiong'o, N. W. (s.f.). *El diablo en la Cruz*. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Onfray, M. (2011). *La política del Rebelde*. Editorial ANAGRAMA.

Hegel, G. W. (1966). *La Fenomenología del Espíritu*. Fondo de Cultura Económica.

Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Editorial Paidós.

Echeverría, B. (2014). *La mirada del ángel: en torno a las tesis de la historia de Walter*. Ediciones Era, S. A. de C. V.

Sábato, E. (2000). *La Resistencia*. Editorial Planeta Argentina S. A. I. C / Seix Barral Independencia 1668.

Zuleta, E. (2015). *Elogio de la Dificultad y otros ensayos*. Editorial Planeta Colombiana S. A.

